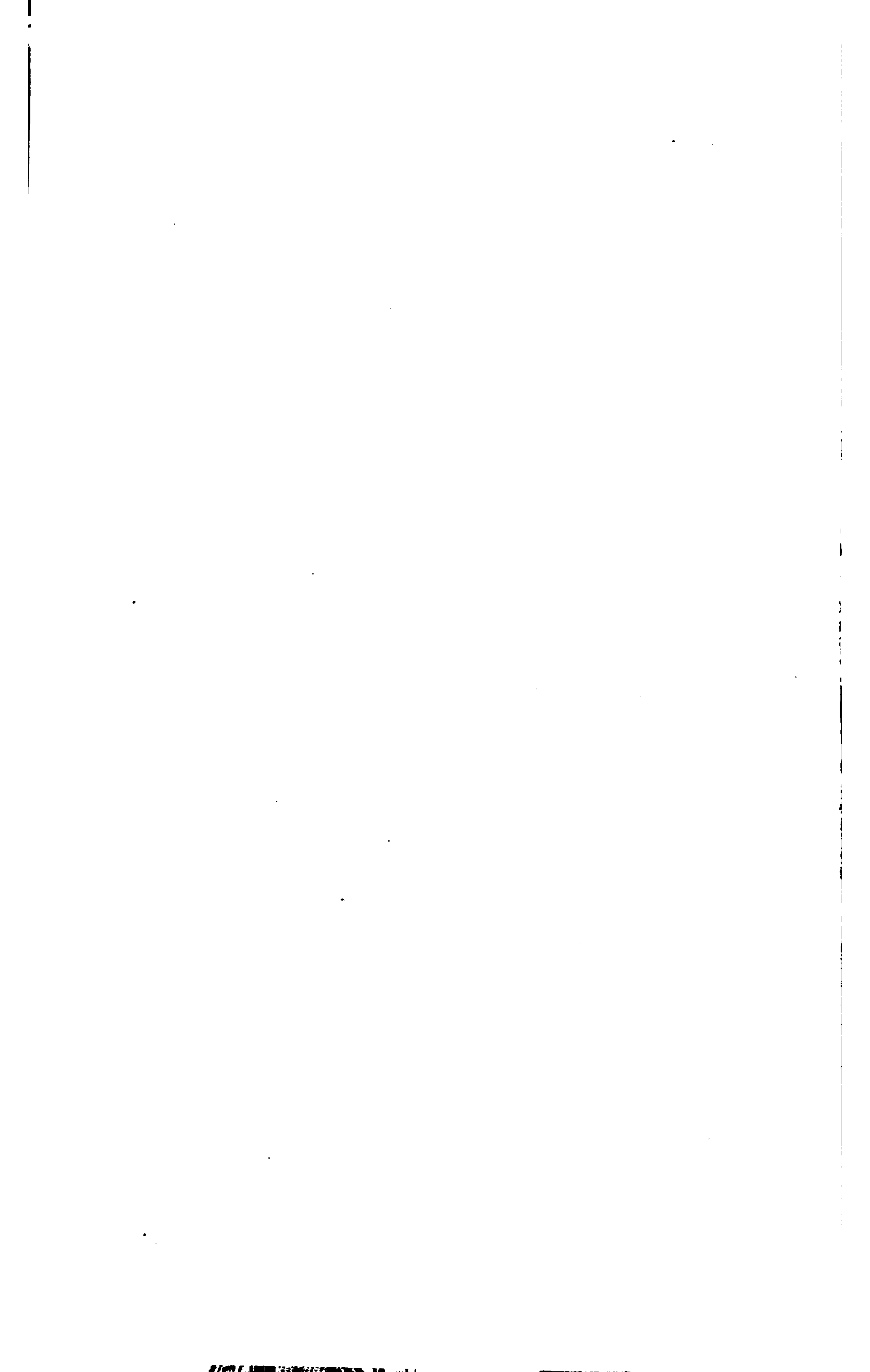



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA


LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA



RAMÓN DE LA CRUZ.



IMPRENTA DE F. GIRÓ.

SAINETES

DE

D. RAMÓN DE LA CRUZ

ILUSTRACIÓN

DE

J. LLOBERA Y A. LIZCANO

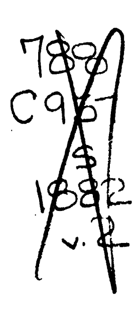
TOMO II

BARCELONA

BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS

E. DOMENECH Y C.ª — *Ausias March*, 95

1882


7880
C967
S
1882
v.2

LA PRADERA DE SAN ISIDRO.

PERSONAS

—

D. NICOLÁS, *amo de*
JULIANA, *y de*
CIRILO, *paje.*
GINÉS, *maestro sastre, marido de*
PAULA. mujer de Ginés
PASCUAL, *oficial de coches, marido de*
ANTONIA.
JUAN, *payo, marido de*
NICASIA. } *Payas.*
CASILDA. }
LORENZO, *payo que no habla.*
CALDERÓN, *señor anciano y amo de*
DOMINGO, *lacayo.*
D. FERNANDO. } *Petimetres.*
D. BLAS. }
PEDRO, *majo.*
NICOLÁS, *majo pobre.*
ESTEBAN. } *Majos ordinarios.*
RAFAEL. }
MANUEL, *tocador de guitarra.*
MANUELA. } *Majas.*
ISIDRA. }
JOAQUINA, *maja que toca el pandero.*
GERTRUDIS, *tostonera.*
VICENTA, *naranjera.*
UN MUCHACHO, *vendedor de agua.*
UN NIÑO DE PECHO.

Salón corto.



Sale CIRILO, *de militar, con redecilla y un espejilo mirándose.*

CIRILO. ¡Hola, pardiez, que me está
mejor la cofia encarnada
que el peluquín, y no pesa!
¡Válgate Dios, buena carga
es para un mísero paje
peluquín por la mañana,
peluquín al medio día,
la tarde, y la noche: en casa
peluquín, y peluquín
cuando tal vez se levanta
á media noche, porque
le ha dado un soponcio al ama!
¡San Isidro de mi vida,
esta tarde ante tu santa
ermita te he de hacer voto
de llevarte si me sacas
del triste oficio de paje,
un paje de cera blanca!

JULIANA. ¿Oyes, pajuncio? *(Sale.)*

CIRILO. Usted mande,
sirvienta.

JULIANA. De mala gana,
te mando yo á tí: pero es
preciso porque me traigas
dos cuartos de harina y dos
de alfileres.

CIRILO. ¿Eso es para
componerte? La verdad.

JULIANA. Para lo que me dé gana.
¿Eso qué te importa á tí?

CIRILO. Es que si te pones guapa
tan sólo con la intención
de lucir dentro de casa,
aquí estoy; pero si es
para estarte en la ventana
ó lucirlo en otra parte,
el que lo ha de ver que vaya
por ello.

JULIANA. ¿No sabes que
tengo licencia de mi ama
yo para ir á San Isidro?

CIRILO. También me la tiene dada
á mí el amo.

JULIANA. De ese modo
es regular que no salga
su merced, y que se quede
de guardián.

CIRILO. Si eso llegara
á suceder, tú no ignoras,
mujer, que la única gracia
que suele tener un paje
es cortejar á madamas.

JULIANA. Siquiera por no irme sola
te permitiré que vayas
conmigo.

CIRILO. ¿Y no, si tuvieras
otro?

JULIANA. Entonces lo pensara.
¿Qué vas á ver?

CIRILO. El estado
en que tengo la mesada
de los tristes veinticinco
reales; si lós gastara
con juicio ¿estamos á quince
hoy? doce y medio quedaban.
¡Hola, hola, no estamos mal,
que hay siete reales de plata
y mucho vellón! Lo que es
para refresco y naranjas
puedo dejarte servida.

JULIANA. Deja á ver si se levanta
el amo, qué es lo que dice,
que aún puede ser que no salgan
las cuentas como se ajustan.

CIRILO. ¿En el reloj de la sala
qué hora era cuando saliste?

JULIANA. Las tres y media muy dadas.

CIRILO. ¡Hoy que tenemos que hacer
ha tomado siesta larga
el amo, y el día que uno
la duerme, luégo le llaman!

JULIANA. ¿Quieres ver qué presto le hago
despertar?

CIRILO. ¡Que no pasara
una tropa de tambores
ahora por la calle!

JULIANA. Traza
hay mejor que esa.

CIRILO. ¿Cuál es?

JULIANA. Disparar yo mi garganta,
y cantar como que acaso,
de que duerme, descuidada
estuve.

CIRILO. Bien dices; y
canta recio, ya que cantas.

JULIANA. Verás qué ruido que armo
con mis seguidillas guapas.

Canta las seguidillas, y luégo sale D. NICOLÁS, *vestido como de casa, esperezándose.*

D. NICOLÁS. ¡Que no has de tener un poco
de miramiento, muchacha!
¡Sabes que estoy recogido,
y mueves una algazara
y unos gritos que pudieran
oirse desde la Plaza!
¡Cierto que es muy lindo modo!

CIRILO. Yo diciéndoselo estaba
ahora; pero ella es así.

D. NICOLÁS. Anda, que tan buena alhaja
eres tú como ella.

CIRILO. ¿Sí?
Pues crea usted que me agrada
la comparación, porque
esta vale mucha plata.

D. NICOLÁS. ¡Buen par de mozos sois ambos!
Anda, vé, tráeme la capa,
el sombrero y espadín.

CIRILO. ¡Á Dios con la colorada!
¡Mi gozo en el pozo!

JULIANA. Pues
¿qué va usted fuera de casa?

D. NICOLÁS. Sí; voy á dar un paseo
por ahí á que se me esparza
la cabeza.

JULIANA. Pues señor,
á mí me ha dado mi ama
licencia por esta tarde
para ir con una paisana
á San Isidro.

D. NICOLÁS. Pues vé,
que la casa bien guardada
queda quedándose el paje.

CIRILO. Aquí están, capote, espada
y sombrero.

D. NICOLÁS. ¿Oyes, Cirilo;

á qué hora mandó que vayas
tu ama por ella?

CIRILO. Á ninguna:
antes dijo esta mañana
su merced cuando salió,
que es regular que la traigan
en el mismo coche que
va con las otras madamas
á paseo.

D. NICOLÁS. Pues supuesto
que por hoy no la haces falta,
quédate en casa, y cuidado,
que cierres bien, y no abras
á nadie.

CIRILO. ¿Usted no se acuerda
de que ya me tiene dada
licencia de ir á bureo?

D. NICOLÁS. No puede ser, que Juliana
ha de salir.

CIRILO. Yo también.

D. NICOLÁS. Eso de que los dos salgan
no puede ser.

CIRILO. Pues señor,
que se quede la criada.

JULIANA. Señor, que se quede el paje.

D. NICOLÁS. Esas cuentas ajustadlas
entre vosotros, con tal
de que quede asegurada
la casa con uno: y cuenta
que lo que mando se haga. *(Vase.)*

CIRILO. Vaya usted con Dios: y ahora,
¿quién ha de ganar la instancia,
tú ó yo?

JULIANA. ¿Quién pregunta eso
mirando que tengo faldas?

CIRILO. También tú debes mirar
á que yo nací con barbas.

JULIANA. Eso es nacer desde luégo
hombre.

CIRILO. ¡No andemos en chanzas!

JULIANA. ¡Bien está, verás qué seria
me visto y cojo la rauta!

CIRILO. Aguárdate, que ahora mismo
me ocurre una idea rara
con que quedemos iguales.

JULIANA. ¿Cuál es?

CIRILO. Quedarnos en casa
los dos contándonos cuentos,
y á la hora acostumbrada
dar un salto á la despensa,
freir unas buenas magras,
y merendar mano á mano
con una paz octaviana.

JULIANA. Eso no, amigo, porque
si los amos no reparan
en dejarnos á dos mozos
solos, y á puerta cerrada,
debo repararlo yo,
que aunque alegre, soy honrada.

CIRILO. ¡Jesús, y qué maliciosa
que eres, mujer, y qué mala!
¿Pues qué te parece á tí
que tampoco yo arriesgara
mi honor así como quiera?

JULIANA. En todo caso, la traza
no me gusta; busca otra
ó á Dios, hasta luégo.

CIRILO. Aguarda;
vamos los dos, que en dejando
las puertas muy bien cerradas,
y volviendo algo temprano,
no hay peligro.

JULIANA. ¿Y si nos hallan?

CIRILO. Disfrazarse.

JULIANA. ¿Cómo?

CIRILO. Yo
me pondré una chupa guapa
y un peluquín de mi amo;
tú ponte basquiña, bata,
y vuelos de mi señora,

¡y verás qué función anda!

JULIANA. Eso me suena mejor.

CIRILO. ¡Mis siete reales de plata
volaron; pero también
el que lo tiene lo gasta!

JULIANA. Vamos, que es tarde; y los amos
que no quieran que les haga
de estas burlas la familia,
que cuiden más de su casa.

Se entran, y se descubre la ermita de San Isidro en el foro, sirviendo el tablado á la imitación propia de la Pradera, con bastidor de selva, y algunos árboles repartidos á cuyo pié estarán diferentes ranchos de personas, de esta suerte: de dos árboles grandes que habrá al medio del tablado, al pié del uno, sobre una capa tendida, estarán JUAN *y* LORENZO, *la* NICASIA *y la* CASILDA, *de payas, merendando, con un burro en pelo al lado, y un chiquillo de teta sobre el albardón sirviéndole de cuna, y le mece* JUAN *cuando llora. Al pié de otro estarán bailando seguidillas, la* MANUELA *y la* ISIDRA *con* ESTEBAN *y* RAFAEL, *de majos ordinarios de trueno, y la* JOAQUINA. *Al primer bastidor se sentará* NICOLÁS *solo sobre su capa, y sacará su cazuela, rábanos, cebolla grande, lechugas, etc., y hará su ensalada sin hablar, y al de en frente estará arrimado* CALDERÓN, *de capa, gorro y bastón, con una rica chupa, como atisbando las mozas: seis ù ocho muchachos cruzarán la escena con cántaros de agua, vasos, y ramos de álamo; y al pié del telón en que está figurada la ermita se verá el paseo de los coches, y á un lado un despeñadero en que rueden otros muchachos.* GERTRUDIS *y* VICENTA *se pasean vendiendo tostones y ramilletes. Seguidillas que canta el coro y bailan los majos ordinarios, y al mismo tiempo llora el niño y rebuzna el burro. La* JOAQUINA *estará con un pandero.*

JOAQUINA. El señor San Isidro *(Canta.)*
nos ha enviado
porque le celebremos,
un día claro.
Bien lo merece,
pues es paisano nuestro,
pese á quien pese.

GERTRUDIS. Tostones tiernos, tostones.

VICENTA. Ramilletes y naranjas.
JOAQUINA. Vamos, ea, á merendar,
que la gente está cansada.
JUAN. Al borrico y al muchacho
darles algo á ver si callan.
NICASIA. ¿Primero mientas al burro
que al niño? ¡Mira qué gracia!
JUAN. Los mayores en edad
y saber, es cosa clara
que han de ir en primer lugar.
Daca la bota, Nicasia.
NICASIA. No bebas mucho, que tienes
que volver á pié á Aravaca.
JUAN. ¿Qué importa? ¡Cuanto más bebo
yo, tengo menos lagañas!
NICOLÁS. Yo me llamo Juan Palomo:
solito haré mi ensalada,
y la comeré solito.
¡Muy buen provecho me haga!

Salen EUSEBIO *y* FERNANDO *de petimetres.*

FERNANDO. ¡Vaya que está la Pradera,
amigo, que ni pintada!
EUSEBIO. Oyes, Fernando, ¿no ves
qué linda es aquella paya?
FERNANDO. Al viejo que está con ella
conozco, y si no me engaña
la memoria, se casó
el año pasado. Calla,
que sin duda es su mujer.
EUSEBIO. Vamos á la deshilada
á armar un rato de broma,
que me gusta aquella cara.
FERNANDO. Demos por ahí otra vuelta,
pensaremos con qué traza
llegar: y á ver si yo caigo
también en cómo se llama.
EUSEBIO. No dices mal, que esta gente
es maliciosa aunque sana.

FERNANDO. ¿Hay para todos, amigo? *(Á Nicolás.)*
NICOLÁS. Y para más que se vayan.

Sale CALDERÓN.

CALDERÓN. ¡Mucho tarda mi lacayo,
aunque no es mala ventana
esta, y me divierto en ver
las buenas mozas que pasan!

Salen de oficiales de maestro de coches y de sastre, vestidos de día de fiesta PASCUAL *y* GINÉS, *y* PAULA *y* ANTONIA, *muy huecas y bizarras, con cofias; y* MANUEL *con la guitarra debajo del brazo, trayendo dos de ellos servilletas atadas, y platos que figuren la merienda.*

PASCUAL. Toda la pradera casi
la tenemos ocupada.
GINÉS. Pues elegid breve un puesto.
que ya me pesa la carga.
PAULA. No está malo este pradito.
ANTONIA. Bien dice; tended las capas
y despachemos con ello,
que también yo estoy cansada.
(Forman rancho.)
PAULA. Enfaldémonos, Antonia,
que está la yerba mojada
y se echa á perder la ropa,
ANTONIA. Y además de eso se mancha.
¡Qué lindo guardapiés! ¿Cuando
lo has estrenado?
PAULA. Esta pascua
hizo mi Ginés un terno
para un lugar de la Mancha,
y de un retal que quedó
como de unas treinta varas
hice este guardapiés, y una
colchita para la cama.
GINÉS. Los pobres sastres, amiga,
nos vestimos de las miajas

que sobran de los vestidos
que en el taller se trabajan.

ANTONIA. Para eso que un oficial
de maestro de coches, nada
puede utilizar, sino
que pille astillas ó estacas.

PASCUAL. Anda, que también los maestros
cuando visten á las cajas
se visten ellos.

ANTONIA. Ginés,
haz ese pernil tajadas
mientras parto los cogollos;
y tú templa esa guitarra,
que luégo hemos de bailar.

GINÉS. Y ahora, para hacer ganas.

CALDERÓN. Ya viene aquí mi Domingo.

Sale de lacayo DOMINGO.

DOMINGO. Señor, hay mozas bizarras
y de muy buen cáriterio;
pero maldita lla casta
de la que yo he cunucido.

CALDERÓN. ¿Pues de esa suerte, panarra,
después de estarte una hora
por allá, no has hecho nada?

DOMINGO. ¿Pues quería su merced
que á todas las preguntara
quién eran, ú qué querrían?

CALDERÓN. Arrímate á un lado y calla.
Este lacayo es muy bruto;
¡poco ha servido él en casas
de señoritos solteros!

DOMINGO. ¡Pardiez que el amo ya es maula! *(Vase.)*

Sale el AGUADOR.

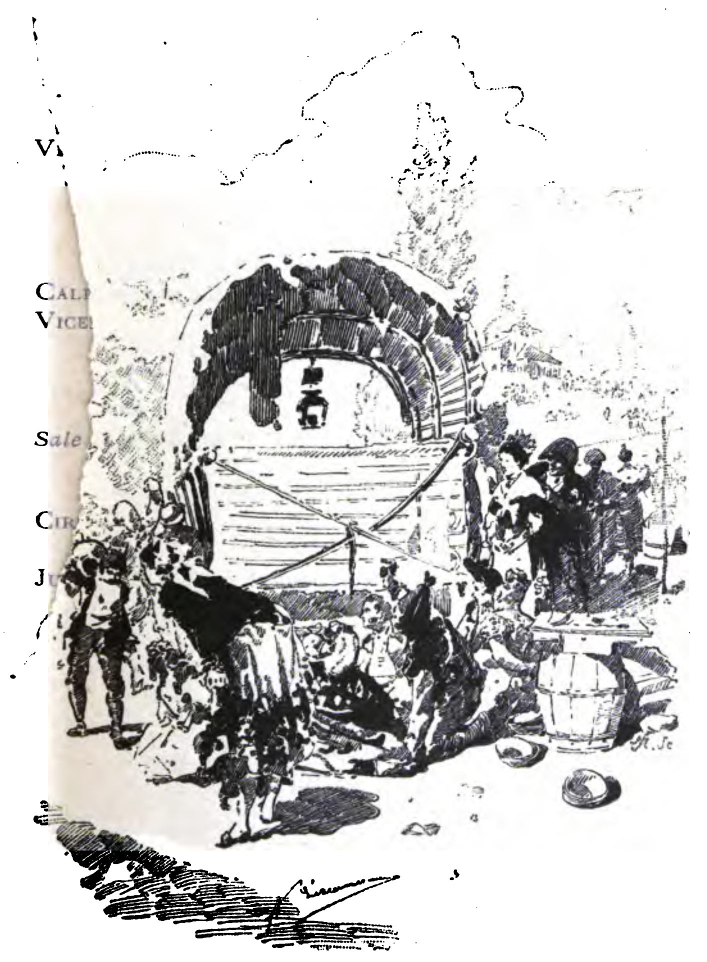
AGUADOR. Agua fresquita, señores.

NICOLÁS. Chico, échame un poco de agua
aquí en esta cazolita.

GUADOR. ¿ Para qué ?

ICOLÁS. Para lavarla.

UADOR. Pues déme usted á mí el ochavo.



NICOLÁS. ¡ Por un ochavo se harta
cualquiera ! échame un poquito.

AGUADOR. Pues vaya usted á sacarla

del río como hago yo.

NICOLÁS. ¡Miren aquí qué crianza!
¿No sabe que debe hacer
cuanto los mayores mandan?

AGUADOR. También mi madre es mayor,
y dice que el que no paga
ni come ni bebe; ¡el diantre
del viejo!

NICOLÁS. ¡Anda enhoramala,
pícaro, gato!

AGUADOR. ¡Si cojo
una piedra!...

NICOLÁS. ¡Aguarda, aguarda!
que ya voy á tí. *(Le coge y sa*

AGUADOR. ¡Muchachos,
que me matan! ¡que me matan!

Vienen unos cuantos muchachos, y unos apartan á Nico otros le destruyen la merienda á pedradas, y echan á correr. Nicolás vuelve á su sitio, y recoge lo que pu los cascos.

PASCUAL. Muchachos, dejad á ese hombre.

LORENZO. ¡Digo, digo lo que anda
por allí!

NICOLÁS. ¡Triste merienda!
Pero no ha de sacar nada
conmigo patillas, que
todo esto es plata quebrada.

GERTRUDIS. Tostones tiernos, tostones.

VICENTA. Ramilletes y naranjas.

CALDERÓN. ¿Cómo va de venta, chicas?

GERTRUDIS. Como han traído de su casa
todos lo que han de engullir,
no se vende casi nada.

CALDERÓN. ¿Y sois hermanas las dos?

GERTRUDIS. Sí, señor.

CALDERÓN. ¿Y sois casadas,
ó solteras?

GERTRUDIS. Uno y otro.

CALDERÓN. ¡La respuesta me hace gracia!

GERTRUDIS. Es que esta es soltera, y yo

ya estoy metida en la jaula.

VICENTA. ¡Toma! ¡El demonio del hombre!
Déjale, que es un machaca.

GERTRUDIS. ¿Compra usté algo, ó nos mudamos?

CALDERÓN. Aunque sea una banasta
te compraré de tostones,
si me los llevas mañana
á mi casa.

VICENTA. Y de camino
puedes llevarle dos sartas
de dientes para mascarlos.
¡El demontre de la estauta!
¡Tostones le pide el cuerpo!

CALDERÓN. ¿Qué dices, irás?

VICENTA. Sin falta.
Pero mientras, coma usía
puches que es comida blanda. *(Vase.)*

Sale JULIANA *de basquiña buena, bata y mantilla, con* CIRILO *muy petimetre de capa, y una espada que le arrastra.*

CIRILO. ¡Los conocidos que tienes!
¡Mujer, con todos te paras!

JULIANA. Aquí venimos á ver
y ser vistos.

CIRILO. Destapada
no vas bien, que si encontramos
al amo ¡buena se arma!

PEDRO *sale de majo siguiendo.*

PEDRO. La Julianita es aquella,
mi compañera pasada:
pero va con un usía,
¡no sé si me atreva á hablarla!

CIRILO. ¡Como soy, vas hecha una
señora pintiparada!

JULIANA. ¿Qué me falta para serlo?
Sólo que alguna buena alma
con dinero, me quisiera,

se empeñase en verme guapa,
y se casara conmigo.

CIRILO. Ó que á mí me acomodara
el amo.

JULIANA. ¿En qüé, majadero?

CIRILO. En una de aquellas plazas
que acomodan á los pajes
porque son pajes.

JULIANA. Ea, calla;
no me rompas la cabeza.

PEDRO. ¡No, pues el que la acompaña
no parece gran persona!
Voy á darle una puntada.
¿Va usted arando, caballero?

CIRILO. ¿Qué dice usted?

PEDRO. Le avisaba
que esa espada es prohibida.

CIRILO. ¿Por?

PEDRO. Porque no es de la marca!

CIRILO. Me la he mandado yo hacer
crecedera por si salta
cuando riño, la mitad,
salir con mi media espada.

JULIANA. Oyes, don Cirilo: mira
allí está el sastre de casa
con su familia... ¿Don Pedro?...

PEDRO. ¡Á Dios, señora Juliana!

JULIANA. ¡Cuánto ha que no he visto á usted!

CIRILO. ¿También éste es camarada?

JULIANA. Sí, hemos sido compañeros.

PEDRO. Y buenos.

CIRILO. ¿No regañaban
ustedes nunca?

JULIANA. ¡Oh, amigo,
tiene estotro otra crianza
que tú!

CIRILO. También tú con él
serías quizá mejor criada.

ANTONIA. Mira el paje y la doncella
allí de tu parroquiana

doña Violante.
GINÉS. ¡Es verdad!
Voy á decirles que hagan
rancho con nosotros. Digo,
don Cirilo? Á Dios, madama.
JULIANA. Tenga usted muy buenas tardes.
CIRILO. Señor Ginés, ¿qué se baja
aquí con la merendita?
GINÉS. Como el día convidaba,
han traído una friolera
mi mujer y mi cuñada.
Vamos, vamos que aunque no es
la merienda de importancia,
hay un pernil razonable
y una bonita ensalada.
CIRILO. Por no despreciar favores
iremos: vamos, muchacha.
JULIANA. ¿Qué quieres? *(Con despego.)*
CIRILO. Deja ese mono,
que ya hay merienda en campaña,
y jamón. ¡Que tenga yo
por los jamones tal ansía!
JULIANA. Yo no tengo gana ahora.
Quédate tú á disfrutarla.
CIRILO. ¿Y tú?
JULIANA. Yo con el señor
voy muy bien acompañada.
CIRILO. Contigo salí, y contigo
tengo de volver á casa.
JULIANA. ¿Y dí, Cirilo, á qué viene
al caso esa Quijotada?
Aunque si es por eso, yo
volveré, antes que te vayas,
por aquí, é iremos juntos.
CIRILO. Pero si...
JULIANA. No séas machaca.
PAUL. *y* ANT. Señores, vengan ustedes.
JULIANA. Señoras, no tengo gana;
lo aprecio, en mi corazón:
ya es preciso que tú vayas. *(Al Paje.)*

GINÉS. Vamos, señor don Cirilo.
PEDRO. Vaya usté, que esta madama
no se perderá.
CIRILO. ¡Harto siento
el verla tan bien hallada!
Antes que todo es mi honor;
vamos.
GINÉS. ¿Con que nos desaira
usté? ¡Pues mire usté, amigo,
que el jamoncillo no es rana!
JULIANA. Á Dios.
GINÉS. ¿Quiere usted probarlo?
CIRILO. ¡La boca se me hace un agua,
el corazón me palpita
entre un pernil y una dama!
¡Oh, triste paje! ¡Qué efectos
tan contrarios te arrebatan!
JULIANA. Á Dios, querido, hasta luégo.
PEDRO. Amigo, vea usted si manda.
CIRILO. ¡Victoria por la gazuza!
Pues hasta luégo, Juliana.
JULIANA. ¿Con que ya le acomodaron *(Siguiendo el paseo.)*
á usted? No sabía palabra.
PEDRO. ¡Cuánto ha! Más de año y medio.
JULIANA. ¿Y es empleo de importancia?
PEDRO. Oficial mayor de un puesto
de lotería.
JULIANA. ¡No es mala
prebenda! ¡Pues de ese modo
mucho es que usted no se casa!
PEDRO. Lo voy pensando despacio.
JULIANA. Yo soy de usté apasionada,
porque ha sido siempre mozo
de gran juicio y esperanzas.
PEDRO. ¿Por dónde hemos de ir?
JULIANA. Sigamos
por aquí si á usted le agrada. *(Vanse.)*
PAULA. ¡Esto es tener buenos amos,
don Cirilo, que regalan
á sus criados!

CIRILO. Yo lo soy
de usté....

PAULA. No ha casi nada
que se hizo en casa esa chupa.

GINÉS. ¡Y á fe le costó bien cara!

ANTONIA. ¿Vaya, señores, qué hacemos?
¿Merendamos ó se baila?



MANUEL. Bailen, que no ha de volver
desairada mi guitarra.

ANTONIA. Pues bailemos, pero si
se arrima mucha gentualla
yo al instante me arrellano.

MANUELA. Vaya, toca la guitarra
y empecemos á bailar.

PAULA. Yo jamás replico á nada.

NICOLÁS. La ensalada no está limpia,
pero está bien machacada.

(Se arman dos corros de baile: el primero de las majas ordinarias con el pandero, y el segundo de la PAULA *y* ANTONIA *con* GINÉS *y* CIRILO, *al son de la guitarra de* MANUEL: *y éste y la* JOAQUINA *cantan cada uno á los suyos.)*

CALDERÓN. ¿Oyes, Domingo?
DOMINGO. ¿Señor?
CALDERÓN. ¿El que está allí donde bailan,
no es mi sastre?
DOMINGO. Ya se ve:
y su mujer es la sastra.
CALDERÓN. Pasar quiero por allí, *(Acercándose.)*
que á fe que ha escogido brava
ropa el dicho sastrecito!
¡Á Dios, Ginés!
GINÉS. Señor, vaya
su señoría con Dios;
ello no es cosa apropiada
para usía, mas si usía
gusta, de muy buena gana.
CALDERÓN. Yo lo estimo: ¿oyes, no sabes
que me han traído de Francia
un vestido muy bonito?
GINÉS. No señor; yo iré mañana
á tomar medida y verlo.
CALDERÓN. Mejor será que no vayas,
que quiero yo ir á tomar
las medidas á tu casa.
GINÉS. Siempre que usía gustare.
CALDERÓN. Á Dios: ¡ah! se me olvidaba.
¿Está aquí tu mujer?
GINÉS. Esta
es. ¿Por qué no te levantas
y hablas á su señoría?
PAULA. Ya voy.
GINÉS. Señor, perdonadla,
que es muy corta.
CALDERÓN. Señorita,
usted vea si me manda.
PAULA. Servir á usía.

CALDERÓN. ¿Y la otra,
quién es?

ANTONIA. Yo soy su cuñada. *(De pronto.)*

PASCUAL. ¡Que todos estos señores
hayan de tener la maña
de ser preguntones!

CALDERÓN. ¡Hola!
¡Es muy viva y aseada!

CIRILO. ¡Ya podía estar digerida
la merienda! ¡Lo que tardan
esas gentes! Caballeros,
que se enfría la ensalada.

CALDERÓN. No quiero hacer mala obra.
Á Dios. Tú que has ido tantas
veces á llamarle, ¿bien
sabrás dónde es?

DOMINGO. En lla plaza,
encima del quinto cielo.

CALDERÓN. ¿Qué dices?

DOMINGO. Me equivucaba,
número cincu á tres altus.

CALDERÓN. Explícate, papanatas.

ANTONIA. ¡Brava visita te espera,
Paula! ¡Así te regalas
tú!

PAULA. Sólo estos parroquianos
consiente Ginés que vayan
á visitarme.

ANTONIA. ¿Porque es
viejo? ¡Mira tú qué tacha!
Los viejos son como el oro,
hija, que no ocupa nada
donde le ponen, y cuando
le necesitan le hallan.

PASCUAL. ¡Hola, mujer, lo que sabes!

ANTONIA. ¡Ni aún tú que tanto me tratas
sabes la mujer que tienes!

PASCUAL. Pues vuelve á decir palabras
semejantes, y verás
si vuelves descalabrada.

ANTONIA. ¿Tú á mí?
PASCUAL. Yo á tí; ¿y por qué no?
ANTONIA. Pués si tú me levantaras
la mano, habías de volver
á Madrid con las quijadas?
PASCUAL. Pues toma: á ver cómo lo haces.
(La tira un plato.)
ANTONIA. ¡Ay, hermano, que me mata
este hombre!
GINÉS. ¿Quién eres tú
para pegar á mi hermana?
PAULA. ¡Ginés, por amor de Dios! *(Levantándose.)*
PASCUAL. Su esposo, y puedo cascarla
siempre y cuando...
CIRILO. ¡Dice bien!
riñan, que todo es ganancia
para mis dientes: señores,
que se enfría la ensalada.
PAULA. Sentarse, no alborotemos
toda la pradera.
PASCUAL. En casa
lo verás, vamos, merienda.
ANTONIA. ¡Veneno!
CIRILO. ¡De esas me hagan!
GINÉS. Ella es viva, y tú temoso,
y vele ahí cómo se arman
quimeras.
PASCUAL. Dejemos eso
y merendemos en gracia
de Dios.
CIRILO. ¡Que no haya durado
la pendencia hasta mañana!
JUAN. ¡Mira, mujer, mira cómo
duerme el hijo de mi alma!
NICASIA. Déjale, no le despiertes.

Salen FERNANDO *y* BLAS.

FERNANDO. ¿Es posible que no hagas
memoria del nombre?

BLAS. No;
pero esa no es circunstancia:
yo divertiré á los payos,
vé tú á divertir la paya.
Á Dios, tío Francisco.

JUAN. Juan
me llamo, si usté no manda
lo contrario.

BLAS. Sí, sí, es cierto,
señor Juan: no me acordaba.

JUAN. ¿Qué hay en qué servir á usté?

BLAS. ¿No conoce usté esta cara?

JUAN. Me acuerdo de haberla visto;
¡pero así Dios dé á Nicasia
una hora chica, que no
me acuerdo dónde!

BLAS. ¡Qué flaca
memoria teneis! ¿No sois
vos aquél que da la paja
para casa de mi tío,
en la calle de la Palma?

JUAN. Ni á usté ni á su tío nunca
les dí paja ni cebada.

NICASIA. ¿Y quién es el que está hablando
con mi Juan?

FERNANDO. Un camarada
suyo, que tiene con él
un negocio de importancia.

LORENZO. Casilda, ten ese chico
mientras yo pongo la albarda
al burro.

CASILDA. Quedito; á ver
si duerme más en mi falda.

JUAN. Pues como digo, el señor
que vive en la Cava Baja
es quien me la toma, y más
que hubiera, porque la cuadra
tiene llenita de mulas.

BLAS. Eso es: yo equivocaba
á ese tío con el otro.

JUAN. ¡ Pues á fe que es mucha alhaja
aquel señor! ¡ Qué agradable,
y qué puntualmente paga!
que crea usté que eso en Madrid
Dios lo sabe cómo anda:
y luégo dice: tío Juan,
refresque usted, y me alarga
una peseta lo menos.

BLAS. Yo sé lo que os quiere, y vaya
¿ á qué ha sido la venida?

JUAN. Como estaba mi Nicasia
embarazada, y la probe
siempre ha sido apasionada
á mal parir, yo hice voto
al santo como llegara
á cumplir los siete meses
de venir ante su santa
ermita á comer un pavo
y oir una misa rezada.

BLAS. Pues el día ha estado hermoso.

JUAN. Eso es verdad, á Dios gracias:
pero al fin hubo un azar,
porque el pavo salió pava,
¡ es verdad que estaba tierno!
Si usté ha venido una miaja
antes, la hubiera probado.

BLAS. Sois de condición bizarra.

NICASIA. ¿ Qué sé yo si en mi lugar *(Á Fernando.)*
hay casas desalquiladas?
Mi Juan podrá responderle.

FERNANDO. No hables tan recio.

JUAN. ¿ Nicasia?
ven acá, ¿ qué te decía?

NICASIA. Que si allá en mi lugar tratan
á los forasteros bien;
que si son en Aravaca
los maridos muy celosos,
y que á cómo están las habas
y los guisantes. ¡ Si vieras
lo que en un instante ensarta!

JUAN. Muy bien; ustedes sin duda
son gente desocupada:
pues váyanse á divertir
á otra parte, que aquí basta.
Adios, amigos.

FERNANDO. El payo,
¡qué mala condición gasta!

BLAS. Como va y viene á Madrid
conoce ya nuestras mañas.

NICASIA. ¿Qué te quería aquel hombre?

JUAN. No era á mí á quien buscaba.
Vamos.

NICASIA. ¿Qué prisa que tienes?

JUAN. Me pican la retaguardia.

Sale D. NICOLÁS.

D. NICOLÁS. ¡Semejante desvergüenza
no sé yo donde se haga!

FERN. *y* BLAS ¿Amigo?

D. NICOLÁS. Adios, caballeros;
¡que cupiese tal infamia!

BLAS. ¿Por qué vais de tal humor?

D. NICOLÁS. He encontrado á mi criada,
á quien hoy dimos licencia
de venir con su paisana
á paseo, con un chulo
sola, haciendo mil monadas
y dando qué decir.

FERNANDO. ¡Toma,
eso es corriente!

D. NICOLÁS. No pára
aquí el chasco, sino que
se ha puesto la mejor bata
y vuelos de mi mujer.

BLAS. Nada de eso nos espanta.
¿Y la habeis dicho algo?

D. NICOLÁS. No;
que no es justo alborotara
este concurso.

FERNANDO. ¿Y el paje?
D. NICOLÁS. Ese me ha salido alhaja,
es muchacho muy honrado
y tiene ley á la casa.
CIRILO. «¡Es mi amo, voto al demontre!» *(Aparte.)*
(Se pone la capa.)
PASCUAL. ¿Para qué os poneis la capa?
CIRILO. Me ha dado un poco de frío.
BLAS. ¡No son mal par de muchachas
las que están en este corro!
D. NICOLÁS. Mi sastre es: eso me agrada.
¿Ginés?
GINÉS. El caso es que ya
ha llegado usté al Deo gracias.
Don Cirilo nos ha honrado.
D. NICOLÁS. ¿Cómo?
CIRILO. «¡No te atragantaras!» *(Aparte.)*
D. NICOLÁS. ¿Mi paje?
GINÉS. ¿Pues no le veis?
PASCUAL. Levantaos: ¿no veis que llama
el amo?
CIRILO. «¡Habrá sastre alguno *(Aparte.)*
más hablador!»
D. NICOLÁS. ¡Ah, canalla!
¿Con que la casa, por fin,
dejasteis abandonada
los dos? ¿Y qué es lo que miro?
¿Mi ropa más reservada
te atreves á usar?
CIRILO. Señor...
D. NICOLÁS. Aquí no hay señor que valga, *(Pegándole.)*
y tengo que escarmentarte
á porrazos y á patadas.
CIRILO. ¡Señor, señor, que la chupa
y que el peluquín se arrastran!
BLAS. Dejadle, que se alborota
esto.
D. NICOLÁS. ¡Aunque se alborotara
el mundo!
VARIAS VOCES. ¡Riña, pendencia! *(Llegan todos.)*

CIRILO. El que lo viera, pensara
que yo he hecho una picardía.

TODOS. Dejadle, señor: ya basta.

D. NICOLÁS. No basta; pero le dejo
sólo por no hacer aciaga
la tarde de San Isidro,
y cortar esta humorada.

TODOS. Y aquí da fin el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

LAS MAJAS VENGATIVAS.

PERSONAS

—

EL TÍO PEROL, *viejo, ordinario, padre de*	SIMÓN. } *Majos.*
ANTONIA. } *Majas.*	PEDRO. } *Majos.*
PETRA. } *Majas.*	ANDREA, *tía de* } *Majas.*
PAQUITA. } *Majas.*	JULIANA *y* } *Majas.*
BARDASCA. } *Majas.*	COLASA. } *Majas.*
POCAS BRAGAS, *majo decente.*	ALGUACIL 1.º
ALIFONSO, *chispero.*	ALGUACIL 2.º

La escena es en Madrid, en el barrio de las Maravillas.



Salen POCAS BRAGAS *y* ALIFONSO: *el primero de majo decente, y el segundo de chispero.*

POCAS BRAG. Pues como te digo, á mí
más me gusta la Juliana;
¡ pero esó de no tener
dote ninguno, ni darla
su tía siquiera un par
de mudas de ropa blanca,
ni un jergón en qué acostarse,
es locura demasiada!
¿Pues de qué le sirve á un hombre
el casarse, si se casa
cuando uno su dote lleva
con mujer que no lo traiga?

ALIFONSO. Eso es verdad; pero amigo,
si ya la diste palabra,
tú lo que debes mirar
que lo primero es el alma.

POCAS BRAG. Y aun sus alhajas ha habido,
porque nos dimos por Pascua

las dádivas; yo la dí
una sortija de plata
que valía sus dos reales:
unas hebillas doradas
á fuego, muy exquisitas,
sólo que no eran hermanas:
unas ligas verdes, y un
peine de concha ordinaria.

ALIFONSO. ¿Y ella qué te ha dado?



POCAS BRAG. Mucho,
porque tiene la muchacha
grandes prendas, y no puede
haber otra más bizarra.
La primera vez me dió
una cinta colorada,

que se venía á los ojos.
Luégo me dió una corbata,
que es verdad que estaba un poco
rota, pero más delgada
que el requiebro más sutil;
y un puñado de castañas,
que no las he visto más
gordas, ni mejor asadas;
¡y he visto yo mucho y bueno!

ALIFONSO. Pues, hombre, habiendo ya tantas
prendas de por medio, yo
con aquella confianza
de amigo, debo decirte
como hombre de bien, que hagas
lo que te tenga más cuenta.

POCAS BRAG. Eso ya yo lo aguardaba
de tí: ¿por qué te parece
que de ningún camarada
sino de tí, me he valido?

ALIFONSO. Pero, díme, Pocas Bragas:
¿las hijas del tío Peroles
tienen tal dote que basta
á sacar á uno de pobre?

POCAS BRAG. Sí que le tienen; y para
hacer á un hombre muy rico,
porque son lindas muchachas.
Tienen mil habilidades;
y además de darle cama,
ropa, catre y espetera,
de su madre que Dios haya
heredaron treinta pesos
para cuando se casaran.
Alhajas á todas tocan;
y en estirando la pata
el viejo, ninguno sabe
lo que hay en aquellas arcas.

ALIFONSO. ¿Y ellas te quieren?

POCAS BRAG. ¿No ves
que tiene mi padre fama
de rico? Y que yo tal cual,

no tengo ninguna falta,
porque aunque no soy muy alto,
como dice mi tía Olaya,
soy muy aseñoradito.

ALIFONSO. Verdad es; ¡mas la Juliana,
amigo, es mucha mujer!

POCAS BRAG. ¡Y qué lindamente canta!
¿Tú no la has oído?

ALIFONSO. No.

POCAS BRAG. Ni yo tampoco pensara
en dejarla de querer;
pero, amigo, ¡es grande tacha
la de pobre! Ella se tiene
la culpa de serlo.

ALIFONSO. Aguarda,
que tras de nosotros vienen,
si la vista no me engaña.

POCAS BRAG. Pues demos la vuelta por
esta calle mientras pasan;
porque te quiero llevar
á que veas las muchachas
del tío Perol, que esta noche
tienen fandango; y la Paca,
que es mi querida, me ha dicho
que fueses.

ALIFONSO. Con que en sustancia,
¿su padre ya te conoce?

POCAS BRAG. ¡Toma si conoce! Y rabia
más que todos; pero ella
la boda tiene ajustada:
¡tú verás qué fiestas me hace!

ALIFONSO. Pero vamos á mi casa
para ponerme el vestido
de los días de fiesta.

POCAS BRAG. Anda
hombre; si así vas muy bien,
que no son gentes que gastan
vanidad.

ALIFONSO. Pues vamos pronto,
que ya casi nos alcanzan;

y si ella está sospechosa,
y te conoce, y te agarra,
¡ay de tí!

POCAS BRAG. ¿Cómo me han de
conocer si estoy de espaldas?

ALIFONSO. Porque pueden conocerte
por las melenas.

POCAS BRAG. Pues vaya,
demos la vuelta.

Se van de prisa, y salen ANDREA, COLASA *y* JULIANA, *de majas.*

COLASA. ¡Por vida
del demonio, que se escapan
por no hablarte!

ANDREA. ¡Siempre dije
yo que ese hombre era canalla!

JULIANA. ¡Poquito á poco con esas
palabritas de canalla!
Porque aunque usted sea mi tía,
y aunque seas tú mi hermana,
basta que el otro es quien es;
y en tocando á Pocas Bragas,
no sufriré habladurías;
aquí no hay más agraviada
que mi persona, y estoy
contenta como una pascua;
porque si él no fuese hombre
para cumplir su palabra,
yo soy mujer para hacerle
que la cumpla á bofetadas;
y sobre todo, San Juan,
cada uno rasque su sarna.

COLASA. Si tú tuvieras vergüenza
le habías de sacar el alma
ó despedirte por siempre
jamás, de verle la cara.

JULIANA. ¿Yo vergüenza? ¡Que si quieres!
¡Pues como tú tienes tanta!

¿Qué tiene que ver ahora
la vergüenza, con la gana
que ahora le ha venido al otro
de ir á visitar madamas?

ANDREA. Dice bien, que no parece
que eres de la propia casta.

JULIANA. Pues haga usted cuenta, tía,
que si soy desvergozada,
lo habré aprendido de usted.

ANDREA. No me provoques, Juliana,
porque como se me llenen
las narices de mostaza,
te daré una soba, que
no merezcas descalzarla,
que para eso soy tu tía.

JULIANA. ¿Y quién le da á usted fianzas
de que yo me estaré quieta?
Acuérdese usted de marras
y dejemos lo empezado.

COLASA. Más valía que esas plantas
se las echaras al novio,
que te ha de dejar colgada
de los cabellos.

JULIANA. ¿Á mí?
Tiene poca gente España
para defenderle á él,
sólo con que le pasara
por la cabeza! Y sin dalles
á los alguaciles blanca,
ni alborotar los presillos...
Y sobre todo, con maña
y con prudencia compone
sus cosas la gente honrada;
y para dar que decir
siempre hay tiempo.

COLASA. Oyes, Juliana,
mírale por dónde viene.

JULIANA. No viene, que se entró en casa
de las Perolas.

COLASA. ¡Si al fin

has de ver cómo te engaña !

ANDREA. Sobre que á mí me ha contado,
que las quiere, y que se casa
con la menor, la tía Orujo :
¡ y cuidado que ella habla
pocas cosas, pero güenas ;
y ninguna usía de bata
y reloj podrá decir
más verdad que ella !



JULIANA. Colasa,
¿ quieres ver cómo me cuelo,
aunque no estoy convidada,
en casa de las Perolas
y quedamos aliviadas
de este cuidado en el día ?

COLASA. Vamos allá, porque aunque haya

una docena, entre tres
tocan á cuatro por barba.

JULIANA. Entrar con mucho del modo,
como mujeres honradas:
si él en viéndome se viene
á mí, decidle que salga;
y si no, sacadle á coces:
esto es, en cuatro palabras,
lo que hay que hacer.

ANDREA. Y eso es
lo que cualquier mujer blanca
debe hacer en estos lances.

JULIANA. Pues al negocio, que falta
la saliva á lo mejor
á quien sin fruto la gasta.

ANDREA. Al arma por mí.

COLASA. Y por mí.

LAS TRES. Pues todas las tres al arma.

Vanse, y descubriéndose el salón de casa pobre, salen los que pudieren cantando y bailando seguidillas con SIMÓN, ANTONIA, PETRA, PACA, BARDASCA *de majas; y el* TÍO PEROL, POCAS BRAGAS *y* ALIFONSO, *sentados. retirados con* PEDRO *al otro lado.*

Seguidillas majas.

Es la corte la mapa
de ambas Castillas,
y la flor de la corte
las Maravillas.
Anda, moreno,
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo.

TÍO PEROL. Vamos dejando ese baile;
y antes que más gente vaya
entrando, escúchenme todos
con las orejas tan largas.

POCAS BRAG. Tío Perol, cuente las mías
hasta donde alcancen.

SIMÓN. Vaya,

hablad, pues ya que sabeis
que teneis la comandancia
de todos, como que sois
el jefe de la barriada
de Maravillas.

TÍO PEROL. Oid,
que el asunto es de importancia.
Deudos, comadres, y amigos
que unos venís á mi casa
por sacudiros el polvo,
y otros por llenar la panza:
ya sabeis que en mis niñeces
yo fuí casado, á Dios gracias,
y tuve mis hijos, como
tienen otros que se casan.
En esta suposición,
no es tampoco cosa extraña
que los hijos fuesen hijas,
y que estando ya tan altas,
ó que ellas quieran casarse,
ó pretenda yo casarlas.
Ellas tienen galanteos,
así, así, mas no me agradan
sin saber por qué; mirad
si mi razón es fundada.
No obstante tenemos hoy
ya las bodas ajustadas
de Pocas Bragas, el hijo
único de Pocas Bragas,
el mayor, con la Paquita;
que puesto que aquí se halla,
no me dejará mentir.

PACA. ¿Yo, padre, sé acaso nada
de lo que con sus amigos
y parientes usted trata?
¿Qué puede saber de mundo
ni de hombres, una muchacha
que sólo tiene veinte años,
y ha tenido su crianza
en Madrid, é hija de viudo?

Solamente las criadas
me han explicado algo; algo
que he visto por las ventanas
de la calle, y lo que he oído
cuando voy con las hermanas
al Prado, ó á la comedia;
v de aquello que nos hablan
cuando á las botillerías
vamos, aquellos que pagan;
pero como aquestas cosas
se hacen y dicen en chanza,
no me atrevo á dar mi voto,
porque no sé lo que basta.

TÍO PEROL. Yo tampoco te le pido;
sólo busco la aprobanza
de todos.

TODOS. Sea enhorabuena.

POCAS BRAG. ¿Qué te parece, Bardasca?

ALIFONSO. Es asunto en que se puede
entrar orejas tapadas
y ojos cerrados.

POCAS BRAG. Así entran
todos los más que se casan:
¿pues con todos sus sentidos
abiertos, quién se casara?

TÍO PEROL. Pues señores, no hay remedio;
la boda ya está ajustada.

POCAS BRAG. Ellas quieren y queremos;
conque no hay que hacer.

Salen ANDREA, COLASA *y* JULIANA, *de majas.*

LAS TRES. ¡Deogracias!

BARDASCA. ¿Qué se les ofrece á ustedes?
¡El demonio de la entrada
tan á deshora!

JULIANA. Bailar
si nos diere gusto y gana;
que en cuarto donde está abierta
la puerta, y suena guitarra,

cualquiera se puede entrar.

COLASA. ¡Y más mujer tan nombrada
y tan útil como tú,
que todo el barrio te llama
la nata de las funciones!

PEDRO. ¿Pues quién sois vos?

ANDREA. La Juliana
Papitas, la hija del Chato,
¡como quien no dice nada!

ALIFONSO. ¡Perdido estás!

POCAS BRAG. Más perdida
está ella, que tras mí anda.

TÍO PEROL. Julianita, justamente
nos vienes pintiparada,
porque las más que aquí están,
están rabiando de gana
de oirte cantar, porque dicen
que lo haces bien.

JULIANA. ¡Qué soflama!
¿Un viejo chulearme á mí?
¡Eso sólo me faltaba!
¡Pues llega usted á una horita
en que estoy yo para gracias!

ALIFONSO. ¡Rabiando está!

POCAS BRAG. ¡Peor para ella!

ALIFONSO. Ni siquiera una mirada
te echa.

POCAS BRAG. ¡Mejor para mí!

PEDRO. Á súplicas tan honradas
¿cómo te puedes negar?

JULIANA. Como puedo.

COLASA. Mujer, canta:
puede ser que con oirte
el otro en la cuenta caiga,
y salgamos de aquí en paz.

ANDREA. Coja alguno la guitarra,
y salga á bailar quien quiera,
que á mi sobrina Juliana
yo la haré echar la tremenda.

BARDASCA. Eso no tiene sustancia:

lo que pide el auditorio
es que cante una tonada.

JULIANA. ¿Por qué no la canta usted?

BARDASCA. Si hoy á mí me lo mandaran
lo hiciera; pero otro día
que me toque, aunque tan falta
de habilidad, la obediencia
será primero que nada.

UNOS. Dice bien.

OTROS. Vaya un juguete.

ANDRÉA. Si ha de ser, no seas machaca

JULIANA. Voy allá; pero prevengo
que estoy un poco turbada,
y que merece disculpa
quien hace lo que le mandan.

(Canta tonadilla sola.)

TODOS. Viva, viva,
el aire, el bulto y la gala.

ALIFONSO. ¡Hablando, amigo, de veras,
ya el asunto es de importancia!

POCAS BRAG. ¿Y qué tenemos? Con aire
ninguno llena la panza.

TÍO PEROL. No tiene remedio alguno:
desde hoy quedas convidada
para la boda de mi hija.

COLASA. ¿Pues señor, con quién se casa?

TÍO PEROL. Con Pocas Bragas, el hijo.

JULIANA. ¿Supongo que será en chanza
esa boda?

TÍO PEROL. Es muy de veras.

PACA. Pues aunque estas pataratas
son para mí indiferentes,
las cosas que padre manda
es preciso obedecerlas.

JULIANA. Es cosa muy bien pensada,
como á la hija de su padre
y al padre de su hija, no haya
quien desbarate el retrato,
si esto nó se desbarata.

ANDREA. ¿Y qué culpa tiene la hija

ni su padre? La canalla
del indignote bribón,
que á un tiempo á las dos engaña,
es quien lo debe pagar.

COLASA. Si ellas no le sonsacaran,
él bueno era.

BARDASCA. ¿Cómo es eso
de sonsacar? Mire si habla
con modo, ó se le pondrán.

COLASA. Con que yo lo diga, basta:
pues hablo mejor que todos
cuantos están en la sala,
y si chistan...

PACA. ¡Ay, Jesús!
¡En viendo yo esta gentualla
toda me asusto!

JULIANA. Yo no.

PEDRO. Dejémonos de eso, y vayan
á la calle á alborotar.

POCAS BRAG. Hombre, yo estoy por matarla,
y quedar desocupado
de la mano y la palabra.

ALIFONSO. Hombre, mira que eres hombre
de obligaciones.

POCAS BRAG. Aparta,
que la ira... «¿Dónde estará *(Aparte.)*
»el sótano en esta casa?»

JULIANA. Ven acá, mal hombre, ¿quién *(Á Pocas Bragas.)*
te ha metido en esta danza?

POCAS BRAG. Alifonso, que me dijo
ser más lindas que una plata.

JULIANA. Y digo: ¿á usted quién le mete
(Á Alifonso agarrándole por la capa.)
en tomar mujeres blancas
en su boca?

ALIFONSO. Eso es mentira,
que yo no puedo tragarlas,
y suelte usted, que á no ser
por no maltratar la capa
y la chupa, quizá ahora

el diablo se lo llevara
todo.

JULIANA. Tía, cargue usté
(*Señalando á Pocas Bragas.*)
con esotro garrapata,
que yo llevaré al padrino
de una oreja. ¡Yo agraviada!
Hoy he de dar un ejemplo
que escarmiente á cuantos andan
en estos pasos.

POCAS BRAG. ¿Mujer,
y con eso qué adelantas?
Mientras ahorcan á un ladrón
están robando en la plaza
muchos, de distintos modos.

BARDASCA. Padre, saque usted la cara
por él.

ANDREA. No la saque usted,
si la quiere tener sana.

BARDASCA. ¡Á mi padre!

VECINAS. ¿Á mi vecino?

COLASA. ¿Hay quién tome la demanda
por su cuenta?

VECINAS. Yo la tomo.

LAS TRES. Pues vengan si tienen tanta
fuerza.

VECINAS. Ya vamos, ya vamos.

PACA. Entre tanto que se arañan, (*Á Pocas Bragas.*)
¿quiere usted que los dos vamos
á decir esto que pasa?

POCAS BRAG. ¿Á un alcalde?

PACA. No por cierto:
al vicario, y no es por gana
de boda, sino es por ver
las cosas apaciguadas.

ALIFONSO. Dice bien: idos, que yo
procuraré hacer espaldas.

POCAS BRAG. ¡Bien necesitas hacerlas
si en este comercio tratas!
¡Cuidado que no nos sigan!

PACA. Yo ando muy aprisa.
POCAS BRAG. ¡Vaya,
que una mujer inocente
tiene agudezas extrañas! *(Vanse los dos.)*
TÍO PEROL. Señoras, poquito á poco:
miren que están en mi casa
todos.
ALIFONSO. Menos yo, y los dos *(Yéndose.)*
que son del ruido la causa.

Salen dos ALGUACILES.

ALGUACILES. La justicia. ¿Qué es aquesto?
TÍO PEROL. Señores, es una infamia:
por este muchacho... ¿á dónde
(Echando menos á Pocas Bragas.)
se ha ido? Búscale, Paca...
Pero, ¿y la Paca?

Vase el ALGUACIL *2.º y sale luégo con* ALIFONSO *preso.*

ALGUACIL 2.º Este pillo
traigo aquí, que se escapaba
de la riña.
ALIFONSO. Si yo no
tengo en ella que hacer nada.
¿Qué había de hacer aquí?
BARDASCA. ¿Á dónde se ha ido mi hermana?
ALIFONSO. Con su marido.
JULIANA. ¿Y el mío?
ALIFONSO. Con la otra mujer, que arrastra
más su voluntad.
ALGUACIL 1.º Este es
escándalo muy de marca:
á la cárcel todos.
JULIANA. Eso
de cárcel, es excusado,
porque á trueque de no verme
en ella con estas maulas,
iré yo sola, que fuí

del alboroto la causa.

ALIFONSO. Señor ministro, todo esto
se reduce, á que esta maja
tenía de un amiguito
cogida ya la palabra,
y se ha casado con otra.

ALGUACIL 1.º ¿Y por esa patarata
se alborota esta mujer?

ALGUACIL 2.º Es que las alborotadas
son muchas.

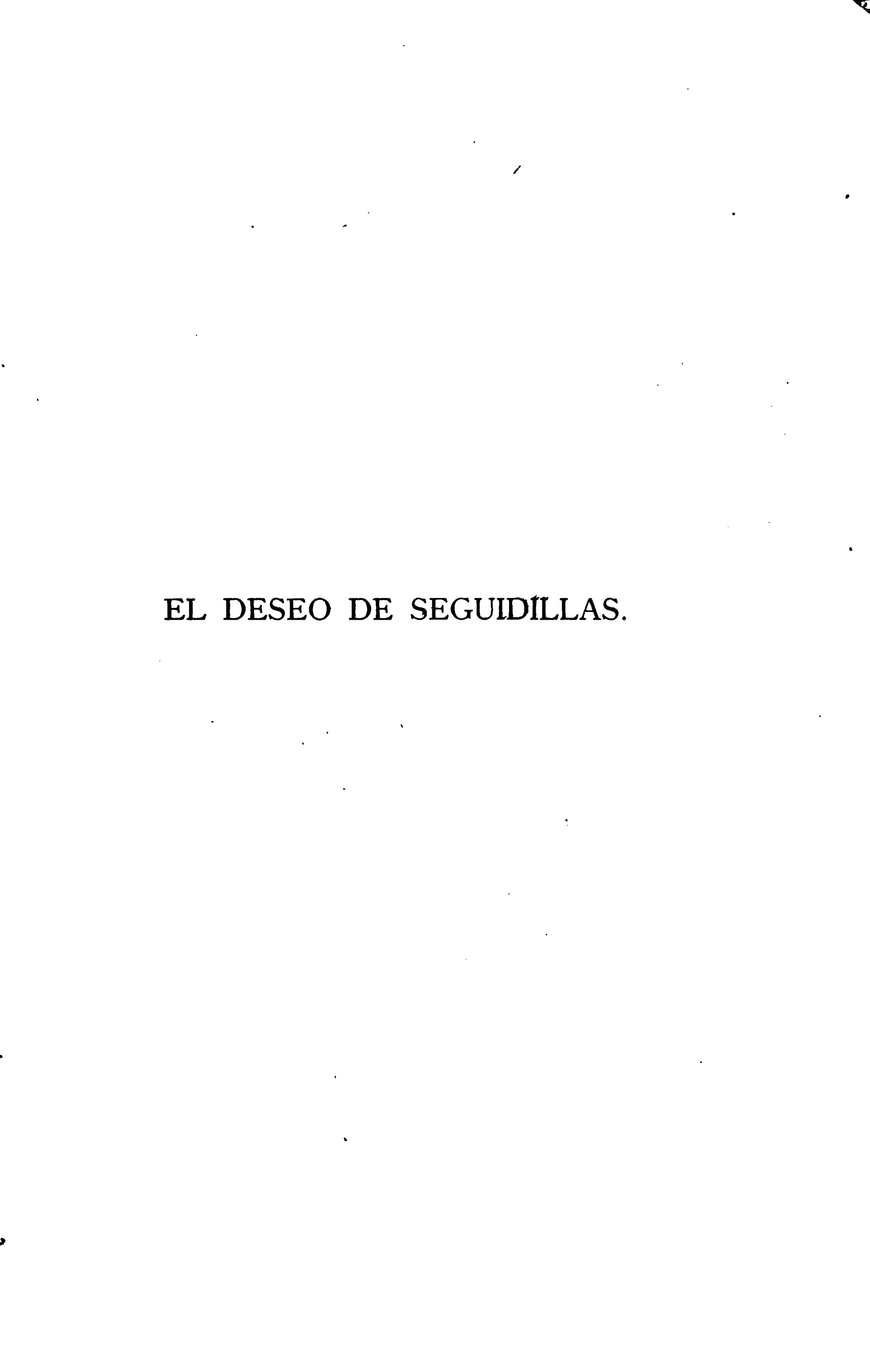
ALIFONSO. Es que estas son
como los perros, que callan
todos, y en ladrando uno,
al instante todos ladran.

ALGUACIL 1.º Pues callen, y acábese esto,
que aunque soy alguacil, gracias
á Dios, no quiero que por
mí nadie pierda nada.

TODOS. ¡Viva el señor alguacil!

TÍO PEROL. Y entre tanto que yo vaya
con éste á alcanzarlos, todos
aquí esperen, que ajustada
la discordia, ha de ser todo
meriendas, bailes y zambras.

TODOS. Y aquí se acaba el sainete;
perdonad sus muchas faltas.



EL DESEO DE SEGUIDILLAS.

PERSONAS

D. JUAN. }
D. ANTONIO. } *Amigos.*
D. FRANCISCO. }
D. PEDRO. }
BASTIÁN: } *Manolos.*
ALONSILLO. }

LA TÍA LORENZA, *manola, mujer de Bastián.*
GERTRUDIS, *su sobrina.*
MARICA, *manola, novia de*
MANOLILLO, *manolo.*
Majos y majas que no hablan.

El teatro representa calle pública.



Salen por un lado D. JUAN *y* D. ANTONIO *de paisano, y por el otro* D. FRANCISCO *y* D. PEDRO *de capa, peluquin y chupa á lo majo.*

JUAN. ¡Qué lástima que las ferias
se hayan acabado!

ANTONIO. Es cierto,
que mejores quince días
no los hay en este pueblo.

JUAN. ¡Hombre hay que se va á pasear
hacia allá en amaneciendo,
y hasta las diez de la noche
suele durar el paseo!

Sale FRANCISCO.

FRANCISCO. ¿Con que ello hasta el Lavapiés
no hemos de parar, don Pedro?

PEDRO. Y por mi gusto, me había
de quedar allí de asiento.

FRANCISCO. Teneis vocación de tuno,
amigo.

PEDRO. Yo lo confieso;
pero como dijo el otro,
Dios me entiende y yo me entiendo.

FRANCISCO. ¿Y por dónde hemos de echar,
que es un barrio en que no creo
he estado en toda mi vida?

PEDRO. Gire usted todo derecho,
bajaremos por la calle
del Olivar.

JUAN. ¡Caballeros!
(Reparando en D. Francisco y D. Pedro.)
¿De capita tan temprano?

FRANCISCO. ¿Señores, á dónde bueno
por aquí?

JUAN. Hacia la comedia
un rato, que aún no está el tiempo
para apetecer el sol.

ANTONIO. ¿Y cómo en los días primeros
de la temporada faltan
dos tan firmes mosqueteros
de nuestra tertulia?

FRANCISCO. Yo
tenía ese pensamiento,
ó ya fuese por costumbre,
ó fuese por el deseo
de ver qué tal nos hacían
la primer comedia; pero
pasó por casa el amigo,
y me hizo dos argumentos
tan graciosos y eficaces
que al fin no he podido menos
de seguirle al Lavapiés.

JUAN. ¿Sarao de candilejo
hay armado?

PEDRO. No le hay
armado, mas le armaremos

si Dios quiere.

JUAN. ¡Que tengais
ese gusto tan perverso,
tan vil y tan chavacano!

FRANCISCO. No seais bobo, don Pedro,
vámonos á la comedia
á ver qué nos dan de nuevo.

ANTONIO. Puede ser que la Mariana
cante algo.

JUAN. Ó quizá tendremos
algún baile.

FRANCISCO. Vamos, hombre.

PEDRO. Dígole á usted que no quiero,
que estoy de arias y cabriolas
atestado hasta los sesos,
y me he empeñado en oir
á una muchacha de trueno
cantar esas seguidillas
manchegas, con su instrumento,
y verlas bailar con toda
el alma y con todo el cuerpo.

JUAN. ¡Cosas vuestras!

PEDRO. Cosas mías
serán; pero yo me acuerdo
de que he nacido en España,
y de en cuando en cuando quiero
ir á mi tierra.

FRANCISCO. ¿Pues dónde
estais?

PEDRO. No lo sé de cierto:
sólo sé que cuando voy
á los arrabales nuestros,
veo bayeta y rodetes,
paño pardo con remiendos,
mujeres que laven, críen
y cuiden de su puchero;
hombres que vengan cansados
del trabajo, y tosan recio,
y que de cada suspiro
echan una casa al suelo.

FRANCISCO. ¡Bravo gusto!
PEDRO. Y sobre todo,
yo discurro cuando veo
aquellas mujeres bravas
y diligentes, aquellos
hombres tan mal afeitados,
y aquellos chicos en cueros,
que así como á las montañas
de Asturias se recogieron
los últimos godos, por
tener los sarracenos
el mayor poder, así
se albergan á los extremos
de Madrid las pocas barbas
que nos han quedado, huyendo
la inundación de bellezas,
modistas y peluqueros
que han arrasado el bigote
de la patria á sangre y fuego.
FRANCISCO. ¡Hombre, teneis unas cosas
que no pareceis por cierto
hombre de bien ni de gusto!
PEDRO. Á mí me gusta lo bueno,
y he asistido á las zarzuelas
los bailes y los conciertos
puntual; pero como son
extraordinario alimento
los faisanes para mí,
me he saciado, y apetezco
mi antigua olla de cascos
y de carne de pescuezo.
FRANCISCO. Pues no lo digais delante
de muchos, y buen provecho.
PEDRO. Delante de todo el mundo;
¿pues qué es acaso defecto
de honor ni de religión
el decir que los festejos
de mi tierra me divierten?
Amigo, lo que yo veo,
y á un ladito adulaciones,

que los mismos extranjeros
y paisanos que las culpan
y hacen ascos, en oyendo
unas buenas seguidillas,
se levantan del asiento,
y al ver bailar el fandango
les da convulsión de nervios.

ANTONIO. En eso no hay la menor
dificultad.

JUAN. Pero hablemos
claro, ¿hay partido ajustado,
ó teneis conocimiento
por allá en alguna casa
donde la tarde pasemos?

PEDRO. Tengo yo allí una Lorenza,
un tío Sebastián, yesero,
y un Manolillo, tallista,
que se apostarán á textos
y erudición picaresca
con Torres y con Quevedo.

ANTONIO. Pues eso no es de perder.

FRANCISCO. Vámonos allá, y dejemos
por hoy la comedia.

PEDRO. Ved
que allí quizá no tendremos
canapés, turés ni batas,
ni sacarán el refresco
en vasos de talco, ni
oireis arias de instrumentos
obligados.

ANT. *y* JUAN. ¿Pues qué habrá?

PEDRO. Un gabinete tan negro,
como colgado de humo
natural, unos asientos
sin respaldos; si pedís
de beber, un jarro viejo;
si quereis bailar, guitarra,
castañuelas y pandero;
y si os gusta alguna moza
y la empezais con requiebros,

os responderá: ¡pues!... ¡vaya!...
¡toma!... ¡ya me lo dijeron!...
¡hola!... ¿Qué me cuenta usía?
Póngase usía más lejos,
que hace calor, y se chafa
con la gerga el terciopelo...
¡que si quiés! ¡afuera, chucho!
Y si se ven en aprieto,
sueltan el reloj y acaban
en la hora el argumento.

LOS TRES. Vamos allá.

PEDRO. Sin embargo,
¿Veis sólo este triste peso
gordo? Pues distribuído
en una vela de sebo,
cuerdas para la guitarra,
su vino, sardinas, huevos
duros, pan y uvas jaenes,
nos ha de dar un festejo
y una merienda á la ley;
nos ha de sobrar dinero,
y nos han de preguntar
al salir, cuándo volvemos.

JUAN. ¡No creí que eras tan tuno,
ni bromista!

PEDRO. ¡Más de ciento
sé yo que lo disimulan,
y pueder ser mis maestros!

LOS TRES. Vamos á aburrir la tarde.

PEDRO. Á la vuelta nos veremos. *(Vanse.)*

Casa pobre: y salen como de casa la TÍA LORENZA *y* GERTRUDIS, *y por el otro lado* MARICA *con un pandero muy encintado, y así éstas como las demás que saldrán después, de rodetes.*

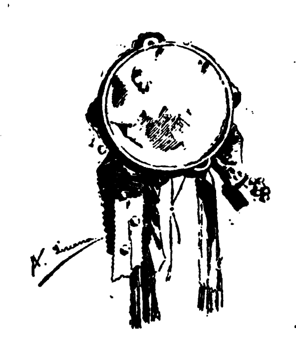
MARICA. Tía Lorenza, ¿está usted en casa?

LORENZA. ¿Qué traes?

MARICA. Vea usted qué pandero
me feriaron ayer tarde.

LORENZA. ¡Valientes ferias por cierto!

MARICA. Tal cual son, yo las estimo,
y me alabaré á lo menos
de que me le dió, digamos,
un hombre de fundamento.



GERTRUDIS. ¡Mire usted, qué media libra
de pernil para el puchero!

MARICA. Veamos las ferias de ustedes,
ya que hacen tanto desprecio
de las mías.

GERTRUDIS. Unos vasos
tiene mi tía allá dentro,
que arrojados en la calle,
cualquiera dará por ellos
un peso gordo. ¡Esas sí
son prendas de caballeros
de pelo propio y galones,
que honran con sólo el resuello!

MARICA. ¡Anda fuera, vaniá;
y se quitaba los piejos!

Sale BASTIÁN.

BASTIÁN. Por siempre sea alabado
el que mata los gallegos.

LORENZA. ¿Cómo vienes tan trempano,
Sabastián?

BASTIÁN. Ya no hay más yeso
que llevar por esta tarde:
daca la capa que quiero
ir un rato á la comedia
á ver si á Torre le han puesto
buen papel en el sainete.

Sale ALONSILLO.

ALONSILLO. ¿Tiene usted mucho dinero,
tío Sabastián?

BASTIÁN. ¿Qué se ofrece,
Alonsillo?

ALONSILLO. Es que no tengo
para ir esta tarde un rato
al patio del coliseo
del Príncipe.

BASTIÁN. ¿Oyes, y sabes
si nos echan algo bueno?

ALONSILLO. Sí, amigo: ¡qué gran comedia!
¡Vaya, vaya, que yo apuesto
no han hecho en todo el verano
obra de más lucimiento!

BASTIÁN. ¿Y tiene tramoyas?

ALONSILLO. No;
pero hay un sainete bueno,
tonadillas, seguidillas,
y ¡qué sé yo qué!

BASTIÁN. ¡Me alegro!
Pues hombre, vamos allá:
daca la capa.

LORENZA. No quiero,
porque con una peseta
que vas á gastar, tenemos
mañana para comer,
y unos probes jornaleros
no se han de divertir más

que los días de fiesta.

BASTIÁN. Eso
no es de tu cuenta; la capa.

Sale MANOLILLO.

MANOLILLO. Buenas tardes, caballeros;
¿qué haces aquí tú, Marica,
y la puerta abierta?

MARICA. Vengo
ahora mesmo.

MANOLILLO. ¿Dónde está
tu madre?

MARICA. Fué al río.

MANOLILLO. ¿Me has remendado el chaleco?

MARICA. No, que he estado todo el día
encintando mi pandero.

MANOLILLO. ¡Y que me haya dado Dios
este genio tan abierto
para regalarte á tí
con la esperiencia que tengo
de lo mal que me lo pagas!

BASTIÁN. Daca la capa.

LORENZA. ¡Es empeño
que no has de ir á la comedia!

BASTIÁN. ¿Cuánto há que no te solfeo,
Lorenza?

LORENZA. Ya há algunos días:
aguarda, á ver si me acuerdo.

GERTRUDIS. Yo me acuerdo, tía, desde
el día de San Lorenzo.

BASTIÁN. Es verdad: la capa, ó voy
por la varita allá dentro.

ALONSILLO. Tome usted la mía, ó yo
la dejaré aquí, é iremos
los dos á lo militar,
ó sino, vamos en cuerpo
á la taberna, que allí
no hay gente de cumplimiento.

MANOLILLO. Vamos de aquí, con licencia *(Á Marica.)*
de los señores, que tengo
que decirte...

Salen D. PEDRO, D. JUAN, D. FRANCISCO *y* D. ANTONIO.

PEDRO. ¡Tía Lorenza!
LORENZA. ¡Oh señores, caballeros!
GERTRUDIS. Sean ustedes bien venidos.
BASTIÁN. ¡Vaya, vaya! ¿Qué buen viento
los arroja acá esta tarde?
PEDRO. Venimos con un empeño
con usted, tío Sebastián.
BASTIÁN. Ya sabe usted que deseo
servirle: como yo pueda,
mande usted, señor don Pedro.
PEDRO. Pues es necesario armar
un ratico de bureo
para divertir la tarde,
porque venimos hambrientos
de seguidillas.
LORENZA. Por mí,
ya sabe usted que es el dueño
de la casa y las presonas.
FRANCISCO. ¡Querida, qué lindo pelo
tiene usted!
GERTRUDIS. Pues todo es mío.
FRANCISCO. No se puede creer sin verlo.
GERTRUDIS. Sáquese usted bien los ojos
hacia fuera, y véalo.
FRANCISCO. ¡Fuego
de Dios, y qué gentecilla!
GERTRUDIS. ¡Qué traza de bollo tierno
sin sal tiene el tal señor!
JUAN. Aunque sea atrevimiento,
¿es la señora mujer?
MANOLILLO. Yo no lo sé, pero creo
que las faldas dan más señas

de mujer que de camello.

JUAN. Yo pregunto, mujer propia.

MARICA. No señor: ¡tengo mal genio
yo para apropiarme á naide!

JUAN. ¿Y por qué?

MANOLILLO. ¡También es eso
querer saber mucho! Ella
se entenderá, y yo la entiendo.

PEDRO. ¿Y Manolillo el tallista?

MANOLILLO. Aquí estoy, señor don Pedro:
¿no me ha visto su merced?

PEDRO. No, amigo, ¡cuánto me alegro!
¿Se trabaja mucho ahora?

MANOLILLO. No señor, lo más que hacemos
al año son cornucopias
de talla dulce, y espejos
para las mujeres.

PEDRO. ¡Vaya
que todo vale dinero!
¿Y la guitarra?

MANOLILLO. Encordada
á la ley; y aquí la tengo
en casa de ésta, que es ahora
archivo de mis secretos,
y yo lo soy de los suyos.

MARICA. Sino, vea usté; este instrumento
me ha feriado!

MANOLILLO. Calla, tonta,
que se abichorna un sujeto
de escuchar sus alabanzas:
estímalo tú, y callemos,
que en un lance así, cualquiera
sabe gastar el dinero.

PEDRO. Pues marcha por la guitarra; *(Vase Manolillo.)*
y usted avise al momento
á las vecinas, y á alguno
que traiga que merendemos.

ALONSILLO. ¡Esa es una gran palabra!

LORENZA. ¿Para qué son cumplimientos?
No, señor.

PEDRO. Aquí está un duro.
LORENZA. Nosotras le ablandaremos.
PEDRO. ¿Qué ha de ser?



LORENZA. Lo que usted quiera.
PEDRO. ¿Creerá usted que aún me acuerdo
de aquel gazpacho de marras?
LORENZA. ¿Sí? ¡Pues verá usted qué presto
le dispongo!
PEDRO. ¡Qué gazpacho!
¡Aún me saben bien los dedos
á él, cuando me los chupo!
BASTIÁN. Y vaya, sin cumplimiento,
¿lo beben ustedes blanco,
ó tinto?
FRANCISCO. Acá bebemos
de todo.
BASTIÁN. Esa es la causa
de andar tantos escupiendo.
LORENZA. Voy á disponerlo todo. *(Vase.)*
GERTRUDIS. Tomen ustedes asiento
entre tanto.

Sale MANOLILLO.

MANOLILLO. Aquí estoy yo:
¿pero sabe usted qué pienso?
¿Qué milagro es el que falten
ustedes del coliseo
esta tarde?
FRANCISCO. Estar ahitos
de bailes y cantos serios,
y querer oir y bailar
seguidillas.
BASTIÁN. ¡Pues, don Pedro,
con perdón de usted, yo juzgo
que los bailes extranjeros
y las arias italianas
de moda, son mucho cuento!
MANOLILLO. Vaya, hombre, haga usted cuenta
que para mí todo aquello
me parece que no es más
que un fandango por lo serio.
ANTONIO. Sin embargo, allí se baila
con arte y conocimiento.
ALONSILLO. ¡Hombre hay por acá en el barrio
que en bebiendo de lo negro
un cuartillo más, no da
un paso sin contratiempo!
FRANCISCO. ¿Y las arias?
GERTRUDIS. No me gustan,
porque yo no las entiendo
una palabra.
BASTIÁN. Yo sí,
y me quedo boqui-abierto.
MANOLILLO. Yo no, porque no me río.
ALONSILLO. Para mí todo es muy bueno,
y me divierte.
MARICA. Á mí nada
me divierte en no saliendo
el de los botones gordos,
el cagalaolla, el viejo

y no habiendo tonadilla
para rematar el cuento.

FRANCISCO. ¡Alternado uno con otro
todo es gran cosa!

PEDRO. Dejemos
la conversación, y vamos
á nuestro asunto.

MANOLILLO. Cantemos
algo.

MARICA. Canta tú, Manolo,
porque oigan el instrumento
y acudan alguna cosa.

MANOLILLO. Yo canto como un becerro;
pero algunas seguidillas
las vomitaré.

TODOS. Silencio.

MANOLILLO. La cartilla he estudiado *(Canta.)*
letra por letra,
y tan sólo he aprendido
peapa Pepa.
Come pimientos,
te pondrás colorada
como un cangrejo.

FRANCISCO. «¿Dónde nos habeis traído?» *(Aparte.)*

PEDRO. Poco á poco, caballeros,
que esto es empezar.

FRANCISCO. ¿Por dónde,
si así empieza, acabaremos?

BASTIÁN. ¿Estás ronco, Manolillo?

MANOLILLO. ¿Quién? ¿yo ronco? no por cierto;
antes tengo ahora una voz
como un ángel.

FRANCISCO. «Con cencerro.» *(Aparte.)*

BASTIÁN. Sobrina, canta tú algunas:
¿Quieres que te acompañemos?

MANOLILLO. Canta un dúo con tu tío,
nos darás un rato bueno.

GERTRUDIS. En ese caso, mejor
cantaré sola.

TODOS. Silencio.

GERTRUDIS. En mi calle me dicen, *(Canta.)*
¡ole! ¡ole! ¡ole! ¡ay, Manolillo!
que soy usía, que soy usía,
porque amo á un escribiente
de lotería.
Andar, andallo,
y el que tuviere envidia
llame á Cachano. ¡Ole!
¡Ole! que le requiero,
¡ole! porque me hechiza,
¡ole! que es un muchacho,
¡ole! de fantasía.
¡Ole! ¡ole! ¡ole! un escribiente
de lotería.
Y si llegamos
á sacar algún terno,
tendremos ambo.

PEDRO. ¿Y ahora qué dicen ustedes?

LOS TRES. ¡Amigo, esto es mucho cuento!

LORENZA. Ya está aquí la gente.

Salen de majos y majas los que quisieren.

TODOS. ¡Dios
bendiga todo lo güeno!

JUAN. Amigo, ¡valiente flota!

LORENZA. Pues no hay que perder tiempo,
que aquí se viene á bailar.

FRANCISCO. Pues que bailen.

MARICA. Los primeros,
que han de bailar son usías.

LORENZA. Y si no, toco á despejo. *(Vase.)*

GERTRUDIS. Eso es, que para hacer bulra,
con nosotras mismas semos
bastantes.

PEDRO. ¡Dice muy bien!
Chica, toca ese instrumento,
y brinque más el que pueda.

TODOS. Que viva el señor don Pedro.

MANOLILLO. La cartilla he estudiado, etc. *(Canta.)*
TODOS. Prosiga.

Bailan al son de pandero ó panderos entre ocho.

LORENZA. Vengan ustedes, *(Sale.)*
que ya está el gazpacho hecho
en casa de esta vecina
que ha comprado platos nuevos
y cucharas en la feria,
y también allí podremos
bailar, que es mejor la sala.
MARICA. Tanta dicha no merezco,
mujer.
BASTIÁN. Señores, lo mismo
que en mi casa, y en viniendo
su madre, verán ustedes
una moza de talento.
MANOLILLO. Y que ni el mayor doctor
dará mejores remedios
que ella para las lombrices,
los sabañones y el muermo.
Vamos donde ustedes manden.
MARICA. ¿Pues si hemos de ir, qué hacemos?
BASTIÁN. Aguárdate, que es preciso
mostrar agradecimientos
debidos por tantas horas,
á quien hoy se las debemos.
MANOLILLO. Y todo el año.
MARICA. Por mí,
todo lo más en que puedo
servirles, es en que canten
una tonadilla.
ALONSILLO. Bueno,
que no estamos obligados
á más de lo que podemos.
TODOS. Implorando á sus piedades
que perdone nuestros yerros.

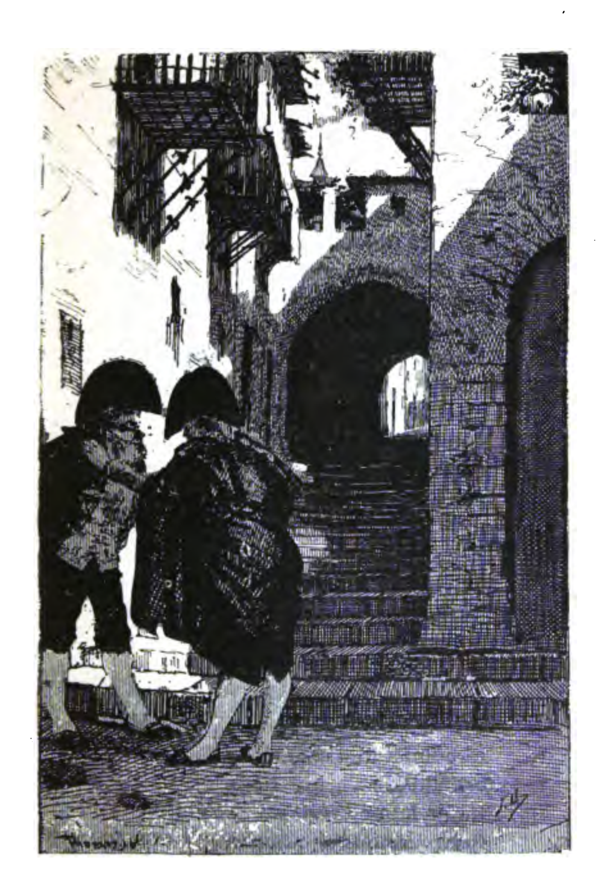
LAS FRIOLERAS.

PERSONAS

—

EL SEÑOR DEL PUEBLO.
UN CABALLERO AMIGO SUYO.
UN LABRADOR RICO.
EL ALCALDE.
EL MÉDICO.
EL BOTICARIO.
UN TUNO.
EL SACRISTÁN.
EL ZAPATERO.
EL MAESTRO DE LA ESCUELA.
EL SANTERO.
UN REGIDOR.
UNA TABERNERA MAJA.
OTRA MAJA, *su compañera*.
LA MUJER DEL SACRISTÁN.
UNA LABRADORA VIUDA.
LABRADORAS.
LABRADORES.

La escena se representa en la Plaza de un lugar de Castilla.



Coro de LABRADORES *y* LABRADORAS, *que cantan dentro en aire festivo: y salen escuchando, de capas y monteras, como disfrazados, el* SEÑOR DEL PUEBLO *y su* AMIGO.

Coro dentro.

Voces, é instrumentos
festivos aplaudan
al dueño benigno
de nuestra comarca:
pues carga á sus vasallos de piedades
y de injustas pensiones los descarga.

AMIGO. ¿Amigo, es grande el lugar?
SEÑOR. Tendrá más de cuatrocientos
vecinos, útiles todos,
exceptuando los viejos,
que no pueden trabajar.
AMIGO. Así está todo su suelo
tan cultivado, y las casas
todas en pié: teneis, cierto,
aquí bella posesión.
SEÑOR. Amigo, es la que más quiero,
entre cuantas, á Dios gracias,
me dejaron mis abuelos.
AMIGO. Y debe de ser la gente
alegre, pues lo primero
que hemos oído es la bulla
de voces y de panderos.
SEÑOR. Quizá la están preparando
para mi recibimiento,
como escribí que venía;
aunque pensé desde luego,
como sabeis, apearme
en ese vecino pueblo
mío también, y venir
desconocido á cogerlos
descuidados, y que fuese
día de labor: con eso
observaremos si cumple
cada uno con aquello
que está á su cargo.
AMIGO. Y así
averiguareis si es cierto
lo que os dicen del Alcalde.
SEÑOR. Ese es el primer objeto
que me trae: todos se quejan
de él, me dicen que es necio,
intrépido y poltrón.
AMIGO. ¡Malo!
SEÑOR. Él me informa que está quieto
el lugar, y si le pido
dictamen sobre algún cuento,

dice que son frioleras:
con que ciertamente suelo
dudar en los más asuntos,
y exponerme al resolverlos.

AMIGO. Pues para salir de dudas
pensasteis el mejor medio;
y fué fortuna que nadie
alcanzase á conocernos.

SEÑOR. No era tan fácil en este
traje: lo que yō me temo,
por no tener de las calles
cabal noticia, que demos
en alguno de los sitios
públicos, y no me atrevo
á preguntar por la casa
del Escribano.

AMIGO. Pues eso
yo lo haré, que soy aquí
desconocido por ellos.

SEÑOR. Bien decís.

AMIGO. Pues embozaos,
que por allí venir yeo
una cosa, que parece
mujer.

SEÑOR. Y lo es con efecto.

Retirados un poco los dos, sale la LABRADORA VIUDA, *con su mantilla larga negra, un cabo de vela en la mano, y en la otra una aceitera.*

VIUDA. Dios le haya perdonado:
¡Qué buen hombre era mi Pedro!
¡Á fe, si viviera él,
ya habría puesto remedio
á las cosar del lugar!
¡Imposible con su genio
fuera aguantar estas gentes,
cuando á mí, por mucho menos,
solía molerme á palos!
Téngale Dios en el cielo,

y dele allá tanta gloria,
como acá falta me ha hecho.

AMIGO. Señora, Dios guarde á usted
y la llene de consuelos.

VIUDA. Con uno había bastante,
si el señor quisiera hacerlo.

AMIGO. Ya se ve, con otro novio.

VIUDA. ¡Jesús! ¡Señor, ni por pienso!
Para eso está todavía
muy reciente el contratiempo.
Quédese á Dios el buen hombre,
que á mi estado y á mi sexo
no es la detención decente.
(Mírale y dice aparte:)
«Y es buen mozo, con efecto.»
¿Me tiene usted que mandar?

AMIGO. Tan sólo saber deseo
dónde vive el Escribano.

VIUDA. Un mes ha se fué á paseo
á la Corte.

AMIGO. ¿Y el Alcalde?

VIUDA. De día no está en el pueblo
va á ver cómo le cultivan
sus olivas y majuelos.

AMIGO. El Alcalde hace muy mal,
que aunque el lugar esté quieto,
puede ofrecerse algún lance.

VIUDA. ¿Quietud? Ya se va perdiendo
el buen aquel que tenía
entre todos este pueblo;
pues aunque es bueno el señor,
este año le propusieron
á tres tontos para Alcaldes,
y nombró al más tonto de ellos,
por empeño de un vasallo,
que le prestó unos dineros
á su señoría. Todo
se sabe, porque mi Pedro
era el *plus ultre* de aquí:
tenía voto en concejo,

y asistía á la tertulia
de la botica: ¡qué buenos
ratos me daba después
de cenar, sentado al fuego!
Me contaba todo cuanto
había en el lugar de nuevo:
traía á casa la Gaceta,
y á mí y á un niño de pecho
que teníamos entonces,
nos leía muchos cuentos
de las Indias, de los moros,
y otros lugares más lejos.
¡Ah, señor! ¡Perdí yo mucho!
¡Y qué mozo era tan bello,
mejorando lo presente! *(Risueña.)*

AMIGO. Yo vuestras desgracias siento;
pero decidme, ¿el Alcalde
hace justicia?

VIUDA. Antes creo,
señor, que aquella que había
en el lugar la ha deshecho.

AMIGO. ¿Y los regidores?

VIUDA. Uno
fué á Valladolid á un pleito,
y el otro está en la taberna
todo el día, divirtiendo
una tabernera, que
unos dicen vino huyendo
de Madrid, y otros que no.
Yo no lo sé, que harto tengo
que hablar de mí, sin hablar
de ninguna; lo que es cierto,
es que ella trae cuasi todo
el lugar al retortero.

AMIGO. ¿Y hoy por qué hay baile?

VIUDA. Porque
dicen que ha de venir presto
el señor. ¡Si usted le viera,
qué afable es, y qué discreto
mejorando lo presente!

AMIGO. Yo le conozco.
VIUDA. Me alegro,
y pues sois su conocido,
venid á casa hasta luégo
que venga el Alcalde.
AMIGO. ¿Y dónde
vais con esa luz?
VIUDA. Yo vengo
de la iglesia de encender
las lámparas.
AMIGO. ¿Pues qué, de eso
no cuida el Sacristán?
VIUDA. Nada,
señor: anda en devaneos
también con la de Madrid,
y como hace mucho tiempo
que está enfermo el señor cura,
y no puede dar remedio,
las cosas van como van,
y cada cual anda suelto
á su libertad; hay mucho
que decir, pero no quiero
murmurar; á Dios, señor;
y sin embargo que veo
venir por allí al Alcalde,
si gustais que un rato hablemos
de mi amo, y descansar,
mi pobre casa os ofrezco:
cualquiera os dará razón
de la viuda del Bermejo,
que era rubio como usted:
téngale Dios en el cielo. *(Vase.)*
AMIGO. La viuda, amigo, de plano
cantó; sin duda está hecho
una lástima el lugar.
SEÑOR. Yo os aseguro por cierto
se han de acordar de mí algunos,
y que antes de recogernos,
hemos de apurarlo todo.
AMIGO. Embozaos, porque pienso

que el que llega es el Alcalde.

SEÑOR. Mejor será sorprenderlo,
y ver qué muestras nos da
de su juicio, para hacernos
cargo con ambos informes,
y obrar después con acuerdo.

Sale el ALCALDE *montado en un burro, que guia del cabezón el* LABRADOR 1.º, *cantando el aire que más le acomode.*

ALCALDE. El juez y el escribano, *(Cantando.)*
que hay en la villa,
labrando están dos casas
á la malicia;
siendo los planos
hecho de mano y pluma
del escribano.

LABRADOR 1.º Ese cantar lo sacaron
por usté.

ALCALDE. Ya lo sabemos:
y á mí me gusta, porque
los que me tienen por necio,
verán que en el lugar, otros
me celebran de discreto.
Arre, burro.

LABRADOR 1.º Muy mal trato
le dais al pobre jumento;
págueme usted los dos meses,
que hace hoy, que se está sirviendo
de mi borrico, y mañana
busque otro animal.

ALCALDE. No quiero,
que este tiene muy buen paso.

LABRADOR 1.º Ándese usté á pié.

ALCALDE. No puedo,
que es contra la autoridad
del oficio.

LABRADOR 1.º Si es por eso,
págueme usted, y por mí
prosigamos.

ALCALDE. Debo, debo.

LABRADOR 1.º Pague, pague, y no ande á costa
de pobres en piés agenos.

ALCALDE. Calle que yo en esto á nadie
le puedo dar mal ejemplo; *(Se apea.)*
pues yo le tomo de algunos
del mundo, que andan muy tiesos
en coche, y quizá no tienen
cochino para el puchero.
Marcha, y á la propia hora
mañana en el mismo puesto.

LABRADOR 1.º Dios traiga al amo, porque haga
que todos andeis derechos. *(Vase.)*

ALCALDE. ¿Un hombre como yo á pié?

SEÑOR. Ahora es ocasión, lleguemos.

LOS DOS. ¿Señor Alcalde?

ALCALDE. ¡Señor!...
¡Usía!... ¿pues cómo es esto?

SEÑOR. Humorada de venir
con un amigo en secreto,
á ver cómo están las cosas
del lugar.

ALCALDE. Todo está bueno,
á los piés de usía: ¿usía
cómo lo pasa?

SEÑOR. No tengo
novedad.

ALCALDE. ¡Gracias á Dios!
Pues yo ya tengo dispuesto
el palacio, y los vecinos
mil invenciones han hecho
para festejar á usía.

SEÑOR. Á todos os lo agradezco;
pero nada me complace,
hasta tocar por mí mesmo
si hay paz y justicia.

ALCALDE. Todos
están como unos corderos.
Voy á avisar á la gente
al instante.

SEÑOR. Deteneos,

que mientras vais á mi casa
á prevenir que yo vengo
esta noche, quiero oculto
dar al lugar un paseo.

ALCALDE. ¡Jesús qué fortuna! ¡Vaya,
de gozo no cabe el pecho!

AMIGO. ¿Os va bien con el oficio?

ALCALDE. Sí señor, es estupendo.

AMIGO. ¿Y no es de mucho trabajo?

ALCALDE. Si yo fuera majadero,
sí señor; pero yo tomo
las cosas con gran sosiego:
rondo cuando me parece;
si hay quimeras, huyo el cuerpo;
si me regalan lo tomo;
si hay avenidas me encierro
en casa; y me bajo al río
si sucede algún incendio:
en los bautizos y bodas,
me llegan á mí el primero
la bandeja, con que saco
ración doble; y así pienso,
ya que mis antecesores
tomaron siempre gruñendo
la vara, decir al amo,
que me haga Alcalde perpétuo.

SEÑOR. ¿Y pleitos no hay?

ALCALDE. No señor:
yo he desterrado los pleitos.

SEÑOR. ¿Y hay muchas quejas?

ALCALDE. Tampoco.
¡Ojalá que hubiera ciento
cada día!

AMIGO. ¿En qué consiste
esa paz?

ALCALDE. En que al primero
que se me viene á quejar
de algo, aunque le hayan muerto
á su padre, sea mentira
ó sea verdad, le condeno

en cien ducados, dos pares
de grillos, y un mes al cepo,
y así ninguno se queja
de nadie, y todos sus cuentos
los litigan á cachetes:
el que sacude más tieso
gana el pleito en un instante,
y luégo exige el barbero
las costas del que le pierde.

SEÑOR. ¡Sois hombre de gran talento!
Vaya, haced lo que os he dicho,
que hacia la plaza os espero.

ALCALDE. Ya, ya, yo le diré á usía...
á los piés de usía... Hasta luégo.
¡Qué contento está! Sin duda
me hacen Alcalde perpétuo. *(Vase.)*

AMIGO. Este hombre es tonto.

SEÑOR. Mas no
tonto para su provecho,
según concibo: en fin, vamos
á la plaza, que yo creo
que allí podremos tomar
de todo conocimiento.

AMIGO. No os irriteis....

SEÑOR. Antes bien
he pensado de lo mesmo
que siento que me suceda,
brindaros un pasatiempo.

Vanse, y descubriéndose la plaza, á la derecha estará la puerta de la taberna: á un lado el SANTERO *con la tablilla, que figure y no sea, de la demanda, y un vaso de vino: al otro el* REGIDOR *con la guitarra, y delante las dos* MAJAS *bailando con el* TUNO *y el* SACRISTÁN: *á la derecha la botica, y delante una mesa en que juegan á la malilla el* RICO, *el* BOTICARIO, *el* MÉDICO *y el* MAESTRO DE LA ESCUELA, *y en medio está el corro de* LABRADORES *bailando al son de panderos, sonajas, castañuelas, etc.*

Coro de labradores.

Voces é instrumentos
festivos aplaudan, etc.

TABERNERA. ¿Seo Regidor, canta usted,
ó me amostazo y lo dejo?
MAJA. Ya sabemos de memoria
el pasa-calles,
TABERNERA. Ligero,
que en teniendo los piés fríos,
se desazonan los cuerpos.
REGIDOR. Se me olvidan los cantares;
pero allá va este, que es bueno.
(Cantan y bailan los cuatro seguidillas.)
Aunque usen los amantes
distintas voces,
lo propio dice el majo,
que los señores.
Sólo es lo vario,
que estos entran pidiendo,
y esotros dando.

Al bastidor el SEÑOR *y el* AMIGO.

AMIGO. ¡Qué aplicada está la gente!
SEÑOR. Sí: pero nadie al trabajo.
MAJA. Dejemos por ahora el baile,
que me parece que ha entrado
gente forastera.
TABERNERA. Á ver: *(Sin menearse.)*
ya me ha dado en el olfato
que son gente de Madrid,
y caballeros entrambos.
MAJA. Si traen monteras...
TABERNERA. No importa:
¿no ves que traen los zapatos
de toda moda, y que saben
embozarse á ley? Es claro.
Ya tengo yo diversión
esta tarde para un rato.
(Vase acercando poco á poco, y el Tuno y Sacristán como suspendidos.)
RICO. ¿No reparó usté en el as
que descubrió el Boticario?

¿Por qué no triunfó al instante?
MAESTRO. Porque eran mis triunfos bajos.
MÉDICO. ¡Ojalá! que entonces yo
asegurara mis bastos.
BOTICARIO. Yo solito le tenía.
AMIGO. ¿Señorita, se ofrece algo?
(Á la Tabernera, que pasa como reconociendo.)
TABERNERA. Nadie ofrece sin hablar;
ni ofrezco, ni doy: rogando
suelo yo decir que no.
AMIGO. Sereis de genio tirano.
TABERNERA. No mucho, á los que se mueren
en viéndome, no los mato.
AMIGO. Pues yo aún vivo.
TABERNERA. Poco á poco,
señor, que ahora empezamos.
SACRISTÁN. ¡Mocita, ya sabe usted
(Llegándose á la Tabernera, que no le hace caso.)
que no es esto lo ajustado!
TABERNERA. ¿Y esotro señor es mudo? *(Por el Señor.)*
SACRISTÁN. Á usted no le viene al caso,
que sea mudo, ó no lo sea:
¿no oye que le están hablando?
TABERNERA. ¿Pero hablaba usted conmigo?
(Mirando ahora al Sacristán.)
SACRISTÁN. Sí señora, con ella hablo,
que es una gran grosería
desairar á un hombre blanco,
y estando hablando con él,
dejarle por los extraños:
¡pues cuidadito conmigo,
que no soy hombre que aguanto
floreos!
TABERNERR. ¡Anda, chiquita!
¿Y lo dice usté enojao?
Ah, caballeros, ¿quién tiene
gana de echar un gargajo,
para anegar á este hombre?
SACRISTÁN. ¿Pues cómo conmigo?
TUNO. Paso,

que á esta madama nenguno,
(Poniéndose en medio.)
sino yo, puede hablar alto.

TABERNERA. Añide sardinas, que
van viniendo convidados:
¿y usted por qué? seo oficial
de trapero reformado:
¿usted, por qué?

TUNO. Porque tengo
la dicha de ser paisano
de usted, somos de un oficio,
y hemos vivido en un barrio.

TABERNERA. ¡Vaya! ¿Y de dónde soy yo?

TUNO. De Madrid: ¿qué nos cansamos?
Usted tenía su lonja
de tostones en el Prado,
prima hermana de la Tuerta,
que vendía este verano
avellanas verdes.

TABERNERA. Cierto.
¿Y usted de dónde es?

TUNO. Indiano.

RICO. ¿Por qué triunfa usted sabiendo
que yo tenía dos fallos?

MÉDICO. Usted no vuelva en su vida
á salirme de caballo.

ALCALDE. ¿Señores, han visto ustedes *(Sale apresurado.)*
si pasó por aquí el amo?

TODOS. ¿Qué ha venido?

ALCALDE. Ya le veo: *(Le señala.)*
decid que viva, muchachos.

LABRAD. 1.º Viva: y alto á los panderos,
diciendo por festejarlo...

MÚSICA. Voces é instrumentos
festivos aplaudan...

Descúbrense el SEÑOR *y su* AMIGO: *se levantan los del juego, y cercándoles todos, suspéndese con los versos la música.*

SEÑOR. Callad, callad: yo agradezco
vuestros afectos y aplausos

como es justo; pero ahora
no es ocasión.

TODOS. ¡Viva el amo!

(Los dos de la malilla dicen:)

LOS DOS. Sea usía bien venido.

SEÑOR. Seo Doctor, seo Boticario,
seo Maestro, yo celebro
ver á ustedes tan bizarros.
Á usted no le digo nada: *(Al Rico.)*
cada día está más guapo.

RICO. Sí señor, con mis doblones
me divierto, y me regalo.

SEÑOR. ¿Seo Sacristán, no llegais?

SACRISTÁN. Estaba un poco ocupado
aquí.

Después hablaremos. *(Á la Tabernera.)*

AMIGO. ¿Qué es lo que pretende, hermano?

(Al Santero, que se le presenta sin hablar.)

SANTERO. Venga usía norabuena.
Alguna limosna aguardo
para la lámpara.

AMIGO. Amigo,
si es la lámpara ese vaso,
bien cabe.

SANTERO. Cuartillo y medio.

AMIGO. ¿Y qué dura el alumbrado?

SANTERO. Chupa mucho la torcida,
que está seca, y la reemplazo
cada dos horas.

AMIGO. Bien: tome. *(Le da limosna.)*

SANTERO. En fin, hay para dos tragos.

Salen la MUJER *del* SACRISTÁN *y la* VIUDA.

LAS DOS. Justicia, señor, justicia.

ALGUNOS. Lo mismo todos clamamos:
justicia, señor.

SEÑOR. ¿Qué es esto?

ALCALDE. Voces del pueblo, que al cabo
será todo frioleras.

Mal hareis en escucharlos,
sino iros á descansar.

SEÑOR. No, Alcalde, que no es descanso
seguro el de un señor, que
deja gritar al vasallo.
Por esto, y porque es preciso
saber, aunque sea de paso,
quién son esas caras nuevas,
acerquen aquí esos bancos,
y digan de quién se quejan.

MUJER. De mi marido.

VIUDA. Yo clamo
al cielo contra el doctor.

SACRISTÁN. De mi mujer.

ZAPATERO. De un tirano.

LABRADOR 2.º Del Regidor.

SEÑOR. ¿Y el Alcalde?

TODOS. De ese todos nos quejamos.

ALCALDE. Frioleras, frioleras. *(Sonriéndose.)*

SEÑOR. Bien: lo primero sepamos
quién son esas dos mujeres.

TABERNERA. ¡Lástima es que no traigamos
aquí la genealogía!

MAJA. ¿Pretende usía casarnos?

SEÑOR. No: pero saber pretendo
á qué han venido.

TABERNERA. Á pasearnos.

AMIGO. ¿Y quién la dió la Taberna?

TABERNERA. Mi dinero regalao.

ALCALDE. Y con grande utilidad
del común; pues está claro,
que á cinco cuartos le sale
el cuartillo, y le da á cuatro.

AMIGO. ¿Y en el lugar qué tal hallan
el vino?

ALCALDE. Como cristiano,
que á todos les sabe bien.

TABERNERA. Y nadie queda borracho,
aunque se beba una azumbre.

SEÑOR. ¿Y quién es ese hombre? *(Señalando al Tuno.)*

TABERNERA. ¿Acaso
me pagan á mí, él, ni usía,
por ser su vocabulario?
ALCALDE. Bien dice.
SEÑOR. Decid quién sois.
TUNO. ¿Quién, yo? Soy un hombre honrado,
y mi capa no parece
mucha cosa; mas debajo
de una mala capa, y....
ya sabrá usía el adagio.
SEÑOR. ¿Y qué haceis aquí?
TUNO. Yo cómo,
me paseo, juego y gasto,
no tengo que hacer, y me
entretengo enamorando.
SEÑOR. ¿Y á este no le teneis preso?
ALCALDE. No señor; yo no reparo
en frioleras. Yo sé
adonde se están paseando
muchos compañeros suyos,
y nadie les hace daño.
AMIGO. ¿Y por qué vivís ocioso,
y no os habeis aplicado
á oficio?
TUNO. Ya me apliqué,
cuando mis padres faltaron,
á un oficio.
SEÑOR. ¿Y á qué oficio
os aplicasteis?
TUNO. Á gato.
SEÑOR. No habeis de afilar las uñas
en mi lugar.
TUNO. ¡Qué cuidado!
Á bien que está el equipaje
pronto, el mundo es bien ancho,
los caminos están secos,
y por cualesquiera cabo,
en yendo un hombre decente,
le hacen los honores. Vamos. *(Vase.)*
MUJER. Señor, ahora que está aquí

mi marido, he de acusarlo,
de que no cuida su casa,
tiene á sus hijos descalzos,
los cría mal, y los hace
ayunar lo más del año.
Tiene tiempo, y no se aplica
para agregar al salario
el fruto de alguna industria;
y siendo un hombre casado,
el poco dinero que hay
lo gasta en vino, tabaco
y mujeres.

SACRISTÁN. Es mentira,
que yo tan sólo malgasto
la mitad, que lo demás,
ella lo gasta en zapatos
de moda, y en pelendengues,
en mosulinas y lazos:
jamás les da una puntada
á sus hijos: viltroteando
todo el día, ni los peina,
ni tiene el menor cuidado
de que vayan á la escuela.

SEÑOR. ¿Y nunca os habeis quejado
el uno y otro al Alcalde?

LOS DOS. Sí señor, mas no hizo caso.

ALCALDE. ¡Como de esas frioleras
pasan entre los casados!

MUJER. ¿Á la escuela á qué han de ir,
si siempre se está jugando
el maestro en la botica?

MAESTRO. ¡Por no lidiar con muchachos,
me jugara yo la renta!

SEÑOR. ¿Y vos podeis tolerarlo? *(Al Alcalde.)*

ALCALDE. Señor, juegan solamente
una friolera: á cuarto.

VIUDA. Mal haya su juego, amen,
que al doctor deja cansado,
de suerte que no responde
aunque vayan á llamarlo

de noche: así sucedió
con mi dueño malogrado,
y me lo dejó morir
como un perro; yo le emplazo
á que me vuelva mi esposo,
ú otro mejor.

MÉDICO. Todo es malo:
cuando los dejo morir
se quejan, cuando los mato
también; y son tan perversos,
que aunque esté un hombre engolfado
en el primer sueño, como
les dé una congoja, un flato,
ó un accidente, no tienen
la urbanidad de aguardarlo
á que despierte. ¿Por qué,
si quieren tener al lado
el doctor que les ayude,
no se mueren más temprano?

ALCALDE. Y eso es una friolera:
bien hace en escarmentarlos.

MÉDICO. ¡Dígales usted que vengan
ahora, que ya he quitado
el aldabón de la puerta!

ALCALDE. Con todo hay llaves y cantos.

MÉDICO. Ya conozco yo los ecos
del hierro y de los guijarros;
que llamen con pesos gordos
verán y qué presto bajo.

LABRAD. 1.º Yo, Señor... el Regidor...
yo soy un pobre...

SEÑOR. Hable claro.

LABRAD. 1.º Vine á vender libra y media
de azafrán, y me ha quitado
el Regidor una libra.

REGIDOR. Para eso he tenido el cargo
de ponerle la postura.

SEÑOR. ¿Y esto lo habeis tolerado?

ALCALDE. Sí señor: es de derecho.
De uvas, ciruelas, garbanzos,

arroz... en fin una libra
le toca de todo cuanto
viene á venderse al lugar.

LABRAD. 1.º Y si tengo de hablar claro,
me quitó dos onzas más.

ALCALDE. ¡Mire usté qué gran pecado!
Eso es una friolera
solamente, que debajo
del pretexto de derechos,
hay dictámenes muy amplios.

ZAPATERO. ¿Y á mí que me está debiendo *(Por el Rico.)*
ocho pares de zapatos
el señor?

LABRAD. 2.º Á mí dos meses
de jornal.

LABRAD. 3.º Á mí el salario
de un año que le serví.

LOS TRES. ¿No nos quereis dar amparo?

SEÑOR. ¿Por qué no? ¿Es esto verdad? *(Al Rico.)*

RICO. Sí señor: pero me enfado
de que me pidan, sabiendo
me sobra para pagarlo.

SEÑOR. ¿Por qué no lo remediaste?

ALCALDE. Ya, señor, se me han quejado,
y si hubiera sido un pobre,
le hubiera puesto el emplasto
de Vizcaya; pero á un rico,
¿quién habría tan osado,
que por unas frioleras
como estarse utilizando
del trabajo de los pobres,
hacer de su afán escarnio,
y pagarles mal ó nunca,
se atreviera á desairarlo?

SEÑOR. Yo: vaya luégo á la cárcel. *(Levántase.)*

RICO. Váyase usía despacio,
y guarde mis esenciones.

SEÑOR. ¿Pues sois caballero acaso?

RICO. No: pero soy hombre rico.

ALCALDE. Á fe que los ha chafado:

que los que son ricos hombres,
valen más que los hidalgos.
¿Veis como todas las quejas
eran friolera al cabo?

SEÑOR. ¡Ay! que aquestas frioleras
son delitos tolerados
por falta del celo vuestro;
y aunque no aparece el daño
en el día, al cabo son
la ruina de los estados.

AMIGO. Harto le decís, si tiene
colmillos para rumiarlo.

ALCALDE. Yo no los tengo.

SEÑOR. Por eso
á tí se te hablará claro.

ALCALDE. ¿Y seré Alcalde perpétuo?

SEÑOR. Sí, amigo, perpétuo macho
de la tahona, después
que en un cepo hayas purgado
tus malicias, con algunos
que en ellas te acompañaron.

AMIGO. Pues eso no es friolera.

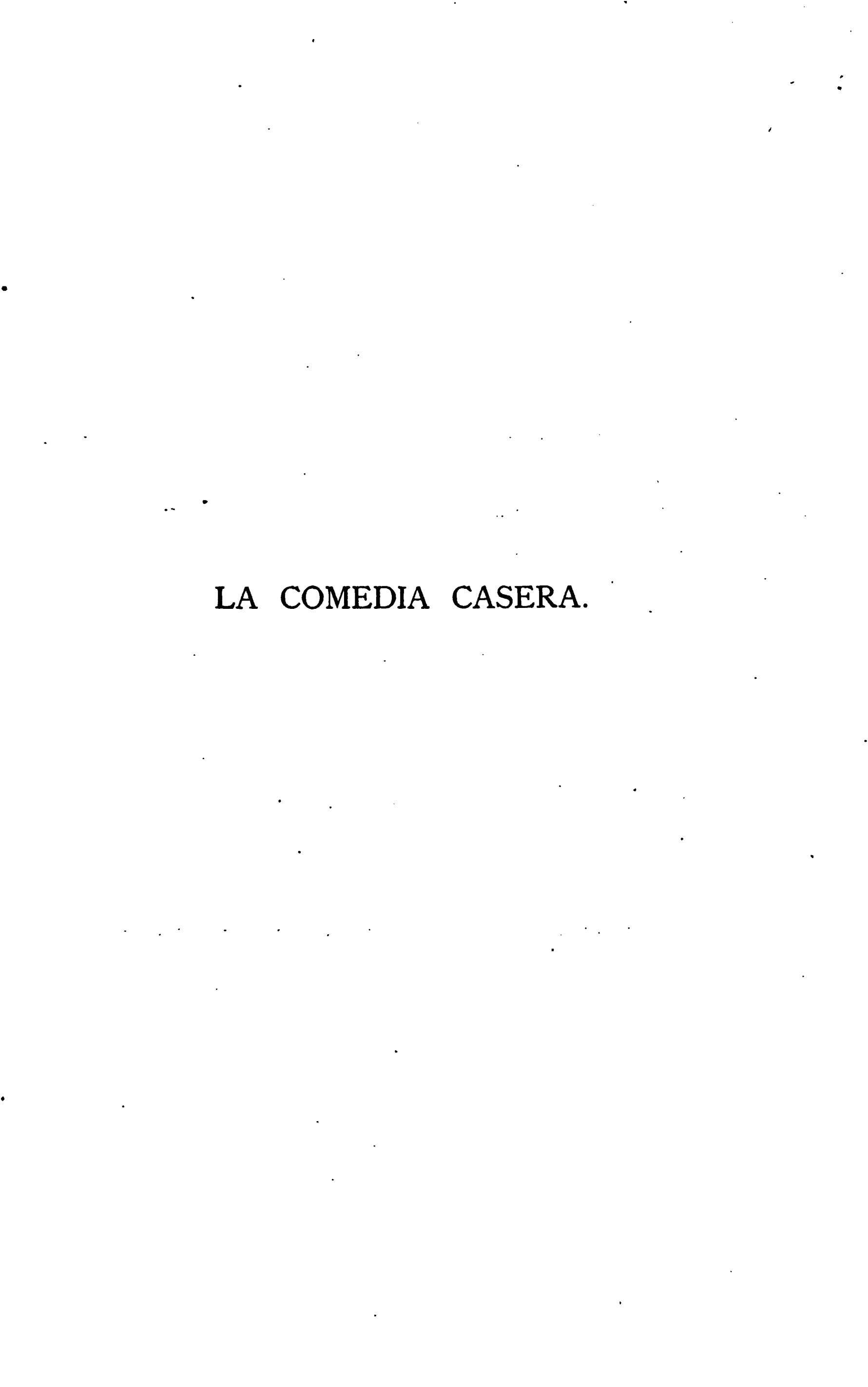
SEÑOR. Para que con eso, dando,
al pobre satisfacción,
y castigo á los malvados,
nos podamos divertir
después.

VIUDA. Yo, señor, me encargo
de disponer un festejo
con mis paisanas.

AMIGO. Muchachos,
bien podeis dar á Dios gracias
de que os destinó tal amo.

TODOS. Viva: y siga el regocijo
hasta dejarle en palacio.

(Con el aplauso de música, y alborozos populares, siguen todos al señor, y se da fin al sainete.



LA COMEDIA CASERA.

PERSONAS

—

D. BLAS, *marido de*
DOÑA MARIQUITA, *prima de*
DOÑA PAULA, *mujer de*
D. COSME.
D. SIMEÓN, *tío de Mariquita.*
D. FADRIQUE, *americano.*
DOÑA ELENA, *madre de*
DOÑA PEPITA.
LOPITO. } *Pajes.*
CORNELIO. }
DOÑA MARTA, *amiga de*
D. JACINTO, *oficial de infantería.*
D. LINDO, *abate.*
D. CLEOFÁS, *abogado.*
D. AQUILINO *y* } *Petimetres.*
D. CLETO. }
SIMÓN, *escribiente de D. Blas.*
GERTRUDIS. } *Criadas.*
MANUELA. }
LAMBERTA. }
VICENTA. }
RAFAEL, *criado.*

La escena es en Madrid, en la calle de la Comadre.



Salen las señoras GERTRUDIS, VICENTA *y* MANUELA *cantando y bailando con* LOPITO *y* RAFAEL *en traje de criadas y pajes de casa particular. Cantan y bailan seguidillas, y después sale* D. BLAS *en bata y gorro, enfadado.*

D. BLAS. ¡Muchachas! ¡Muchachas! ¡Hay
semejante desvergüenza!
¿No oís que llamo?

LOPITO. ¡Señor!
como estábamos de fiesta
no lo oimos.

D. BLAS. ¡Ya se ve!
¡Á fe, á fe, que si no fuera
por evitar esta noche
con vuestra ama una pendencia,
á puntapiés iriais todos
rodando por la escalera!

LAS TRES. ¡De modo, señor...!

D. BLAS. ¿El modo
le conocen ellos y ellas?
Saben que estoy trabajando
cosas graves y de priesa
estos días, y se ponen
á romperme la cabeza?
¿Y á qué viene ahora este baile?
¿No tienen la noche entera
para holgarse?

MANUELA. Es que, señor,
como está la tarde fresca,
para calentar los piés
quisimos dar cuatro vueltas.

D. BLAS. ¿Pues no tienen un brasero
bien grande en esotra pieza?
¡Métanlos entre el rescoldo
verán cómo se calientan!

GERTRUDIS. Eso es quemarse.

D. BLAS. También
muchos bailando se queman.
¿Y la niña dónde está?

GERTRUDIS. Estudiando las piruetas
de un baile que han de hacer luégo
con Juanito, con la Pepa,
y el paje de vuestra prima,
que es el que todo lo enreda.

D. BLAS. ¿Y quién lo ha mandado?

RAFAEL. Mi ama,
ya que no disteis licencia
para tener baile en forma
cuando sus años celebra.

D. BLAS. ¿Ella celebrar sus años?
¡Calla, tonto, no lo creas!
Por eso yo no he querido
que haya baile ni merienda.

MANUELA. Callad, que parece que oigo
ruido por las escaleras.

LOPITO. Las señoras son sin duda:
voy corriendo á abrir la puerta.

D. BLAS. ¿Con que al fin, ello hay visita
esta noche?

MANUELA. Doña Elena,
y la prima de mi ama
no más.

D. BLAS. ¡Qué par de cabezas!
¡Sólo la de mi mujer
las puede hacer competencia!

Salen de batas, con basquiña y mantillas DOÑA MARIQUITA, DOÑA PAULA, DOÑA ELENA, *y* DOÑA PEPITA *no muy decente.*

DOÑA MARIQ. Entrad, hijas: arrimad
sillas, que venimos muertas.

D. BLAS. ¡Ellas resucitarán
á costa de mi despensa!

DOÑA ELENA. Señor don Blas, buenas noches.

DOÑA PAULA. Señor primo, á la obediencia.

D. BLAS. Á los piés de ustedes siempre:
adios, señora parienta.

DOÑA MARIQ. Dios te guarde.

D. BLAS. De tí nunca
hallo agrado en las respuestas.

DOÑA MARIQ. El modo de conseguirlas
es conforme al merecerlas.

D. BLAS. ¡Víctor, y vanse!

DOÑA MARIQ. ¿No hay luces
que sacar aquí?

D. BLAS. Á la vela
lo tienen todo, mujer;
no te indispongas la flema.

DOÑA MARIQ. Ea, déjanos en paz, y calla.

D. BLAS. ¿Qué buena yerba has pisado?
Se conoce estás contenta.

DOÑA ELENA. En parte, si no lo viene,
tiene razón, que es violencia
en el día de sus años
no permitirla que tenga
diversión á sus amigas.

D. BLAS. Como divertirse quieran
ellas con ellas, que avise
para que mañana vengan.
DOÑA ELENA. ¡Cierto que estaría lucida
una función sólo de hembras!
D. BLAS. ¡No lucirían tanto, pero
tampoco se oscurecieran!
DOÑA PAULA. ¡Jesús, primo, qué machaca
estais con vuestras sentencias!
DOÑA MARIQ. ¡Mi paciencia solamente,
sufriría sus simplezas!
D. BLAS. Yo no quiero sufrir otras,
porque no tengo paciencia.
DOÑA PAULA. Eso no es lo más: lo que
escandaliza á cualquiera
es no tener libertad
para si á un amigo encuentra
permitir que la acompañe,
y precisarla á que sean
sus cortejos sus amigas
la tarde que se pasea.
D. BLAS. ¿No tiene aquí mi escribiente,
y un paje de legua y media
que la sirvan y acompañen?
DOÑA MARIQ. Para los días de fiesta
que voy á misa, no hay duda;
¿más qué dama se presenta
con un paje en un paseo?
DOÑA PAULA. ¡Vaya, no hay que darle vueltas,
sois ridículo y celoso!
D. BLAS. ¡Señores, es fuerte tema
que ha de ser malo un marido
porque no quiere ser...! Lleva
luz al despacho, Simón,
que el correo nos espera.
¡Estos correos del viernes,
lunes y martes me apestan!
¡Los del sábado, del jueves
y miércoles me revientan! *(Vase.)*
SIMÓN. Vamos á remar tres horas. *(Vase.)*

DOÑA PAULA. ¿No le veis qué paso lleva?
DOÑA MARIQ. Eso hace siempre en hablando
de cosas que no le sientan.
¿Muchachas, estas basquiñas,
(Salen las criadas.)
por qué os marchais allá fuera
sin quitarlas?
MANUELA. ¡Como ustedes
no dijeron nada!..
DOÑA MARIQ. ¡Pepa!
¿Por qué tú no te la quitas?
DOÑA PEPITA. Como salimos de priesa
se me olvidó el delantal.
DOÑA MARIQ. Tráele uno mío, Manuela.
DOÑA PEPITA. No se canse usted, que tengo
gusto en dejármela puesta.
DOÑA ELENA. No todo en público puede
(Aparte á doña Mariquita.)
decirse: la resistencia,
amiguita, sólo es por
que no trae debajo de ella
sino es un zagalejito.
¿Qué se ha de hacer? La pobreza
no es deshonra.
DOÑA MARIQ. No por cierto. *(Siéntanse.)*
DOÑA PAULA. Volviendo á nuestra primera
conversación, ciertamente,
queridas, es friolera
que nos estemos tan solas
porque la desgracia nuestra
apenas habrá en Madrid
cuatro damas que la tengan.
DOÑA MARIQ. ¡Qué quieres! Con mi marido
he hecho cuantas diligencias
son posibles; pero no hay
forma de entrarle en carrera.
DOÑA ELENA. Pues el mío no se mete
jamás en quién sale y entra
en casa, y eso que ha entrado
gente alegre, cuando yo era

más linda que ahora, y teníamos
de sobra las conveniencias.

DOÑA PEPITA. Por eso ahora pasan días
sin llamar nadie á la puerta.

DOÑA PAULA. Algún día llamarán.

DOÑA ELENA. Yo por mí no lo sintiera,
pero por la chica, sí;
porque si nunca comercia
con las gentes, ella es corta,
y todos creerán que es necia.

DOÑA PAULA. Mujer, ahora que me acuerdo
por ser la propia materia,
¿tu vecina la de arriba,
que estaba tan recoleta
antes, y nada sobrada,
ha tenido alguna herencia?
¿Ó qué arbitrio ha discurrido
para estar tan opulenta
y tan rodeada de obsequios?

DOÑA MARIQ. Desde las carnestolendas,
que le dió gana de hacer
en su casa una comedia:
aunque la tal fué muy mala,
no lo fué la concurrencia,
pues le quedó una tertulia
que la sirve y la festeja
en forma, y lo mejor es
que todas las noches juegan;
quien pierde el dinero, pierde,
y la que lo gana es ella;
con que vive divertida,
y no le faltan pesetas.

DOÑA ELENA. ¡Cierto que algunas mujeres
tienen unas ocurrencias
felices! ¡Vea usted un arbitrio
honrado y sin contingencia!

DOÑA PAULA. Arbitrio es que con ventaja
usurpársele pudiera.
No hablo por mí; pero tú
cantas bien y representas:

yo supliré algo: tal cual,
tenemos á nuestra Pepa,
que canta y baila....

DOÑA ELENA. Todo es
merced que usted quiere hacerla.

DOÑA PAULA. Con que como la emprendamos,
creo que salgamos con ella.

DOÑA MARIQ. Todo eso es un disparate:
lo primero tú no cuentas
con hombres, y lo segundo,
¿quién á tocarle esta tecla
se atreverá á mi marido?

DOÑA PAULA. Á la réplica primera
respondo, que en convidando
á tu vecina, y sea buena
ó mala, darla un papel
que no desluzca la fiesta...

DOÑA MARIQ. No, que es útil.

DOÑA PAULA. ¡Pues mejor!
preciso es; baje con ella
su tertulia, y de ellos, muchos
entrarán por complacerla.

DOÑA MARIQ. Ó quizá por complacernos,
que al fin no somos tan feas,
que no viniesen gustosos
como licencia tuvieran.

DOÑA PAULA. Don Blas es el dedo malo
que tenemos.

DOÑA ELENA. Esa empresa
es mía: voy á embestirle.

DOÑA MARIQ. No, por Dios; estate quieta,
que para eso mejor es,
si luégo ha de haber pendencia,
que sea por algo. ¡Lopito!

Sale LOPITO.

LOPITO. ¡Señora!

DOÑA MARIQ. Toma una vela,
y súbele á la vecina

un recado: que la besan
estas señoras las manos,
y que como yo la ruegan
que nos baje á acompañar.

DOÑA ELENA. Con los señores.

DOÑA MARIQ. Elena,
por Dios, que no soy costal.

DOÑA PEPITA. Y no era mala advertencia,
por si alguno no ha venido,
que baje luégo que venga.

DOÑA PAULA. ¡Miren ustedes la niña!

DOÑA ELENA. ¡Oh! ¡la muchacha no es lerda!
¡Así tuviera ella bata,
y una bonita escofieta,
como sabe la hora á que
se ha de comer la merienda!

DOÑA MARIQ. Pues hombre, ya lo has oído. *(Al Paje.)*

LOPITO. Ya voy, señora.

DOÑA MARIQ. ¡Manuela!

Sale MANUELA.

MANUELA. ¿Señora?

DOÑA MARIQ. Vé, y dile á tu amo,
que si no es cosa de urgencia
en lo que está, venga aquí,
que pronto tendrá licencia
de volverse.

MANUELA. Bien está. *(Vase.)*

Sale GERTRUDIS.

GERTRUDIS. Señorita, á usted la esperan
para ensayar el bailete.

DOÑA MARIQ. ¿Y los dos chicos?

GERTRUDIS. No entran
como están vestidos, porque
nadie hasta luégo los vea.

DOÑA PAULA. ¿Pues por qué no vas, Pepita?

DOÑA PEPITA. Yo haré lo que madre quiera.

DOÑA ELENA. Vaya, vé; ¡pero cuidado
me llamo, con la modestia!
(Vase Pepita con Gertrudis.)

Sale MANUELA.

MANUELA. Dice mi amo, que ya viene,
señoras, y que de fachenda
con el tío, y el indiano
está.
DOÑA PAULA. Con tantas agencias
como tiene tu marido,
y tantos que salen y entran
en tu casa, ¿cómo al paso
algunos de ellos no pescas?
DOÑA MARIQ. Porque tiene prevenido
que entren por estotra puerta.
DOÑA PAULA. Lo propio sucede en casa
con mi viejo; ¡mas tan hecha
estoy á estarme solita,
que al oir un golpe en la puerta
pienso que es trueno, y me asusto!
DOÑA MARIQ. ¿Quién te paga porque mientas,
si todo lo que no tienes
es porque no puedes? Deja
ahora esas hipocresías,
y vamos á nuestra empresa.
MANUELA. Ya sale mi amo. *(Vase.)*
DOÑA MARIQ. Bien os
podeis tapar las orejas,
luégo que el punto se toque,
para no oir la respuesta.

Sale D. BLAS *con* D. FADRIQUE *y* D. SIMEÓN, *éste de viejo, y aquél bizarro.*

D. BLAS. Hija, al señor don Fadrique
dije que tenían dispuesta
cierta función los muchachos,
y quiere quedarse á verla.

D. FADRIQUE. Mi mayor satisfacción,
señora, es el que merezca
ofreceros mi respeto.
DOÑA MARIQ. Yo soy servidora vuestra. *(Á don Fadrique.)*
DOÑA ELENA. ¿Es este el indiano?
DOÑA MARIQ. Sí.
DOÑA ELENA. Yo he de observarlo si aprieta
de en cuando en cuando las manos,
ó las tiene siempre abiertas.
DOÑA PAULA. «Á Nicolás de la Calle *(Aparte.)*
»se parece en la presencia.»
DOÑA MARIQ. Tío, beso á usted las manos.

Sale D. SIMEÓN.

D. SIMEÓN. Señora sobrina, sean
estos víspera de muchos
que cumpla vuestra belleza.
DOÑA MARIQ. Eso se sabe y se calla.
D. FADRIQUE. Pues si el que no calla yerra,
sea testigo el silencio
de lo que el gusto desea.
DOÑA ELENA. ¡Mucho sabe éste! ¡También
sabrá guardar su moneda!
D. BLAS. ¿Y á qué me llaman ustedes?
D. FADRIQUE. Llegaos, que puede que sea
para cosa reservada.
D. BLAS. ¿Pues acaso pueden estas
guardar silencio en su vida?
DOÑA ELENA. No es cosa que no se pueda
decir.
DOÑA MARIQ. Aunque te lo digan,
hijo, no hagas caso de ellas,
que ambas están delirando.
D. BLAS. Pero sepamos el tema
sobre qué delíran.
DOÑA PAULA. Sólo
que nos dés, primo, licencia
para hacer las navidades
una comedia casera

aquí para los amigos.
D. BLAS. ¡No es esa mala comedia!
D. SIMEÓN. Tiene mil inconvenientes, *(Á D. Blas.)*
Blasito, no condesciendas.
DOÑA ELENA. Y debeis agradecerlo;
porque haya lodos ó llueva,
estais divertido en casa,
sin tener que ir á la agena.
D. BLAS. ¡Que siempre ha de estar hablando
en chanza esta doña Elena!
DOÑA ELENA. Yo muy de veras lo digo.
D. BLAS. Pues también yo, muy de veras
responderé que no quiero.
¡Jú, jú; no habrá mala gresca!
¡Comedia casera! ¡Y yo
consentirla y sostenerla,
y aun acomodar la gente
me mandarán! ¡Lo que estas
callan cuando están entre ellas,
tiene las casas perdidas!
DOÑA MARIQ. ¡No sabes tú lo contenta
que estoy de que las desaires!
Lo propio antes que vinieras
les dije yo ce por be.
¡Tienen muchas contingencias
estas funciones!
D. BLAS. ¡Pues!
DOÑA MARIQ. Vienen
mil gastos que no se piensan
detrás de ellas.
D. BLAS. ¿Y?... adelante.
DOÑA MARIQ. Si quieren venir á verla
muchos, quedas mal con todos.
D. BLAS. ¡Pues!
DOÑA MARIQ. Y la casa se queda
destruída...
D. BLAS. ¡Pues!
DOÑA MARIQ. De modo
que quien emprende una fiesta
así, estropea amistades,

ropa, dinero y cabeza.
D. Blas. «¿De cuándo acá mi mujer (*Aparte.*)
»repara lo que estropea?»
Doña Mariq. Ahora, que tiene que aquí,
entre amigas y parientas,
donde no necesitamos
más que un par de hombres de fuera,
bien pudiera hacerse.
D. Blas. ¡Ya!
Doña Mariq. Eligiendo una de aquellas
comedias de Calderón
sin teatro ni extrañeza
de vestidos...
D. Blas. ¡Ya!
Doña Mariq. Cerrando
á pretensiones la puerta,
no siendo de confianza...
D. Blas. ¡Ya!
Doña Mariq. Quien venir pretendiera.
Demás de esto, aquí no había
precisiones de meriendas:
chocolate, lo hay en casa;
con que sólo el gasto fuera
de azúcar rosado ó dulces,
y unas roscas ó libretas.
D. Blas. «¡Ya, ya, su cuenta no es mala, (*Aparte.*)
»mas no le saldrá la cuenta!»
Doña Mariq. ¡Ya, ya! ¿Tú crees que yo
tengo en esto alguna prenda?
Pues te equivocas, porque
no soy yo tan majadera
que no conozca que todo
el trabajo, si se llega
á ejecutar, sobre mí
ha de recaer por fuerza:
por estas sólo lo hago.
D. Blas. Yo no lo haré, ni por esas.
Elena *y* Pau. Pues ya estamos empeñadas.
D. Fadrique. ¡Mucho este testigo aprieta!
D. Blas. Ellas aflojarán luégo

si ven que no las contestan.
LAS TRES SEÑ. La comedia se ha de hacer.
D. BLAS. No se ha de hacer la comedia.
LAS TRES. ¿Y por qué?
D. BLAS. Porque no quiero.
¡Habrá cosa como ella!



D. FADRIQUE. Vos, señor don Simeón,
que sois hombre á quien respeta,
id y templadle.
D. SIMEÓN. ¡Sobrino,
no por eso te enfurezcas
como un león!
D. BLAS. Más quiero ser
un león que no otra fiera.

Sale la DOÑA MARTA *con* D. AQUILINO, *petimetre;* D. CLEOFÁS *de licenciado;* D. CLETO, *de capa, gran peluca y bastón;* DON JACINTO, *de oficial;* D. LINDO, *de abate, cortejándole todos*, *y* D. BLAS *se asusta.*

DOÑA MARTA. Hija, más es noche de
diversión que de pendencias:
siento entrar en este lance.
DOÑA MARIQ. Pues siéntate, y no lo sientas,
que ha sido sólo cuestión
sobre cuatro bagatelas.
LOS CINCO. Señoras, siempre rendidos.
DOÑA MARIQ. Señores, á donde quiera
cada uno.
DOÑA MARTA. D. Jacinto,
aquí á mi mano derecha,
usted á este lado, y los tres
aquí á mis piés.
DOÑA MARIQ. ¿En la tierra
se han de sentar?
DOÑA MARTA. Sí, hija mía,
con eso no hay competencia
sobre á cuál quiero más, viendo
que á todos los quiero cerca.
D. BLAS. Tío, señor don Fadrique,
¿qué va que esta noche mesma
es la fiesta?
D. SIMEÓN. ¿En qué lo fundas?
D. BLAS. ¿Pues usted no ve cómo entran
convidados?
D. FADRIQUE. No es posible
que sin noticia y licencia
de usted lo hubiesen dispuesto.
D. SIMEÓN. Ni era razón.
D. BLAS. Sí lo era:
que siempre debo ser yo
el último que lo sepa.
DOÑA MARTA. ¡Qué pellizco ha de llevarme
el primero que se mueva!

LOS CINCO. No lo tema usted.
DOÑA MARTA. Querida,
disimula la llaneza,
que hasta ahora no he podido
bajar á decirte veas
estos y otros muy gustosa.
DOÑA ELENA. Diga usted; por una apuesta,
mi señora doña Marta...
D. BLAS. ¡Según los que la rodean,
es la Marta de los pollos!
DOÑA ELENA. ¿Gastó usted mucho en la fiesta
que tuvo este carnaval?
DOÑA MARTA. ¡Jesús! ¡Una friolera!
No dando de refrescar
sino á cómicos y orquesta,
como se ha puesto en estilo,
es muy poco lo que cuesta.
DOÑA MARIQ. ¡Vea usted si digo yo bien!
DOÑA MARTA. ¿Luego ha sido la contienda
sobre divertirse en eso?
DOÑA ELENA. Sí, amiga; pero no entra
don Blas.
D. SIMEÓN. Ni tampoco tienen
proporciones para haçerla.
DOÑA MARTA. ¿Cómo que no? Si yo sirvo,
tomaré un papel cualquiera;
y entre estos señores hay
una compañía entera:
hay galanes, hay gracioso,
hay tramoyista, poeta,
carpintero, guitarrista,
sastre y apuntador.
D. BLAS. ¡Leznas!
¡No extraño esteis divertida
con compañía tan bella!
DOÑA MARTA. Y más hay.
D. BLAS. ¡No dudo yo
que hay más de lo que se cuenta!
DOÑA MARTA. Que ayer tarde recibí
una criada estupenda

para cantar tonadillas.
DOÑA MARIQ. ¡Así decirla quisieras
que bajara, porque fuese
la noche menos molesta!
DOÑA MARTA. Al punto: don Aquilino,
vaya usted, y diga á Lamberta
que baje.
D. AQUILINO. Voy, voy, señora.
«¡Como cuaje la comedia, *(Aparte.)*
» ha de ser la ama de casa
» mi embeleso!» *(Vase.)*
D. LINDO. «¿Doña Elena, *(Aparte.)*
» si habrá traído á su hija?»
D. CLETO. «¡Qué chusca y qué petimetra *(Aparte.)*
es la prima de don Blas!»

Sale D. COSME *con capa y gorro, sombrero de tres picos y bastón.*

D. COSME. Tengan ustedes muy buenas
noches.
DOÑA PAULA. ¿Cómo vienes, hijo?
D. COSME. Para servirte, parienta.
DOÑA MARIQ. ¿Pues, primo, de dónde bueno?
D. COSME. De hacer una diligencia.
DOÑA MARIQ. Aquí hay un asiento.
D. BLAS. Miente,
que no hay sino polvareda.

Sale CORNELIO, *de paje.*

CORNELIO. ¿Señora, ha mandado usted
que bajase la Lamberta?
DOÑA MARTA. Sí: ¿no basta que lo diga
el que ha subido por ella?
CORNELIO. Usté al bajar me mandó
tener con la casa cuenta:
la casa segura está,
porque es mucho lo que pesa;
con que defender me toca
las alhajas que hay en ella,

para entregarlas al dueño
siempre que me pida cuenta.

DOÑA MARTA. ¡No eres tú muy mala alhaja!
Vé, y dila que baje apriesa.

CORNELIO. Voy. *(Vase.)*

DOÑA MARTA. ¡Qué serio estais, don Cleto! *(Á D. Cleto.)*
¿no os gusta la concurrencia?

D. CLETO. Mejor estamos arriba,
y estamos con más llaneza.

D. SIMEÓN. Blas, por mucho que te insten
en la función, no te venzas,
que hay muchos inconvenientes.

D. FADRIQUE. Cuando la gente es atenta
y moderada, no le hay.

D. BLAS. ¡Yo estoy como en una prensa!

Sale la LAMBERTA *agarrada de* D. AQUILINO, *y* CORNELIO *que traerá el velón apagado en la mano.*

D. AQUILINO. Aquí teneis ya esta niña.

DOÑA MARTA. ¿Y á qué bajas tú aquí, bestia? *(Á Cornelio.)*

CORNELIO. Á alumbrar, y se apagó
el velón en la escalera.
«¡Qué tunda me ha de llevar *(Aparte.)*
»un día este don Fachenda
»si vuelve á decirla!...»

DOÑA MARTA. Marcha.

CORNELIO. Ya me voy.
No te detengas. *(Á Lamberta.)*

D. SIMEÓN. «¡Qué ojos tiene la muchacha! *(Aparte.)*
»¡No he visto mayor viveza!»

DOÑA MARTA. ¿Lamberta?

LAMBERTA. ¿Qué manda usted?

DOÑA MARTA. Estas señoras se empeñan
para que te haga cantar
alguna cosa ligera,
para oirte.

LAMBERTA. Yo no tengo
más voluntad que la vuestra,
y porque quedeis airosa

respondo con la obediencia. *(Canta.)*
TODOS. ¡Viva!
D. SIMEÓN. ¡Qué gracia! ¡Sobrino,
si se llega á hacer la pieza,
no se habrá visto en Madrid
jamás función como ella!
TODOS. Preciso es que consintais.
D. BLAS. Yo consentiré si entra
mi tío don Simeón;
porque si el diablo se suelta,
como suele, en los ensayos,
pueda atarle.
D. SIMEÓN. Porque vean
estas damas que las sirvo,
vamos á elegir comedia.
TODOS. ¡Viva el tío!
D. BLAS. Cepos quedos;
que no ha de haber más merienda,
que agua de fregar, azúcar
y bizcocho de galeras.
D. FADRIQUE. Usted no se pare en eso,
que los gastos que se ofrezcan
todos de mi cuenta corren.
D. SIMEÓN. ¡Pues bien subirá la cuenta!
DOÑA ELENA. ¡El indiano ya dió lumbre!
DOÑA MARIQ. ¡Ya verás tú qué menestra
que sale de todo esto!
D. COSME. Ya que ofrecerme no pueda
á hacer papel, por mis años,
por lo que ocurriere, sepan
que toco el arpa, el violín
y la chirimía.
D. BLAS. ¡Ea!
Tío, mi casa desde hoy
entrego á vuestra prudencia.
D. SIMEÓN. Todo irá bien: ya tú sabes
que yo no aguanto chufletas.
«¡Qué ojillos tiene!»
(Aparte mirando á Lamberta.)
D. AQUILINO. Señores,

no se enfríe; la comedia
y los papeles se elijan.

TODOS. Por mí vaya norabuena.

Sale MANUELA.

MANUELA. Señora, los señoritos
dicen que si ustedes entran
á beber, que necesitan
ensayar aquí la escena
de su baile.

DOÑA MARIQ. Dicen bien:
señores, á estotra pieza.

D. FADRIQUE. Y aquí se suspende; no
se le da fin, á esta idea,
pues se verá en lo que pára
concluida la primera.

TODOS. Esperando que el sainete
vuestras piedades merezca.

LA COMEDIA CASERA.

SEGUNDA PARTE.

PERSONAS

—

D. Blas, *marido de*
Doña Mariquita.
Una Niña, *su hija.*
Doña Paula, *mujer de*
D. Cosme.
D. Simeón, *tío de Mariquita.*
D. Fadrique, *americano, su amigo.*
Doña Elena, *madre de*
Doña Pepita, *y*
Un Niño.
Doña Marta, *amiga de*
D. Jacinto, *capitán.*

D. Lindo, *abate.*
D. Cleofás, *abogado.*
D. Aquilino *y* D. Cleto. } *Petimetres.*
D. Diego, *músico.*
Gertrudis. Manuela. Lamberta. } *Criadas.*
Lopito. Cornelio. } *Pajes.*
Pedro, *lacayo.*
Varios criados que no hablan.



Empieza en la fachada con una puerta como de calle, y salen por el tablado CORNELIO, *de capote, trayendo debajo un bulto grande*, *y* D. BLAS, *de paisano, por la puerta, poniéndose el espadin, sin abotonar la casaca, furioso, y se tropiezan al entrar uno, y salir otro, cuando se indica.*

CORNELIO. ¡Sólo le faltaba á un pobre
paje, celoso y hambriento,
que después de tantas faltas,
como todo el año entero
suple á su ama, le hiciera
suplir al esportillero!
La culpa tiene de todo
mi tío el fraile, que me ha puesto
á servir en una casa
de titiritaina, y aun esto
como me quisiera más
Lamberta, fuera lo menos;
pero esta comedia á todos
el juicio les ha revuelto.

D. BLAS. Aunque me vista en la calle
tengo de salir huyendo
de mi casa.

CORNELIO. ¿Usted no ve
(D. Blas tropieza con Cornelio.)
cómo sale?
D. BLAS. Majadero,
¿no mirarás cómo entras?
CORNELIO. Perdone usted, caballero,
que con el llanto no sé
dónde voy, ni lo que veo.



D. BLAS. ¿Cornelio?
CORNELIO. ¿Señor don Blas?
D. BLAS. ¿Qué es eso?
CORNELIO. ¿Qué ha de ser esto?
ser paje de mi ama, y ser
lacayo de sus cortejos.
D. BLAS. ¿Pues, qué carga es esa?
CORNELIO. Esta

es la capa de don Cleto.

D. BLAS. ¿Cuál era de aquellos cinco
de la otra noche?

CORNELIO. El más viejo,
y al que más quiere mi ama.

D. BLAS. ¡No es la niña boba en eso!

CORNELIO. ¿Por qué?

D. BLAS. Porque en los muchachos
es la inclinación un viento,
que hoy es solano, y mañana,
ó está al poniente, ó es cierzo;
pero los viejos son tierra
firme, que el mal tratamiento
de la mano que los hiere
los cultiva más, y el dueño
asegura en tiempo el fruto,
y le coge antes de tiempo.

CORNELIO. ¿Señor don Blas, de qué libro
ha sacado usted ese texto?

D. BLAS. Del teatro de la vida
humana, que es donde leo.

CORNELIO. Pues muchos dicen que usted
no entiende los libros.

D. BLAS. Necio,
la mala voluntad nunca
concede el entendimiento;
¿pero qué importa, ni qué
valen dichos, donde hay hechos?
Adios hijo, y dete Dios
la paciencia que deseo
para mí.

CORNELIO. ¿Pues dónde va
usted con tal desafuero?

D. BLAS. Á ahorcarme.

CORNELIO. ¿Y qué es de la soga?

D. BLAS. Es verdad; pero venenos
hay, si faltan cordeles.

CORNELIO. ¡No hay otra cosa en el pueblo!
Beba usted bien leche helada,
coma un plato de pimientos

en vinagre, y á las diez
de la noche está usted muerto.

D. BLAS. No lo creas; mi mujer
las más tardes suele hacerlo
y está cada día más gorda.

CORNELIO. Pues bien: seguid el ejemplo
y engordareis.

D. BLAS. No es posible:
¡ay amigo, que yo tengo
un gusano que me roe
por afuera y por adentro!

CORNELIO. ¿Qué gusano es?

D. BLAS. Mi mujer.

CORNELIO. ¡Sois un pobre caballero!

D. BLAS. ¿Cómo que pobre?

CORNELIO. Yo digo
pobre de conocimiento.

D. BLAS. ¡Pues tengo en este lugar
muchos pobres compañeros!

CORNELIO. No lo dudo: ¡la mujer!
la mujer es como el perro,
que en dándole palos sólo,
busca amo de mejor genio;
en dándole sólo pan,
se envicia y quiere bureo,
y dándole pan y palos,
toma ley y se está quieto.

D. BLAS. Eso es verdad; ¡pero ay, hijo!
¡Tiene un genio tan travieso
mi mujer!.. ¡Si tú supieras
lo que me pasa ahora mesmo!

CORNELIO. Diga usted, que puede ser
que se remedie.

D. BLAS. Es que temo
que venga alguno y nos oiga,
ó nos vea juntos.

CORNELIO. Meternos
en este portal.

D. BLAS. Hay luz,
y se sabrá cuanto hablemos

CORNELIO. ¡Por cierto, extraña aprensión!
D. BLAS. Vamos con tiento, Cornelio,
que yo sé que muchas cosás,
que se dicen en secreto,
aunque sin luz se hayan dicho,
aunque á oscuras se hayan hecho,
con un sigilo notable,
al cabo se han descubierto:
¡ved donde hay luz si quedará
más arriesgado el secreto!
Vamos al portal de enfrente,
que está oscuro y huele á queso.
CORNELIO. Aquí seguros estamos:
desabroche usted el pecho,
D. BLAS. Ya sabes cómo Patillas,
dictó en mi casa el enredo
para hacer una comedia...
CORNELIO. Yo diera por no saberlo
el salario de tres meses,
poco ó mucho: ¡derreniego
de la comedia, y de quien
tuvo tan mal pensamiento!
D. BLAS. ¿Pues tú por ella qué pierdes?
CORNELIO. ¡Ay, señor don Blas, que temo
que usted no lo sabe todo!
D. BLAS. ¡Si hay más de lo que yo creo,
mucho habrá!
CORNELIO. Y habrá muchísimo,
si no se pone remedio.
D. BLAS. Pues, hijo, si has de matarme,
que no sea con misterios,
sino dame un trabucazo,
y me ahorro del veneno.
¿Qué es, Cornelio, lo que hay?
CORNELIO. Hay broma.
D. BLAS. Yo no la entiendo.
¡Pero como soy cristiano
y casado, me da miedo!
Defíneme qué es la broma.
CORNELIO. Un animal imperfecto,

que la diversión produce,
alimenta con su pecho
descuidos y confianzas,
tiene por casa en creciendo
al apetito, no aprende
ley ni ciencia, sólo atento
á su voluntad, de modo
que es su mejor paradero
escándalo, y las más veces
es ruina sin escarmiento.

D. BLAS. ¿Hombre y tengo yo en casa
un animal tan horrendo?

CORNELIO. Sí señor.

D. BLAS. No puede ser,
ó allí no hará esos efectos,
que el tío don Simeón
sabrá tirarle del freno.

CORNELIO. ¿Don Simeón? ¡No hay allí otro
que procure más el cebo
de la mala bestia!

D. BLAS. ¿Cómo?

CORNELIO. En lugar de reprenderlo,
á todos los mete en danza
por hacer su contratiempo.

D. BLAS. ¿Mi tío? No puede ser:
vos sois un gran embustero.

CORNELIO. ¿Yo mentir? ¿Sabeis, don Blas,
que soy por el lado izquierdo
montañés, y vizcaino
por el costado derecho,
asturiano por detrás,
y por delante gallego?
¡Por vida de don Pelayo
y el rey Alfonso el onceno,
que si no quereis, á rastra
os he de llevar á verlo!

D. BLAS. Yo de buena gana iría;
pero si ven que yo entro,
harán la gata ensogada
todos.

CORNELIO. Yo buscaré medio
de haceros ver mi verdad;
pero decid, ¿por qué huyendo
os salís de vuestra casa?

D. BLAS. Porque después que me han puesto
á porrazos esta tarde
la cabeza como un templo
para armar el tabladillo,
y me han sacado doscientos
reales para merendar,
todos de común acuerdo
me querían hacer coser
y ayudar al carpintero.

CORNELIO. Señor don Blas, eso ha sido
sólo buscar un pretexto
para que os quiteis de encima.

D. BLAS. Puede ser, mas no lo creo.

CORNELIO. Pues id á dar una vuelta
por ahí, y de aquí á un momento
volved, que yo me pondré
á la puerta, y sin el riesgo
de que os vean, entrareis,
y oculto, como yo pienso,
vereis lo que anda, y si yo
digo la verdad ó miento.

D. BLAS. Pues bien, en eso quedamos;
pero aguarda, ¿quién son estos?

CORNELIO. El escolar, y el soldado.

D. BLAS. ¡Valiente par de sujetos!

CORNELIO. Si usted cree que son cobardes,
descúidese usted con ellos:
yo me entro antes que me vean:
señor don Blas, hasta luégo. *(Vase.)*

Salen D. CLEOFÁS *y* D. JACINTO, *y delante* PEDRO *de lacayo, con hacha, y al entrar por la puerta, dice:*

D. CLEOFÁS. ¿Á qué hora parece á usted
que mande volver á Pedro?

D. JACINTO. Entre once y doce.

D. CLEOFÁS. Ya lo oyes:
y tráeme si llueve recio
los guantes, y el quitasol.

D. JACINTO. Vamos.

D. CLEOFÁS. Vaya usted primero.

D. JACINTO. Vaya.

D. CLEOFÁS. Vaya.

D. JACINTO. Entrad.

D. CLEOFÁS. Entrad. *(Se entran juntos.)*

D. BLAS. ¡Excusados cumplimientos,
entre dos, que si no son
parientes, son compañeros!

PEDRO. ¿Sabe usted qué hora es? *(Á D. Blas.)*

D. BLAS. No, amigo.

PEDRO. ¿No tiene reloj?

D. BLAS. Le tengo;
pero se queda en mi casa
el reloj muy descompuesto,
aunque yo le arreglaré
de modo... ¡Ya lo veremos! *(Vase.)*

Se descubre la sala de casa de D. BLAS, *y al frente estarán los criados en escaleras, como colgando el teatro que se figurará, y* D. AQUILINO *acogollando una cortina: á un lado habrá una mesita, con luz, y sentados junto á ella* D. LINDO, *de abate,* DOÑA PAULA *y* MANUELA *cosiendo, al otro lado una mesa con luz, y á ella* DOÑA MARIQUITA, *y otras con* D. DIEGO, *con el violín, y el guitarrista pasando música á cuatro, y* D. SIMEÓN *dando rosquillas á la chica.*

Á coro con orquesta.

Vengan los galanes
á elegir damas, etc.

DOÑA MARIQ. Ese cuatro ya se sabe
bastante bien, descansemos.

D. AQUILINO. Esa cortina más alta,
cuanto tropieze en el suelo:
¡bien está así! Este abanico
prendido de los extremos

se ha de colocar arriba:
¿esa cortina de enmedio
cuándo acaba de coserse? *(Á doña Paula.)*

D. LINDO. Poco á poco se va lejos.
DOÑA PAULA. ¡Es corto sastre el abate!
D. LINDO. Según la obra que tenga
entre manos, señorita.
D. DIEGO. ¿Y las seguidillas?
DOÑA MARIQ. Luégo
las pasaré, si viene alguien
para ver si hacen efecto:
por ahora váyanse ustedes
á lo que hay que hacer adentro.
GERTRUDIS. ¿Y dígame usted, señora,
se ha de prevenir refresco?
DOÑA MARIQ. Una vez que hay cena, sólo
al que lo pida traedlo.
D. SIMEÓN. Ea, bastan, no te hagan mal. *(Á la niña.)*
DOÑA MARIQ. «¿Tío, le dijo usted aquello
»á la chica?» *(Aparte á D. Simeón.)*
D. SIMEÓN. No, sobrina;
pero la voy disponiendo
á que haga lo que le mande.
NIÑA. Madrecita, caramelos.
DOÑA MARIQ. Toma; ¡pero como digas
á nadie, malo ni bueno
lo que pasa aquí, la boca
te he de llenar de pimiento!
NIÑA. Yo, á padrecito no más.
DOÑA MARIQ. Ni á tu padre.
NIÑA. Ya lo entiendo;
pero deme usted otros pocos
para dar á mi cortejo
cuando venga.
DOÑA PAULA. Quite de ahí
¡tamañita como un huevo,
y ya piensa en boberías!
NIÑA. Yo hago la labor que aprendo
en casa y en la maestra.
DOÑA MARIQ. Toma para que dés luégo

á tu Joaquinito. Calla, *(Á Doña Paula.)*
mujer, que yo me divierto
en oir sus conversaciones,
y de ese modo están quietos:
ahora en esto no hay malicia.

D. SIMEÓN. ¡Quién se volviera como ellos,
y lo pasado pasado!

NIÑA. ¿Tía, riñe?

D. SIMEÓN. No tengas miedo.
¡Haz lo que manda tu madre,
verás como te queremos!

Salen D. CLEOFÁS *y* D. JACINTO.

D. CLEOFÁS. ¡Qué bien parece en las damas
la aplicación!

DOÑA MARIQ. Caballeros,
sean ustedes bien venidos.

D. AQUILINO. Amigos, os agradezco
la puntualidad con que
venís á ayudarme.

DOÑA MARIQ. Eso
hay menos que agradecerles,
y habrá más que agradeceros.

(D. Jacinto tirando el sombrero, y quitándose la espada.)
¿Qué hay que hacer? Que á eso venimos.

D. CLEOFÁS. Ropa fuera y trabajemos. *(Se quita el manteo.)*

DOÑA PAULA. Vengan ustedes acá,
acabará de voleo
esta costura; y usted,
capitán, irá siguiendo
este dobladillo.

LOS DOS. ¿Yo,
señora?

DOÑA PAULA. Ustedes, y presto,
que quien no trabaja, mal
puede pretender el premio.

D. CLEOFÁS. ¿Hay más que coser?

D. JACINTO. Cosamos:

D. LINDO. Cosed, que todos cosemos.

D. SIMEÓN. ¿Subo ya por las vecinas?
DOÑA MARIQ. Aún es temprano para eso.
D. SIMEÓN. ¡Es que como la Lamberta
falta, yo no me divierto!
DOÑA MARIQ. Ya está ahí Elena y los chicos.

Salen LOPITO, *de capa y sombrero, con el* NIÑO *en brazos y linterna, y detrás* DOÑA ELENA *y* DOÑA PEPITA, *de mantilla y batas recogidas.*

LOPITO. ¡El demontre del muñeco,
si podía venir andando!
DOÑA MARIQ. ¡Qué tarde, Elena!
DOÑA ELENA. ¡Tenemos
en casa tanto que hacer,
que te aseguro que tengo
gana de que esto se acabe!
SIMEÓN. «¡Como yo de caerme muerto!» *(Aparte.)*
DOÑA PEPITA. ¿Pues qué, sabe usted coser? *(Á D. Lindo.)*
LINDO. Señora, hago lo que puedo.
DOÑA PEPITA. Pues nadie puede pediros
más.
NIÑO. Á tus piés, embeleso *(Á la Niña.)*
mío: ¿estás buena?
NIÑA. Así, así.
Me alegro de verte bueno.
DOÑA ELENA. ¡Hola, Pepa! ¡Joaquinillo!
(Á doña Pepita y al Niño.)
¿Habrá tal atrevimiento?
¿Habeis saludado á todos?
DOÑA MARIQ. ¡Eso se da por supuesto!
¡No seas ridícula, Elena!
DOÑA ELENA. ¡Es que yo no les enseño
esa crianza, ni soy
como otras madres del tiempo,
que los crían como brutos,
y los dejan andar sueltos
á su libertad! No, amiga,
usen con todos aquellos
políticos, regulares

y públicos cumplimientos,
y luégo hablen con quien quieran,
lo que quieran en secreto,
que bien saben que les doy
todos cuantos gustos puedo.
(Las criadas se quitan las mantillas.)

NIÑO. Estoy á los piés de ustedes,
en general.

DOÑA PEPITA. Y yo beso
las manos á la tertulia.

DOÑA MARIQ. Muchacho, toma el sombrero *(Al paje.)*
y la capa de este niño;
y ya basta, caballeros,
de afanes por esta noche,
mañana lo concluiremos.

D. AQUILINO. ¿No hemos de ensayar?

DOÑA MARIQ. Conforme:
siéntese usté aquí, y hablemos.

DOÑA PAULA. Pues soltura de valor,
y al estrado.

D. CLEOFÁS. Me convengo.

NIÑA. Muchachas, las sillas chicas. *(Se las traen.)*

DOÑA MARIQ. Mejor es que os vayais á dentro
á jugar con las criadas.

NIÑA. No, madre: aquí jugaremos,
como ustedes, sentaditos.

DOÑA MARIQ. ¡Es mujer de mucho asiento,
ya mi hija!

DOÑA ELENA. ¡Pues Joaquín!
¡Mi Joaquín es mucho cuento!

D. SIMEÓN. Hija, voy por las vecinas.

DOÑA MARIQ. Aún es temprano.

D. SIMEÓN. Á lo menos
subiré por la Lamberta,
para que con instrumentos
repase sus tonadillas.

DOÑA MARIQ. ¡Ah, tío, cómo os entiendo!

D. SIMEÓN. ¡Pues no os alabeis, que todos
juzgo que nos entendemos!

DOÑA MARIQ. Pues luégo subirá usted

NIÑA. Ahora todos hablan recio:
hábla me tú así.

NIÑO. Es verdad,
después hablaremos quedo.

DOÑA MARIQ. ¿Abate? Mirad que Pepa
está sola.

DOÑA ELENA. ¿Y qué tenemos?
También lo estoy yo. ¡Que tenga
paciencia, pues yo la tengo!

D. JACINTO. Si yo supiera, señora,
que gustais de rendimientos,
días ha que á vuestros ojos
fuera despojo mi afecto.

DOÑA ELENA. ¡Jesús! ¡Yo soy la dichosa!
Aquí teneis un asiento.
¡Bien haya la tropa, amen,
que reparte sus obsequios
entre todas! ¡No esos monos,
petimetres, soflameros,
que en los estrados van como
entre peras escogiendo,
presunción y pocos años!
¡Repare usted que es discreto,
político, generoso
y rendido, qué defecto
en una dama es que tenga
cuarenta años más ó menos!

D. JACINTO. ¡Ya se ve! ¡Son aprensiones!
¡Cada uno tiene su genio!

D. SIMEÓN. ¡No ve el diantre de la vieja!
Pero, Simeón, echemos
una china en el bolsillo.

Sale LAMBERTA.

LAMBERTA. ¿Se puede entrar con secreto
á saber quién está aquí
en un instante, y me vuelvo?

DOÑA MARIQ. ¿Lamberta mía, pues cómo
bajas sola? ¿Qué hay de nuevo?

LAMBERTA. Nada.

DOÑA MARIQ. Por Dios me lo digas,
porque sin duda es misterio.
LAMBERTA. Como quede entre nosotras...
DOÑA MARIQ. Eso yo te ló prometo.
LAMBERTA. Pues no es más de que mi ama
como es tarde, y sólo el viejo
ha venido, se sospecha
lo que le está sucediendo,
y me ha mandado bajar
á ver con otro pretexto
quién está aquí, y con quién habla.
D. SIMEÓN. Ya los ves, no hay otro cero
que yo, porque tú faltabas:
en fin, ya pareció aquello.
LAMBERTA. Á esto solo es mi venida.
DOÑA PAULA. ¡Adios! ¡Buena la tenemos,
prima! Yo soy de dictamen
que á todos los obliguemos
á que cumplan con quien deben.
LOS CUATRO. Nosotros nada debemos
allá, y aquí estamos bien.
DOÑA ELENA. Usted no haga ofrecimientos
tan generales, que alguno
no querrá dejar el puesto:
¿no digo bien?
D. JACINTO. Sí señora.
«¡Aunque estoy aquí violento, *(Aparte.)*
»me da lástima quitar
»á la pobre este consuelo!»
AQUILINO. ¿Y qué has de decirla?
LAMBERTA. Yo
soy poco amiga de cuentos:
diré....

Sale LOPITO.

LOPITO. Mi señora, doña
Marta, y el señor don Cleto.
DOÑA MARIQ. ¿Por qué no entran al instante?
¿No saben que son muy dueños?

Sale DOÑA MARTA *con* D. CLETO, *de capa, peluca, etc., delante trayendo de la mano á la referida;* D. FADRIQUE, *y* CORNELIO *alumbrando.*

DOÑA MARTA. ¿Cómo va, querida? Dios *(Con gesto.)*
guarde á ustedes, caballeros.
ELLOS TODOS. Señora, á los piés de usted.
DOÑA MARIQ. ¿Y tú?
DOÑA MARTA. Yo estoy que te beso
las manos, á tí y á todos,
con un dolor en el pecho,
un flato y una jaqueca,
¡que á no ser porque aborrezco
deshacer partidos, hoy
me hubiera sangrado!
DOÑA MARIQ. Siento
tu desazón, hija mía.
DOÑA MARTA. «¡Qué fingido sentimiento!» *(Aparte.)*
LAMBERTA. «¡Qué embustera que es mi ama!» *(Aparte.)*
D. SIMEÓN. ¡No son, no poco embusteros
tus ojos!
LAMBERTA. ¿Le han dicho á usté algo
que no haya sido cierto?
D. FADRIQUE. Beso á usted los piés, señora.
DOÑA MARIQ. Yo á usted la mano, y celebro
la buena elección.
D. FADRIQUE. Madama,
lo que es acaso no es cierto.
DOÑA MARTA. Señor don Fadrique, aquí hay
desocupado un asiento.
DOÑA PAULA. También aquí.
DOÑA ELENA. Aquí también.
D. FADRIQUE. Señoras, yo lo agradezco;
pero soy hombre que gusto
de ver á todos contentos:
aquí estoy bien, que no estorbo.
DOÑA MARIQ. ¡Hombres como vos, yo creo
que en ninguna parte estorban!
LOS HOMBRES. ¡Lo que hace tener dinero! *(Aparte.)*

DOÑA MARTA. Aquí puede ser que sí,
porque tan llena estoy viendo
de monos la sala, que
las gentes ya no cabemos.
DOÑA PAULA. Vaya usted con doña Marta, *(Á D. Cleofás.)*
que está rabiando de celos.
D. CLEOFÁS. ¡Que tenga paciencia!
DOÑA MARIQ. Idos: *(Á D. Aquilino.)*
¿no veis que os están riñendo?
D. AQUILINO. ¡Si he de ver un ceño siempre,
más quiero ver vuestro ceño!
D. SIMEÓN. ¡Qué bien que se escopetean!
¿Y aquí cómo estamos?
LAMBERTA. ¡Buenos!
CORNELIO. ¿Lamberta, subes?
D. SIMEÓN. No sube
hasta después que ensayemos.
CORNELIO. Ya esto está como ha de estar:
voy á ver si está en acecho
don Blas, á abrirle la puerta:
después me dirá si miento. *(Vase.)*

Sale D. DIEGO.

D. DIEGO. Ya dicen que estamos todos:
¿ensayamos ó qué hacemos?
DOÑA MARTA. Yo no estoy para ensayar.
D. SIMEÓN. Mejor es que haya bureo
esta noche, y que se baile,
y haya palillo.
DOÑA MARIQ. Convengo;
pero mis seguidillicas
se han de probar á lo menos,
que después no quiero errarlas.
TODOS. ¡Viva!
D. DIEGO. Pues vamos con ello.
DOÑA MARIQ. Hablen ustedes si quieren,
que á mí con los instrumentos
que me atiendan es bastante.
TODOS. Todos estamos suspensos.

D. CLETO. ¡Qué tierno está el Aquilino! *(Á Doña Marta.)*
DOÑA MARTA. ¡Es un grande zalamero!
Dias ha que me enfada mucho.
«¡Tú me las pagarás, perro!»
(Aparte jurándoselas.)
DOÑA MARIQ. Pues si ha de ser, allá voy.
D. AQUILINO. ¡Silencio todos! *(Afectuosamente.)*
DOÑA MARTA. Hablemos *(Con rabia.)*
por lo mismo.
D. CLETO. No es razón;
luégo después hablaremos.
(Canta seguidillas la dicha.)

Se asoma al bastidor que figura la puerta CORNELIO, *y* D. BLAS *con la cabeza pelada, se asoma por el aleta: durante toda esta escena, hasta que salen, hablan ambos desde su escondite.*

CORNELIO. Para verlo todo no hay *(Á D. Blas.)*
mejor forma de esconderos.
D. BLAS. ¡Bien lo han pensado! ¡Jesús,
y qué estrado tan completo!
¿Oyes, quién es el que está
con mi mujer?
CORNELIO. Un mozuelo,
mucha planta y pocos cuartos.
D. BLAS. ¡Es bello gusto por cierto!
CORNELIO. ¡Mire usted el tío, si cuida
de la casa!
D. BLAS. ¡Ya lo veo!
D. SIMEÓN. Si usted guisa, como canta,
qué guisaditos tan bellos
hará usted!
LAMBERTA. Á mi ama sirvo,
y me tiene con respeto
por doncella. ¡Hola!
D. SIMEÓN. Yo no
discurro que á usted la ofendo
en creerla de buen gusto.
LAMBERTA. Pues crea usted que lo tengo.
D. SIMEÓN. No lo dudo.

«Esto es por mí.» *(Aparte.)*
D. BLAS. ¡Mi tío es un Cancerbero!
D. FADRIQUE. ¿Por qué no jugais, chiquillos?
NIÑO. Ya jugamos.
D. FADRIQUE. Yo no os veo
sino cuchichear.
NIÑA. Es que
jugamos á los cortejos.
D. FADRIQUE. ¿Y decidme, vidas mías,
quién os enseñó ese juego?
NIÑA. ¡Qué preguntón es el hombre!
Esto se aprende de verlo,
como el jugar á la mata.
D. FADRIQUE. ¡Lo que puede el mal ejemplo!
D. BLAS. ¡Qué adelantada está mi hija,
válgame San Nicodemus!
D. FADRIQUE. ¿Mi alma, y vas á la escuela? *(Al Niño.)*
DOÑA ELENA. Iba; pero como el tiempo
es tan caliente en verano
y tan frío en el invierno,
le he quitado hasta que tenga
catorce años por lo menos.
D. FADRIQUE. ¿Pero sabrá la doctrina
cristiana?
DOÑA ELENA. No sé; yo creo
que sí. ¿La sabes?
NIÑO. Ya sé
la mitad del Padre nuestro.
D. FADRIQUE. ¡Válgame Dios qué crianza! *(Se retira.)*
NIÑO. ¿No tienes más caramelos? *(Á la niña.)*
NIÑA. Otro hay: y si quieres más
mi madre tiene un pañuelo,
que la trajo aquel señor
que tiene tan guapo el pelo.
DOÑA MARTA. Vecina, con tu licencia
préstame ese caballero
por un momento no más,
que al instante te le vuelvo.
D. BLAS. ¡Hola! ¿qué también se prestan
estos muebles? ¡Yo estoy lelo,

Cornelio !

CORNELIO. Pues calle usted,
que aún ha de haber algo bueno.

DOÑA MARIQ. ¡Jesús, hija, y regalado,
si gustas de él, te lo cedo !

D. AQUILINO. ¿Yo, señora?

DOÑA MARIQ. Vaya usted.

D. AQUILINO. «Así á las dos obedezco.» *(Aparte.)*
(Se va con doña Marta.)

D. FADRIQUE. Señora, porque este rato
no os falte en que hacer empleo
de las iras ó favores,
sustituiré en el asiento
interinamente.

DOÑA MARIQ. ¿Cómo
interinamente? Vuestro
es, si acaso no os disgusta
la propiedad.

D. FADRIQUE. Me convengo.

D. BLAS. ¡Hasta el Indiano, que sólo
hablaba de jubileos,
y en el mar de los cariños
siempre iba á viento sereno,
se alborotó, y se echa á pique !
¡ Está divertido esto !

D. AQUILINO. ¿Pues, señora?

DOÑA MARTA. No haya más, y yo os prevengo,
que en vuestra vida me hableis
ni me veais.

D. AQUILINO. Si os ofendo
con el mirar y el decir,
fuerza será obedeceros,
que á bien que allí... ¡pero ya
también me han cogido el puesto !

D. BLAS. Estas creo que dan antes
de que vaquen, los empleos.

D. FADRIQUE. Aquí tiene usted su silla. *(Á D. Aquilino.)*

DOÑA MARIQ. Eso será, si yo quiero.

D. AQUILINO. No señora, está muy bien,
que yo divertirme pienso

con los chicos.

NIÑO. ¿Se le ofrece
á usted aquí algo, caballero?

D. AQUILINO. Saber qué se hace.

NIÑO. ¿Y á usted,
qué le importa lo que hacemos?

D. AQUILINO. ¡Hola, el mono!

NIÑA. Dice bien,
que pequeños con pequeños.
y grandes con grandes. Ea,
no sea usted postema.

D. AQUILINO. Vengo
á ver si quieres, Maruja,
que un fandanguito bailemos.

NIÑA. Vamos al instante.

NIÑO. ¿Digo?
¿y sabes tú si yo quiero?

NIÑA. Supongo...

NIÑO. Supones mal.

D. AQUILINO. ¿Quieres quitarte, muñeco?

NIÑO. ¡Si voy por el espadín
allá fuera nos veremos
las caras! Ó has de bailar
conmigo ó ha de haber cuento.

DOÑA ELENA. ¡Mira qué guapo es mi chico!
¡Me le comiera ahora á besos!

D. AQUILINO. ¡Con efecto, eres gracioso!

DOÑA MARIQ. Callad, dejadlos á ellos
que bailen.

NIÑA. Mande usted, madre,
que saquen un instrumento.

Sale D. COSME.

D. COSME. Aquí estoy ya con el arpa,
y si hoy no he llegado á tiempo,
mañana madrugaré.

DOÑA PAULA. ¡Que has de ser tan majadero!

D. COSME. ¿Pues si no lo fuera, cómo
estaría tu pellejo?

¿Qué se ha de tocar?

NIÑOS. Fandango.

D. COSME. Pues atiendan que comienzo.

(Le bailan los chicos.)

TODOS. ¡Lindamente, lindamente,
han danzado y con extremo!

D. BLAS. ¡Esto no puede aguantarse
ya! ¡Si no salgo, reviento!

NIÑA. ¡Ay, señores, ay, que el paje

(Señalando al grupo de piés que forman en el escondite los de Cornelio y D. Blas.)

tiene cuatro piés, dos negros
y dos blancos!

NIÑO. ¡Es verdad!

DOÑA MARIQ. ¿Muchacha, qué estás diciendo?

CORNELIO. Bien dice, y si ustedes quieren,
vengan ustedes á verlo.

Sale DON BLAS.

D. BLAS. ¡Bendito sea el que cría
tal parva de majaderos!
Mujer, que sea enhorabuena:
tío mío, agradeciendo:
obli-gato, madamitas,
madamitos, obli-perro.

TODOS. ¿Qué es esto?

D. BLAS. Chis: esto es
haber visto lo que es esto.

DOÑA MARIQ. Pues marido...

D. BLAS. Pues mujer...
una de dos, ó convento
ó deshacer el tablado,
y que vayan al infierno *(Con soflama.)*
á ensayar, estos señores,
el paso que han de hacer luégo.

TODOS. ¿Por nosotros?

D. BLAS. Por ustedes.

D. COSME. ¿Y tú qué dices á esto,
mujer?

Doña Paula. Que te quiero mucho.
D. Cosme. Yo también á tí te quiero.
D. Blas. ¿En qué quedamos?
D. Fadrique. En que
teneis razón; pero atento
á la estimación de todos,
todo quede aquí secreto,
y se cante una tonada
al instante, desmintiendo
las sospechas de quimera.
D. Blas. Como esto se acabe luégo,
más que canten.
Todos. Perdonad.
D. Blas. Yo no perdono: al discreto
auditorio es á quien toca
dar castigos y dar premios,
y en fin, dar...
D. Fadrique. Pues si da tanto
á sus plantas pediremos,
Con todos. que nos dé un perdón en paga
de todos nuestros esmeros.



EL CAREO DE LOS MAJOS.

PERSONAS

DOÑA BLASA, *petimetra.*
D. GERÓNIMO, *su cortejo.*
UN ALCALDE.
D. PANCRACIO, *escribano.*
D. IGNACIO, *alguacil 1.º*
UNA VECINA GAZMOÑA.
LA RUMBONA. } *Majas.*
LA SANTURRIA. } *Majas.*
LA OLAYA, *viuda, tendera del Avapiés.* } *Majas.*
UNA CRIADA DE ÉSTA, *maja.*
DIONISIO. } *Majos.*
BLAS. } *Majos.*
MANOLO. } *Majos.*
ESTEBAN. } *Majos.*
DOS CIEGOS.
UN PORTERO *del Alcalde.*
OTROS ALGUACILES.

La escena se representa en Madrid y barrio del Avapiés.

Salón corto.



Visita de majas, que se compondrá de la RUMBONA, SANTURRIA *y* OLAYA, *y de majos, que serán* DIONISIO, BLAS, ESTEBAN *y* MANOLO *con la guitarra: unos se sientan en sillas, y los otros bailan seguidillas después de los primeros versos.*

OLAYA. Mientras se junta la gente,
pues hay á mano guitarra,
y no falta quien la toque,
no perder tiempo, muchachas.

RUMBONA. Yo á casos de honra jamás
me he negado: fuera capas,
caballeros, y bailemos.

OLAYA. ¿Oyes, Rumbona?

RUMBONA. Dí, Laya.

OLAYA. ¿Sabes lo que hay?

RUMBONA. Sé que hay mucho,
mas de nuevo no sé nada.

OLAYA. ¿No te acuerdas de ayer tarde,
que la usía remilgada
del cuarto principal vino
á ver si la convidaban
al baile, y porque yo me hice

desentendida, de rabia
envió catorce recados
para que no alborotaran
la vecindad?

RUMBONA. Sí.

DIONISIO. Por señas
que yo con mi acostumbrada
atención, respondí á uno
que no nos daba la gana.

OLAYA. Pues ha ido á quejarse al juez
del barrio.

SANTURRIA. ¿Nos amenaza?
¡que si quieres! por lo mismo
se ha de alborotar la casa
á la ley, y ha de durar
el fandango hasta mañana.

DIONISIO. Dice muy bien la Santurria:
aunque sea prima ó cuñada
del juez, ¿qué pueden hacernos?
Naide en el mundo de nada
debe temer, siempre y cuando
esté la conciencia salva.

OLAYA. Pues vaya... ¿Pues no se sabe
muy bien quién es la tía Olaya,
la tendera en Lavapiés
y las calles comarcanas?

DIONISIO. Dice bien: vaya de baile,
y dejallos venir.

MANOLO. Vaya:
yo cantaré mientras vienen
los ciegos, que la garganta
está aún del vino y la bulla
de anoche algo acatarrada.

(Canta y bailan seguidillas.)

El oro de las Indias
fuera moreno,
si al oro se juntara
de tus cabellos.

Por eso noto,
cuestan más tus cabellos
que vale el oro.

Sale la CRIADA *como de tienda de aceite y vinagre, llorando muy angustiada, y se abraza á la* OLAYA.

CRIADA. ¡Ay señora de mi vida!
TODOS. ¿Qué es esto?
OLAYA. ¿Qué traes, muchacha?
CRIADA. Que... que... no puedo decirlo,
¡ay señora de mi alma!
OLAYA. ¿Cuánto va que te hago yo
hablar de dos manotadas?
CRIADA. ¡Pobre de mí! ¡Ay, ama mía!
DIONISIO. Quizá vendrían por pasas,
se encontró entre ellas algún
ratón, y viene asustada.
BLAS. ¿Es eso?
CRIADA. No, no señor.
OLAYA. Á que... *(La amenaza.)*
DIONISIO. Mejor es llevarla
por bien: vaya, dueño mío,
límpiate los mocos y habla.
CRIADA. Que estando yo ahora en la tienda
sola, he visto que se entraban
unos...
BLAS. ¿Tigres?
CRIADA. No señor...
Unos...
DIONISIO. ¿Toros de Jarama?
CRIADA. No señor.
BLAS. ¿Un león?
CRIADA. Tampoco.
OLAYA. ¿Es el dueño de la casa?
CRIADA. Unos... unos alguaciles,
¡ay señora de mi alma! *(Abrázanse.)*
OLAYA. ¿Y qué quieren los menistros
conmigo? Dejad que salga
ajuera; vereis qué presto
que los despacho.

Salen D. IGNACIO *y otros de alguaciles.*

TODOS. Deo gracias.
IGNACIO. Dios guarde á todos ustedes,
señores.
DIONISIO. Á Dios sean dadas.
IGNACIO. ¿Cuál de ustedes aquí es la
señora tendera Olaya
de aceite y vinagre?
OLAYA. Yo, yo soy.
IGNACIO. Por muchos años.
¿Y quién son estas madamas?
OLAYA. Mis amigas, mis vecinas,
y mujeres muy honradas.
IGNACIO. Muy bien. ¿Y estos caballeros
quién son?
OLAYA. Yo no sé palabra;
pero con saber que son
hombres conocidos basta.
DIONISIO. Menos yo, que no conozco
á nenguno de mi casta,
ni á mi padre.
IGNACIO. ¿Ni á su padre?
¡Cosa rara!
DIONISIO. ¿Cosa rara?
¿Jurara usted quién fué el suyo?
IGNACIO. Ya se ve que lo jurara.
DIONISIO. Eso va en conciencias: yo
la tengo más delicada.
OTRO ALG. ¿Y á vuestra madre?
DIONISIO. Á esa sí;
y aún está tan buena y sana,
que después de haber criado
algunos millares de almas,
está capaz de criar
y mantener otras tantas.
OTRO ALG. Decid quién es tan fecunda
mujer.
DIONISIO La enclusa.

RUMBONA. ¡Qué gana
de conversación que tienen
ustedes! Presto, y en plata
digan á qué vienen, y
ahorrémonos de palabras.

IGNACIO. ¿Hubo aquí fandango anoche?

MANOLO. Sí señor.

OTRO ALG. ¿Y quién estaba?

BLAS. Nosotros, y mucha más
gente á quien le dió la gana.

IGNACIO. Pues es preciso que ustedes
dentro de media hora vayan
á casa del señor juez
del barrio, que así lo manda.

SANTURRIA. ¿Y hemos de ir á pié ó en coche?

DIONISIO. Cuando la justicia llama
cada uno va como puede,
y es preciso dar las gracias
de que no venga á llevarle.

OLAYA. Diga usted que iremos.

IGNACIO. No hagan
resistencia.

BLAS. Usted no sabe
todavía con quien trata;
á media vez que se diga,
la palabra es la palabra.

DIONISIO. Y entre la gente de forma
no ha de haber desconfianza,
cada uno es cada uno, y el
decirlo media vez basta.

RUMBONA. Y aunque sea curiosidad,
¿sabe usted si será larga
la vesita?

SANTURRIA. ¿Y semos solas
nosotras las convidadas?

IGNACIO. Allá lo verán ustedes.
Yo, señora, no sé nada:
vamos, caballeros, á
citar los pocos que faltan.

ALGUACILES. Á Dios, señores.

TODOS. Agur.
OLAYA. Señores, se me olvidaba,
si ustedes gustasen de
tomar algo, lo hay en casa.
IGNACIO. No sé si los compañeros
querrán; yo no tengo gana.
ALGUACILES. Es aún temprano, se estima.
DIONISIO. Pues cuenta, que no es jactancia;
pero se puede beber
sin escrúpulo. Ea, nuestra ama,
vaya usted, saque un puñado
de almendras ó de castañas
pilongas, y un vaso limpio.
OLAYA. Voy.
IGNACIO. Señora, usted se cansa,
que nosotros no tomamos
en ninguna parte nada
de interés; pero se aprecia
como si se disfrutara. *(Vanse.)*
DIONISIO. Eso tiene aquesta gente,
que es muy desinteresada.
SANTURRIA. Si hemos de ir, ¿qué se ha de hacer?
BLAS. De suerte que allí no tragan
á nadie, dice uno aquello
que le preguntan, y á casa.
OLAYA. Tan fijo es que ha dado queja,
como dijo la taimada
de la vecina de arriba;
pero puede que le salga
capón el gallo; que si ella
ha ido á decir que se baila
abajo, yo diré al juez
que andan arriba otras danzas.
RUMBONA. ¿Y hemos de ir todos?
BLAS. ¿Por qué
no había de ir toda la jarcia?
DIONISIO. ¿Pues no podemos ir todos
con las caras destapadas
de cabo á cabo del mundo?
RUMBONA. Dice bien: danos, muchacha,

la mantilla; y entre tanto
llevemos adelantada
otra seguidilla más,
por si allí se nos estraga
el buen humor.

BLAS. Dice bien;
repitan las algazaras.
El oro de las Indias, etc. *(Vanse.)*

Múdase el teatro en otra sala con mesas, sillas y escribanía. Salen el ALCALDE *en bata y gorro, serio.* D. PANCRACIO *de militar, como escribano, con unos papeles, y* DOÑA BLASA, *de petimetra de mantilla, y* D. GERÓNIMO *de peluquín, etc., y uno de ministro ó* PORTERO.

BLAS. Como digo, señor juez,
son unas desvergonzadas,
insolentes; y no es fácil
que baste la tolerancia.
Hubo pendencia, hubo gritos,
y decían unas cosazas...
¡Como que estaban borrachos!
Vea usted si vengo con causa
á quejarme: es menester
ponerles una mordaza
á todos; enviar á ellos
á un presidio, y encerrarlas
á ellas en una galera:
sepan las señoras majas
cómo deben tratar una
mujer de mis circunstancias.

ALCALDE. De todo estoy informado;
pero vos venís, madama,
muy criminal.

GERÓNIMO. ¿Criminal?
¡Si supierais las infamias,
las cosas!... ¡Es mucho, es mucho!
Se avergüenza uno al mentarlas.

ALCALDE. Á bien que ahora las sabremos,
que ya las tengo citadas
á todas, y á los vecinos

de las casas inmediatas,
porque sirvan de testigos;
y las cuentas ajustadas,
el que debiera que pague.



BLASA. Por no ponerme á demandas
y respuestas con tal gente,
dejaré como se estaban
las cosas.

Sale el PORTERO.

PORTERO. Señor, ahí fuera
están las partes contrarias

y los testigos.

ALCALDE. Que aguarden
estos; aquellos que vayan
entrando.

PORTERO. Que entren ustedes.

Salen tropa de MAJOS *y* MAJAS *con mucho orden.*

DIONISIO. Dios sea en aquesta casa.

BLAS. Á la obediencia de ustedes.

ALCALDE. Dios guarde á la gente honrada.

RUMBONA. Y á usted le libre de chismes
y cuestiones excusadas.

ALCALDE. ¿Juran decir la verdad
en lo que sean preguntadas?

RUMBONA. No señor; porque nosotras
somos tan libres y claras,
que no daremos lugar
á que nos pregunten nada.

DIONISIO. Y la verdad por delante.

ALCALDE. Despacio. ¿Quién es Olaya
la tendera, en cuyo cuarto
hubo el baile?

OLAYA. Una criada
de usted.

ALCALDE. ¿Y con qué motivo
fué el baile?

OLAYA. Porque es usanza
todas las noches de fiesta
haber bailes en mi casa.

ALCALDE. ¿Y hubo otro alguno?

SANTURRIA. Señor,
no más que uno en cada casa:
yo no soy naide, y estuve
á nueve ó diez convidada.

ALCALDE. Pero no en todos habría
borracheras y algazaras
como en el vuestro.

MANOLO. Ya sé
que no ha faltado una mala

lengua. ¡Mas tasadamente
es lo propio que una espada
la mía!

RUMBONA. Todos hablaremos,
supuesto que á hablar nos llaman.

ALCALDE. ¿Pero es cierto hubo pendencia?

DIONISIO. Sí señor, fué casi nada:
con la sangre que hubo, no
se pudo regar la sala.

PANCRACIO. ¿Sangre hubo?

DIONISIO. Dos amigos,
que allí hicieron la mostaza
á otros dos amigos.

ALCALDE. ¿Quién
fué de la pendencia causa?

DIONISIO. La pendencia sobre-vino,
señor, de una patarata.

ALCALDE. Esa quiero saber yo.

DIONISIO. Pues bien fácil es contarla.

ALCALDE. ¿Estabas tú allí?

DIONISIO. ¿Pues hay
otro que se atreva á armarlas
como yo? ¡Qué poco sabe
el señor juez con quien trata!

BLASA. Si todos ellos...

ALCALDE. Señora,
usted será preguntada
á su tiempo.

RUMBONA. ¡Qué hambre tiene
(Aparte á Olaya.)
mi vecina de patadas!

ALCALDE. Con que, hijo, vamos á nuestro
asunto: ¿cómo te llamas?

DIONISIO. ¿Quién? ¿Yo?

ALCALDE. ¿Pues hablo con otro?

DIONISIO. Yo soy Lonisio el de Arganda,
pa servir á Dios y á usted.

ALCALDE. ¿Con que el caso fué?... Despacha.

DIONISIO. De suerte es y de manera....
¿Conoció usted á la Juliana

de Fuencarral?

ALCALDE. No por cierto.

DIONISIO. ¡Si usté viera qué muchacha!
¡Tiene unos ojazos como!....
Asina.... fresca, bella, alta
y dispuesta.

ALCALDE. ¿Á qué viene ahora
todo eso?

DIONISIO. Es que la causa
fué que ésta vino allí anoche
con la Curra, la Salada,
la Boca de puches y otras;
y el que las acompañaba,
que era Gorito el Cantero,
es un poco de mi alma.
Como fueron algo tarde,
y estaba toda la sala
llena de gente de modo,
no había donde acomodarlas:
quiso hacer de presonita,
y que otras se levantaran,
que eran tan buenas como ellas;
estotras también estaban
allí con sus gentes propias;
con que sacaron la cara,
como hubiera hecho usted, yo,
ú otro en tales circunstancias,
y empezaron á picarse.
Atisbóme la Juliana,
que aunque estamos regañados,
fuimos conocidos marras,
y vino y dijo: Lonisio,
esto, si tú no lo ganas
se pierde. Yo dije entonces:
no sé como tienes cara
para ponerte delantre;
si fuera yo otro.... mas anda
con Dios; que por fin y postre
eres mujer, y esto basta.
Juime entonces á la bulla,

y dije: hola, camaradas,
delantre de mí nenguno
es naide; quiso echar plantas
el seor Gorito el Cantero;
y yo que no sufro chanzas,
le dí (salva sea la parte)
(Señala hacia el trasero.)
tal puntapié en la culata,
que estuvo una hora bailando
de coronilla en la sala.
Luégo metieron la mano
allí cuatro buenas almas,
hubo paz, y prosiguió
el sarao sin desgracia.

GERÓNIMO. ¡Vea usted con tal gentuza,
qué tal sería la zambra!

DIONISIO. Oye usted, ¿me hará usted gusto
de decirme esa palabra,
qué quiere decir gentuza
esta noche en la calle ancha
del Lavapiés?

PANCRACIO. ¿Cuánto vino
cayó? *(Á Blas.)*

BLAS. Es cierto que se gasta;
pero con mucha medida:
yo casi, casi jurara
que no lo probé.

DIONISIO. No mientas:
la verdá, y caiga el que caiga;
por señas de que brindaste
allí á que Dios nos librara
de cualquier testigo falso,
y del poder de la vara
de justicia; y dempués yo
brindé con la misma taza,
á la salud del que quiere
y no puede.

ALCALDE. Vaya, vaya,
que ya veo que sería
un escándalo la casa.

BLASA. Yo jamás me quejo en balde;
vea usted si escrupulizara
cualquiera en tolerar esto.

ALCALDE. Vuestra queja es muy fundada:
pero yo pondré remedio.

RUMBONA. Pues ya que en eso se cansa,
remédielo todo á un tiempo,
que también esa madama
necesita entrar en cura.

BLASA. ¿Yo?

ALCALDE. ¿Cómo?

SANTURRIA. Escandalizada
tiene todita la calle.

BLASA. ¿Pues dirá alguien que en mi casa
hubo jamás alborotos?

SANTURRIA. Dice bien, esa es la gracia,
que si es malo cuanto dicen
de esta, es peor lo que se calla
de ustedes.

OLAYA. Es que en mi cuarto
todas las cosas se tratan
á puerta abierta, y arriba
todo es á puerta cerrada.

BLASA. ¡Jesús, y qué testimonio!

GERÓNIMO. Yo os aseguro, canalla,
que á no estar aquí...

BLAS. Pues digo,
¿sería usted fuera el que hablara?

RUMBONA. Y de no estar de por medio
el respeto de estas barbas,
¿no se hubiera ya ganado
este pleito á bofetadas?

ALCALDE. ¡Buena gente! ¿Hola, quién son *(Á Ignacio.)*
los primeros que ahí se hallan
como testigos de vista?

Sale D. IGNACIO *con los* DOS CIEGOS.

IGNACIO. Los dos ciegos que tocaban
en el dicho baile, que

viven en la misma casa.
CIEGO 1.º Alabado sea Jesús.
ALCALDE. ¿Te han dicho que aquí te llaman
á declarar?
CIEGO 1.º Sí señor;
y aunque yo no veo palabra,
por el tacto y el oído,
sé todito cuanto pasa.



ALCALDE. Mas tú conocer no puedes
á la gente por la facha.
CIEGO 1.º Á que digo quién es toda,
si usted me deja tentarla?
GERÓNIMO. Señor juez, este es un loco.
CIEGO 1.º Oye usted, éste que habla
es el usía que ahora
corteja á la doña Blasa
de mi cuarto principal:
y si quereis que de cuantas
mozas viven en el barrio
os diga las circunstancias,
mandadlas cantar á todas,

supuesto que todas cantan,
y diré de todas vidas,
milagros, estado y patria.

CIEGO 2.º Señor juez, yo me remito
en todo á mi camarada.

ALCALDE. Sí, pues cantad cualquier cosa
ligera, á ver si se engaña.

RUMBONA. Para cantar estoy yo! *(Mirando á la usía.)*
De lo que yo tengo ganas
es de solfear á una cierta
conocida.

SANTURRIA. Pues yo pajas.

OLAYA. ¿No basta que el señor juez
lo mande? Yo haré la salva,
que para oir la voz, con sola
una seguidilla, basta.

Canta.

Cualquiera que el tejado
tenga de vidrio,
no debe tirar piedras
á el del vecino.
Arrieros semos,
puede que en el camino
nos encontremos.

PANCRACIO. ¿Quién es esta?

CIEGO 1.º La tendera:
una viuda muy honrada,
y muy amiga de hacer
un gusto, hija de la Mancha,
y á quien por su genio todos
en el barrio la idolatran.

ALCALDE. Canta tú.

SANTURRIA. Voy; que no tengo
razón de esconder la cara.

Canta.

Hay muchos que se meten
en las quimeras,

y salen con las manos
en la cabeza.
. Bien empleado;
¿quién los mete en la renta
del escusado?

CIEGO 1.° Á Dios, señora Santurria:
me alegraré que usted haya
descansado dende anoche.
ALCALDE. ¿Conoces á esta muchacha?
CIEGO 1.° Sí señor; vive la puerta
más abajo; y es casada
con un peón de albañil:
dicen que tiene la falta
de ser sardesca; pero esa
también la tiene mi gata.
PANCRACIO. Vaya otra.
RUMBONA. Si ha de ser, yo
echaré mi cuarto á espadas.

Canta.

Vale más un cachete
de cualquier maja,
que todos los halagos
de las madamas.
Porque se arguye
que todo esto es cariño
y el otro embuste.

CIEGO 1.° ¿Qué está la Rumbona? Esta
había de estar engarzada
en rubíes, amatistas,
coral y piedras de Francia.
ALCALDE. ¿Quién es esta?
CIEGO 1.° Usted perdone;
que soy parte apasionada;
porque tiene unos ojillos
tan bailarines...
ALCALDE. Aguarda,

¿qué la ves?

CIEGO 1.º No señor; pero
se le conoce en el habla;
además, que cierto día
que la cogí descuidada,
llegué quedito, la puse
los dedos en las pestañas,
y al punto adiviné el aire
con que las niñas bailaban.
¡Pues para mentir! hay pocas
que tengan tan linda gracia:
más de mil chascos me tiene
dados, y tanto me arrastra...
En fin yo no puedo verla,
y me muero por tocarla.

BLASA. ¿No os dije que no podriais
sacar cosa de sustancia
de este ciego?

CIEGO 1.º ¡Oh, que está aquí
mi señora doña Blasa!
También á usted la conozco:
¡Señor Juez, valiente maula!

ALCALDE. ¿Pues quién es esta?

CIEGO 1.º Esta es
la que tiene alborotada
toda la vecindad.

ALCALDE. ¿Cómo?

CIEGO 1.º Porque á todas tiene mala
voluntad, y tiene tirria
contra todas las muchachas
de la calle, porque dice
que les tiran de las capas
á sus cortejos; y anoche
porque entrar no la dejaban
al baile, en toda la noche
pudo sosegar de rabia:
y yo oí desde mi cuarto,
que le dijo á la criada,
que hoy había de tomar
de todas ellas venganza.

¡La verdad, yo no veo mucho,
pero el oído es halaja!

BLASA. Que relate la pendencia,
puesto que tanto relata.

CIEGO 1.º La pendencia, ciertamente
que fué cosa de sustancia.

PANCRACIO. ¿Hubo heridos?

CIEGO 1.º Sí señor.

PANCRACIO. ¿Y muertos?

CIEGO 1.º Sí señor.

BLASA. Vaya,
que ello se irá averiguando.

GERÓNIMO. Todo saldrá á la colada.

CIEGO 1.º Y hubo entierro.

ALCALDE. ¿Hombre, qué dices?

DIONISIO. Dice bien; que cuatro pavas,
un cochinillo de leche,
y un pellejo que llevaba
sus cuatro arrobas, murieron,
y en nuestros vientres descansan.

ALCALDE. ¿Hay más testigos?

IGNACIO. Señor,
aquí esperando se halla
esta chica.

ALCALDE. ¿Usted quién es?

Sale VECINA GAZMOÑA.

VECINA. ¿Yo, señor? Una cuitada
huérfana de padre y madre,
que vivo de mis puntadas.

CIEGO 1.º La vecinita del cuarto
segundo: ¡Otra que bien baila!

ALCALDE. ¿Con que usted es costurera?

VECINA. Sí señor, de ropa blanca.

RUMBONA. De toda costura sabe:
señor Juez, examinadla.

VECINA. Todo eso es ponderación,
y visitas que me achaca
su malicia, de las muchas

que ven que suben y bajan
la escalera pero... todas
se quedan en la posada
del cuarto principal, que
arriba no sube un alma.
Yo sola con mis agujas
paso mi vida atareada:
siempre sola, y no de Dios.

BLASA. No nos haga la beata
ni la gazmoña, que toda
la calle vive enterada
de que tiene sus devotos.

VECINA. De modo que á nadie falta
la Providencia, y quizá...
pero no quiero sacarla
los colores.

BLASA. Ella es;
y mire bien cómo habla,
la que me quita el pellejo
con toda aquesta morralla
de la vecindad.

OLAYA. ¡Hola, hola!
Sea usía mejor hablada,
y ya que es tan gran señora,
desempeñe la cuchara
que tiene en mi tienda en prendas
de una libra de castañas
y tres panillas de aceite.

ALCALDE. Yo creo que si esto pasa
adelante, ha de ser fuerza
tomar una muy sonada
providencia. Yo discurro,
si apariencias no me engañan,
que todas tienen por qué
callar: váyanse á sus casas
ahora; pero apercibidas
ellas de que no armen zambras,
ni juntas escandalosas;
y ustedes de ver cómo andan,
porque ya estoy sobre aviso,

y á la menor cosa que haya,
las pondré donde no vean
el sol en muchas semanas.

BLASA. Don Gerónimo, buscadme
donde mudarme mañana.

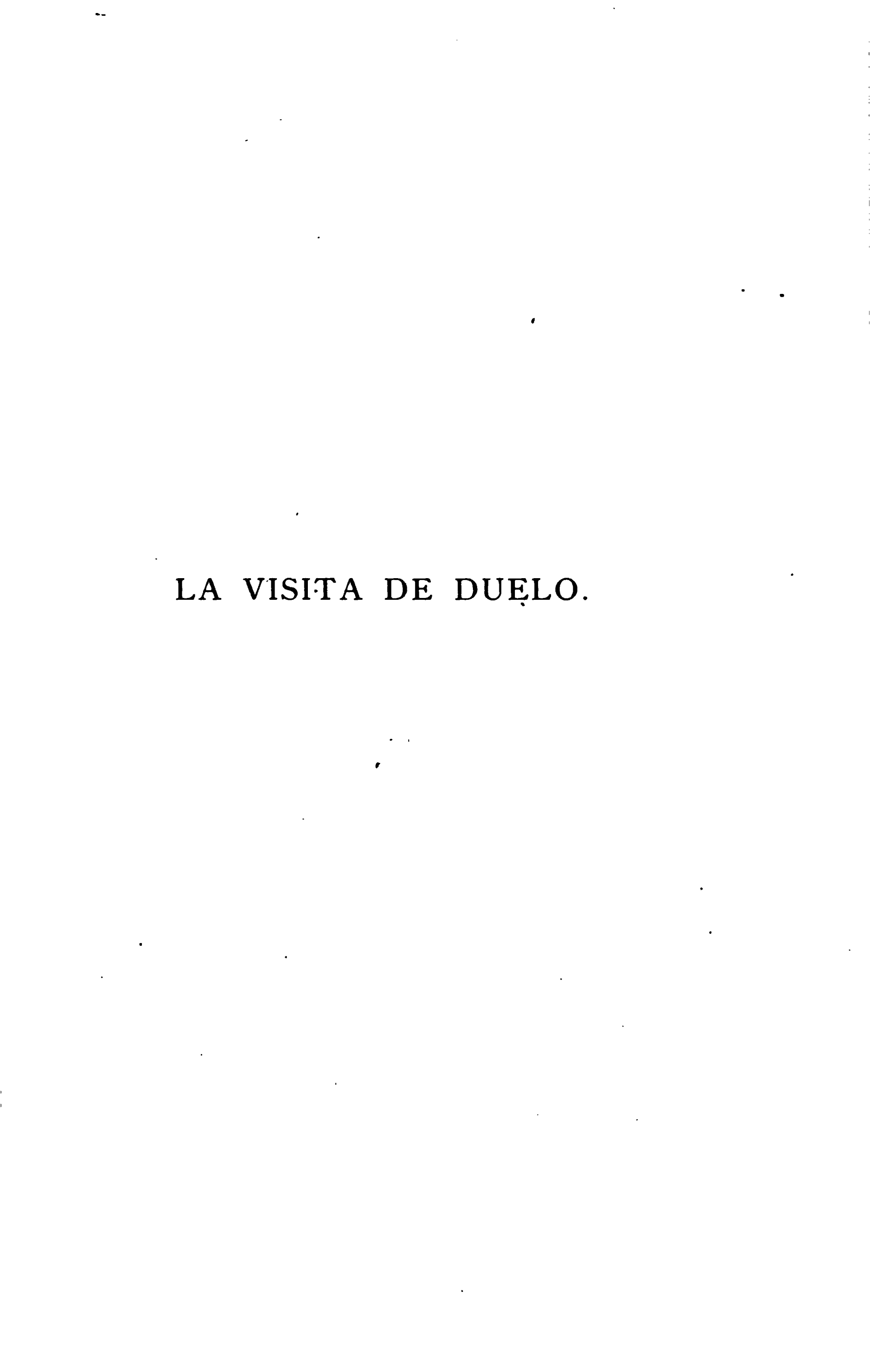
DIONISIO. Mejor fuera que esta noche
se quedase ya mudada.

RUMBONA. Señor Juez y ya que usted
prohibe lo que se baila,
¿permite las tonadillas?

ALCALDE. Como sean moderadas
pueden cantarlas.

DIONISIO. Pues bien;
vamos al punto á cantarlas.

IGNACIO. ¡No creí yo que esta gente
saliese tan bien librada!



LA VISITA DE DUELO.

PERSONAS

D.ª MARTA, *señora de la casa.*

D.ª JOAQUINA.
D.ª IGNACIA.
D.ª SEBASTIANA.
D.ª PEPA.
} *Sus amigas.*

D.ª MARIANA, *visita de cumplimiento.*

GABRIELA, *criada.*

JUANITO, *niño de cinco años, señorito de la casa.*

PERICO, *paje.*

D. COSME, *abate serio.*

D. LORENZO, *petimetre de buen humor.*

D. JOSÉ, *viejo alegre.*

D. FERNANDO.
D. ROQUE.
D. EUSEBIO.
D. LINO.
} *Petimetres.*

OTRO PAJE *de las visitas.*

OTRA CRIADA.

La escena es en Madrid.

Salón corto.



Salen DOÑA MÁRTA *de luto, y* GABRIELA *de criada.*

MARTA. Cuidado que esté la casa,
como te digo, en silencio,
y que después los criados
no metan bulla allá dentro,
que es grande la seriedad
de las visitas de duelo:
y cuenta que cuando salgas
para servir el refresco,
te pongas basquiña y
collar y pendientes negros:
que saques sólo una vela

de cera en un candelero,
y haya para alumbrar otra
en la antesala, de sebo.

GABRIELA. Bien está.

MARTA. ¿Dónde está el niño?

GABRIELA. Jugando está con don Pedro
á las Damas, que le gusta
al señorito este juego.

MARTA. ¿Niño?

NIÑO. Señora, ya voy. *(Dentro.)*

MARTA. ¿Perico?

PERICO. Señora. *(Dentro.)*

GABRIELA. ¿Tengo
más que saber?

MARTA. Por ahora
no.

GABRIELA. Pues voy á disponerlo. *(Vase.)*

Sale el NIÑO.

NIÑO. Madre, ¿qué me manda usted?

MARTA. Aguárdate.

NIÑO. ¿Qué tenemos
visitas? ¿Si me traerán
rosquillas y caramelos?

Sale PERIQUITO.

PERICO. ¿Qué manda usted?

MARTA. Que te lleves
á casa de sus abuelos
este niño; y les dirás,
que ya saben sus enredos,
y se le envío esta noche
porque no alborote el duelo.

NIÑO. ¡Ay, no, madrecita mía!
¡Por Dios! Yo me estaré quieto,

MARTA. ¿Cuántas palabras me das?
Anda, anda, que no te creo:
llévale, y cuando te vuelvas,

encárgale al pastelero,
por si quiere alguna amiga
tomar un boçado adentro
con disimulo—que á fuera
debe estar todo muy serio—
ún par de ojaldres.

NIÑO. ¡Ojaldres!
¡Y en la lumbre está cociendo
una olla de chorizos,
que yo la he visto! No quiero
irme, que yo también soy
de Dios: perdone mi abuelo.

MARTA. Pues mira que á la primera
travesura te desuello
á azotes.

NIÑO. Si digo á usted
que me estaré como un muerto!

PERICO. Coche ha parado.

MARTA. Pues mira
quién es y vete al momento
á esa diligencia; y tú
vé á jugar con tus enredos,
y no salgas hasta que
te llame yo.

NIÑO. Ya lo entiendo. *(Vase.)*

Salen DOÑA IGNACIA *de luto, y* D. LORENZO *y* D. EUSEBIO *de petimetres.*

MARTA. No te sabré encarecer,
hija mía, lo que siento
haberte avisado para
visita tan triste.

IGNACIA. En siendo
en tu casa, para mí
todos los ratos son buenos.
¿Cómo estás?

MARTA. Muy enfadada
de tener en este tiempo
juntas todas mis amigas;

y en vez de divertimiento,
darles el chasco de que
se estén pésames fingiendo.

IGNACIA. ¿Qué se ha de hacer?

MARTA. Sientaté:
no digo á estos caballeros
que vuelvan, porque esta noche
todo aquí ha de ser silencio.

LORENZO. ¿Usted nos tiene por muy
habladores, según eso?

MARTA. No, señor; sino que juzgo,
que para estar circunspectos,
pegados contra una silla
toda la noche, teniendo
el lugar mil diversiones,
fuera el convite muy necio.

EUSEBIO. Vuestra opinión contra sí
tiene muchos argumentos,
señora: primeramente,
que el estar á los piés vuestros
debe ser para nosotros
el superior embeleso:
lo segundo que ¿quién quita
que unos con otros hablemos,
formando nuestra tertulia
los hombres? Y lo tercero,
que en llamándonos ustedes,
con cualesquiera pretexto
podemos pelar la pava.

MARTA. El discurso es harto bueno;
¿pero no veis que sería
reparado de los viejos
traer los mozos al estrado,
y dejarlos?

LORENZO. Por lo mesmo
digo yo, que lo mejor
de todo es mi pensamiento.

IGNACIA. ¿Y cuál es ese?

LORENZO. Bailar.

MARTA. ¿En un luto?

LORENZO. ¿Y qué tenemos?
El carnaval y la maña
todo pueden componerlo.

MARTA. Sin duda. ¿Que siempre esteis (*Sonriéndose.*)
de chacota, don Lorenzo?

IGNACIA. No te propone una cosa
en que carezca de ejemplo.
¿La dolorida se irá
temprano?

MARTA. ¿Qué sé yo de eso?

LORENZO. No darla conversación
para que se enfade; y luégo
anticipar al reloj
de campana, que está adentro,
las horas, que aquí estoy yo
pronto para disponerlo:
y después de que se vaya,
los de casa quedaremos,
y toda la noche es día.

IGNACIA. ¿Qué te parece que hicieron
en casa de doña Laura?
Apenas había vuelto
la esquina, cuando ya estaban
templando los instrumentos
para bailar.

MARTA. ¿Y lo sabe?

IGNACIA. ¿Qué ha de saber? No por cierto.
¿No ves que se interesaban
todos los que concurrieron
en callar?

MARTA. Pues de ese modo,
en estando ahí unos ciegos
á prevención para cuando
marche, está todo compuesto.

IGNACIA. ¡Ya se ve!

MARTA. ¿Y cómo se hará
sin que lleguen á entenderlo?
Porque si envío al criado,
hablarán ellos con ellos,
y lo sabrá todo el mundo.

LORENZO. Pues yo me obligo á traerlos,
y entrarlos por la cocina,
prevenidos del silencio
y recato que ha de haber
hasta que les avisemos.
IGNACIA. Bien está; pero cuidado
que lo han de ignorar los mesmos
concurrentes, y las propias
amigas, hasta que luégo
se hallen con la diversión
cuando la esperaban menos.
MARTA. ¿Y tendremos hartos hombres?
EUSEBIO. Yo traeré dos compañeros,
prevenidos de que callen
y esperen.
LORENZO. Pues bien: quedemos
en callarlo, y en tratarla
con el mayor cumplimiento
á nuestra negra visita
para que nos deje presto.
MARTA. Vayan ustedes con Dios,
y traten de disponerlo
por allá como quisieren.
LOS DOS. Á vuestros piés: hasta luégo. *(Vanse.)*
MARTA. ¡Ay, Ignacita, no sabes
ahora de lo que me acuerdo!
IGNACIA. ¿De qué?
MARTA. De que mi marido
quizá podrá no tenerlo
á bien.
IGNACIA. Échame la culpa,
y dí que yo lo he dispuesto.
MARTA. Está bien. ¡Bien hayan las
amigas que saben serlo!

Salen de negro DOÑA PEPA, DOÑA SEBASTIANA *y* DOÑA JOAQUINA *muy serias, y el* PAJE.

JOAQUINA. Que vuelva el coche á las nueve.
MARTA. Aguárdese usted, don Diego, *(Al paje.)*

que tengo yo que decirle.
SEBASTIANA. ¿Qué hay, hija mía? Me alegro
de verte. *(Se abrazan.)*
IGNACIA. Que estés tan buena
y tu pariente, celebro.
SEBASTIANA. Á tus piés.
IGNACIA. Vivas mil años.
MARTA. Ahorremos de cumplimientos,
y sentarse.
Diga usted, *(Quedo al Paje.)*
querido mío, al cochero,
que no vuelva hasta las doce;
y le encargo á usté el secreto
con todo el mundo.
PAJE. ¿Y mi ama
qué dirá después?
MARTA. Yo quedo
para disculpar á usted.
PAJE. De esa manera, obedezco. *(Vase.)*
MARTA. Antes que vengan más gentes,
hijas mías, os advierto
que es necesario guardar
la etiqueta en el refresco;
que podeis con disimulo
entraros después adentro
á tomar una ensalada.
JOAQUINA. Cree que te lo agradezco,
que yo, como estoy así,
todo el día estoy comiendo.
PEPA. ¡Mucho tarda tu visita!
SEBASTIANA. Y extraño también su empeño
en pagarlas por ahora
la buena mujer, teniendo
inmediata la Cuaresma,
que parece mejor tiempo
de seriedad.
MARTA. ¿Y qué quieres?
Ha avisado, y yo no puedo
excusarme á recibirla
siendo parienta del muerto.

PEPA. Otro coche.
MARTA. Ella será.
IGNACIA. Pues todas nos mesuremos,
y paciencia.
PEPA. Estas visitas
de luto las aborrezco.

Sale DOÑA MARIANA *de luto y sin hablar, va dando las manos á todas, con una cortesía á la francesa, y se sienta en medio callando por un rato.*

MARIANA. Me alegro de ver á ustedes
buenas.
TODAS. Nosotras tenemos
igual gusto en ver á usted.
IGNACIA. Y todas compadecemos
igualmente su quebranto.
MARTA. Y yo le lloro de nuevo
como tan interesada. *(Llora.)*
MARIANA. ¡ Á no ser por lo que debo
á las amigas, cuánto há
que fueran polvo mis huesos !
Vivan ustedes mil años.
JOAQUINA. Señoras, dejemos eso,
y tratemos de materias
indiferentes.
IGNACIA. Lo apruebo.
¿ Con que estuviste el domingo
en casa de Laura ?
MARIANA. Siento
que me toques ese punto:
mejor será que callemos.
TODAS. ¿ Por qué ?
MARIANA. Porque la tenía
por muchacha de talento;
pero ya tengo fundado
muy diferente concepto:
¿ sabeis lo que hizo ?
MARTA. Yo no.
MARIANA. Pues está bien manifiesto

en el lugar: que al instante
que yo me fuí, se pusieron
á divertir.

TODAS. ¡Qué locura!

PEPA. Ciertamente fué mal hecho.

IGNACIA. ¿Hubo baile?

MARIANA. Y más que baile:
hubo tonadillas, juegos
de prendas, y hasta la una
muy dada se divirtieron.

IGNACIA. ¡Mire usted qué amigas esas!

MARTA. ¡Si todo es un fingimiento
en este mundo!

TODAS. Es verdad.

Sale NIÑO.

NIÑO. Madre!

MARTA. Márchate allá dentro.

MARIANA. Déjale venir: Juanito,
llégate acá; dame un beso;
toma esta rosquilla.

SEBASTIANA. Toma
este par de caramelos.

MARTA. ¿No te he dicho que no salgas?

NIÑO. Señora, á preguntar vengo
si sacan luz.

MARTA. Que la saquen.

MARIANA. ¡Qué lindo está! Vuelve luégo.

NIÑO. ¿Hay más rosquillas?

MARTA. ¡Muchacho! *(Seria.)*

MARIANA. ¡Está gracioso en extremo!

Salen D. JOSÉ, D. ROQUE *y* D. FERNANDO; ***hacen una reverencia, y se sientan muy serios.***

LOS TRES. Señoras, bésoos los piés.

MARTA. Buenas noches, caballeros.

FERNANDO. ¿Qué es duro ese taburete? *(Quedo á José.)*

JOSÉ. Voy á buscar un asiento

cómodo para dormir.

ROQUE. ¿ Pues qué estais falto de sueño?

JOSÉ. Es que, amigos, yo no sé
callar si no estoy durmiendo.

Sale GABRIELA *con luces.*

GABRIELA. Á los piés de ustedes.

JOSÉ. ¡ Qué *(Riendo.)*
retablo de trompeteros!

FERNANDO. ¿ Pues qué han de venir de gala?

ROQUE. ¡ Qué sérias están!

JOSÉ. Yo apuesto
no pasa una hora sin que
se alborote el gallinero.

ROQUE. No nos haga usted reir,
con mil santos.

JOSÉ. Pues callemos.

Sale D. COSME *de abate muy serio.*

D. COSME. Señoras, si en un dolor
el valerse del silencio
es la mayor elocuencia,
hoy ser elocuente quiero,
para ponderar callando
todo lo que no pondero.

MARTA. Sentaos aquí en el estrado,
don Cosme.

COSME. Fuera supremo
honor; mas como es un caso
ver los abates enmedio
de las damas cortejando,
de que no se da un ejemplo,
se sonrojara el carácter,
y se alborotara el pueblo.

MARTA. Pues sentaos donde gusteis.
(El reloj dentro da las siete.)

COSME. Satisfago obedeciendo.

MARIANA. ¿ Las siete? Yo juzgué era

más temprano.

IGNACIA. No por cierto:
¿no ves que há ya más de un mes
que van los días creciendo?

COSME. Yo tengo las seis.

MARTA. Pues vais
atrasado.

COSME. No lo creo;
que los abates llevamos
las cosas con mucho arreglo.

JOSÉ. Y sobre todo memoria,
voluntad y entendimiento.

MARTA. ¿En qué piensan mis criados,
que no sacan el refresco?

(Sacan los criados agua, azúcar, etc.)

Sale GABRIELA.

GABRIELA. Ya está aquí, señora.

JOSÉ. ¡Brava
merienda para este tiempo!

GABRIELA. ¿No toma usted?

COSME. Los abates,
ni comemos, ni bebemos;
porque no somos humanos
en obras ni en pensamientos.

MARTA. ¿Qué no tomais chocolate?

JOAQUINA. ¿Qué importa?

MARTA. Ya veis que el duelo
no concede facultades
para otra cosa.

JOAQUINA. Yo creo
que va á darme una congoja:
perdonadme, que ya vuelvo. *(Vase.)*

SEBASTIANA. ¿Pepa, qué tendrá la hermana? *(Vase.)*

PEPA. Me voy allá dentro á verlo. *(Vase.)*

JOSÉ. Si se levanta una, todas
van á ver la casa á un tiempo.

MARIANA. ¿Si se habrá desazonado?

MARTA. Naturalmente: yo quedo

á acompañarte. Vé tú *(Á Ignacia.)*
para que nos enteremos.

IGNACIA. Yo estoy asustada toda;
pero iré. *(Vase.)*

ROQUE. ¿No ves qué serio
y ſormal está el abate,
y allí tan solo?

JOSÉ. Ese gremio
está de ridiculeces
y de pasiones exento;
con que, amigo, cuando él lo hace,
razón tendrá para hacerlo.



Sale el NIÑO *comiendo.*

MARIANA. Ven acá, Juanito mío,
¿qué meriendas?

NIÑO. Un torrezno,
que me han dado las señoras

que están merendando adentro.
¿Madre, me dará usté ojaldre?

MARTA. ¿Muchacho, qué estás diciendo?

JOSÉ. Cuando lo dice, estudiado
lo tendrá. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

TODOS. ¿Qué es eso?

JOSÉ. Que me da una congojilla:
perdonadme, que ya vuelvo. *(Vase.)*

MARTA. Ahora que nadie nos oye; *(Quedo.)*
si quieres un refrigerio,
éntrate disimulada,
le tomarás.

MARIANA. Lo agradezco.
«¿Habrá mayor porquería *(Aparte.)*
»que irse á merendar adentro,
»y dejarme?»

Sale IGNACIA.

IGNACIA. No fué nada;
mejorcita está.

MARIANA. Me alegro.

MARTA. «¿Has tomado algo?» *(Aparte las dos.)*

IGNACIA. «Muy poco:
»lo dejamos para luégo
»que se nos vaya esta chinche,
»por el gusto de que estemos
»todas juntas.»

MARIANA. «¡Qué amistades *(Aparte.)*
»tan finas experimento!»

Sale JOAQUINA.

JOAQUINA. Gracias á Dios, que mejora *(Á las otras dos.)*
sus horas.

Sale JOSÉ.

JOSÉ. Si no reviento
de risa esta noche, amigos,

es por reir un año entero.

FERNANDO. «¿De qué?» *(Aparte los tres.)*

JOSÉ. «Escuchadlo quedito.»

(El reloj da las ocho.)

MARIANA. ¿Las ocho? ¿Está descompuesto
este reloj?

IGNACIA. No, sino
que se pasa breve el tiempo.

COSME. La brevedad de la vida
es la reflexión que hacemos
cotidiana los abates
en verano y en invierno.

Salen DON EUSEBIO *y* DON LINO.

EUSEBIO. Señoras, bésoos los piés.

Sale LORENZO.

LORENZO. Ya estais servida en aquello.

MARTA. «¿En qué?» *(Aparte.)*

IGNACIA. «En los ciegos, mujer.»

MARTA. Muchas gracias: ya me acuerdo.

MARIANA. «Todas están deseando *(Aparte.)*
»que me vaya, y por lo mesmo
»me he de estar hasta las once.»

EUSEBIO. Aquí, madama, os presento
este amigo.

MARTA. En mala noche
viene, que estamos de duelo.

LINO. El sol, aunque esté entre nubes,
jamás dejó de ser bello.

TODAS. ¡Viva!

LINO. «¿Y aquí ha de haber baile?»

(Aparte los dos.)

EUSEBIO. «Ya lo vereis.»

LINO. «No lo creo:
»gana me da de llorar
»sólo de ver tanto negro.»

LORENZO. «Dentro de un rato verás

»qué encarnadas las tenemos.»
(El reloj da las nueve.)

IGNACIA. ¡Jesús! Las nueve son ya:
Dios quiera que vengan presto
mis criados.

MARIANA. Mi reloj
va con el del Buen Suceso,
y ahora son las siete y cuarto.

Sale el NIÑO.

NIÑO. Madre, preguntan los ciegos
que cuándo se empieza el baile.

MARIANA. Hijo, diles que al momento;
que yo me iré, aunque sea á pié,
por no estorbar. *(Levántase.)*

MARTA. ¡Embustero!
¿Qué dices?

NIÑO. Adentro están:
venga usté á ver si yo miento;
por señas que el uno ve,
y trae el violín cubierto
con una camisa verde.

MARIANA. Yo voy sentida en extremo
de haberos mortificado.

MARTA. Aguarda, que ya que hablemos,
de veras, te contaré
cómo tenía dispuesto,
que cuando te levantases
te dijera don Lorenzo...

LORENZO. «¡No había otro más bonito!» *(Aparte.)*

MARTA. Que acabado el cumplimiento,
y ècha cargo de que da
muchas anchuras el tiempo,
quedases á divertirte.

MARIANA. ¿Mujer de tan poco seso
me juzgas, que á los dos meses
de haberse mi padre muerto,
había de asistir á un baile?

SEBASTIANA. ¿Hay más de que no bailemos,

y que cantando tonadas,
y echando estos caballeros
relaciones, divirtamos
la noche?

MARIANA. Si no es más que eso, *(Alegre.)*
aún mucho más que culparos
tendría que agradeceros;
que luégo que voy á casa,
de verme sola me seco.

COSME. Yo me iría á acompañarla;
pero hay hombres tan perversos,
que murmurarán de que
fuera un abate cortejo.

IGNACIA. Ea, pues haced que salgan
luégo al instante los ciegos.

FERNANDO. Que cante el ama de casa
una tonada.

(Los criados sacan á los ciegos.)

MARTA. Primero
cantará unas seguidillas
Pepa.

PEPA. Pronta estoy.

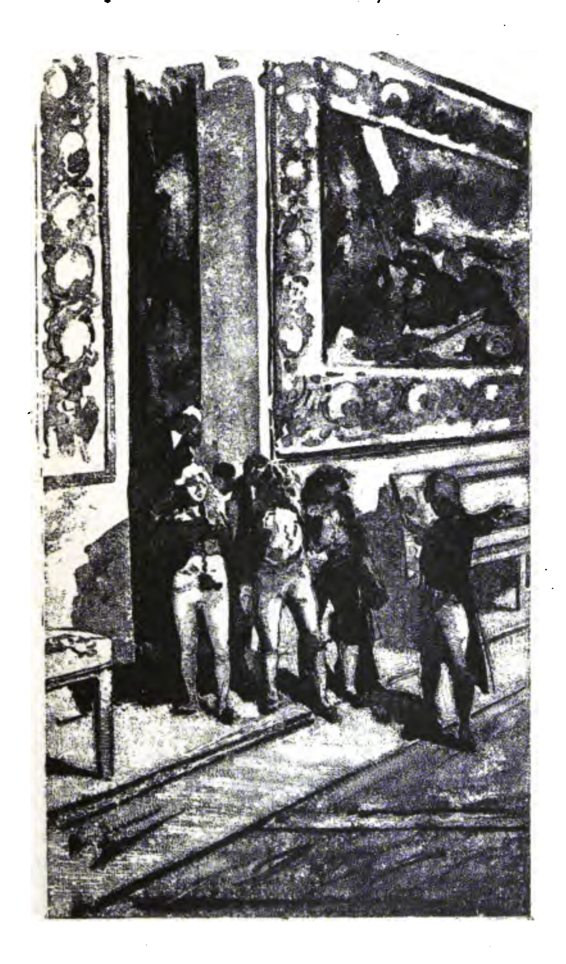
MARTA. Y luégo
echará una relación
cada uno.

TODOS. No la sabemos.

IGNACIA. ¿Ni usted tampoco? *(Á Cosme.)*

COSME. Nosotros
somos, señora, hombres serios,
que sólo nos empleamos
en sublimes ministerios;
ni acompañamos madamas
á comedias ni á paseos,
ni cortejamos, ni somos
capaces de algún defecto:
todo en nosotros es ciencia,
virtudes y buen ejemplo:
este traje es español,
estos rizos son aseo;
y si hubiera quien pensara

en contradecir aquesto,
hay abates y ex-abates
que vendrán á defenderlo,



como el asunto mayor
para lucir sus talentos. *(Vase.)*

JOSÉ. ¡El abate va con mosca!

LORENZO. Dé gracias á que no tengo
licencia de responderle,
que le haría ver por cierto
que en todas las clases hay
de lo malo y de lo bueno.
Pero vamos á otra cosa,
que no se viene á argumentos
aquí, sino á divertirse:
que mandeis, señora, os ruego
que cuelguen una cortina,
que ya que estos caballeros
no quieren representar,
solo basto para haceros
una comedia con loa,
tonadillas é intermedios.

MARTA. ¿Usted solo una comedia?

JOSÉ. ¡El título será bueno!

LORENZO. *La brevedad sin sustancia:*
ved si ofrece el argumento.

TODOS. Muy bien.

LORENZO. Pues ahora entro yo.
Toque la orquesta un momento,
interín que yo preparo
mis bártulos, y comienzo. *(Vase.)*

MARTA. Saca aquí unas luces. *(Las sacan.)*

JOSÉ. ¡Gracias
á Dios que va amaneciendo!

LINO. Riámonos, y al difunto
téngale Dios en el cielo.

MARTA. Callen ustedes, que va
á empezar ya don Lorenzo.

Corridas las cortinas de la alcoba, y mudando los trajes correspondientes con su propia ropa ó capa, hace la pieza siguiente D. LORENZO *solo.*

LOA.

Sale LORENZO.

LORENZO. Famoso y noble auditorio,
aquí está á las plantas tuyas

la célebre compañía
de Miguelillo el de Andújar,
que multiplicando afectos,
es en una pieza muchas:
perdona sus graves faltas,
que algo es menester que suplas,
porque la función empiece,
y la loa se concluya. *(Se entra.)*
(La orquesta toca en los intermedios.)

JORNADA PRIMERA.

Dentro música, que canta él solo.

«Pastores de Manzanares,
»mozas de Carabanchel,
»dejadme todas que muera
»por la hermosa doña Inés.»
Muere á mis manos, traidor. *(Habla dentro.)*
Muerto soy.... ataja.... ataja.

Sale.

Ya el traidor murió á mis manos,
Inés queda desmayada,
la justicia me persigue,
lo corte está alborotada,
Julio en el puente me espera
con la mula aparejada;
y así, el huir me conviene.
Adios, Inés adorada;
ya tuvieron fin mis celos,
y la primera jornada.

ENTREMÉS.

Sale de pillo.

Beatriz de mi alma y de mi vida,
mira que traigo la cabeza hundida
por el rigor con que la vas cargando
de esa madera que se cría andando;

cesen tus iras, pues mi afecto ves,
que aquí cesa también el entremés.
(Vase, cogiendo una silla al hombro.)

TONADILLA.

Sale.

Yo soy un silletero
de los de adobar sillas;
y con esto se acaba
la tonadilla.

JORNADA SEGUNDA.

Quiero ver lo que me dice
doña Inés en esa carta. *(Lee.)*
« Hipólito, con tu ausencia
»fallece una desdichada:
»ven luégo. Tu esposa Inés.
»Á Hipólito el de Cazalla.»
¡ Oh, mil veces venturoso
yo, pues mi dueño me llama!
De tí, Portugal, me ausento
á ver mi prenda adorada;
el cielo me dé fortuna
en la tercera jornada. *(Vase.*

SAINETE.

Sale de majo.

Las cuatro son de la tarde,
ya es hora de ir hacia el Prado
á ver si hay alguna moza
que me pegue algún petardo.
¿Mas quién mete á Juan de Huete,
si arremete ó no arremete?
Mejor será dar fin á este sainete.

TONADILLA.

Esta es la tonadilla,
y este es el tono,
y estas son las chuladas
de Valdemoro.
¿Qué pides, Paco?
Que demos fin al cuento,
porque va largo,
Y agur, señores,
y agur, madamas,
que la tonadilla se acaba. *(Vase.)*

JORNADA TERCERA.

Sale.

Cielos, ya estoy á la vista
de mi prenda idolatrada:
sus padres son muy gustosos
de que se unan nuestras almas:
ya fué el coche por el cura:
ya me esperan: ya me llaman.
¡Oh gustos! ¡Oh regocijos!
¡Oh alegrías no esperadas!
Y aquí, senado discreto,
la gran comedia se acaba
de la más constante Inés,
y brevedad sin sustancia.

MARIANA. ¡Vítor! Ha estado gracioso.
IGNACIA. Pues ahora todos queremos *(Á Marta.)*
que canteis alguna cosa.
MARTA. Vamos allá.
MARIANA. Y con esto
se concluirá la visita.
JOSÉ. ¿Y esta es visita de duelo?
LORENZO. En muchas he visto yo
pasos más cómicos que estos.

LAS CASTAÑERAS PICADAS.

PERSONAS

Doña Javiera, *carpintera.*

Geroma, *la Temeraria.* }
Estefanía, *La Pintosilla.* } *Castañeras.*

Ceferina, *maja.*

Dos vecinas, *petimetras.*

D. Felipe. }
D. Luís. } *Sus cortejos.*

El Tío Mojiganga, *mozo de esquina, viejo.*

D. Dimas, *alguacil.*

Gorito, *aprendiz de carpintero.*

D. Sisebuto, *padre de las vecinas.*

El Macareno.

Domingo, *mozo de esquina.*

Una criada de la carpintera.

Blas Trabuco, *majo de la Ceferina.*

Dos petimetras, *madre é hija.*

D. Braulio, *petimetre.*

Varios oficiales de carpintero, músicos, majos, etc.



El teatro representa calle con una puerta de casa decente, y reja encima hacia el foro en el lado izquierdo. En el propio lado puerta de taberna, y á la esquina, entre primero y segundo bastidor un puesto de castañera, en que estará el TÍO MOJIGANGA *sentado. En el propio paraje, enfrente, otro puesto de castañera, en que estará la* PINTOSILLA, *al aire de los fuelles, cantando la seguidilla siguiente.* D. FELIPE *y* D. LUIS, *petimetres, se pasearán hacia el foro, deteniéndose alguna vez á oir la castañera. Alguno de capa, otro mozo ordinario, etc., llegarán á comprar castañas y entrarán en la taberna; á la reja estarán asomadas las dos vecinas petimetras.*

PINTOSILLA. Al aire de mis fuelles, *(Canta.)*
y al de mi garbo,
el mayor edificio
se viene abajo.
Nenguna campa
donde yo campo...
El mayor edificio, etc.
Á mis castañas,
que en Madril no se comen
más resaladas.

Donde yo campo
nenguna campa:
que en Madril no se comen
más resaladas.

Representa.

Á las gordas, á las gordas
y calientes.
DOMINGO. Oyes, ¿cuántas
me das por un cuarto?
PINTOSILLA. Pocas.
DOMINGO. El año pasado daban
ocho.
PINTOSILLA. Yo diez y seis.
DOMINGO. ¿Sí? pues dame un cuarto.
PINTOSILLA. Apara
cinco, y las once restantes
quedan por mi buena cara.
DOMINGO. La mejor de ustedes non
vale las once castañas.
Venga mi cuarto.
MOJIGANGA. Ven. Yo
doy nueve: las cuatro sanas
y cinco podridas.
DOMINGO. ¡Pues
la señora Temeraria
dámelas buenas!
MOJIGANGA. También
yo, que esto ha sido chanza.
DOMINGO. Si quieres entrar á echar
un sobre escrito á la panza
de mediu pliegu, you pagu.
MOJIGANGA. Me ha quedado encomendada
la tienda y no puedo entrar
hasta que venga su ama.
DOMINGO. ¿Dónde fué?
MOJIGANGA. ¡Sábelo el diantre!
DOMINGO. Paréceme que la aguardan
aquellos usías.

MOJIGANGA. No.
Yo creo de mí que andan
tras de la otra.
DOMINGO. ¿Vienes?
MOJIGANGA. No.
DOMINGO. Yo sí. *(Entra en la taberna.)*
MOJIGANGA. Buen provecho te haga.
DOMINGO. Aunque á beber vengu, vengu *(Al entrar.)*
á negociu de importancia.
FELIPE. ¿Están calientes? *(Llega á la Pintosilla.)*
PINTOSILLA. Y gordas.
FELIPE. Así me gustan. ¿Y cuántas *(Llegan.)*
me das por un duro?
PINTOSILLA. En mi vida
he visto yo tanta plata
junta.
LUÍS. ¿Y oro?
PINTOSILLA. Mucho menos.
FELIPE. Yo creí que comerciabas
por mayor, porque ese tren
denota... denota...
PINTOSILLA. ¡Vaya!
¿qué denota? Acabe usia
de gomitar la palabra,
antes que le meta yo
los dedos de las tenazas,
y le obligue: ¿qué denota?
FELIPE. Que tienes puesto á ganancias
mucho dinero.
PINTOSILLA. ¿Y qué más?
FELIPE. Hablemos fuera de chanza.
PINTOSILLA. ¿Gusta usía de las gentes
formales?
FELIPE. ¿Pues platicara
yo contigo, á no decirme
tus ojos que eras muchacha
formal?
PINTOSILLA. ¿Sí? Pues formalmente
le digo á usía que basta
de parola, y puede irse

formalmente enhoramala;
que aquí no estamos á chuchos
y sobras de las madamas
de la reja de allí enfrente,
ni quiero que por mi causa
pierdan su fortuna.

LUÍS. Cuenta
no salgan á la ventana.
Dice bien.

PINTOSILLA. ¡Qué parroquianos!

FELIPE. Ahora que el padre está en casa
no saldrán.

Llega el TÍO MOJIGANGA *en secreto al otro puesto.*

MOJIGANGA. ¿Estefanilla?

PINTOSILLA. ¿Qué?

MOJIGANGA. ¿Te han comprado castañas
esos?

PINTOSILLA. No.

MOJIGANGA. Pues ni tampoco
se las dés si no las pagan:
que por no trocar un duro,
las suelen llevar fiadas,
y no vuelven.

PINTOSILLA. Será olvido.

MOJIGANGA. Como todas las mañanas.
se acuerdan de visitar
á la hora señalada
á las vecinas, pudieran
acordarse de la paga.

PINTOSILLA. Pedírselo.

MOJIGANGA. ¿Cómo? ¿A un
señor con capa de grana
y dos relojes, pedirle
quince cuartos de castañas
que debe á un mozo de esquina?

PINTOSILLA. No tal, que tienes la plaza
de apoderado y mancebo
mayor de la Temeraria.

MOJIGANGA. Y con mucha honra.
PINTOSILLA. Y provecho.
MOJIGANGA. Cabal: quizá no fumara
yo, ni crédito tuviera
para beber vino en tantas
tabernas, y las mejores,
si ella no me lo abonara.
PINTOSILLA. Debe de haberla caído
hoy mucho que hacer, que tarda.
MOJIGANGA. Está la tarde fresquilla:
además que no hace falta,
en quedando la ofecina
á mi persona encargada.

Sale TEMERARIA *de majota con mantilla.*

TEMERARIA. ¿Por qué está aquel puesto solo?
MOJIGANGA. Ahora mismo me apartaba.
TEMERARIA. ¿Á qué?
MOJIGANGA. Á decir á esta chica
una cosa en confianza.
TEMERARIA. ¿Y de cuándo acá es vesita
de la señora? Si pasa
otra vez á la otra cera...
PINTOSILLA. No se le pegará nada
malo.
TEMERARIA. Ni tampoco bueno.
PINTOSILLA. Si es güeno el humo y la grasa
de la tarángana frita,
y el mosto de las tinajas,
no se le pegará, porque
fuera de pringue, que mancha
por acá.
TEMERARIA. Provocación;
pero no tengo ahora gana
de reñir contigo.
PINTOSILLA. Avisa
luégo que te dé, y señala
hora en que no me incomode,
ó no esté desafiada

de otra, que no he de privarle
á ella de las bofetadas
que le tenga prevenidas,
por hacerte á tí esa gracia.

TEMERARIA. ¿Pintosilla, has reparado
en la mujer con quien hablas?

PINTOSILLA. ¡Mucho! Nada menos que á
Geroma la Temeraria,
por mal nombre y peor lengua,
castañera de portada
de taberna.



TEMERARIA. Por lo menos
tengo tienda señalada,
soy del número, y estoy
como tal matriculada
en el gremio; pero tú
eres supernumeraria
y castañera de esquina,
que si el amo de la casa
quiere, te echará esta tarde
del puesto.

PINTOSILLA. ¿Cómo?

TEMERARIA. Á patadas.
PINTOSILLA. ¿Á mí? ¿Y el amo? ¿Discurres
que también estas son tapias
de taberna?
TEMERARIA. No había visto
el cañón de hoja de lata,
la alfombra de esparto, y que
estás con las dos mamparas,
y el techo en un gabinete
conforme á tus circunstancias.
¡Anda fuera chimenea
y gabinete!
PINTOSILLA. Naája,
anda fuera, y dale un beso
á mi vecina en la cara.
(Hace el ademán de sacarla.)
TEMERARIA. No la saques, y me obligues
á que yo use de mis armas
de fuego.
PINTOSILLA. ¿Cuáles?
TEMERARIA. Mis ojos:
que de una sola mirada
son capaces de hacer más
estragos que cuatro balas.
PINTOSILLA. ¡Muerta soy! Á Dios, Geroma,
que se queman las castañas.
TEMERARIA. ¡Miedo! *(Con viveza.)*
PINTOSILLA. Á un alguacil que viene
por allí.
(Se retiran á sus puestos muy disimuladas.)
TEMERARIA. Pues calla.
PINTOSILLA. Calla.

Repite la seguidilla con la siguiente letra, é interin pasa D. DIMAS, *alguacil, muy serio, y se entra por la puerta de debajo de la reja: se asoman las dos* USÍAS *á ella, y hacen gestos á los* PETIMETRES, *que las llegan á hablar desde la calle.*

Canta PINTOSILLA.

Á bailar el bolero
y asar castañas,

apuesto en todo el orbe
con la más guapa.
  Donde yo campo
nenguna campa:
  Á bailar el bolero,
y asar castañas.
  Cuando yo bailo
ellas mueren de envidia,
y ellos de pasmo.
  Nenguna campa
donde yo campo:
  Ellas mueren de envidia,
y ellos de pasmo.

Pasa GORITO *muy majo, y se llega como con disimulo á tomar castañas del puesto de la izquierda.*

GORITO. ¿Mocita, me das dos cuartos?
TEMERARIA. Para usté no hay aquí nada
ya... *(Tira los cuartos y los coge Mojiganga.)*
GORITO. ¿Qué es aquesto, Geroma? *(Serio.)*
TEMERARIA. Dígole á usted que se vaya
de bien á bien; que lo luzga
por ahí con cuatro petatas
endinotas como él,
mientras duren esas galas;
y que no cuente dende hoy
con mi amor, ni con mi plata.
GORITO. ¿Pero por qué? ¡Si supiera
el envidioso canalla
que te ha hablado mal de mí,
iba al punto, le arrancaba
delante de tí la lengua,
y si no podía tragarla
cruda, en ese tostador,
ó la freiría, ó la asára!
¿Quién es ese hombre?
TEMERARIA. Gorito, *(Levantándose.)*
ya ha tres meses que me tratas,
y aunque sabes que yo... digo,

soy plus ultre de las majas
cuando quiero, cuando quiero
soy también aseñorada;
sé lo que es formalidá,
y á llevar bien una bata,
ó un savillé desafío
á la usía más pintada.

GORITO. ¡Si eres la reina!...

TEMERARIA. ¿La reina?
Alcalde que yo me hallara
no más, habías de partir
los piñones esta pascua
con los cantos de Melilla,
ó había de quemar la vara.

GORITO. ¿Quién tú? No me alces el gallo.
Ya me conoces.

TEMERARIA. Cachaza:
¡Si hay mil modos de reñir
sin alborotar las casas,
ni la calle; y de cortar
la amistad más apretada
entre dos, cuando la pega
uno de ellos ó se cansa!

GORITO. ¿Te has cansado tú?

TEMERARIA. No es eso.

GORITO. La habré yo pegado.

TEMERARIA. Basta
que lo conozcas. Adios,
que se queman las castañas. *(Se sienta.)*

GORITO. ¡Es un falso testimonio!...

MOJIGANGA. Calla, hombre, que ya me falta
la paciencia. Si le has dado
á tu maestra palabra
de casamiento en saliendo
de deprendiz; ¿por qué engañas
á esta probe, y tomas de ella
todo cuanto te regala?

GORITO. No he dado tal, ni he querido
el dinero que me daba
para el desamen la otra:

y si supiera el canalla
soplón...

TEMERARIA. ¿Á cuál quieres más? *(Levantándose.)*

GORITO. Á tí.

TEMERARIA. Pues está ajustada
la cuenta si quieres.

GORITO. ¿Cómo?

TEMERARIA. En poder de mi madrastra,
la tocinera del Rastro,
tengo cien reales medallas
para dote, mías propias,
que á nadie le deben nada,
porque mis antipasados
y mi padre, que Dios haiga,
las ganaron con la honra
que es pública en esa Plaza
mayor, en el Rastro y la
Plazuela de la Cebada.

MOJIGANGA. Y de esto habrá mil testigos,
hombres de mucha sustancia.

GORITO. ¿Dí?

TEMERARIA. Todo está reducido
á sí ú no, como Dios manda.
Tú tienes habilidá,
yo te quiero, y tengo plata,
desamínate esta tarde,
y casémonos mañana.

GORITO. ¡Tan pronto!..

TEMERARIA. Yo soy asina:
ó drento ó fuera, despacha;
ó la maestra, ó yo.

GORITO. Geroma,
ni el mesmo sol que bajara
en figura de mujer,
y supongo la encontraba
en la calle, en la canal,
ó en vesita en una casa;
á donde tú te presentas,
pongamos la comparanza,
¡para mí! ¡corcho: ni esto!

pero déjame que salga
del día. Esta noche tiene
mi maestra convidadas
gentes de forma á jopeo,
porque es día de su santa;
corro con todo...

TEMERARIA. No más:
pues á donde corres, pára,
y agur. *(Apártase.)*

GORITO. Si quieres venir... *(La sigue.)*

TEMERARIA. Aunque no estoy convidada,
puede. *(Siéntase y pregona.)*
Calientes y gordas.

GORITO. Voy á eso que te he dicho.

TEMERARIA. Anda,
y cumple con tu maestra.

GORITO. ¿Pero quedas enojada?
¿La verdá?

TEMERARIA. ¿No me conoces
el regocijo en la cara?

GORITO. Pues hasta después, chuscota.

TEMERARIA. Á Dios, resalado.

Sale D. DIMAS *de la casa.*

DIMAS. Aguarda:
¿Gregorillo? ¿Gregorillo?

GORITO. ¿Señor don Dimas, qué manda
su merced?

DIMAS. ¿Es cosa tuya *(Por la Temeraria.)*
esa moza?

GORITO. En confianza
haga usted cuenta que no,
y que sí.

DIMAS. Pues está dada
una querella contra ella,
y la de enfrente.

GORITO. ¡Caramba!
¿Por qué?

DIMAS. Por escandalosas:

y es muy posible que vayan,
si no abandonan los puestos,
al Hospicio á cardar lana.

GORITO. Eso no es malo.

DIMAS. Prevenla;
mientras yo á estotra muchacha *(Á Pintosilla.)*
apercibo en caridad. *(Apártanse.)*

TEMERARIA. ¿Qué traes?

GORITO. ¡No es cosa de chanza!

TEMERARIA. «Le han ido con algun chisme *(Aparte los dos.)*
»al señor alcalde? ¡Vaya!»

DIMAS. Dios guarde á usté. *(Á Pintosilla.)*

PINTOSILLA. Á usté también.

DIMAS. Escúcheme dos palabras.
El señor don Sisebuto,
que vive en aquella casa...

PINTOSILLA. ¿El señor de poco acá?
Adelante: ¿qué embajada
me trae usted de su parte?

DIMAS. ¡Caracoles, y qué guapa
parece usted!

PINTOSILLA. ¡Pero mucho!

DIMAS. Pues yo sé donde se amansan
las guapezas.

PINTOSILLA. Yo sé más.

DIMAS. ¿Pues qué sabe usté?

PINTOSILLA. Amansarlas.
Diga usté sin cortedá
cualquier recado que traiga,
que nada le turba á quien
tiene la concencia sana.

DIMAS. Pues dice aquel caballero...

PINTOSILLA. ¿Qué caballero, ni qué haca?
¡Si ha dos años que era mozo
del Peso, pasó á la Aduana,
se metió luégo á tratante
de cuanto viene á la plaza
por mayor, compra barato,
y en perjuicio de la causa
común, después lo revende

por un ojo de la cara!

DIMAS. ¡Calla, mala lengua!

PINTOSILLA. ¿Qué
tiene mi lengua de mala?
¿Ha visto usté otras más limpias,
más resueltas, ni más claras?

DIMAS. Tengamos la fiesta en paz.

TEMERARIA. ¿Sabes lo que hay, Estefana?
(Llégase á Pintosilla.)
Que el marqués del fardo acuestas
se ha querellado de entrambas.

PINTOSILLA. ¿Por qué?

DIMAS. Por muchos motivos.
Porque cada instante arman
peloteras entre sí
ustedes dos; porque estafan
al público, dando seis
por un cuarto de castañas.

GORITO. ¡La conciencia de un tratante
siempre ha sido delicada!

DIMAS. Y sobre todo, porque
entretienen cuantos pasan
con cánticos, chicoleos...

PINTOSILLA. ¡Por vida del diantre!...

TEMERARIA. Calla:
yo acabaré la querella
como debió él acabarla.
Y que con esto sus hijas,
que están siempre á la ventana
aguardando á dos pelones
de peluca y medias blancas,
nunca pueden sin testigos
recoger y tirar cartas,
y lo que á su padre chupan
de la dispensa y del arca.

DIMAS. ¿Lo hareis bueno?

PINTOSILLA. ¡Así lo fueran
ellas, y toda su casta!

MOJIGANGA. Mire usté, señor menistro,
en un barrio, verbigracia,

un zapatero de viejo,
y una de estas son alhajas.

DIMAS. Él me ha dicho que sus hijas
están escandalizadas.

PINTOSILLA. Y nosotras, que lo estamos
mucho más de ellas; y para
prueba, vendrá todo el barrio.

Sale D. SISEBUTO *de caballero.*

D. SISEBUTO. ¿Ve usted si yo me quejaba
de balde?

DIMAS. También se quejan
ellas de usted, y afianzan
que hay por allá contrabandos.

GORITO. «En otra parte hago falta, *(Aparte.)*
»y aquí sobro: yo me escurro.» *(Vase.)*

MOJIGANGA. Que se va Gorito.

TEMERARIA. Vaya
con Dios, que ya nos veremos.

PINTOSILLA. Si sabe aquella ventana
hablar, que se lo pregunten.

TEMERARIA. Y si no á esa puerta falsa,
por donde acaban de entrar,
mientras el señor estaba
con usted, dos petimetres.

SISEBUTO. ¿Por dónde, si en la antesala
hemos hablado los dos?

PINTOSILLA. Por la cocina: ¿en qué casa
de caballero no hay
por lo menos dos entradas?

SISEBUTO. Mienten.

DIMAS. Mejor será verlo.

SISEBUTO. Las manos sobre las ascuas
pondré yo.

Sale MACARENO *de majo.*

MACARENO. ¿Qué ha habido aquí? *(Á la Pintosilla.)*
¿Y tú qué haces apartada
de tu puesto? Buenas tardes,

caballeros. ¿Se peleaban
estas mozas, seo don Dimas,
y vino usté á apaciguarlas?

DIMAS. Chismecillos: por ahora
con apercibirlas basta;
pero si no se corrigen,
será fuerza escarmentarlas.

TEMERARIA. Primero ha de corregir
usted á las mal habladas
que tienen la culpa...

MACARENO. Chito.

PINTOSILLA. Tiene mucha razón.

MACARENO. Calla
tú: recoge la mantilla,
y vé á buscar á tu hermana,
que te espera para ir
al fandango de la Paca,
la carpintera.

PINTOSILLA. No iré
hasta que quede mi fama
bien puesta, y he de quedarme
aun en verano, plantada
en esta esquina: y sobre eso,
Macareno, no me hagas
reconvenciones.

MACARENO. ¿Qué empeño
teneis tú y la Temeraria
en estar aquí sufriendo
la nieve, el viento y el agua,
sino os falta qué comer,
bien vestidas y calzadas?

TEMERARIA. Tener oficio.

MACARENO. ¿Y qué oficio
es?

TEMERARIA. Como otras holgazanas
se aplican á escofieteras,
nosotras á asar castañas.

MOJIGANGA. Unas detrás de cristales,
y otras detrás de mamparas.

MACARENO. Pues no lo estarás tú más,

que al puesto, y á todas cuantas
baratijas le competen,
he de pegar fuego.

DIMAS. Basta
quedar por ahora embargados.
Usted, tío Mojiganga,
métalos en la taberna,
quedándose hasta mañana
por depositario.

(Los recoge, ayudándole alguno.)

PINTOSILLA. ¿Y qué
se han de quedar las fulanas
riyendo?

DIMAS. Poquito á poco
se andan mejor las jornadas.
Venga usted, don Sisebuto,
conmigo.

SISEBUTO. ¿Dónde?

DIMAS. Á su casa.

SISEBUTO. ¿Pues creyó á estas embusteras?

DIMAS. No; pero aquel que se encarga
de una comisión, mal puede
cumplir sin examinarla. *(Éntranse los dos.)*

MACARENO. Vamos.

PINTOSILLA. ¿Geroma, y tu novio?

TEMERARIA. Está en una cuchipanda.

PINTOSILLA. ¿Y qué va sin tí?

TEMERARIA. Otras veces
voy yo sin él: ¡con que pata!
¿Qué mira usted? Yo lo digo. *(Á Macareno.)*

MACARENO. Si tuvieran una miaja
de juicio algunas mujeres,
pudiera uno aconsejarlas
lo que no las tiene cuenta;
pero luégo después... Vaya,
más vale callar.

TEMERARIA. Más vale,
que estar con medias palabras
provocando la paciencia
á dos mujeres honradas.

MACARENO. Basta que ustedes lo digan;
pero yo tengo mil ansias...
PINTOSILLA. Pues si las tienes empuja,
gomítalo todo, ó calla.
MACARENO. Dicen que Gorillo no
parece saco de paja
á su maestra.
TEMERARIA. Tampoco
me lo parece á mí. Salga
de aquese buche...
MACARENO. ¿Qué ha de
salir?
TEMERARIA. Otra bocanada.
MACARENO. Y se dice que muy pronto
y á no dudarlo se casa
con ella.
TEMERARIA. Pues si se dice,
y de ello tanto se habla,
será verdad, ó será
mentira. ¿Cuántas proclamas
se han corrido?
MACARENO. Eso no dicen.
TEMERARIA. ¿Los ha visto alguno ir cácia
la vicaría en simón?
MACARENO. Tampoco.
PINTOSILLA. ¡Será patraña!
TEMERARIA. No tardarás en saberlo.
PINTOSILLA. ¿Y cómo?
TEMERARIA. Ustedes se vayan
á su baile.
PINTOSILLA. ¿Y tú no vienes?
TEMERARIA. ¡Si yo no estoy convidada!
MACARENO. Yo te convido, Geroma.
TEMERARIA. Pues en esa confianza
puede que me anime. Agur.
PINTOSILLA. Pues te esperamos sin falta.
TEMERARIA. Yo iré...
MOJIGANGA. ¡Mire usted lo que hace!
TEMERARIA. Vamos, tío Mojiganga.
MOJIGANGA. ¿Á avisar al peluquero?

TEMERARIA. No necesito ir peinada,
que voy yo á peinar.

MOJIGANGA. ¿Á quién?

TEMERARIA. El primero, si me enfada,
á usted. *(Vase.)*

MOJIGANGA. No enfadaré tal.
¡Dios ponga tiento en tus garras! *(La sigue.)*

El teatro se muda en casa pobre, que figura la tienda de carpintería, adornada caprichosamente con algunos tarjetones y cortinas apabellonadas, bastante charro: dos ó tres oficiales de carpintero poniendo velas á las cornucopias: habrá una araña de palo colgada ya con luces. DOMINGO, *mozo de esquina, traerá como el último viafe de taburetes y sillas, que* DOÑA JAVIERA *y su* CRIADA *arreglarán, interin cantan dentro las boleras, que después han de servir para bailar, con la guitarra, bandurria, un violín y castañuelas, etc.*

OFICIAL 1.º ¡El demontre del bollero
aragonés qué bien canta!

CRIADA. Más me gusta á mí la voz
de Josillo el de Aravaca.

Sale DOÑA JAVIERA.

D.ª JAVIERA. Más me gusta á mí la sorna
de ustedes.

OFICIAL 1.º ¿No se trabaja
bastante, y en medio día
hemos dispuesto una sala
de la tienda, que compite
con la de un grande de España?
(Se sienta y se limpia el sudor.)

DOMINGO. You non puedu más.

JAVIERA. Que callen
los de la música, hasta
que se empieze la función.

CRIADA. ¡Jesús qué mal humorada
está usted!

JAVIERA. Tengo motivo:
haz tus haciendas y calla.

¿Domingo? *(Se llega á él.)*

DOMINGO. ¿Señora?

JAVIERA. ¿Con que
festeja á la Temeraria
Gorito?

DOMINGO. Si mal le sabe,
¿por qué con ellu se enjuaga?
Digu que fuí á beber
á la taberna: no estaba
ella: tome información
de la señora Juliana
la tabernera, su esposu,
y demás gentes honradas
de la tertulla: dijerun
que la Geroma es su maja,
y Gurritu el maju de ella:
que ella le conprou la capa
con galón, el chupetines,
el chalecu, é mais la faja,
medias de seda, sombreru,
y las hebillas de prata
de martillu; pero en cuantu
si se casa ó non se casa,
non se sabe cosa fija.
¿Queda su mercé enterada?

JAVIERA. Demasiado: dejamé.

Sale BLAS TRABUCO *de majo serio con la* CEFERINA.

BLAS. Buena hora es. Mira si hallas
por ahí donde sentarte,
que estés más acomodada,
y me dejes un ladito.
Felices, señora Paca
Javiera, con muchos gustos,
y los aumentos de gracia
que yo la deseo en vida
del difunto que Dios haiga,
y si tiene echado el ojo
del que ha de ocupar su plaza.

JAVIERA. ¡Qué sé yo! *(Suspirando.)*
CEFERINA. ¿Qué tienes, hija?
JAVIERA. Estoy muy desazonada.
CEFERINA. Supongo que en días tales
es más sensible la falta
de un marido como el tuyo.
JAVIERA. Hoy hace siete semanas
que espiró, doce minutos
antes de salir el alba.
CEFERINA. ¡Qué memoria! Se conoce
lo mucho que le estimabas.
BLAS. ¡Si así madrugó á morirse,
qué haría si le convidaran
á almorzar en este tiempo
una solemne fritada
de lo fresco!
JAVIERA. ¡Ay, Ceferina!
¡Ahora conozco lo maulas
que son los hombres! ¡Aunque *(Suspirando.)*
con un candil le buscara,
no hallaré otro Juan García!
BLAS. Pues buscarle con un hacha,
y en encontrando un buen Juan,
mas que se llame Juan Rana.

Salen MACARENO, PINTOSILLA *y otra maja.*

MACARENO. ¡Aún no hay gente!
BLAS. ¿Pues qué somos
los que estamos aquí estátuas?
PINTOSILLA. Muy buenas noches, amigas.
JAVIERA. ¡Qué contentas y bizarras
venís!
CEFERINA. Aún no somos viudas.
PINTOSILLA. Ni yo tampoco casada.
CEFERINA. Yo estoy del propio color,
mas vivo con esperanzas
de uno y otro antes de mucho.
BLAS. Conmigo no has de lograrlas:
¡hola!

CEFERINA. Calla, mono mío,
que esto es jugar.
BLAS. Pues si me andas
con esos juegos, quizás
puedes perder la casaca.
JAVIERA. ¿No os sentais?
PINTOSILLA. ¿Qué tienes hoy?
CEFERINA. Llora la memoria amarga
de su marido.
PINTOSILLA. No es eso.
JAVIERA. ¿Qué, sabes tú lo que pasa (*Pronta.*)
dentro de mí?
PINTOSILLA. Lo sabemos.
MACARENO. Y no logrará usté nada
con dar y tomar en ello,
sino echar el pecho al agua.
BLAS. ¡Y el cuerpo, que la estación
para bañarse es muy guapa!

Sale GORITO.

GORITO. ¿Han venido mis amigos,
los del tiple, la guitarra
y el vigolín?
JAVIERA. Ya están dentro. (*Con fisga.*)
GORITO. ¿Y el aragonés?
JAVIERA. ¿Canalla,
de dónde vienes?
GORITO. De allá.
JAVIERA. ¿De buscar la Temeraria?
MACARENO. ¿Y vendrá á favorecernos?
JAVIERA. ¿Te atreviste á convidarla,
pícaro? ¿Piensas que ya
no sé todo lo que pasa?
¡Qué me dices, que tu tío,
es quien te viste y te calza,
y es ella!
BLAS. Dios se lo pague.
GORITO. Si usted todo es, calla, calla,
Gorito, que yo te quiero;

y para tí tengo un arca
tan grande, y otros dos cofres
de vestidos ricos para
cuando seas oficial:
yo te pagaré la carta
desamen y las propinas:
la rica capa de grana
y el vestido de tisul,
que tu maestro llevaba
en la prucisión el año
dempués de semana santa
que le hicieron mayordomo,
y el espadín de oro y plata,
todo será para tí:
y temprano una mañana
nos iremos á la iglesia...
con otras muchas cosazas
prometidas; pero hasta ahora,
si un hombre no se ingeniara
por otra parte, andaría
hecho un pillo, como andaba.
Usted, señor Blas Trabuco,
que es hombre de razón, haga
justicia; y el Macareno,
que profesó en Salamanca
diez meses la albeitería,
y que sabe de la pata
que cojean las mujeres,
diga lo que se le alcanza.

JAVIERA. Que lo digan.

BLAS. Poco á poco:
habla, Macareno.

MACARENO. Habla,
Trabuco.

BLAS. Con tu licencia. *(Á Macareno.)*
¿Le tienes dada palabra *(Á Gorito.)*
á la otra?

GORITO. Según y conforme.

BLAS. Ya. ¿Y usted, señora Paca,
si el chico la antepusiese

á la otra, se casara
con él?

JAVIERA. Según y conforme.

BLAS. Pues conforme, y según hagan
ellas contigo, haz tu boda
con la que te dé la gana.

CEFERINA. Yo estoy por esta señora.

PINTOSILLA. Y yo por la Temeraria,
que da más que ofrece.

JAVIERA. Á dar,
ni ella, ni otra más bizarra
me echa el pié adelantre.
Chica, *(Á la criada.)*
pon un brasero en la sala;
y si la que más te estime, *(Á Gorito.)*
ha de llevarse la palma,
os confundiré á finezas
á tí, y á la Temeraria.
Muchachos, venid conmigo. *(Á los oficiales.)*
Y sígueme tú, canalla. *(Á Gorito.)*

TODOS. ¿Pues qué es esto?

JAVIERA. Ceferina,
á tí te dejo entregadas
las llaves de la función,
para que hagas y deshagas
á tu gusto.

CEFERINA. ¿Dónde vas?

JAVIERA. Entretanto que se baila
por aquí, á dar yo allá dentro
un golpe que asombre á España.
(Vase con los que dijo).

BLAS. Nos han convidado á una
función, y dos nos aguardan.

MACARENO. ¿Cómo?

BLAS. La oposición de
la castañera y la Paca.

Sale D. BRAULIO *con madre é hija, petimetras.*

BRAULIO. Muy buenas noches, señores.

TODOS. Muy buenas.

MADRE. ¿Dónde está el ama
de casa?
OFICIAL 1.° Á una diligencia
adentro: voy á avisarla.
CEFERINA. Ella saldrá: madamitas,
me alegro de ver la sala
tan lucida.
MADRE. Pero sosa.
BRAULIO. ¿Se baila aquí, ó no se baila?
CEFERINA. Al instante: diga usted *(Al Oficial 1.° y vase).*
á los músicos que salgan.
BLAS. ¿Eres tú la bastonera?
CEFERINA. No, que soy la apoderada:
¿no lo has oído?
BLAS. Discurro
que sí: ya no me acordaba.

Salen las dos VECINAS *petimetras con* D. FELIPE *y* D. LUÍS, *de frac y bastón.*

FELIPE. ¿Dónde está la carpintera?
CEFERINA. Doña Francisca se llama.
PINTOSILLA. Las vecinitas: las hijas *(Quedo á Macareno.)*
de don Sisebuto.
MACARENO. ¡Calla!
VECINA 1.ª ¿Y dónde está la tal doña?
CEFERINA. Está allá dentro ocupada.
Para recibir á ustedes,
y acomodar á estas damas
á gusto, yo soy lo mismo.
BLAS. ¡Como que es la apoderada!

Sale OFICIAL 1.° *con los músicos.*

OFICIAL 1.° Ya está la música aquí.
MACARENO. ¿Pues para qué se malgasta
el tiempo?
CEFERINA. ¿Bailas, Trabuco?
BLAS. ¡Si sabes que á mí me agrada
más que bailar no cansarme,

y reirme de los que bailan!
CEFERINA. ¡Qué majo tan poltrón eres!
BLAS. Por eso hacemos tan brava
pareja: yo como un plomo,
y tú eres como una pájara.
CEFERINA. ¿Y no he de bailar yo?
BLAS. Mucho.
CEFERINA. ¿Y si ninguno me saca?
BLAS. Yo sacaré para tí
el mejor mozo que haiga.
CEFERINA. Bien. ¿Pues si ha de ser, señores,
á qué esperamos? ¡Al arma!
¿Si ustedes gustan?
LAS PETIM. ¡Muy bien!
LOS PETIM. Damos á usted muchas gracias.

(Se ponen en postura de minuet á cuatro, y empiezan á cantar boleras).

PINTOSILLA. ¡Qué mal se ponen!
MACARENO. Después
saldrás tú para enseñarlas.

Ya no vivo en la calle
de la Paloma... *(Música.)*

LUÍS. Toquen minuet.
MÚSICOS. No sabemos.
VECINA 1.ª ¡Esta es mucha bufonada,
que nosotras no bailamos
sino minué y contradanzas!
PINTOSILLA. Nosotras sí. Macareno,
vamos.
MACARENO. Sí, que se malgasta
la cera y los estrumentos.
CEFERINA. Señoras, luégo que salga
la carpintera, dará
providencia de que traigan
orquesta en forma.
LAS PETIM. ¡Muy bien!
BLAS. Ceferina, ponte en planta,
que vas á bailar.
CEFERINA. ¿Con quién?

BLAS. Ahora lo verás. ¿Madama,
(Llega con mucha cortesía á la hija petimetra.)
me presta usted á su majo
para bailar con mi maja
unas cuantas seguidillas?
MADRE. Así como así no bailas:
sí, préstasele, hija mía,
con eso verás que hallas
otro día quien te preste
lo que á tí te hiciere falta.



HIJA. Vaya usté, vaya usté.
BLAS. Yo
tendré esta silla guardada:
que esto ha de ser de hombre á hombre,
confianza á confianza.
BRAULIO. ¡Muy bien!
BLAS. Y de más á más
le guardaré á usted la capa.
CEFERINA. Ea, muchachos, echad
el doble de las gargantas.

Bailan las seguidillas boleras la PINTOSILLA *y* CEFERINA *con el* MACARENO *y* D. BRAULIO; *y al acabar las suficientes, sale el tío* MOJIGANGA *de capa y aseado, después* DOÑA JAVIERA *y* TEMERARIA, *según dirán los versos.*

MOJIGANGA. ¿Está aquí el señor Gorito?
PINTOSILLA. ¿Qué trae, tío Mojiganga?
MOJIGANGA. Un recado de atención.
CEFERINA. ¿De quién y á quién?
MOJIGANGA. De mi ama,
al ama de aquí.

Sale JAVIERA.

JAVIERA. ¿Qué es esto?
MOJIGANGA. La señora Temeraria
dice que salga Gorito,
si usted gusta de que salga,
y si no entrará por él.
JAVIERA. Aguarde un poco. ¿Muchacha?

Sale la CRIADA.

CRIADA. ¿Señora?
JAVIERA. Trae luégo aquello. *(Vase la Criada.)*
Dígale usted á esa daifa,
que si quiere entrar á honrarme,
es muy dueña de esta casa;
pero si juzga que tiene
derecho á algunas alhajas
que hay en ella, se equivoca:
porque las que son compradas
con su oro, se las vuelvo
en bandeja... *(Las saca la Criada.)*
MOJIGANGA. ¡Si es canasta!
JAVIERA. Calle: y de la única libre,
tengo muy anticipada
yo la posesión.

Sale TEMERARIA.

TEMERARIA. Y yo
la propiedad.

BLAS. No se haga
el pleito camorra, y demos
todos una campanada.

TEMERARIA. ¿Dónde está el descamisado,
que á una y otra nos engaña?

JAVIERA. ¿Descamisado? ¡Eso fuera
si todavía tratara
con ella! Sal, don Gregorio,
y haz notoria la distancia
que hay de ser pillo á maestro
de una profesión honrada.

Sale GORITO *con las galas que se citaron del maestro difunto.*

GORITO. Señores, á vuestros piés,
bésoos las manos, madamas:
estimo mucho que vengan
ustedes á honrar mi casa.

TEMERARIA. ¿Tuya? La casa, el vestido,
que más parece botarga,
á la maestra y á tí,
y á todos cuantos se hallan
en la función, con las uñas
los tengo de hacer migajas,
si no me dan la razón.

Sale D. DIMAS *con* D. SISEBUTO.

DIMAS. ¿Qué voces descompasadas
son estas? ¿Esto es camorra
ó baile?... ¿Mas qué me espanta?
¡Donde están las castañeras
no cabe juicio!

SISEBUTO. ¿Pensaba
yo bien?

PINTOSILLA. Donde están sus hijas
tampoco faltan tarascas.
DIMAS. ¿Sus hijas?
SISEBUTO. ¡Ah picaronas!
¿Vive aquí doña Gervasia,
donde ibais? ¿Y el pajecillo?
¿Quién son los que os acompañan?
LAS PETIM. ¡Padre!...
LOS PETIM. ¿Seor don Sisebuto!...
TEMERARIA. ¡Pícaro!.. *(Á Gorito.)*
SISEBUTO. ¡Atrevidas!.. *(Á sus hijas.)*
DIMAS. Basta
de voces, y si no basto
yo á persuadir la templanza,
mi alcalde tiene la ronda
para salir preparada.
JAVIERA. Mire usted por mí.
DIMAS. Por todos;
pues aunque son limitadas
mis luces y facultades,
cuando de atajar se trata
un escándalo ó disgusto,
con la buena intención basta.
¿Ustedes dos, caballeros,
festejan á estas dos damas
de buena fe?
LUÍS. De tan buena,
que á igualar las circunstancias
de su padre con las nuestras...
SISEBUTO. ¿Pues en qué se desigualan?
FELIPE. ¡Dicen!..
SISEBUTO. Todos los que digan
mal de mi origen, se engañan.
Soy un montañés honrado,
que se escapó de su patria,
como otros, á hacer fortuna
con muy grosera crianza.
Si hubiese hecho buena letra,
al destino me aplicaran
de hortera ó paje en el día:

con buena voz, unas cuantas
monerías á la moda,
al compás de una guitarra
no me hubiera ido mal; pero
como no me dió otra gracia
Dios que las buenas costillas,
me apliqué á llevar la carga,
y me ha ido mejor con ella,
que si hubiese en Salamanca,
Valladolid y Alcalá
cursado todas las aulas.

DIMAS. Hablen ustedes.

FELIPE. No es esta
materia para tratada
aquí. Mañana hablaremos.

SISEBUTO. Pues hablaremos mañana. *(Se dan las manos.)*

TEMERARIA. ¿Me sigo ahora yo?

DIMAS. ¿Qué tienes
que decir?

TEMERARIA. Pocas palabras.

JAVIERA. Pues cuidado que sean buenas...

TEMERARIA. Como mías.

JAVIERA. Que ya se alza
mi cólera á las narices.

TEMERARIA. Pues la mía se me baja
á los zancajos. Señor
don Gregorio, yo gustaba
de usted, cuando era un muchacho
chiquito, pero con gracia,
como yo; pero me da
tal asco ver esa estampa
de cocherillo alquilón,
con la librea de gala,
de cómico de la legua,
y de estafermo de paja,
que me doy la enhorabuena
de enviarle en horamala.
¡Zoquete por fin!

JAVIERA. ¡Zoquete,
que en este taller se labra

para hacer de él un marido!

GORITO. ¡Cabal! Deme usted la blanca
mano, tome usted la negra,
y está la cosa ajustada,
en dando lo que gastó
conmigo á la Temeraria.

JAVIERA. Luégo: ¿trae usted la cuenta?

TEMERARIA. ¡Eso solo me picara,
si no fuera yo de pecho,
y de corazón tan ancha!
Tío, esa ropa es de usted,
(Mojiganga muy alegre y se la empieza á poner.)
y yo me doy por pagada
con bailar en esta boda.

JAVIERA. Ahora no, que nos aguarda
la cena. Señor menistro,
si usted gustase de honrarla...

DIMAS. Lo estimo mucho.

PINTOSILLA. ¡Geroma,
de verte estoy admirada!

TEMERARIA. ¡Hija, al que juye de mí,
el pasadizo de plata!

DIMAS. Señores, no me parece
que debo yo ser machaca:
conozco á ustedes, y creo
que con lo apuntado basta,
para abandonar vosotras
los puestos de las castañas;
y los demás, ó casarse,
ó cada uno á su casa.

LOS MAJOS. ¡Ya sabe usted!

DIMAS. Lo sé todo:
á cenar, señora Paca.

SISEBUTO. Adios, señores. *(Señas á los petimetres.)*

BLAS. Está
la llave á la puerta echada.

JAVIERA. Este es obsequio que quiero
hacer á mis parroquianas.

SISEBUTO. No replico.

JAVIERA. Pues en tanto

que de servirnos acaban
las mesas, Estefanía
pudieras, acompañada
de las amigas y amigos,
cantarnos una tirana.

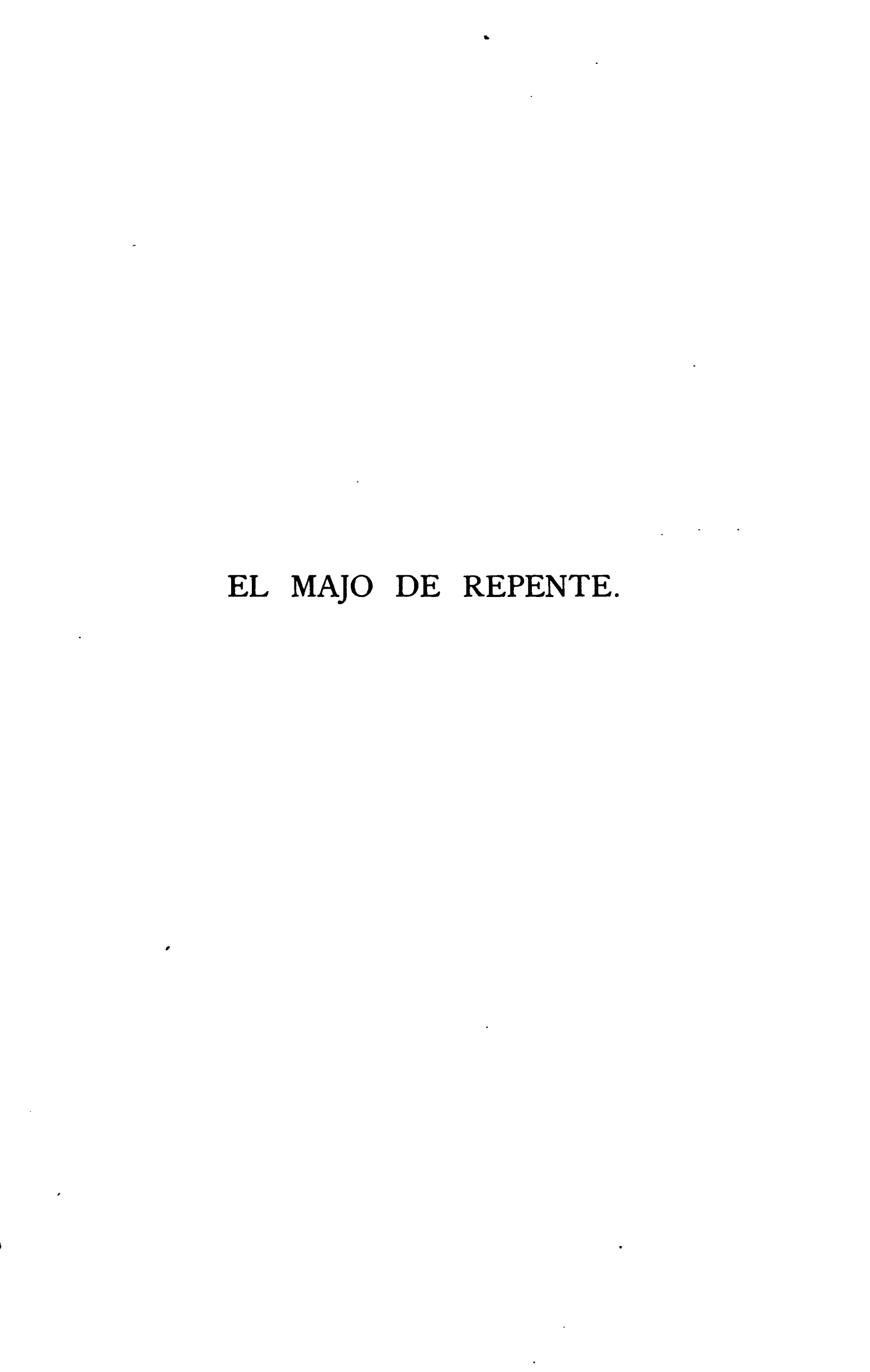
PINTOSILLA. Jesús, querida, al instante.

GORITO. Que nos saquen las guitarras,
porque se convierta en gozo
lo que empezó por desgracia.

OFICIAL 1.º Aquí hay instrumentos.

PINTOSILLA. Pues
allá va, sin ser rogada.

BLAS. Yo en nombre de todos, pido
á todos silencio y gracia.



EL MAJO DE REPENTE.

PERSONAS

—

D. FABRICIO, *petimetre, amigo de*
GALVÁN.
EL TÍO PABLO, *tahonero, padre de*
GEROMA.
DOÑA ANSELMA, *su vecina.*

PEDRO, *criado de D. Fabricio.*

SIMÓN. CORONADO. MARTÍNEZ.	*Majos.*
NICOLASA. CALISTA. CIRILA.	*Criadas.*

Calle corta: al fin una tahona.



Sale de petimetre D. FABRICIO *pensativo, por un lado, y por el otro de petimetre* GALVÁN.

FABRICIO. ¡Lo que tarda en salir Pedro!
¡Si habrá ya desempeñado
su comisión!

GALVÁN. ¿Don Fabricio,
qué es esto? ¿Qué no ha de haber
forma de desengañaros?

FABRICIO. Si me apurais, no señor;
que no puede haber engaño
en coger á una muchacha
que me gusta por su garbo,
con medio millón de dote,
y heredera de otro tanto
por lo menos.

GALVÁN. ¿Y que un hombre
que sabemos que es hidalgo,
tan redondo, tan bien quisto,
y de un talento tan claro,
se alucine de tal modo,
que crea no está engañado
en pretender á la hija
de un panadero, por cuatro
doblones, cuatro chuladas,
y un poco de aire de taco?

FABRICIO. El mérito que me falta
para lograrla es lo malo.

GALVÁN. ¿Á vos? ¿Pues ella tiene otros
que el dinero?

FABRICIO. ¡Ahí es un grano
de anís!

GALVÁN. ¿Y por el dinero
ha de bajar de su estado
un hombre de bien?

FABRICIO. Por él
suben hasta lo más alto
las familias con el tiempo;
y por su falta notamos
descender otras familias
con el tiempo á lo más bajo.
¿Sabeis qué es un pobre ilustre
en Madrid? Un espantajo:
humilde con los plebeyos,
con los nobles desairado,
á los ricos enfadoso,

á la sociedad extraño,
para cortejo impotente,
y para marido un asco.
Mi calidad, el talento
de la tahonera, y el gato
de su padre, si vinieran,
yo sé que harían milagros.

GALVÁN. ¡Jesús!

FABRICIO. ¿De qué os haceis cruces?
Amigo, vamos despacio,
que no es de casta de negros;
y un tahonero es hombre blanco.

GALVÁN. Si pensara de este modo,
ya estuviera yo casado
con ella.

FABRICIO. ¿Y os la daría
su padre, ni hiciera caso
ella tampoco, aunque fuerais
sobrino de Arias Gonzalo?

GALVÁN. ¿Pues qué solicita?

FABRICIO. Un hombre
como un demonio, muy majo.

GALVÁN. Y le conviene.

Sale PEDRO *de mozo de tahona*, *recatándose*.

PEDRO. El demonio
me ha metido en un trabajo,
que no entiendo, para andar
tan puerco y madrugar tanto.

FABRICIO. ¿Pedro?

PEDRO. ¿Señor?

FABRICIO. ¿Qué tenemos?

GALVÁN. Esta es otra; su criado
mozo de tahona.

PEDRO. Como
me vió su merced tan flaco,
me hizo meter en harina.

FABRICIO. Su buena ley tomó á cargo
esta expedición.

PEDRO. Que juzgo
nos ha de salir en vano,
si usted no muda de traje
y de genio.

FABRICIO. ¿La has dicho algo
de mí ? ¿Qué la he parecido?
¿Extraña cuando no paso
por su reja muchas veces
al día?

PEDRO. Vamos despacio,
y por partes; mas primero
que responda de mi encargo
es preciso definir
la moza de que tratamos,
porque no haga novedad
las noticias que le traigo.
Es Geroma tan salada,
y tiene tal garabato,
que le sobra su dinero,
¡mirad si le sobra harto
para enviar á la Tela
todos sus apasionados!
No bien sus ojos al mundo
las luces manifestaron,
que dejaron de ser ojos,
y con efectos de rayos,
abrasan conforme miran
los corazones humanos.
Es tan desdeñosa, y es
de espíritu tan bizarro,
que ni lo galán la mueve,
ni la envanece lo hidalgo,
ni la divierte lo agudo,
ni de lo rico hace caso;
diciendo que sólo es hombre
aquel que sabe en llegando
la ocasión, bailar encima
de los hombres el fandango.
Para ella el mejor empleo
es contrabandista, tanto,

que hay quien dice que su padre
por complacerla, en sus tratos,
sin dejar de ser tahonero,
comete sus contrabandos.
Los romances de Francisco
Esteban y de otros guapos,
son su biblioteca; come
carne brava todo el año,
menos los viernes, y bebe
solamente vino rancio.
Con esta noticia ahora
podrá usted por el atajo
entender cuanto responda
á lo que me ha preguntado:
la he dicho de usted, que está
un caballero penando
por ella.

FABRICIO. ¿Y qué respondió?

PEDRO. Que más de cuarenta y cuatro
andaban tras sus doblones
calle arriba y calle abajo;
pero que tan viles hombres
que andaban solicitando
por rica á la que por pobre
aunque tuviera otros varios
méritos despreciarían,
no eran dignos de mirarlos
siquiera.

GALVÁN. ¡Cuánto me alegro!

FABRICIO. ¿Con que no ha hecho reparo
en mí?

PEDRO. Ni me ha dicho nada
de usted, con lo que sacamos
en limpio que ha roto en balde
muchos pares de zapatos.

FABRICIO. ¡Infeliz soy!

PEDRO. Me parece
que hay remedio, sin embargo.

FABRICIO. ¿Qué remedio?

PEDRO. Apostatar

de petimetre, y mudando
de genio, ademán y tono,
hacer profesión de majo.

FABRICIO. ¡Yo! ¿No ves que en mi crianza
es difícil?

PEDRO. Pues dejallo.

GALVÁN. Don Fabricio, ¡qué gracioso
estareis puesto de majo,
con su cofia, su chupita,
chupetín y calzonazos,
sus hebillas á la punta
del pié, su capa arrastrando,
su rejón en el bolsillo
y en la boca su cigarro!
Digo, ¡y para una pendencia,
qué mozo! Con un gargajo
fuerte que echara un chispero,
se quedaría temblando.

FABRICIO. ¿Yo?

GALVÁN. Sí: ¿tú sabes quién es
esa gente de los barrios
de Madrid? unos demonios.

PEDRO. En sabiendo conjurarlos
están vencidos.

FABRICIO. Perico
mío, yo estoy empeñado.

PEDRO. Ya lo sé, y así á pillar
la mosca y desempeñarnos.

FABRICIO. Aguarda: ¿quién son aquellos
dos, que ha días que reparo
visitan á todas horas
la casa?

PEDRO. Dos mentecatos.

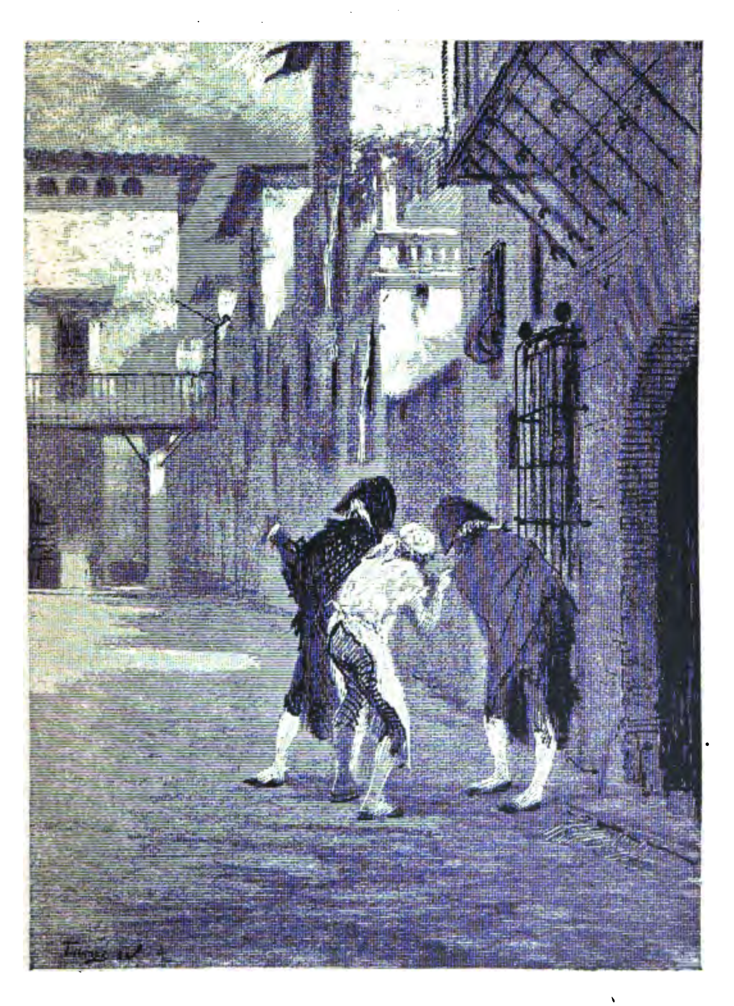
GALVÁN. ¿Quiénes son?

PEDRO. Un tabernero
son, y un tejedor de esparto
que la rondan; grandes tunos.

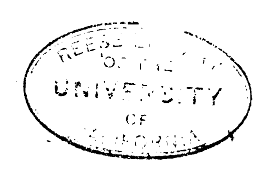
GALVÁN. Tendrá mil enamorados.

FABRICIO. ¿Y ella á quién quiere?

PEDRO. Yo creo



El majo de repente.



que ninguno le ha petado
hasta ahora, y si hay alguno
ha de ser un escribano
novicio en la profesión,
y maestro consumado
en el arte de la tuna.

GALVÁN. ¿Y por qué?

PEDRO. Porque ese es agrio
de genio, adusto de cara
y de palabras escaso;
y es cada una que sale
de la boca, un cañonazo,
y también viene allí.

GALVÁN. Yo,
amigos, no los aguardo.

FABRICIO. Ni yo.

PEDRO. Cierto es que conviene
que no nos vean hablando;
pero en lo demás no había
que temer, que de estos guapos
el que habla más gordo es quien
vence á todos sus contrarios.

FABRICIO. Yo me voy á disfrazar,
sin un punto dilatarlo:
ya lo he resuelto del todo.

GALVÁN. ¿Á que más partido saco
yo, si voy con el vestido
bordado, y al fin la hago
consentir en ser usía?

PEDRO. Está usted equivocado.

GALVÁN. Ya se me ha ofrecido un medio
con que puedo ir sin reparo
á su casa: lo veremos.

PEDRO. Váyase usted á casa en tanto
que yo voy allá á imponerle;
y apueste usted, que yo pago.

GALVÁN. El romance lo dirá.

FAB. *y* PEDR. Y hasta que lo diga vamos.

Vanse los tres por donde salieron, y se muda el teatro en portal de tahona, con piedra de moler con la mula, dos artesas en que están amasando cuatro mozas, dos mozos con dos arneros, y otros dos con escobas barriendo y cantando.

Coro.

MUJERES. En todita la villa
no habrá pan más sabroso,
tales manos lo amasan
y lo llevan al horno.

TODOS. En todita la villa
no habrá pan más sabroso
tales manos lo amasan
y lo llevan al horno.

CRIADO. Este macho, señores,
muele tan poco,
que nadie que le vea
dirá que es tonto.
Que nadie que le vea
dirá que es tonto.

TODOS. Vaya de bureo, vaya de jolgorio,
que hoy está la masilla
como un bizcocho.
Cantemos y bailemos
sin susto ni pesar,
y el día sea todo
júbilo, gozo y paz.

Sale TÍO PABLO *de vestido serio, con peluquín mal peinado, y gesto de buen humor.*

TÍO PABLO. ¡Que no sepais hacer nada
sin alborotar el barrio,
muchachas!

CIRILA. Se siente menos
de esta manera el trabajo.

PEDRO. Y también de esta manera
se trabaja más, nuestro amo,

PABLO. ¡Qué buena alhaja eres tú!

PEDRO. Pues aquí con estos trapos

que usted me ve, y esta poca
figura que Dios me ha dado,
soy hombrecito de bien;
y los cuarticos que gano
los gasto con esplendor,
ó díganlo más de cuatro
mozas, que si llevan tren,
es porque yo se lo he dado.

PABLO. ¿Tú?

PEDRO. ¿Sabe usted quién soy yo,
y que tengo un primo hermano
que en dando una voz le oyen
de la otra parte del charco,
y á la mano se le vienen
los pesos duros volando?
¿Sabe usted que es hombre que
de una mirada á lo zaino,
ó de un resoplido, mata
diez hombres sólo de espanto?
¿Sabe usted...

PABLO. ¡Qué he de saber!
Mira que se pára el macho;
ves á arrearle, embustero,
ó te arreo con un palo
yo á tí.

PEDRO. Porque usted lo crea
voy al instante á buscarlo,
que quiero que usted y el ama
vean en él el retrato
de un hombre galán, valiente
discreto y enamorado.

PABLO. Mira...

PEDRO. No puedo, que soy
montañés, y me he picado. *(Vase.)*

PABLO. Aguarda, pícaro.

Sale GEROMA.

GEROMA. Padre,
¿con quién estais regañando?

PABLO. Con Periquillo.

GEROMA. ¡Qué ganas
que tengo yo de aplastarlo
de una puñada, ú enviarle
de un puntillón al tejado!

PABLO. ¿Y por qué?

GEROMA. Por ciertas cosas
que no es razón que sepamos
las doncellas, á hurtadillas,
por boca de los criados.

PABLO. ¿Esas tiene?

NICOLASA. ¡Tiene tantas!
¡Siempre que me encuentra al paso,
me pellizca á mí!

CALISTA. Y á mí
él fué quien me rompió el plato
el otro día, por ver
lo que llevaba debajo.

CIRILA. Á esa la ha dicho que es viudo,
á esta otra que es casado,
y á mí que está solterito.

GEROMA. ¿Y eso qué tiene de malo?

TODAS. Mucho.

PABLO. Así tuviera uñas,
que regularmente el gato
goloso se queda hambriento,
y el hocico chamuscado.

GEROMA. La que no quiere borrasca,
que no se meta en el barco.

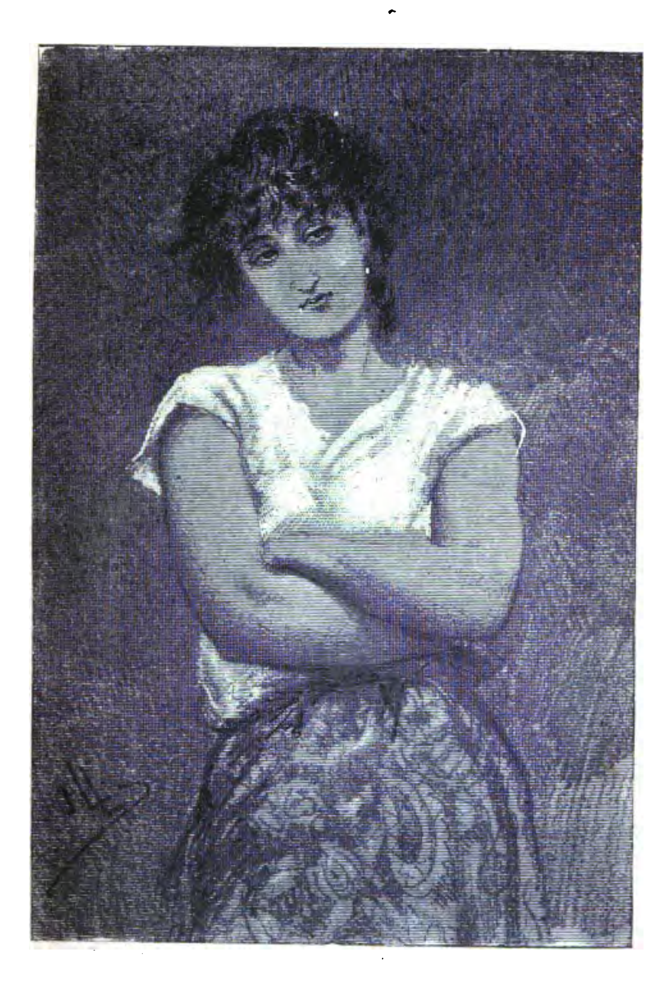
TODAS. Es que...

GEROMA. Niñas, á otra parte
con chismes y con trabajos,
que yo soy sorda y no gusto
de las criadas al rabo. *(Vanse las mujeres.)*

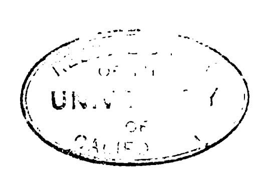
PABLO. ¡Qué genio tienes!

GEROMA. Si usted
quiere que le tenga blando,
y que me deje amansar
de todos...

PABLO. No pido tanto;
pero te pido que pienses



Geroma.



en elegir entre varios
que te pretenden, alguno
para marido.

GEROMA. ¡Y qué honrados
son todos! El mejor de ellos
aspira á pillar los cuartos
para darme después poco
que comer, y verse él harto.

PABLO. Eso no.

GEROMA. Pues si eso no,
déjelo usted á mi cargo,
hasta ver si encuentro un hombre
conforme le voy buscando;
que á fe á fe que tengo yo
más ganas que usted de hallarlo.

Salen de majos crudos SIMÓN *y* CORONADO.

SIMÓN. Muy buenos días, señora
Gerónima; á Dios, tío Pablo.

CORONADO. Ya sabemos que la gente
se ha levantado temprano:
madama, señal que ha habido
esta noche algún cuidado.

GEROMA. No ha nacido todavía
quien me los dé.

CORONADO. Vamos, vamos,
que el escribanillo...

GEROMA. Corcho.

SIMÓN. Pues seré yo.

GEROMA. Bacalao.

CORONADO. ¿Y yo?

GEROMA. Ni será, ni es,
que ya pasó si fué algo.

SIMÓN. Gerónima, la verdad,
¿tiene usted de piedra mármol
el corazón, ó de jaspe?

CORONADO. Ya le tendría labrado
si eso fuera, que en Madrid
hay famosos lapidarios.

GEROMA. Mi corazón es de cera
muy blanda; pero es el caso,
que nadie tiene bastante
fuego para liquidarlo.

PABLO. ¿Qué hacemos en pié, señores?
Hija, mejor es sentarnos
aquí al sol.

LOS TRES. Sea enhorabuena.

Sale MARTÍNEZ *de serio.*

MARTÍNEZ. ¡Hola, lo que ha madrugado
la tertulia esta mañana!
Váyanme ustedes contando *(Se sienta.)*
las novedades del día,
que hoy estoy un poco malo,
y es preciso divertirme.

GEROMA. ¡La entradilla me ha gustado!
Vuelva usted á casa á ver
si en ella se le quedaron
los buenos días.

MARTÍNEZ. No hay
para qué: aquí los traigo.

GEROMA. ¿Por qué no los dió?

MARTÍNEZ. Porque
tampoco usté á mí me ha dado
día bueno, y á quien nada
debo, con nada le pago.

PABLO. Pero amigo, los demás...

MARTÍNEZ. Con los hombres yo no gasto
ni quejas ni ceremonias;
y á otra cosa, que me canso
pronto de hablar.

GEROMA. ¿Y por qué?

MARTÍNEZ. Porque la fuerza que echamos
por la boca, suele hacer
falta después en los brazos.

GEROMA. ¿Hay algo que matar hoy?

MARTÍNEZ. Aún no lo he determinado.

SIMÓN. Pues ahora que me acuerdo:

si Dios no ha hecho un milagro,
ayer maté yo á catorce.

GEROMA. ¿Por qué?

SIMÓN. Ya se me ha olvidado.

CORONADO. Yo no gusto de matar
á los hombres, contemplando
dos inconvenientes.

SIMÓN. ¿Cuáles?

CORONADO. Que se va el género humano
disminuyendo; y el otro
es, con pesquisas y embargos
dar qué hacer á los señores
alguaciles y escribanos.

PABLO. Aqueso, amigo, es unir
lo prudente y lo bizarro.

SIMÓN. Los hombres han de ser hombres.

GEROMA. Eso es por lo que yo clamo:
por uno que no lo diga
él, sino que lo veamos.

MARTÍNEZ. ¿Lo quiere usted ver?

SIMÓN. ¿Usted
quiere ver cómo despacho
á los dos en un instante,
y queda por mío el campo?

MARTÍNEZ. Diga usted que sí.

CORONADO. Que no:
que no es razón que riñamos
por nada los tres: ahora,
si es por diversión, salgamos
bien unidos, y matemos
uno, dos, ó tres, ó cuatro.

GEROMA. Usted es valiente á escote,
compadre.

Sale DOÑA ANSELMA *con basquiña y mantilla muy petimetra.*

ANSELMA. Señor don Pablo,
tenga usted muy buenos días:
vecina, viva ese garbo;
¡qué graciosa! Caballeros,

yo no vengo á incomodaros:
siéntense ustedes.

PABLO. Señora,
¿qué tiene usted que mandarnos?

GEROMA. «¡Cómo me enfadan á mí *(Aparte.)*
»estas usías de trapo!»

ANSELMA. Con su licencia de usted,
hay un caballero indiano
aquí que le quiere hablar,
pariente mío: Don Carlos,
éntre usted.

Sale GALVÁN *muy bizarro, con vestido rico.*

GALVÁN. Usted no extrañe
que sin haberle tratado
me tome este atrevimiento;
pues ya sabe, que buscamos
los hombres de algún caudal
comunmente en qué emplearlo.
Señorita, usted perdone,
que no había reparado.

GEROMA. No importa.

PABLO. ¿Qué tiene usted
que mandar?

GALVÁN. No seré largo.

ANSELMA. Válgame Dios, mi señora
doña Geromita, ¡cuánto
tiempo ha que deseaba
ocasiones de trataros,
porque es usted tan bonita!...

GEROMA. Viva usted más de mil años.

ANSELMA. ¡Tan graciosa, tan modesta!
¿Cuándo toma usted estado?

GEROMA. Yo la daré cuenta á usted
entonces, y á todo el barrio.

ANSELMA. ¿Mira usted mi parentico?

GEROMA. Me divierte.

ANSELMA. Pues miradlo,
que no perdereis vos nada.

GALVÁN. «Yo creo que se ha clavado *(Aparte.)*
»la niña.» Pues como digo,
diez mil fanegas de grano
que ahora tendré existentes
en Castilla, había pensado
en traer, y en asociarme
á un inteligente.

GEROMA. Claro, *(Á Anselma.)*
señora, que no la entiendo
palabra, porque soy algo
tenienta del oído zurdo.

ANSELMA. Iré por el otro lado.

GEROMA. ¿Para qué? Hable usted recio,
de suerte que lo entendamos.

SIMÓN. La visita y el misterio
me van un poco enfadando.

MARTÍNEZ. Á mí no, porque presumo
que el usía remilgado
nos ha de dejar asunto
para reir en marchando.

CORONADO. ¿Y si no se va tan pronto?

MARTÍNEZ. Si no se fuese, enviarlo.

ANSELMA. En fin, no hay hombre de prendas *(Á Geroma.)*
más cabales adornado
en Madrid, y está tan ciego
por usted, que sin reparo
hará cualquier disparate
por ser dueño de su mano.

GEROMA. Pues yo que tengo los ojos
á Dios gracias despejados,
no haré el de quererle.

ANSELMA. ¡Hola!

PABLO. ¿Qué es eso, niña?

GEROMA. Es un paso
entre mi vecina y yo.

PABLO. ¿Caballero? *(Á Galván.)*

GALVÁN. Á su mandado
estoy. Escúcheme usted
hasta quedar enterado.

Salen D. FABRICIO *y* PEDRO *en forma socarrona.*

PEDRO. Aquí tiene usted á mi primo,
mire ahora si le alabo
con razón.
FABRICIO. La paz descienda
sobre los hombres honrados
que componen la asamblea,
y si hubiere alguno malo,
mi indignación, que es más fuerte
y más eficaz que un rayo...
MARTÍNEZ. ¡Agua va!
FABRICIO. Caiga, que á mí
nadie me coje debajo.
PEDRO. Eso, primo: siempre encima.
PABLO. ¿Que seas tan mentecato,
mozo? Perdone usted, amigo,
que le haya incomodado.
FABRICIO. Á mí nadie me incomoda:
usted sepa que el muchacho
es cosa mía; que yo
á cuanto haga ó diga salgo:
trátele usted bien, y agur,
que ya estoy desocupado.
GEROMA. Aguárdese usted, y diga
primero quién es, seo guapo.
FABRICIO. Un hombre.
GEROMA. ¿Un hombre? Eso es mucho
decir.
FABRICIO. Pues no me retracto.
GEROMA. ¿Y quién es un hombre?
FABRICIO. Quien
obedece resignado
á su ley, y á la justicia;
quien sólo levanta el brazo
por su patria, por su honor,
la verdad y el desagravio
de amigos y de mujeres
honradas; quien no hace caso

de chismes ni baladrones,
y desprecia á sus contrarios
valeroso; y finalmente,
el que estando enamorado



de lo exterior de una dama,
echa sobre el fuego un jarro
de agua hasta averiguar
por adentro cómo estamos
de juicio, de entendimiento,
de economía y recato,
que son las prendas que hacen

la mujer; y que en hallando
esta mujer, atropella
por montes y por barrancos,
la consigue, y sino, saca
provecho del desengaño.

GEROMA. ¡No es mal modo de pensar!
Siéntese usted á mi lado,
glosaremos ese punto.

PABLO. ¡Mira que hay grandes lagartos,
Geroma!

GEROMA. Yo soy culebra:
descanse usted sin cuidado.

SIMÓN. ¿Se ha de sufrir esto?

MARTÍNEZ. No;
pero sin alborotarnos.

SIMÓN. ¿Lo quito de en medio?

CORONADO. Para
un hombre como él, yo basto.

MARTÍNEZ. Nada de camorra, chicos,
á chuladas sofocarlo.

CORONADO. ¿Y si echa plantas?

MARTÍNEZ. Mejor,
que estoy algo resfriado,
y él parece un alfeñique:
vereis cómo me lo mamo.

GALVÁN. ¿Y esta doncella es casada?

PABLO. No señor.

GALVÁN. Pues os alabo
la deis tanta libertad.

PEDRO. ¡Qué bruto que es el indiano!

ANSELMA. Prosigamos nuestro asunto,
vecinita.

GEROMA. En acabando
estotro.

CORONADO. ¡Gracias á Dios
que la divierte á usted algo!

GEROMA. No es algo, que es mucho.

CORONADO. ¡Debe
de ser el niño salado!

FABRICIO. ¿Habla usted de mí?

CORONADO. De usted.
FABRICIO. ¿Y en qué tono?
CORONADO. De canario.
FABRICIO. Usted es chusco, y con la gente
de ese humor yo no me hablo,
que soy serio.
SIMÓN. Yo también.
FABRICIO. ¡Válgame Dios, y qué largo
es usted!
MARTÍNEZ. Yo soy más corto.
FABRICIO. Le entrará á usted menos paño
en una capa.
MARTÍNEZ. ¡Parece
que es usted algo alentado
y de bríos!
FABRICIO. No señor.
MARTÍNEZ. Me lo habían informado.
FABRICIO. Sería en chanza, y sino,
para que vea que es falso,
vámonos hacia el canal,
ú otro sitio retirado,
con armas, ó puño á puño,
como usted esté acostumbrado,
y así en mí verá que no hay
aliento, fuerza ni manos.
MARTÍNEZ. Vaya usted de ahí.
FABRICIO. En buen hora. *(Sentándose.)*
¿Madamita, en qué quedamos,
que no me acuerdo?
GEROMA. ¡Que viva
esa serenidad, bravo!
SIMÓN. Ese es desprecio.
MARTÍNEZ. Callad,
que yo lo tomo á mi cargo.
Mocito, venga usted acá. *(Á Fabricio.)*
FABRICIO. Ahora estoy ocupado.
MARTÍNEZ. No me haga que alce la voz.
FABRICIO. ¿Qué quieren? Ya me levanto:
vaya, ¿qué se les ofrece? *(Se levanta.)*
LOS TRES. Lo diremos en el campo.

FABRICIO. Pues no ha de ser sino aquí;
y ya que me han provocado,
he de saber por qué vienen
aquí.

MARTÍNEZ. ¡Este hombre es el diablo!

PEDRO. Aprieta, primo.

FABRICIO. Madama,
diga usted sin embarazo:
¿quiere usted á alguno?

GEROMA. Á nadie. *(Se levanta.)*

ANSELMA. Y hace bien, que este bocado *(Se levanta.)*
es digno de un caballero;
y sepa, señor don Pablo,
que está enamorado de ella
ese que usted tiene al lado.

PABLO. ¿De veras?

GEROMA. Y sepa usted
no le quiero ni engarzado.

CORONADO. Pues no es friolera.....

FABRICIO. Callen,
les digo, ó habrá sopapos.

PABLO. Amigo, diga usted: ¿quién
tanta facultad le ha dado
en mi casa?

PEDRO. Yo.

FABRICIO. Mi genio,
que no puede ver que tantos
codiciosos solicitan
por el dinero este garbo,
que merece por sí solo
el amor de un potentado.

GEROMA. Y el de usted también.

FABRICIO. Yo nunca
me acerco donde no alcanzo.

PABLO. ¿Por qué no? Y casi celebro
que haya este lance llegado
de desengañar á ustedes,
porque no se lleven chasco.
Yo soy un testa de fierro
de un rico, y estoy temblando

me pidan cuentas, porque
sé que estoy muy alcanzado;
y si alguno hay que me preste
de ustedes lo necesario,
le daré á mi hija: ¿qué dice
usted, señor indiano?

GALVÁN. Hasta que venga la flota
no puedo responder.

SIMÓN. ¡Malo!

CORONADO. ¡Antes bueno: que por poco
nos pilla el viejo en el lazo!

PABLO. ¿Y ustedes?

MARTÍNEZ. Ahí está ese hombre
(Señala á Fabricio.)
que podrá desempeñaros.

FABRICIO. ¡Harto lo siento! Si sirve
un pequeño mayorazgo
que tengo, y puede sufrir
otro censo sobre tantos,
ahí está hasta lo que alcance.

PABLO. ¿Pues quién es usted?

PEDRO. Mi amo,
de veras, que hasta las cachas
está el pobre enamorado.

ANSELMA. Es verdad, que es don Fabricio
de Contreras.

GALVÁN. ¡Qué trocados
están todos los amantes!

FABRICIO. Mas con afectos contrarios,
que á mí sólo mi pobreza
es quien me sella los labios.

GEROMA. Si usted quiere que pasemos
con la labor de mis manos,
y con su corto caudal,
aquí, en Indias ó en el Cairo,
usté es el hombre que busco,
y por quien siento este chasco;
que por lo demás celebro
aunque me cueste tan caro.

PABLO. Pues no lo sientas, y vive

féliz con él muchos años;
que esto ha sido una experiencia;
y ahora que viene al caso,
sepan que también soy noble
por todos cuatro costados:
administro mis cosechas,
sin emplearme en los trabajos
serviles como sabeis;
y hasta un millón de contado
le puedo dar á Geroma,
sin hacer á nadie agravio,
ni al público.

FABRICIO. Señorita,
usted queda sin embargo
en su libertad: si quiere
á otro más, déle la mano.

GEROMA. Tome usted las dos, que sólo
usté es el que me ha petado
en este mundo.

MARTÍNEZ. Después
quizá cantará otro gallo.

FABRICIO. Digo.

PABLO. Chito.

GEROMA. El que es un hombre
de estas cosas no hace caso.

PEDRO. Y la que es una mujer
les da á todos un buen rato.
Hasta la boda, vecinos.

GALV. Y ANS. ¡Lindamente hemos quedado!

PEDRO. ¡Siento que usted se haya puesto
el gran uniforme en vano!

TODOS. Y concluida la idea,
logre perdón, sino aplauso.

LA CENA Á ESCOTE.

PERSONAS

GORITO, *oficial de espartero, novio de*
MARIQUITA, *hija de*
EL TÍO ALEJO, *maestro espartero.*
VICENTE, *espartero, y querido de Mariquita.*
LORENZO, *aprendiz.*
BLAS, *majo de buen humor.*
ALFONSO, *peluquero, acompañante de*
MARIANA, *petimetra.*
MATEO, *amigo de Gorito.*
UN ABATE.
UN FONDISTA.
UN PAVERO.
UN ALCALDE.
MONIFACIO, *ebanista.*, NORBERTO., PANTORRILLAS. } *Majos.*
ANTONIA, *maja.*
MANUELA, *criada del Abate.*
HILARIONA., INÉS., JUANA., PETRA. } *Majas.*
TRES MÚSICOS.

Una calle, y al frente tienda de espartería.



De la parte de afuera estarán trabajando GORITO, VICENTE *y* LORENZO, *á la puerta la* MARIQUITA *haciendo cofia, y dentro de espartero el* TÍO ALEJO; *cantan* VICENTE, GORITO *y* LORENZO *alguna seguidilla, y luégo sale el* PAVERO *con un pavo.*

PAVERO. ¿Quién me compra este pavazo
de arroba y media?

GORITO. ¿Pavero?

PAVERO. ¿Qué manda usted?

GORITO. ¿Cuánto vale?

PAVERO. Tómele usted á peso
antes de pedir.

MARIQUITA. ¡Ay, ay! *(Tomándolo.)*
¡Como soy que no puedo
con él! ¡Qué bello animal!

GORITO. ¿Cuánto es lo último?

PAVERO. Dos pesos.

GORITO. Tome usted.

ALEJO. ¿Qué haces, Gregorio?

GORITO. Pagarle.

MARIQUITA. Ya no le quiero.
¡Pues bonita soy yo, sólo
de pensarlo me avergüenzo!

ALEJO. Tómale, que yo le pago.

GORITO. Me parece que este obsequio
no tenía inconveniente
en quien...

ALEJO. Después hablaremos.

VICENTE. ¡Parece que se ha picado *(Á Mariquita.)*
el novio!

MARIQUITA. Que beba fresco.

ALEJO. Ahí van siete pesetillas,
y si usted tiene otros de esos,
y capones bien cebados,
tráigamelos, porque tengo
boda en casa.

PAVERO. ¿Para cuándo?

GORITO. Para el día de año nuevo.

PAVERO. Pues no ajuste su merced
con otro, que yo le ofrezco
de aquí á tres días traerle
en qué escoger.

ALEJO. Pues á vernos.

PAVERO. Con su licencia de ustedes. *(Vase.)*

ALEJO. Este nos le comeremos
mañana; dí á la muchacha
que le disponga, Lorenzo. *(Vase Lorenzo.)*

GORITO. ¡He quedado bien!

ALEJO. ¿Por qué?

VICENTE. Porque se ha quedado hecho

un mono.

ALEJO. La voluntad
basta para agradecerlo
la novia, ¿no es verdad, hija?

MARIQUITA. Sí señor; por mí lo mesmo,
y más que si lo comiera.

ALEJO. ¡Y sobre que tengo empeño
que no has de gastar un cuarto
en la boda; ni tus deudos
la han de dar un alfiler
á mi hija! Yo no quiero,
como sabes, yerno rico
sino que sepa mi yerno
que me lo debe á mí todo,
y que yo nada le debo.

GORITO. ¿Una friolera?

ALEJO. Nada:
punto en boca, y trabajemos
lo que falta de la tarde.

Sale LORENZO.

LORENZO. ¡Mantener puede un convento
el pavo!

ALEJO. ¡Miren qué tacha!

Sale MATEO.

MATEO. Buenas tardes, caballeros.
¿Quieres oir una palabra, *(Á Gorito.)*
con licencia del maestro,
Gorito?

GORITO. Sí.

MATEO. Escucha aparte.

ALEJO. ¡Cuenta con esos secretos,
muchachos!

MATEO. Ya me conoce
usted, conmigo no hay riesgo.

ALEJO. ¿Cómo no trabajas hoy?

MATEO. Apenas las cuatro dieron

cerró la maestra la tienda.
ALEJO. Bien hizo, y no ha de ser menos
en noche buena la mía;
recoge al punto, Lorenzo.
GORITO. ¿Qué te se ofrece? *(Á Mateo.)*
MATEO. Hazte un poco
más acá.
GORITO. Despacha presto.
MATEO. ¿Sabes el jollín que está
para esta noche dispuesto
entre los amigos?
GORITO. ¿Quiénes?
MATEO. Alfonsillo el peluquero,
Monifacio el ebanista,
mi primo Blas y Roberto
el alquilador de mulas.
GORITO. ¡Buena gente!
MATEO. Y va el pollero
y los nietos de la tía
Lola con los instrumentos.
GORITO. ¡No habrá mala broma! ¿Y dónde
vais? ¡Mas no quiero saberlo,
no sea que me tiente el diablo!
Divertíos, y buen provecho.
MATEO. Pero escucha lo mejor,
tonto; que tienen dispuesto
bailar hasta media noche;
y después á prorateo
un banquete á modo de
colación, cena y almuerzo.
GORITO. ¡Ya les costará!
MATEO. Á dos duros;
y en vino y velas de sebo
dos peludas, lo más más
sube á dos duros y medio.
GORITO. ¿Y muchachas?
MATEO. ¡Á la ley!
ya sabes que son sujetos
todos de gusto.
GORITO. Ya sé:

pero, amigo, no me atrevo;
desde que pensé casarme
con la hija del maestro
me he separado de todo.
¡Y si lo supieran! ¡Fuego!
Á Dios, á Dios.

MATEO. ¿Oyes? Mira:
si estás falto de dineros,
sabes que tienes amigos,
y no lo dejes por eso.

GORITO. No es ese el caso, y jamás
me he visto tan opulento.

MATEO. Pues préstame un doblón.

GORITO. Toma.

VICENTE. ¡En lo que paró el secreto! *(Á Mariquita.)*
En un petardo.

MARIQUITA. ¡Toditica
me estoy aquí repudriendo!

GORITO. ¿Qué moza llevas? *(Á Mateo.)*

MATEO. Hasta ahora
no sé.

GORITO. ¿Pues y la del cuello
torcido?

MATEO. ¡Si es el demonio!
Quiere que la dé uno aquello
que necesita, y hacer
su voluntad por entero.

GORITO. Lo mismo pretenden todas.
¿Y la rubia?

MATEO. Se fué á un pleito
á Cádiz.

GORITO. ¿Y la Piñitos?

MATEO. ¡Ahora sales con eso!
Tenía en Madrid cinco tíos
sastres que la recogieron.
¡Vaya quien hace lo más,
hombre, debe hacer lo menos!

GORITO. ¿Cómo?

MATEO. Tú conoces todas
cuantas mozas tiene el pueblo

de forma, convida á dos,
y se formará un cuarteto
que asombre la comitiva.

GORITO. Justamente ahora me acuerdo
de dos, que como ellas fueran
quedaba aquel hemisferio
aplanado.

MATEO. Pues bien, vamos.

GORITO. ¡No seas el diablo, Mateo!
¡Si yo ya estoy recogido
á buen vivir!

MATEO. Por lo mesmo.

GORITO. ¡Tasadamente ha venido
una moza de Toledo!...
Anda fuera, tentación:
deja, que ya nos veremos
y me contarás lo que hubo.

MATEO. ¿Con que no vienes?

GORITO. No quiero
más bromas.

MATEO. Pues mira, Goro,
¡como hay san... que más lo siento
por tí que por mí!

GORITO. ¿Por qué?

MATEO. ¡Ya conoces á Norberto
y á Blas, y lo alabanciosos
que son!

GORITO. Ya, pero me acuerdo
cuando delante de mí
no chistaban.

MATEO. Por lo mesmo
quería yo que tú fueras;
y porque estaban diciendo
en casa de la Pepita
Angustias.....

GORITO. ¿Qué?

MATEO. Que tu suegro
te tenía antes con antes
atado como á los perros,
y que te casas porque

no hay ya moza de provecho
que te haga caso.

GORITO. ¿Eso dicen?
Disimula mientras puedo
escurrirme de la tienda:
¡verás qué chasco les pego!

MATEO. ¡Viva!

GORITO. Aguárdame á la puerta
de mi tío el espadero.

MATEO. Bien está: manden ustedes. *(Se despide.)*

ALEJO. Á Dios, muchacho.

MATEO. Y me alegro
de la dicha de mi amigo,
y que quiera Dios, tío Alejo,
que en vida de usted se gocen
los años de mi deseo.

ALEJO. Muchas gracias.

MATEO. Á Dios, chico.

GORITO. Yo te avisaré á su tiempo.
Venía por sí, y en nombre
de otros cuatro compañeros,
á ofrecerse para irnos
hasta la iglesia sirviendo
con la zambomba y los tiples,
si teníamos dispuesto
ir á la misa del gallo
con la novia.

ALEJO. Lo agradezco;
pero en mi casa se toman
esos asuntos más serios.

GORITO. Ya yo se lo he dicho, y que
por lo propio no me quedo
yo á cenar.

MARIQUITA. ¿Y qué cuidado
se le dará al niño de eso?

GORITO. No me mate usted, señora...
Aunque, vaya, si es empeño
de usted darme qué sentir....

MARIQUITA. ¡Que si quieres!

ALEJO. Niña, adentro;

y tú en casa de tus tíos
á cenar, que yo no quiero
escrúpulos: días habrá
para hartaros de requiebros.

GORITO. Voy por mi capa.

MATEO. Si vienes
hacia la plaza, podemos
ir juntos.

GORITO. ¿Mandan ustedes? *(Despidiéndose.)*

ALEJO. Buenas tardes, caballeros.

GORITO. Señorita, hasta mañana.

MARIQUITA. Vaya usted con Dios.

VICENTE. «¡Ah perro! ¡ah perro!
» no te la llevas por guapo.»

ALEJO. Éntrate y cierra, Lorenzo. *(Se entran.)*

MATEO. ¡La mamaron!

GORITO. Mira, hombre,
casi, casi había ya hecho
voto de vivir con juicio,
y en paz, pero te confieso
que me han picado esos monos
de....

MATEO. Vamos.

GORITO. ¡Ya quisieran ellos
valer tanto como yo!
Si se han de caer allí muertos
de vergüenza.... ven.

MATEO. ¡Verás
qué bella noche tenemos! *(Vanse.)*

Sala con cornucopias sin encender, PANTORRILLAS *de majo y* JUANA *sacan sillas, y otros mozos, bancos, etc.; y luégo sale* MANUELA, *criada del Abate, con un mazo de velas.*

PANTOR. ¿Si habrá bastantes silletas?

JUANA. Si faltan, á bien que adentro
hay bancos.

PANTOR. Lléguense ustedes *(Á los mozos.)*
adonde saben, corriendo

por el vino; que uno traiga
la pipa, y otro el pellejo. *(Vanse los mozos.)*

MANUELA. ¿Falta algo, vecino? Aquí
están las velas de sebo
para la sala, ¡y qué ricas!

PANTOR. Vengan, las iré poniendo.

MANUELA. ¿Quiere usted vasos, salvillas,
platillos?...

JUANA. No; que todo eso
viene de la fonda.

PANTOR. Amiga,
¿sabe usted lo que yo temo?
si dispiertan á su amo
de usted con el taconeo,
y se enfada.

MANUELA. No señor;
que es muy pesado de sueño.

JUANA. Esta noche vendrá tarde.

MANUELA. Antes de las nueve, apuesto,
que está en la cama esta noche:
¡no hay abate de más seso
y de más juicio en Madrid!

PANTOR. ¿Y usted subirá?

MANUELA. Al momento
que se acueste, yo me pongo
el equipaje completo
de la cabeza á los piés,
subo, y al que me haga un gesto
de embite, le echo un tres más,
quiso, y queda patitieso.

PANTOR. ¡Viva! ¿Oye usted, vecina,
comen los abates queso?

MANUELA. Mucho. ¿Quiere usted que suba
uno que hay como un arnero
de estrangis?

PANTOR. Aunque sean dos.

JUANA. ¿Y si luégo le echa menos?

MANUELA. Diré que se le han comido
los ratones: cuanto tengo
en la dispensa si sirve,

no hay más que bajar por ello. *(Vase.)*

PANTOR. Eso queda de mi cuenta.



Sale FONDISTA.

FONDISTA. Dios guarde á usted, caballero;
¿dónde se ponen las mesas?

PARTOR. Ábreles por allá dentro,
Juana.

FONDISTA. ¿Cuántas personas
serán ustedes?

PANTOR. Yo creo
que unos cuarenta. ¡Ay el vino!
(Salen los mozos con el vino.)
dejadle en el aposento
que está antes de la cocina;
después embotellaremos
el de Málaga, que el otro
irá á ojo de buen cubero.
(Vanse los mozos con Juana.)

FONDISTA. No es menester ese vino,
que nosotros lo traemos.

PANTOR. Á diez reales la botella
de contrabando, y yo lleno
por treinta y seis cuartos otra,

que cabe cuartillo y medio.
FONDISTA. Usted no lo entiende.
PANTOR. Bien,
cuénteselo usted á su abuelo.
¡Así entendiera yo de
pastelones, de muñuelos,
de jeringas, fricandones
y minchados, como entiendo
de vinos! ¡Qué poco había
de gastar en cocineros!
FONDISTA. Usted es tonto.
PANTOR. Es verdad;
que no aprendí desde luégo
un oficio en qué engordar
de bolsillo y de pellejo.

Sale JUANA.

JUANA. Mosiú, venga usted á decir
dónde han de poner aquello.
FONDISTA. E voy: ¡El diable del hombre
está económico! pero
más picarón estoy yo,
é yo sacaré mi cuento. *(Vase.)*
PANTOR. Ya ha rato que ha anochecido,
mejor es ir encendiendo.

Sale NORBERTO *con la* PETRA, *de majos.*

NORBERTO. Á Dios, tío Pantorrillas.
PANTOR. Muy buenas noches, Norberto.
PETRA. ¿Lo ves?
NORBERTO. ¿Qué?
PETRA. Que en todas partes
hemos de ser los primeros.
NORBERTO. Así no te aguardarán,
y elegirás el asiento
que te se antoje.
PETRA. ¡Y en tanto
estar como un estafermo

sola una mujer!
NORBERTO. ¿Qué has dicho?
PETRA. ¡Qué sé yo! Ya no me acuerdo.
NORBERTO. ¿Sabes que hoy es Nochebuena?
PETRA. Mucho.
NORBERTO. Pues muda de gesto
y tono, porque sino
muy mala te la prometo.
PETRA. ¡Arroz!
NORBERTO. Si yo te lo guiso,
no te hará mucho provecho.
PETRA. Ea, ya estás como sueles.
NORBERTO. ¡Poco á poco! ¿Cómo suelo
estar yo?
PETRA. Como un vinagre.
NORBERTO. Pues mudanza, que en el pueblo
no hay género más de sobra
que hombres como caramelos.

Sale MONIFACIO *con* ANTONIA, *en igual traje de majos.*

MONIFACIO. Aquí á nadie se saluda, *(Á Antonia.)*
ni se anda en cumplimientos;
se calla, se oye y se ve;
buenas noches, caballero.
PANTOR. Bien venido, Monifacio,
y la compañía.
ANTONIA. ¿Me siento?
MONIFACIO. Sí; ahí en la punta.
ANTONIA. ¿Qué punta?
MONIFACIO. Aquí, en el lado izquierdo.
PETRA. Oyes, ¿quién es esa? *(Á Norberto.)*
NORBERTO. Calla.
ANTONIA. ¿Quién es aquella? *(Á Monifacio.)*
MONIFACIO. No empecemos
con preguntas; ya te he dicho
que aquí se viene á estar serios.
PETRA. Digo.
NORBERTO. Vaya.
PETRA. El hombre debe

de estar sin flux de cortejo,
y al salir de la maestra
pilló aquella niña al vuelo
para figurar.

NORBERTO. ¡Demonio!
¿callarás?

PETRA. Veré si puedo.

NORBERTO. Si no pudieres, avisa,
que yo te daré un remedio.

ANTONIA. ¡Parece un poco de mi alma *(Á Monifacio.)*
la señora! ¡Pues no andemos
en fiestas, que yo, aunque chica,
ni me agacho ni me tuerzo!

MONIFACIO. Mientras que nadie se meta
con nosotros, siempre quietos.

Sale ALFONSO *de frac y bastón con* MARIANA *peinada.*

ALFONSO. Estoy á los piés de ustedes,
madamas.

MARIANA. Señoras, beso
á ustedes las manos.

PANTOR. ¡Viva!

NORBERTO. ¡Hola, que esto va subiendo
de punto!

PETRA. ¿Me das licencia,
y verás en qué momento
que baja rodando el punto
de aquel peinado hasta el suelo?

NORBERTO. No.

MARIANA. ¡Qué indecentes están
esas mujeres!

ALFONSO. Con eso
verás lo que vale ser
amiga de un peluquero.

MARIANA. ¿Se me ha descompuesto algo
con el aire?

ALFONSO. Está perfecto:
supongo que con ninguna
de las madamas que peino,

aunque me lo pagan mucho
y me regalan, me esmero
como contigo... perdona,
que hay un alfiler mal puesto.
(Se lo pone, y de ello se ríen todos.)
¿De qué se ríen ustedes?

MARIANA. ¡Qué bufonada!

PETRA. ¡Qué pelo
tan rubio y tan abundante!

ANTONIA. Eso sí: ¡así fuera nuestro!

MARIANA. ¿Pues de quién es? *(Puesta en jarras.)*

PETRA. Muy de usted,
señora, y yo así lo creo;
pues al fin le habrá costado
su regalado dinero.

MARIANA. ¡Ó no!

ALFONSO. ¡Si todo es envidia!
¡Que se mueran y callemos!

Sale BLAS.

BLAS. ¡Hola! Lo que ha madrugado
la familia; yo celebro
que ustedes tengan salud.

PANTOR. ¿Blasillo, pues cómo es esto?
¿No traes pareja?

BLAS. Aquí está.

PANTOR. ¿Adónde?

BLAS. En mi pensamiento.

MONIFACIO. Aquí nadie ha de haber solo.

BLAS. Siempre he sido yo sujeto
que vale por dos, y en fin,
si tocamos á tres pesos
de escote, en dando yo seis
quedamos todos parejos.

PANTOR. ¿Y con quién has de bailar
y has de hablar?

BLAS. Con todas.

TODOS. Eso
no será. *(Levantándose.)*

BLAS. Pues con ninguna.
Yo he de pagar dos asientos.
(Los coge y se sienta.)
Vengan, cada uno se huelgue
como quisiere, y callemos.

PANTOR. ¿Qué manía es esta, Blas?

BLAS. Déjame, que yo me entiendo.

Sale MATEO *con la* INÉS *de maja.*

MATEO. Éntre usted sin embarazo,
señora, porque aquí semos
todos unos. Buenas noches.

INÉS. Á Dios, señores. ¡Qué fresco
está este baile! Oye usted,
casi, casi ya me siento
baldada sólo de entrar.

MATEO. No se asuste usted, que presto
sudará.

INÉS. Me alegraré.

MATEO. ¿Dónde están los instrumentos,
Pantorrillas? Dí que salgan,
que venimos con empeño
de bailar.

MONIFACIO. Á la pareja
se le está bailando el gesto
sin son.

ANTONIA. Pues vé á sacarla
(Apartándose de él enojada.)
¡El demonio del requiebro!

BLAS. Si usted riñe con su hombre,
(Á Antonia llegándose á ella.)
madama, allí hay otro asiento
y otro hombre desocupado.

MONIFACIO. ¿Oyes, qué la estás diciendo?

BLAS. Que no se meta con esa,
porque tiene muy mal genio. *(Vuelve á su silla.)*

PETRA. Oyes, ¿aquella señora, *(Á Norberto.)*
es hija de algún platero?

NORBERTO. No.

PETRA. Pues será que han bajado
la plata y oro de precio:
¡vaya que trae la mujer
como una píldora el cuerpo!

Sale PANTORRILLAS *con tres músicos.*

PANTOR. Aquí están los tocadores,
¿á qué lado los pondremos?
NORBERTO. Donde no estorben.
MÚSICO. Cuidado,
que no es cuadrilla de ciegos.
NORBERTO. Templad, que eso es excusado;
aquí ya nos conocemos.
GORITO. ¿Tío Pantorrillas? *(Desde dentro.)*
PANTOR. ¿Quién llama?
GORITO. Saque usted aunque sea un dedo
encendido, con mil diantres.
MONIFACIO. ¿Es Gorito el espartero?
MATEO. El mismo.
PETRA. Traerá la novia.
MATEO. Puede ser; ya lo veremos.

Sale GORITO *con* HILARIONA *de majos.*

GORITO. La salud y la concordia
presiden en el congreso
de la gente honrada. Amén.
HILARIONA. ¡Dios guarde todo lo bueno!
NORBERTO. ¡Me ha gustado la entradilla!
GORITO. Elige á tu gusto asiento,
que este es sarao redondo,
y nadie preside.
NORBERTO. ¡Bueno!
HILARIONA ¡Qué seria que está la gente! *(Sentándose.)*
GORITO. En unos es el respeto
que á mí me tienen; y en otros
es el deslumbramiento
que les causó de repente
la luz de ese firmamento.

NORBERTO. Monifacio, una palabra,
ven á este lado y haremos
corro. *(Se van aparte.)*

Sale MANUELA *muy guapa.*

MANUELA. ¿Se ha empezado el baile?
NORBERTO. Vecina, aún viene usted á tiempo.



BLAS. ¿Trae usted pareja?
MANUELA. No.
BLAS. Yo tampoco: aquí hay asiento.
MANUELA. Viva usted más de mil años.
BLAS. En vida de usted, mi dueño.
MANUELA. «¡Y es buen mozo! Voy á ver *(Aparte.)*
» si puedo echarle el anzuelo.»
NORBERTO. ¿No ves qué real moza trae
el diantre del chuchumeco
del esparterillo?
MONIFACIO. ¿Oyes, sabes
quién es?
NORBERTO. No por cierto.
MONIFACIO. Una muchacha que llaman
la Hilariona de Toledo,

con un caudal y una hacienda
de lo mejor.

NORBERTO. ¿Y tendremos
paciencia, estando aquí dos
hombres, como dos camellos,
de consentir que un ratón
se quiera llevar tal premio?

MONIFACIO. Dices bien.

NORBERTO. Démosle un chasco.

MONIFACIO. ¿Cómo?

NORBERTO. Lo discurriremos.

PETRA. ¿Qué conversación es esa? *(Á Norberto.)*

NORBERTO. No te importa á tí.

PETRA. ¡Me alegro!
¡Si tú no me la pagares,
pierda yo el nombre que tengo!

ANTONIA. ¿Chico? *(Á Monifacio.)*

MONIFACIO. Jamás me platiques
cuando yo hablo con Norberto.

GORITO. ¿Se empieza usted á divertir,
regalo mío?

HILARIONA. Agradezco
la ternura.

GORITO. Si es así,
sin duda compadraremos,
que los pollos bien cebados
y chicos, siempre son buenos.

HILARIONA. Para que esté divertida
yo, váyame usted diciendo
quiénes son estas señoras
al oído.

GORITO. No alcanzo; pero
me pondré en pié, estése usted
sentada, y oiga en secreto.

MONIFACIO. «¿Qué tal? ¿Es buena humorada?»
(Aparte á Norberto.)

NORBERTO. ¡Es un grande pensamiento!
Joróbale, mientras yo
voy con el soplo.

PETRA. Norberto,

¿qué inquietud es esa?

NORBERTO. Nada.

PETRA. ¿Pues á dónde vas?

NORBERTO. Ya vuelvo. *(Vase.)*

PETRA. Anda con Dios, que quizás
no me hallarás en volviendo.

ANTONIA. ¿Qué tienes que mirar tanto *(Á Monifacio.)*
á aquel lado?

MONIFACIO. Lo que quiero;
y no te alteres por nada,
que veas, que me chanceo.

PETRA. Pues eso de estarme yo *(Á Norberto.)*
aquí por demás, ¡torreznos! *(Se pasea.)*

HILARIONA. ¡Ya! ¿Con que aquellas señoras,
la una es mujer de un ciego,
la otra es hija de un sordo,
y la otra viuda de un tuerto?

GORITO. Pues: y aquella tan brillante
es mujer de un figonero
de Puerto-Rico.

HILARIONA. Muy bien.
¿Y quién son los caballeros?

PETRA. Parece que ya halló usted *(Á Blas.)*
compañía. ¡Yo me alegro!

BLAS. ¿Qué se le fué á usted la suya?
¿Pantorrillas? Otro asiento,
y yo pago por tres.

MANUELA. ¡Hola!
Usted vuélvase á su asiento,
y déjenos en paz.

PETRA. ¿Yo
con usté acaso me meto?
Al señor, que me convida,
con ese recado.

MANUELA. Presto; *(Á Blas.)*
ó la señora, ó yo.

BLAS. Entrambas,
y otra si viniere luégo:
cuanto mayor la tertulia,
mejor nos divertiremos.

GORITO. ¡Alabo la confianza!
MONIFACIO. ¡Si me estás compadeciendo,
como soy! Goro, los hombres
han de medir los empeños
con su estatura y sus fuerzas.
Míralo claro yo llego,
sentado, donde no alcanzas
en pié tú.
GORITO. ¿Y qué importa eso?
Es mi corazón capaz
de alcanzar el quinto cielo. *(Enfadado.)*
HILARIONA. ¡Ah guapo! Échele usted de esas.
MONIFACIO. Pocas voces, y no demos
qué decir: lo alto con bajo,
y lo grande y lo pequeño *(Con sorna.)*
no hacen buena comparanza;
conque en este presupuesto,
tú vas á ocupar mi silla,
y yo en la tuya me quedo.
ANTONIA. ¡No quedarás tal, por vida
de las barbas de mi abuelo!
Y no lo extraño de tí,
que al fin eres un ratero
endino; de quien lo extraño,
es de esa señora.
GORITO. Quedo
con la señora.
HILARIONA. Usted calle,
Gorito, porque me muero
yo por ver estos juguetes,
y pasitos de muñecos.
¡No pierdo yo tarde, cuando
hay títeres en Toledo!
ANTONIA. Ni yo en el día de Corpus
tampoco perdía el paseo
de los gigantones.
BLAS. Chito: *(Poniéndose en medio.)*
y en vista de autos sentencio,
que ambos se queden asperges.
Patrón, otros dos asientos,

y ya pago yo por cinco.
PANTOR. Eso es lo que no consiento
yo en mi casa; cada una
con su amigo; y no empecemos
con camorras, que esto pare
en hambre, palos y cepo.
ALFONSO. En empezando á bailar,
calmó todo.
PANTOR. Usted es discreto:
tocad, muchachos, y bailen
los camorristas primero,
para alegrar los humores.
ALFONSO. Esto está muy mal dispuesto,
que habiendo aquí una señora
peinada, es justo empecemos
con un minué á la francesa
los dos.
MATEO. No hay tal, y yo apelo
que habiendo otra sin peinar
en la sala, con un trueno
de arroba y cuarenta varas
de cinta, empezar debemos
con fandango á la española;
tóquenle ustedes.
GORITO. No quiero,
porque han de ser seguidillas,
ó ha de alborotarse el pueblo.
NORBERTO. ¿Qué bulla es esta? *(Á Monifacio al oído.)*
Ya viene
ahí esa gente.
MONIFACIO. Me huelgo.

Bailan y sale el TÍO ALEJO *con su familia de la espartería.*

ALEJO. ¡Pícaro, ruín! ¿De ese modo *(Á Gorito.)*
me pagas lo que había hecho
por tí?
GORITO. El maestro es: ¡por vida!
ALEJO. Primero le daré á un negro
mi hija.

MARIQUITA. ¡Ay, padre de mi alma!
¡Qué bribón! ya no le quiero.
VICENTE. «¿Y á mí?» *(Aparte.)*
MARIQUITA. «Sí; calla.» *(Aparte.)*
VICENTE. ¡Qué gusto!
ALEJO. Muchacho, anda, vé corriendo, *(Á Lorenzo.)*
y dí que vengan sus tíos,
á ver cuando le repruebo,
que es con sobrada razón.
HILARIONA. ¿Con que esto había encubierto?
GORITO. Yo... ¡si supiera el soplón *(Llorando.)*
que ha ido á usted con el cuento!....
¡un atajo de envidiosos!...
HILARIONA. ¿Y qué hombre llora por eso?
PANTOR. ¿Usted sabe lo que pierde? *(Á Hilariona.)*
Su hija y cuatro mil pesos
de caudal.
HILARIONA. ¡Bravo negocio!
Yo le pondré, si requiero,
cuarenta ó cincuenta mil
al fondo perdido, y luégo
le daré mi blanca mano,
si me gusta; ¡qué sabemos!
GORITO. Mejor es ahora: rabiad,
envidiosos, embusteros.
Esta es la mía.
ALEJO. Eso no;
que he de dar al barrio ejemplo
de quién soy. ¡Este aprendiz,
lo que tarda!
VICENTE. No está lejos.

Sale LORENZO *azorado.*

LORENZO. Señor, ahora vendrá el uno.
ALEJO. ¿Y el otro?
LORENZO. Estaba durmiendo.
ALEJO. ¿Por qué no le despertaste?
LORENZO. ¡Qué! Si estaba como un cuero
el señor Juan; y aunque dimos

porrazos en un caldero
con un martillo, no pudo
dispertar.

Alejo. ¿Y el espadero?

Lorenzo. Ese venía conmigo
á matarle, tan resuelto,
que traía espada y daga,
y un trabuco naranjero;
pero hallamos ahí un coche
con dos hachas, y advirtiendo
que venía sin calzones,
volvió á su casa por ellos.

Alejo. No importa, cuando ellos vengan
quizá le encontrarán muerto
á mis manos.

Hilariona. Poco á poco,
que soy mucho parapeto
yo para que nadie avance
una plaza que defiendo.
Echa delante, y despacio,
que ya no eres espartero,
sino dueño mío.

Gorito. Agur: *(Muy estirado.)*
y vean si los pequeños
son capaces de aspirar
á los más altos empleos.
Á Dios, piojosos. *(Vanse Gorito y su maja.)*

Todos. ¡Aguarda!

Pantor. Hija, baje usted corriendo, *(Á Manuela.)*
que su amo, el señor abate,
está como un león soberbio
gritando.

Manuela. ¡Pobre de mí!

Blas. Niña, no tenga usted miedo;
dígale que está conmigo,
y quedará satisfecho.

Sale el ABATE *á medio vestir, con capita, cerilla, bastón, etc.*

Abate. ¡Qué infamia! ¡Qué borrachera!
¡Y qué falta de respeto

en una casa de forma
es esta! ¡Pero qué veo!
¡Pícara! ¿También tú aquí?

MANUELA. Sí señor; porque requiero,
y porque me da la gana.

ABATE. Un duro doy, caballeros, *(Sacando un duro.)*
á cualquier pillo de ustedes
que haga venir un sargento
aquí con treinta soldados.

BLAS. Venga, que yo iré al momento.
(Tomando el dinero.)
«Me he divertido, me escurro, *(Aparte.)*
»y he chupado este dinero.»

PANTOR. Señores, por Dios.

Sale el FONDISTA.

FONDISTA. Señores,
si ustedes no vienen presto
á cenar, todo se pasa.

PANTOR. Señor Abate... Tío Alejo...

ABATE. La tropa vendrá.

ALEJO. ¡Justicia,
pícaros, y palo seco!

MANUELA. Yo me desmayo.

MATEO. ¡Mi capa!

TODOS. Vámonos de aquí.

Sale el ALCALDE *con dos alguaciles.*

ALCALDE. ¿Qué es esto?
¿Qué hay aquí?

ALEJO. Señor Alcalde,
muchas maulas.

ALCALDE. Ya lo veo.

ABATE. Que es preciso castigar
con rigor.

ALCALDE. ¡Está usted bueno
(Riéndose de ver al Abate.)
para aconsejar! ¿Qué heridos

hay aquí?

PANTOR. Nenguno.

ALCALDE. ¿Y muertos?

PANTOR. Tampoco.

ALCALDE. ¿Con que lo que hay
es vino, abusos y excesos
de Noche-Buena?

TODOS. Señor... *(Asustados.)*

ALCALDE. Si ustedes ven el sosiego
con que yo estoy, ¿para qué
quieren que nos enfademos?
Cada uno á su casa.

FONDISTA. Es que...

ALCALDE. Es que esta noche yo tengo
también buen humor: cada uno
á su casa, y que sea presto.

FONDISTA. ¿Y una cena que ya está
prevenida, de cien pesos?

ALCALDE. ¿Quién la mandó hacer á usted?

FONDISTA. Este hombre, que es el dueño
de la casa.

ALCALDE. Ese la pague.

PANTOR. Si era á escote.

ALCALDE. Fuera luégo.

PANTOR. Si era á escote.

ALCALDE. Diez soldados
siguen mi ronda á lo lejos:
¿Qué: quieren ustedes irse,
ó que se los lleven ellos?

ALEJO. ¿Á un hombre de bien?

ALCALDE. No escucho,
ni distingo de sujetos;
ni castigo sin gran causa,
esta noche no consiento.

INÉS. Chicas, á mi casa todas,
y allí nos divertiremos
después de cenar, cantando
tonadillas.

ABATE. ¡Yo te ofrezco, *(Á Manuela.)*
perra!

MANUELA. No me toque usted:
mi salario es lo que quiero
luégo que amanezca, é irme
por no servir, á un desierto. *(Vase.)*

VICENTE. ¿Me dará usted á su hija
por mujer, señor maestro?

ALEJO. Si ella te quiere, al instante.

VIC. *y* MAR. Sí, señor; sí que queremos.

PANTOR. ¡Señor, la cena!

ALCALDE. La cena
le servirá de escarmiento
á quien consiente en su casa
estas tertulias... callemos,
que es Noche-Buena. Á la calle
todos con mucho sosiego,
como que aquí no hubo bulla.

NORBERTO. Y la idea concluyendo...

TODOS. Halle gracia en vuestros ojos
siquiera por ser del tiempo.

LA PLAZA MAYOR.

PERSONAS

—

D. Antonio, *marido de*
Doña Luisa, *obsequiada de*
D. Florencio. } *Petimetres.*
D. Anselmo. } *Petimetres.*
D. Teodoro. } *Petimetres.*
D. Petardo, *estudiantón.*
Doña Ana, *beata, madre de*
Una niña.
D. Jaime, *mercader.*
Alfonsillo, *horterilla.*
Manolo. } *Majos.*
Pepa. } *Majos.*
Bautista, *confitero.*
Campano, *pavero.*
Rafael, *mozo de cordel.*
Teresa, *criada.*
Olaya. } *Verduleras.*
Lorenza. } *Verduleras.*
Joaquina. } *Fruteras.*
Simona. } *Fruteras.*
Un prendero.
Un ciego, *que habla.*
Otros ciegos.
Un alguacil.

La escena es en la Plaza Mayor de Madrid.

Calle ó selva.



Salen D. ANSELMO *y* D. TEODORO *de capas y sombreros, con peluquines, cada uno por su lado, y el primero se pasa de largo.*

TEODORO.

¿Digo, amigo, don Anselmo?
¿Pues cómo de esa manera
pasais sin decir palabra?

ANSELMO. Perdonad la inadvertencia
de no haberos conocido.

TEODORO. Sin duda llevais la idea
preocupada.

ANSELMO. No por cierto:
antes como no hay comedias,
pensando iba en qué pasar
la tarde.
TEODORO. ¡Gentil simpleza!
¿Hombre, pues hay tarde alguna
tan divertida como esta,
yendo á la Plaza Mayor?
ANSELMO. Así es: si por vos no fuera
me perdía ese buen rato.
TEODORO. El modo de que lo sea,
es que vamos los dos juntos
á observar lo que allí entra
y sale, y reirnos de todo.
ANSELMO. Como algún lance no venga
casual, en que sea preciso
que aflojemos las pesetas
y se rían de nosotros,
pues donde hay tontos que vendan,
algunos habrá que embistan.
TEODORO. ¿Hombre, quién se divirtiera
en el mundo si pensase
primero en las contingencias?
Vamos allá.
ANSELMO. Deteneos,
que viene allí la Teresa,
que sirve á vuestra vecina;
la diremos dos chufletas
al paso.
TEODORO. ¡Dejadme á mí,
vereis qué rato de fiesta!

Sale TERESA *de basquiña y mantilla muy deprisa.*

TERESA. ¿Saben ustedes qué hora es?
TEODORO. ¿Adónde vas tan de priesa,
Teresa?
TERESA. Hacia la plaza,
á dar corriendo dos vueltas,
y ver qué hay allí de bueno:

que pedí sólo licencia
á mi ama, por un instante
para llegarme á una tienda
á comprar una camisa,
y fuí á una diligencia
primero junto al hospicio;
después á ver una vieja,
que de cuantos he servido
me llevó á las conveniencias,
y vive en el Lavapiés:
desde allí fuí á la puerta
de Toledo á dar las pascuas
á una ama, porque me diera
algo, y había salido;
pero el amo, que me aprecia
me ha regalado tres libras
de chocolate, unas velas
de cera, dos pesos gordos
y una caja de jalea.

TEODORO. ¡Oh! ¡No se ha perdido el viaje!

ANSELMO. ¿La verdad, y en qué se piensa
emplear ese dinerillo?

TERESA. En unos guantes de seda
blancos, y si encuentro al paso
algún buen retal de seda
de color de oro, pues los
mauleros están tan cerca,
haré zapatos de moda.

ANSELMO. ¿Pues dí, muchacha, no fuera
mejor comprar tres camisas?

TERESA. En teniendo dos con buenas
mangas, para quita y pon,
está demás la tercera.
Tenga una mujer buen guante,
buen zapato, buena media,
mantilla limpia y basquiña
bien plegada y algo estrecha,
que en la calle sólo luce
lo que se ve por de fuera.

LOS DOS. Dice bien.

TERESA. Á Dios, señores,
que no quiero que me vea
ese estudiante.
(Lo dice por D. Petardo que asoma.)
TEODORO. Pues marcha,
y allá junto al peso espera,
que tenemos que decirte.
TERESA. Como ustedes presto vengan,
bien está. *(Vase.)*
LOS DOS. No tardaremos.
TEODORO. ¡La muchacha es linda pieza!
ANSELMO. ¡No es mala la que se sigue!

D. PETARDO *sale hablando entre sí.*

D. PETARDO. ¡Que haya quien se dé á las letras
y no se dé á los arbitrios,
sabiendo cuánto granjea
más que aquel, porque merece,
el otro porque se ingenia!
Para el infeliz no hay pascuas;
para el feliz no hay cuaresma:
sin memoriales al rico,
la gula ofrece hoy mil mesas:
y al memorial de los pobres
aun los desperdicios niega.
Mil ruines comen en plata,
mil nobles en Talavera;
los agentes visten de oro,
los ministros de bayeta.
En peinados y sombreros
todas las plumas se emplean,
y así andan tantos y tantas
que las merecen sin ellas.
Vámonos hacia la Plaza
á satisfacer en ella
el hambre de olfato y vista,
ya que el gusto lo carezca. *(Vase.)*

Sale PEPA *de maja con* MANOLO *de majo, atravesando.*

PEPA. Á la vuelta pasaremos
por en casa de la Petra,
porque vaya á acompañarnos.
MANOLO. Hablaremos á la vuelta.
PEPA. No te olvides de comprar
las pasas.
MANOLO. Aunque no tengas
buena memoria, no importa:
si alguna vez no te acuerdas
de andar el camino, yo
te lo acordaré, y de priesa.
PEPA. Oyes, me dijo la Alfonsa
llamásemos á su reja
cuando vamos á la misa
del Gallo.
MANOLO. Sea enhorabuena;
y yo no dudo que tú,
como mujer tan atenta,
dirías que sí.
PEPA. Claro está:
suponiendo tu licencia.
MANOLO. ¡Como esas suposiciones
tienes tú que me degüellan!
Pero es el día que es, y basta.
PEPA. Pero hijo....
MANOLO. Arrea;
vamos en paz á la plaza
á comprar cuatro miserias
para colación, que luégo
se ajustarán esas cuentas. *(Vase.)*
ANSELMO. ¿Usted no ve qué figuras
pasan?
TEODORO. En tarde como esta
cada paso es un asunto
para hacer una comedia.

Sale DON ANTONIO *de capa y gorro, seguido de* RAFAEL *con un esportillo.*

RAFAEL. Ya llevamos cuatro viajes.
ANTONIO. Y llevaremos cuarenta,
sino cargas de una vez
con toda la plaza á cuestas;
porque mi mujer parece
que piensa dar una mesa
de cien cubiertos según
las prevenciones ordena.
ANSELMO. Eso me parece bien,
señor don Antonio.
ANTONIO. Estas
son pensiones de casado,
amigos, y aunque molestas,
hay ciertas costumbres, que
se han de observar á la letra.
Mi mujer conoce todo
el nervio de la etiqueta,
y sabe que á la tertulia
que todo el año frecuenta
una casa, se le da
de cenar la Noche buena
y mañana de comer.
Yo en unas cosas como estas
no gusto de quedar mal;
y así por mi mano mesma
siempre hago las prevenciones:
mandad, que antes que anochezca
quizá tendré que volver
por algunas bagatelas. *(Vanse.)*
TEODORO. ¿Qué renta tiene este hombre?
ANSELMO. Poca; pero aunque tuviera
mucha, el que llena en la Plaza
esta tarde cuatro espuertas,
y á su tertulia le da
un baile en carnestolendas,
con lo que le sobra este año
no hará el que viene la fiesta.

Sale DOÑA ANA DE ZÁPALOS *de beata, con manto, con* UNA NIÑA.

ANA. ¿Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, cuando eras
el asombro de la corte
por tu pico y tu belleza,
llegara tiempo en qué tú,
con todas tus reverendas,
á pié, con poco dinero
y manto prestado, fueras
por escarola á la Plaza?
El consuelo que me queda
es que mientras que lo tuve,
en músicas y meriendas
se esparramó alegremente,
y no hay quien quitarme pueda
lo holgado.

NIÑA. Cómpreme usted,
madre, una libra de peras.

ANA. Eso me lo has de decir
solamente cuando veas
que estoy parada con gentes,
y si acaso no nos ruegan
llora y grita.

NIÑA. Es que tengo hambre,
y el hambre no tiene espera.

ANA. ¿Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, que las mesmas
amigas que rellenaron
los buches y faltriqueras
á tu costa, en tales días,
hoy con la puerta te dieran
en los ojos? ¡Qué mal hace,
quien, sin saber dónde, siembra!

NIÑA. Madre, ¿á quién he de pedir
el aguinaldo?

ANA. Al que veas
que se pára con nosotras. *(Vanse.)*

ANSELMO. Digo: ¿Conoce usted aquella?
TEODORO. Sí; pero tal está, que
es milagro conocerla.
ANSELMO. Hombre, vamos á la Plaza.
TEODORO. Dejad, á ver quién es esta
que viene.

Salen DOÑA LUISA *de petimetra de mantilla, y* D. FLORENCIO *de petimetre de capa.*

LUISA. Es una locura
que usted á la Plaza venga
conmigo: bastaba el paje.
FLORENCIO. Quedó limpiando las mesas,
señora: además que yo
sólo con dar media vuelta
á la Plaza me impondré
de todo cuanto hay en ella.
LUISA. Por Dios, que me dejeis bien.
FLORENCIO. El modo de que eso sea
es decir á don Antonio
no empiece con las fachendas
de marido, que me deje
á mí y á las cocineras.
LUISA. ¡Oh! Él no se meterá en nada,
como usted se lo prevenga.
FLORENCIO. Y luégo, ¡si no lo entiende!
¡Tres ó cuatro viajes lleva
hechos, y faltan mil cosas!
LUISA. Ya le he dicho que volviera
al instante con el mozo.
FLORENCIO. Ya vereis qué bien dispuestas
ensaladas! Cuatro veces
os he de cubrir la mesa. *(Vanse.)*
ANSELMO. Esta es la mujer de aquel
que antes pasó.
TEODORO. ¿Y la corteja
ese otro?
ANSELMO. ¿Pues quién lo duda?
Y apuesto á que hace la cena

él por su mano, la sirve,
y después los platos friega.

LOS DOS. Vamos tras ellos, que el rato
es lástima que se pierda. *(Vanse.)*

Se descubre la Plaza en la conformidad que se ha dicho.

CORO.

Al jardín opulento del gusto,
donde ofrece sus brutos la tierra,
donde el aire tributa sus aves,
do se sacian las mismas ideas,
en carnes, en frutas,
en dulces y yerbas,
lleguen, lleguen, lleguen,
vengan, vengan, vengan,
pródigos, tacaños, prudentes, golosos,
pues hay para todos comercio en la feria.

OLAYA. ¡Coliflores y apios!
JOAQUINA. ¡Cascajo y camuesas!
CAMPANO. ¿Quién un pavo compra?
BAUTISTA. ¡Turrón y jalea!
CIEGO. ¡Á los villancicos,
que ya pocos quedan!

Sale TERESA.

TERESA. ¿Tiene usté, aunque usted perdone, *(Al Prendero.)*
algún pedazo de tela
de color de oro encendido?
PRENDERO. ¡Aquí lo tiene usted, perla!
TERESA. ¿Y cuánto vale?
PRENDERO. Por ser
para usted, cuatro pesetas.
TERESA. ¡Qué caro! ¿Quiere usted dos?

Sale ALGUACIL.

ALGUACIL. ¡Dios guarde á ustedes, mis reinas!
LORENZA. Á la órden, señor menistro;

¿tiene usted en las faltriqueras
algún pañuelo de sobra?

ALGUACIL. Aunque sea media docena
traigo al servicio de usted.

LORENZA. Perdone usted la llaneza,
y tome estas dos lombardas.

ALGUACIL. ¿Y cuánto he de dar por ellas?

LORENZA. Ya están pagadas.

ALGUACIL. ¡Que viva!

LORENZA. ¡Cuidado con la Quiteria,
que es una buena muchacha,
y es lástima que se pierda,
por lo que otras no se pierden!

ALGUACIL. Si la parte no pidiera,
ya lo hubiéramos compuesto,
mas se hará lo que se pueda.
¿Coliflores hay muy pocas?

LORENZA. Nadie las tiene tan buenas
como la Olaya.

OLAYA. Por tales *(Con seriedad.)*
las he pagado en la huerta.

ALGUACIL. ¿Y á cómo valen?

OLAYA. Á duro.

ALGUACIL. ¡Muy duras están!

OLAYA. Cocerlas
bien y pagarlas mejor,
estarán al comer tiernas.

ALGUACIL. ¡Qué blancas!

OLAYA. Como la leche.

ALGUACIL. Y grandes. *(Tocándola.)*

OLAYA. Las manos quedas. *(Sacudiéndole.)*

ALGUACIL. Hoy está de mal humor.

OLAYA. No tal: es una advertencia,
porque manoseada puede
marchitarse hasta la berza.

(Vase el Alguacil á otro lado.)

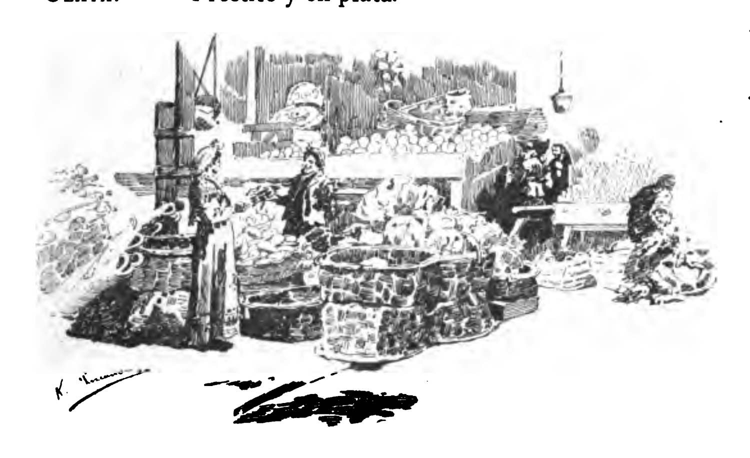
TERESA. ¿Quiere usted los nueve reales?
Sino á Dios, que en cualquier tienda
se hallan zapatos á pares.

PRENDERO. Lo último es las tres pesetas.

TERESA. No doy más.
PRENDERO. Venga usted aquí.
TERESA. Prestito, que estoy de priesa.
LORENZA. ¡Que no dieras al menistro
una coliflor siquiera!
¡Mujer, qué mal genio tienes!
OLAYA. Como hay Dios, ¡lástima fuera!
y llevársela á su casa.
¡Mira tú qué cuatro piezas
de á ocho le debo! Además,
que el que regala su hacienda
no ha menester mayordomo.

Sale ALFONSILLO *de hortera, con unas lechugas.*

ALFONSILLO. Olaya, que estoy de priesa.
OLAYA. Prestito y en plata.



ALFONSILLO. Dice
mi ama, ¿con qué conciencia
da usted tan pocas lechugas
por dos cuartos? Que son estas
malas, y quiere cogollos
apretados, ó me vuelva
usted el dinero.

OLAYA. Muchachas,
¿habeis oído la arenga
de este parroquiano? Dile
á tu ama, que con la mesma
que ella dos doblones de á ocho,
gano yo acá dos pesetas,
y que por poco dinero
no me dan á mí en su tienda
mucho y bueno.

ALFONSILLO. Vaya usted
y dígale lo que quiera,
y deme á mí mis dos cuartos.

OLAYA. Tómalos.

ALFONSILLO. Venga otra pieza
mejor.

OLAYA. ¿Cuánto va que te
agarro de la talega
y llegas volando á casa?

ALFONSILLO. ¡Como yo agarre una piedra!...

(Van pasando las figuras que salieron en la introducción, y deben proporcionar sus diálogos cuando estén delante.)

BAUTISTA. ¡Turrón bueno de Alicante!

SIMONA. ¡Mocitas, á mis camuesas!

JOAQUINA. ¡Al cascajo, que se acaba!

CAMPANO. ¡Al pavo de arroba y media!

RAFAEL. ¿Quién llama al mozo?

CIEGO. Á dos cuartos,
se venden las coplas nuevas.

PEPA. ¿Con que en efecto, Manolo,
te has encerrado en el tema
de que hemos de estar solitos,
á cenar?

MANOLO. Es conveniencia
del bolsillo y la salud.
Mira; se pone la mesa
con lo poco ó mucho que hay,
y arrimando dos silletas,
yo enfrente de tí, y tú enfrente
de mí: á este lado la vela,
la servilla á este otro lado;

en el suelo las botellas,
y va trayendo la moza
la vianda: se conversa
un rato; se bebe siempre
que los gaznates se secan,
ó se atraviesa el bocado;
si empalagan las menestras,
á la izquierda está la fruta,
y el cascajo á la derecha;
se hace boca al hipocrás,
y sin voces ni etiquetas,
cenamos como señores.
Si quieres de esta manera,
lo dicho dicho; y si no
por seis ú ocho callejuelas
tiene salida la Plaza,
múdate por una de ellas,
y larga vida, que yo
no gusto de bromas, Pepa. *(Vanse.)*

PETARDO. ¡Por las nubes está todo!
Hombre veo que se deja
cien reales, y él solo puede
cenarse lo que se lleva.
Mas don Anselmo, un amigo,
viene, veamos si pega,
y me convida... Señor..

ANSELMO. Estoy á vuestra obediencia,
amigo.

PETARDO. ¿Y dónde esta noche
celebrais la Noche buena?

ANSELMO. En casa.

PETARDO. Eso me parece.
Me han convidado en diversas
partes, mas de cumplimiento;
y yo sólo apeteciera,
cenar con un par de amigos.

ANSELMO. Pensais con mucha prudencia.

TEODORO. Despedíos de ese pelmazo,
que he visto allí la Teresa.

ANSELMO. Señor licenciado, á Dios,

que vamos algo de priesa.
PETARDO. Esta no pegó: apelemos
á otros lances, y paciencia.
ANA. ¿Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, que anduvieras,
día en que desperdiciaste
tonta, sin tener apenas
colación para esta noche?
Mas con aquella frutera
está mi vecino. ¿Á cómo
se venden las esperiegas?
ALGUACIL. ¿Señora doña Ana, usted
por aquí?
ANA. Para que viera
la niña esta profusión,
salí un poco, y no me deja
porque algo la compre.
NIÑA. Madre,
yo quiero cascajo.
ALGUACIL. Ea,
¿y á dónde lo has de llevar?
ANA. Lo que basta para ella,
si usted nos hace favor,
cabe aquí en la faltriquera.
ALGUACIL. Pues échele á su merced
lo que ajuste de mi cuenta,
y á los piés de usted, que voy
á hacer una diligencia. *(Se retira.)*
JOAQUINA. «¡Esta mujer, por bolsillos *(Aparte.)*
»debe traer dos maletas!»
LUISA. Mientras parece mi Antonio,
nada de vista se pierda
de lo que haya de llevar.
FLORENCIO. Allí tenemos muy bellas
coliflores.
PETARDO. Pensando iba *(Á Luisa.)*
en que el tiempo me franquea
la ocasión de visitaros;
pero como hay la etiqueta
de no ir sin ser del convite,

permitid que lo suspenda
hasta mañana.

LUISA. Ú esotro;
que vos de todas maneras
teneis conmigo cumplido:
quedad con Dios.

FLORENCIO. ¡Bravo pelma
se nos quería encajar!

PETARDO. Yo no sé cómo se ingenian
otros que visten y comen
en Madrid á costa agena.
¡Lo que hay que ver en la Plaza!

CIEGO. Ahora hay mucha gente, templa;
(Á los otros ciegos.)
muchachos á divertirse,
por poco dinero: atiendan.

(Cantan una copla de una jácara nueva que hayan sacado los ciegos al aguinaldo, y sea la más conocida: y sale D. JAIME, *el mercader, y pega de pescozones á* ALFONSILLO.

JAIME. ¿Oyes, hijo de la cabra,
me dejas solo en la tienda,
y te estás embelesando?

ALFONSILLO. ¿Y usté á mí por qué me pega?
¿Y quién es usted para eso?
¡Pues si yo se lo dijera
á mi primo, el de la calle
de las Postas!

JAIME. ¡Anda, buena
alhaja!

ALFONSILLO. Estése usted quieto,
ó le rompo la cabeza
de un cantazo.

JAIME. ¡Ya verás
en casa lo que te espera! *(Se entran á golpes.)*

TEODORO. ¿Teresa, dónde has andado?

TERESA. Por la Plaza: dando vueltas
en busca de ustedes.

ANSELMO. Vaya,

¿quieres ir á la comedia
mañana?

TERESA. ¿Pues por qué no?

TEODORO. ¿Pero te darán licencia?

TERESA. Sino me la tomaré,
con mucho modo: por fuerza
he de ir á misa mañana,
me estaré dos horas; pega
mi ama conmigo, y entonces
la digo dos desvergüenzas,
y me despide.

ANSELMO. Pero eso
es perder la conveniencia.

TERESA. ¡Mira qué tacha! Nosotras,
por ahora, Carnestolendas,
Semana Santa, y aquellos
quince días de la feria,
en no estando en una casa
donde nos dén mucha suelta,
nos la tomamos: agur.
Y mañana á la una y media
estoy allá. *(Vase.)*

TEODORO. Bien está.

ANSELMO. Esta noche al amo de esta
no le queda en el vasar
un títere con cabeza.

ALGUACIL. ¡Cuidado, que ese turrón,
con exceso no se venda!

ANSELMO. ¿Mi señora doña Ana, de dónde
se viene ahora?

ANA. De una iglesia,
de rezar por mi difunto.

NIÑA. ¿No me da usted una peseta
de aguinaldo?

TEODORO. Sí, hija mía.

ANA. ¡Muchacha! ¡Qué desvergüenza!
Perdone usted, caballero.
Dácala aquí no la pierdas.

ANSELMO. ¿Gusta usted de algo?

ANA. Á comprar

iba un manojo de acelgas.
ANSELMO. Lleve usted para ensalada,
señora, y no se detenga.
RAFAEL. ¿Quiere un mozo?
ANA. No, hijo mío,
que para una friolera,
con el bolsillo me basta. *(Échanla verdura.)*
LORENZA. ¿Son bolsillos ó maletas?

Sale D. ANTONIO, *y dice al mozo.*

ANTONIO. Sígueme, á ver dónde está
mi mujer, que no quisiera
desazonarla por poco.
PETARDO. Á madama he visto buena:
y como sé que esta noche
teneis grande francachela,
la he dicho que no me espere.
ANTONIO. Y lo pensais con prudencia.
PETARDO. «¡Malo!» *(Aparte.)*
ANTONIO. Y yo hiciera lo propio,
si irme de casa pudiera:
agur.
PETARDO. Con la colorada.
Esto es ser pobre, ¡paciencia!
OLAYA. No pase usía de largo
si quiere una cosa buena,
señorita.
LUISA. ¡Y decía el otro
que eran todas muy pequeñas
las coliflores que había!
FLORENCIO. Usted, señora, me crea;
los maridos siempre compran
lo más barato que encuentran.
OLAYA. Vaya, ¿cuántas quiere usía?
LUISA. No soy ninguna marquesa,
hija.
OLAYA. No hay nada perdido,
señora, y haga usted cuenta
de que como dijo el otro,

más vale pecar de atenta
la gente: digo, señor,
¿escojo media docena?

FLORENCIO. Vaya, mientras viene el mozo.

ANA. «En tiempo que era soltero *(Aparte.)*
» este don Antonio, era
» mi tertuliano: he de ver
» si de aquel tiempo se acuerda.»
Á Dios, señor don Antonio.

ANTONIO. ¡Madama! ¿Venís vos mesma
á hacer vuestra prevención?

ANA. De hacer una diligencia *(Llorosa.)*
que á vos solo la fiara,
y eso con harta vergüenza:
¿sabe usted quién será empeño...

CAMPANO. Señores, arroba y media
tiene, y le doy bien barato
por irme antes que anochezca.

ANA. ¿Cuánto quereis?

CAMPANO. Veinte reales.

ANA. ¡Ay, hijo! Es mucha moneda
para un pobre.

ANTONIO. Por eso
no se quedara, si hubiera
quien os le llevara.

ANA. Aquí
cabe en esta faltriquera.

NIÑA. ¡Qué lindo pájaro, madre!
¡Mil gracias! *(Vanse.)*

ANTONIO. ¡Linda postema!

PETARDO. ¡La tarde se va pasando,
y no encuentro uno siquiera
que me convide á cenar!
¿Y en una noche como esta
no he de llenar el jergón?...
Eso niego, que para estas
ocasiones es la maña,
ya que no vale la ciencia;
que *intelectus apretatur,*
dijo un sabio allá en Consuegra.

FLORENCIO. ¿Y cuánto valen las seis?
OLAYA. Mire usted, para la mesa
(Enseñando las coliflores.)
de un duque me las acaban
de pagar á tres pesetas;
dé usté á diez reales, que tengo
ya gana de salir de ellas.
FLORENCIO. ¡Jesús, mujer!
OLAYA. ¡Jesús, hombre,
y qué sangre tan ligera!
¡Quien de tan poco se espanta
no es bueno para la guerra!
LUISA. Á tres reales.
FLORENCIO. Y aún es mucho.
LORENZA. ¿Querrán los señores berzas?
Vengan usías, que aquí
las hay malas á peseta.
LUISA. No sean desvergonzadas
las cochinas, y agradezcan
á que soy quien soy.
OLAYA. Que suelten
ese reloj, y que enciendan
las luminarias, que pasa
por la plaza su excelencia.
LORENZA. ¡Que si quieres! ¡Coliflores!
¡Y puede ser que esté hecha
á cenar sopas de gato!
ANTONIO. ¿Qué es esto? ¿Es quizás pendencia?
LUISA. ¡Si tú supieras comprar
mejor, no me sucediera
esto á mí!
ANTONIO. ¿Pues qué te falta?
FLORENCIO. Yo por ver si se sosiega,
la llevo á casa: usté ajuste
y llévese una docena
de coliflores, diez frascos
de rosoli, diez botellas
de Frontiñán, cuatro libras
de anises y seis de almendras
de garapiña, un barril

de anchoas, cuatro cubetas
de alcaparrón y aceitunas,
y quedará de mi cuenta
que madama se sosiegue
y esté con gusto á la mesa.

LUISA. ¡Cuenta con lo que te han dicho,
que lo has de ver si lo yerras!

ANTONIO. ¡El demonio del cortejo,
como no paga, receta!
El favor que me ha de hacer
usted, señor don fachenda,
es dar más y mandar menos,
ó por cualesquiera de estas
calles puede usted marchar,
que en mi casa no gobierna
nadie sino yo.

LUISA. ¡Pero hombre!...

ANTONIO. ¡Pero mujer! No hay respuesta:
tú conmigo, y usté alón.

ANSELMO. ¿Don Antonio, qué os altera?

ANTONIO. Cosas de un casado que
por su mujer se gobierna. *(Vase.)*

FLORENCIO. Beso vuestros piés, señora:
don Antonio, mandad.
«Esta *(Aparte.)*
»noche estoy descortejado,
«sin cenar y sin pesetas.» *(Vase.)*

Salen JAIME *y* ALFONSILLO.

ALFONSILLO. ¡Ay, que me matan!

JAIME. ¡Bribón!
Yo haré que te echen á Ceuta
por ladrón.

TODOS. ¿Qué es esto?

ALFONSILLO. ¡Ay!

JAIME. Que á un volver de cabeza
me ha pillado este bribón
del cajón ocho pesetas.

ALFONSILLO. Señor, son para turrones.

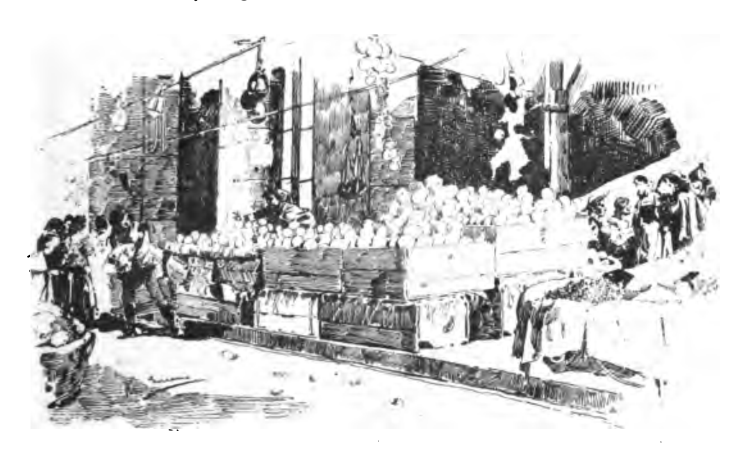
JAIME. Para curarte la brecha
que te he de hacer en los cascos.

TODOS. Déjele.

(Saliendo de sus puestos y deteniendo á Jaime que le pega.)

ALFONSILLO. ¡Ay madre!

TODOS. ¡Pendencia!
¡La guardia!



PETARDO. Ahora es ocasión,
mientras allí anda la gresca.

(Mientras la bulla, va Petardo quitando lo que pueda.)

BAUTISTA. ¡Ay, que me roban! ¡Ladrones!

ALGUACIL. Ténganse: ¿qué bulla es esta?

BAUTISTA. Siga usté á aquel estudiante.

UNOS. Que me ha robado mi hacienda.

JOAQUINA. Á mí me lleva el traidor
mis manzanas y mis peras.

ALGUACIL. ¡Voy tras él, y si lo agarro,
por la calle de Carretas
ha de salir, vive Dios! *(Vase.)*

OLAYA. Por defender al hortera
ha sido esto.

TODOS. Pues á él;
que lo paguen sus orejas.

(Agarran á Alfonsillo.)

ALFONSILLO. ¡Ay que me matan!
JAIME. Dejadle,
que él soltará las pesetas
ó le ha de llevar el diablo.
Y pues no puede esta idea
aspirar á concluirse,
discreto auditorio, resta...
TODOS. Que por sainete del tiempo
algún indulto merezca.

LAS ESCOFIETERAS.

PERSONAS

—

ESCOFIETERA.
ANTONIA. } *Oficialas suyas.*
JUANA. } *Oficialas suyas.*
PATRICIA. } *Oficialas suyas.*
UN ABATE.
EL AMO *de la tienda.*
UN PAJE.
UN PELUQUERO.
UN CAPITÁN *de caballería.*
UN CRIADO *de la Escofietera.*
UN PAYO.
UNA PETIMETRA.
UN MAJO, *su amigo.*
D. ANTONIO, *mercader de sedas.*

La escena es en Madrid. — Tienda de escofietería.



Á un lado estará la ESCOFIETERA *bordando á un bastidor, al otro un armario y una mesa delante como mostrador, y en medio de otra mesa estarán montando escofietas en cabezas* ANTONIA, JUANA *y* PATRICIA *cantando; y el* ABATE *plegando cinta; el* AMO *se paseará en bata buena, con peluquin muy empolvado, gran talega y cintas al cuello.*

ABATE. Vea usted, señora, si está
esta cinta bien rizada.

ESCOFIETERA. No está sino desigual:
usted cuanto más trabaja
adelanta menos.

AMO. Muchos
tienen la misma desgracia,
hija; y sino acuerdaté
de lo que yo trabajaba
y lo poco que comía,
hasta que hallamos la ganga
de poner este taller.

ESCOFIETERA. Estos asuntos se callan,
que ahora no vienen al caso;
más valiera que pensaras
en empaquetar las medias
que han venido de Granada,

y las cintas de Toledo,
á modo de las de Francia.

AMO. Ya está ese negocio hecho;
lo que les hace más falta
es que el Abate les ponga
la factura extraordinaria
por libras, que por adarmes
siempre se les hacen caras.

ESCOFIETERA. Antes tiene otro negocio
que hacer de más importancia,
que es ir á ver los amigos
del café, y correr las casas
de las damas de buen gusto,
diciendo que aquí se halla
de todo con conveniencia,
para adquirir parroquianas.

ABATE. Pues voy: ¿á cómo da usted
ese raso para batas
que han traído de Valencia?

AMO. El cuesta á nueve de plata
escasos, porque es muy feble;
mas diciendo que es de Italia
ó de París, bien envuelto
en papeles, y en su caja,
podrá venderse á dos duros
ó dos y medio la vara;
conforme sea el parroquiano.

ESCOFIETERA. No queda mucha ganancia
á ese precio.

AMO. Hija, las cosas
deben ir muy arregladas
en el comercio, y la fe
pública es de toda su alma.
Un ciento y cincuenta y seis
por ciento, creo que basta.

ESCOFIETERA. Ello es verdad que al principio
para que corra la fama
es preciso perder algo.

ABATE. Voy á ver á dos madamas,
y á decirlas que ahora mismo

por Manzanares acaban
de llegar cuatro navíos
de escofietas y de batas.

ESCOFIETERA. Id; pero no tardeis mucho.

AMO. Es verdad, porque haceis falta
para incitar y aplaudir.

ESCOFIETERA. Pero es una extravagancia
el decir que en Manzanares
los géneros desembarcan.

AMO. Hombre, no lo diga usted,
que lo tomarán á chanza.

ABATE. ¿Chanza? ¿Les parece á ustedes
que las mujeres reparan
en geografías? Si oyen
una moda extraordinaria,
y conciben que han de estar
más bonitas ó más guapas,
que venga por donde venga,
y salga por donde salga.

AMO. Usted lo entiende.

ABATE. Ahora hemos
de inventar una humorada
de arte mayor.

ESCOFIETERA. ¿Y cuál es?

ABATE. Se han de inventar unas batas
que se hagan con menos tela,
y que se vendan más caras,
con el bello nombre: *á la*
Constantinopolitana.

ESCOFIETERA. ¿Pues qué hechura han de tener?

ABATE. Con tres colas, y sin mangas.

TODOS. ¡Viva la idea!

ABATE. Ya vuelvo,
vereis qué presto se trazan. *(Vase.)*

AMO. ¡Ni el demonio que inventara
lo que un abate!

Sale el PAJE.

PAJE. Deogracias.

AMO. Diga usted qué se le ofrece.

PAJE. Vengo de parte de mi ama,
que si está ya la escofieta
que vino para lavarla
y ponerle nuevas cintas.
ESCOFIETERA. ¿Qué cofia dice, muchachas?
PAJE. No es cofia sino escofieta,
que mi señora no es maja
para gastar charrerías.
AMO. Usted no lo entiende, vaya;
lo mismo es uno que otro.
PAJE. Dádmela si está acabada.
ESCOFIETERA. ¿Sabeis cuál es?
ANTONIA. ¿Será esta?
ESCOFIETERA. No, que esa es de la criada
del confitero de enfrente.
PAJE. ¡Si se la pone cuando haga
caramelos, y después
en la cabeza se rasca,
se la almorzaron las moscas
la mitad, una mañana!
AMO. ¿Si será aquella tiñosa
de la usía remilgada,
que vino ayer tarde, y dijo
que estaba desesperada
porque su paje era un bruto
que los recados trocaba?
PAJE. ¿Eso dijo? Pues esa es;
y yo soy el paje, para
lo que á ustedes les cumpliere.
ESCOFIETERA. ¡Pues no tiene usted la traza
de tan bruto!
PAJE. Si lo soy
de los mayores de España.
¿Pues si no lo fuera, había
de servir en una casa
que como mal y no almuerzo,
que el salario no me pagan,
ni me visten y pretenden
que ande vestido de gala;
donde á recados me rompen

los piés, y nunca me calzan;
y donde... donde?... ¿se puede
hablar aquí en confianza?

ESCOFIETERA. Sí.

PAJE. Pues no quiero decirlo,
puesto que mi amo lo calla.

ANTONIA. Esta es.

ESCOFIETERA. Estaba de suerte,
que no creí que quedara
tan bonita: tome usted.

ANTONIA. ¿Trae usted en qué llevarla?

PAJE. No señora.

ANTONIA. ¿Ni pañuelo?

PAJE. Sí señora, pero es tanta
(Enseñando un pañuelo muy sucio.)
la estilación que me cae...

ANTONIA. ¡Jesús, qué asco! Daca, daca
ahí un pliego de papel.

PELUQUERO. Á los piés de usted, madama. *(Sale.)*

ESCOFIETERA. Entre usted.

PELUQUERO. Á usted acaso
parecerá un poco extraña
esta visita.

ESCOFIETERA. ¿Por qué,
cuando está abierta la casa
para el comercio?

PELUQUERO. Sobre eso
me ha de oir usted dos palabras
en nombre de todo el gremio.

ESCOFIETERA. Usted parece en la facha
peluquero.

PELUQUERO. Sí señora.

PAJE. Oigamos esta embajada.

ANTONIA. Llévela usted con cuidado. *(Al Paje.)*

AMO. Diga usted qué es lo que manda.

PELUQUERO. Deje usted que estemos solos.

PAJE. Yo, si es cosa reservada,
no quiero estorbar: agur.

AMO. Digo, digo; ¿y qué no paga
la compostura?

PAJE. ¿Cuánto es?
ESCOFIETERA. Creo que quedó ajustada
en cuatro pesetas.
PAJE. Pues
á mí no me han dado nada
más del orden que la lleve
pronto, porque la hace falta.
AMO. Que vuelva por el dinero.
ESCOFIETERA. Que la lleve, y que lo traiga
después, que no he de perder
por eso una parroquiana.
PAJE. «¡Que me vuelva yo escofieta *(Aparte.)*
»si tú vuelves á ver blanca!» *(Vase.)*
ESCOFIETERA. Ya puede usté hablar.
PELUQUERO. Soy breve.
¿Ustedes creo que acaban
de entrar en la comisión
del ornato de las damas?
AMO. Sí señor.
PELUQUERO. Y acaso ignoran
las competencias tiranas
con que las escofieteras
y peluqueros estaban
opuestos: ellas querían,
para lograr sus ganancias,
persuadir á las señoras,
que una cofia que costaba
dos duros por una vez,
el dinero les ahorraba,
y el martirio para muchas,
añadiendo la ventaja,
como las antiguas cofias
todo el cabello ocultaban,
de que en dos ó tres minutos
se hallasen aderezadas
para cualquier concurrencia
que se ofreciese impensada.
¡Ah ingenio perjudicial
de la mujer! ¡Cuando trazas
perseguir al hombre, qué

no intentas, qué no avasallas!
Los peluqueros decían,
y con razón muy sobrada:
estas mujeres nos pierden;
y si á tiempo no se trata
de remediar este daño,
nuestra ruina está cercana.
Empezaron lengua á lengua
por tiendas, calles y plazas
los dos bandos á embestirse;
cada uno buscó sus damas
auxiliares: las usías
de todo pelo, aduladas
de todos nosotros en
los ratos de confianza
del tocador, levantaron
el grito por nuestra causa;
las de medio pelo, y todas
las viejas y las peladas,
hicieron por las gorreras
sus fuerzas extraordinarias;
y finalmente, indecisos
los dos gremios en campaña
hubieran llegado á ser
escándalo de la patria,
si una señorita, hija
de Madrid, asesorada
de un abate valenciano,
no hubiera con la más alta,
ingeniosa novedad
metido su cucharada
en el caso con asombro
de aire, tierra, fuego y agua.
El medio fué producir
un nuevo estilo en que ambas
clases pusiesen la mano;
de manera que se usaran
escofietas y peinados
á un mismo tiempo con gracia;
y aunque hubo sobre el modelo

muchas disputas, y varias
sobre el tamaño, porque unas
las querían como tazas,
las otras como dedales,
cuál á modo de pantalla,
cuál á modo de melón
envuelto en hojas de parra;
por fin quedó decidido
que cada uno la usara
chica, porque el peluquero
no perdiera su ganancia;
y para que las cofieras
tampoco perdiesen nada
en el menos material,
que todo lo que sobrara
lo empleasen en alas dobles,
¡cómo si necesitaran
para girar siempre largo
las mujeres de más alas!
Esto supuesto, y que ustedes
no parece que son ranas,
pues han hallado el arbitrio
con sólo estarse sentadas
clavando cuatro alfileres,
de asegurar las ganancias,
como en un coche parado
atisbando á cuantos pasan
á la tertulia perpétua
por tarde, noche y mañana:
salud el gremio os envía,
y confía en vuestra urbana
atención que confirmeis
los pactos de la alianza,
para que el hermoso sexo
haga ostensión de sus gracias,
y los hombres que se precian
de tontos, nos satisfagan
á buen precio vuestros lazos
y redes con que los cazan,
y los alfileres nuestros

que tantas veces los clavan.
ESCOFIETERA. ¿Piden con justicia?
AMO. Piden:
y os doy la mano y palabra
que saldrán de mi taller
las cofietas tan sisadas,
que si no las llevan en
equilibrio se les caigan.
PELUQUERO. Eso es ser hombre de bien.
¡Qué ingenios hay en España
tan grandes! ¡Y que el gobierno
no los aplique á las armas!

Sale el CAPITÁN.

CAPITÁN. Dios guarde á ustedes, señores.
PELUQUERO. Á los piés de usted, madama: *(Despidiéndose.)*
adios: quedamos en eso.
ESC. *y* AMO. Id asegurado.
PELUQUERO. Basta. *(Vase.)*
ESCOFIETERA. Siéntese usía, señor.
AMO. Aquí hay asiento: ¿qué manda
vueseñoría?
CAPITÁN. Poquitos
usías; porque me enfadan
adulaciones: lo que
pretendo es que me hagan
ustedes merced de darme
dos chismes que aquí me encargan
de la mejor calidad,
sin andar en pataratas
de ajustes, según conciencia:
de una vez tanto, y en plata,
ó en oro de cordoncillo
para ahorrar peso y palabras.
AMO. ¿Pues qué le encargan á usía?
CAPITÁN. ¡Dale! Un buen corte de bata
de raso liso extranjero.
ESCOFIETERA. Le hay de París y de Italia.
CAPITÁN. Más que sea del infierno,

en gustándole á la dama
que le pide.

ESCOFIETERA. ¿Y el color?

CAPITÁN. Azul.

AMO. Señal de que es blanca.

CAPITÁN. Ó negra.

ESCOFIETERA. Este es primoroso.

(Presentándole una pieza.)

CAPITÁN. ¿Y á cómo vale la vara?

AMO. Todo el corte ochenta pesos.

CAPITÁN. ¿Y cuánto hay?

AMO. Veintidos varas

CAPITÁN. Que sale á cincuenta y cuatro
reales y medio.

AMO. ¡Caramba,
qué contador es usted!

CAPITÁN. ¿Y de ahí cuánto se baja?

AMO. Por ser para usted se harán
dos doblones de rebaja.

CAPITÁN. Por ser para mí; ¿y si fuera
para otro, cuánto bajara?

ESCOFIETERA. ¡Ay señor, si usté supiera
hasta ponerlo uno en casa
lo que me cuesta!..

CAPITÁN. ¡Ay señora,
si también usté pensara
lo que le cuesta á un soldado
que ni juega ni hace trampas,
juntar diez y ocho doblones
del triste sueldo que gana?

AMO. ¿Qué más quereis?

CAPITÁN. Un demonio
de esos que ahora se gastan,
á modo de manteletas,
que no sé cómo se llaman,
y es lo mismo que los dengues
antiguos que antes usaban,
menos las puntas.

AMO. ¿Es esto?

(Sacando un cabriolé.)

CAPITÁN. Esto será por la facha.
¿Cuánto vale?
ESCOFIETERA. Treinta pesos.
CAPITÁN. ¿Lo último?
AMO. Aquí no hay baja;
diez y ocho y tres veintiuno.
CAPITÁN. ¿Supongo que está ajustada
la cuenta como si usted
estuviera ya en la cama
para espirar, aguardando
que el diablo se le llevara?
AMO. Lo propio.
CAPITÁN. Pues, hijo mío,
cada uno su alma en su palma.
Aquí está en buena moneda, *(Le da dinero.)*
y haga usted que me lo traiga
un criado.
ESCOFIETERA. ¿Hola, muchacho?

Sale el CRIADO.

CRIADO. ¿Señora?
ESCOFIETERA. Toma la capa,
y vete con el señor.
CAPITÁN. No es muy larga la jornada.

Sale el ABATE *atropellando al* CAPITÁN.

ABATE. ¡Jesús, y lo que he corrido!
CAPITAN. Pues pare usted, camarada,
que no tengo otras narices
que ponerme si me aplasta
estas que traigo, que ya
ve usted que no son muy malas.
ABATE. Señor oficial...
CAPITÁN. Agur,
hasta otro día, madama. *(Vase.)*
ABATE. ¿Parece que éste ha pegado?
ESCOFIETERA. ¡No lleva mala botana!
AMO. ¡Y qué preciado de crudo

es! Y el pobre es un panarra,
que si le pido cuarenta
doblones también los larga.

ABATE. Gente sin filis, que no
entienden más que de espadas.

ESCOFIETERA. Sin embargo, bravo susto
os pegó.

ABATE. ¿Quién? ¿él? Dé gracias
á que estoy de buen humor.

Sale el PAJE.

PAJE. Señora, dice mi ama
que usté es una chapucera,
y que está muy mal lavada
la escofieta; que la cinta
la pidió verde, y es blanca:
se ha puesto como un demonio,
y ha estado para picarla
en el tajo.

ESCOFIETERA. ¿Y qué, te ha dicho
que ese recado me traigas?

PAJE. Sí señora, y la escofieta
que viene aquí maltratada
no me dejará mentir.

ESCOFIETERA. ¡Se dará mayor infamia!

JUANA. ¿Qué entenderá de primores
la cochina de su ama?

ESCOFIETERA. Á ella la picaría
yo mejor, si la pillara
en mis uñas.

PAJE. ¡Ojalá!

ESCOFIETERA. Dame la basquiña, Juana,
que quiero ir á responderla.

AMO. Pues yo no quiero que vayas.

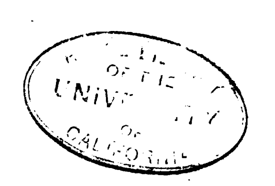
JUANA. ¿Quiere usted que vaya yo,
y que le diga dos gracias?

AMO. ¿Y quién es?

ESCOFIETERA. ¿Quién ha de ser?
alguna doña fulana,



El Abate.



que sabe Dios las camisas
que tendrá.

PAJE. Dos remendadas.

ESCOFIETERA. Y querrá todos los días
estrenar cofias y batas
á la moda.

PAJE. Usted parece
que la conoce: ¡así hallara
amigos que se las dieran,
ó amigas que las prestaran!

JUANA. Vamos allá: ¿está muy lejos?

PAJE. No señora. «¡Qué muchacha, *(Aparte.)*
»y qué ocasión! Pero el caso
»es que me coge sin blanca;
»pero ella no aceptará:
»poco pierdo en convidarla.» *(Vanse.)*

Sale PAYO *con una escusabaraja.*

PAYO. Alabado sea el señor...
Con efecto, aquí se gastan.

AMO. ¿Qué traes?

PAYO. Vengo á que ustedes
me digan en confianza,
qué cosa es esta que traigo
en esta escusabaraja.

ESCOFIETERA. Á ver: es una escofieta.

PAYO. ¡Gracias á Dios! ¡Reventara
el que la puso tal nombre,
que nos hizo volver calvas
en mi lugar las cabezas
de los padres de la patria!

AMO. ¿Pues de qué nació la duda?

PAYO. Se la regaló á una hidalga
una prima que aquí tiene,
sin decirla por las cartas
otra cosa que, ahí va eso;
y aunque ella es bastante sabia,
y conoció que era cosa
de ponerse, no acertaba

adónde: juntó las mozas,
y no acertaron palabra;
consultó al sacristán, menos:
se juntó el concejo, nada;
y hasta el dómine se estuvo
estudiando una semana,
mas ni en latín ni en romance
se encontró nombre que darla;



porque toditos decían
siempre que se la probaban:
para espuerta de cien reales
en calderilla es delgada:
para escarpín es muy corta:
para montera no encaja;
y así, á costa del común,
resolvieron que yo traiga
el mueble, y vuelva con él
y la respuesta en volandas.

AMO. ¿Quiere usted que se lo ponga
por escrito?

ESCOFIETERA. ¡Vaya, vaya,
que es caso particular!

PAYO. No señor, que yo á Dios gracias
tengo muy buena memoria:
¿no ha dicho usted escofaina?

AMO. Escofieta.

PAYO. Sí, escofieta:
y ya veo que se planta
como gorro en la cabeza.

AMO. Si quieres, puedes llevarla
puesta, para que en tu pueblo
vean el modo de usarla.

PAYO. No señor, que yo no tengo
la cabeza de madama.
Escofieta: quiera Dios
que me acuerde de nombralla. *(Vase.)*

Salen UNA PETIMETRA *y* UN MAJO, *tuno, de capa.*

MAJO. Entra: *(Á la Petimetra.)*
guarde Dios á ustedes.

ABATE. Á los piés de usted, madama:
tomad asiento.

MAJO. ¿Es usted *(Al Abate.)*
el amo de la posada?

ABATE. No señor.

MAJO. Pues si no, chito.

ESCOFIETERA. Digan ustedes qué mandan,
ó qué es lo que piden?

MAJO. Yo
no pido ni mando nada.

ESCOFIETERA. ¿Pues á qué viène?

MAJO. Á pagar
lo que pida esta muchacha.

ABATE. ¡Bello aire!

MAJO. Mejor le tengo
yo, que cuando se desata,
no queda títere en pié

de la primer bocanada.

PETIMETRA. ¿Vienes de mal humor?

MAJO. No
por cierto: vamos, despacha
y pide.

PETIMETRA. ¿Qué he de pedir?

MAJO. Lo que quieras.

PETIMETRA. Por mí nada.

MAJO. Mejor: ya hemos despachado
aquí; vámonos á casa.

PETIMETRA. Quédense ustedes con Dios.

ESCOFIETERA. ¿Pues á qué ha sido esta entrada?

PETIMETRA. ¿Nos hemos de ir?

MAJO. ¿Qué sé yo?
pues, reniego de tu casta.
¿Qué me dijistes anoche
que querías?

PETIMETRA. Una bata
buena, y un par de escofietas,
que es lo que me hace falta
por ahora.

MAJO. Toma doce,
para que estés equipada
todo el año; y no gastemos
más saliva.

PETIMETRA. Si te enfadas,
nada tomaré.

MAJO. ¡Canario
y qué paciencia que gastas!

AMO. Venga usté á escoger.

PETIMETRA. ¿No vienes?

MAJO. Yo no soy ciego, á Dios gracias:
desde aquí lo veo todo.

ABATE. ¿Ese que á usted acompaña,
es pariente?

PETIMETRA. Sí señor.

ABATE. Parece garboso.

PETIMETRA. ¡Vaya!
La menor limosna que
da siempre es una medalla.

MAJO. ¿Señor abate, usted quiere
dejar en paz esa dama,
y cortejar á las suyas?

ABATE. De modo que las palabras
generales que proceden
sólo de buena crianza
no imprimen algún carácter.

MAJO. Usted mire que si salta
la cuerda, le puede dar
un zurriagazo en la cara.

PETIMETRA. Estas tres piezas tan lindas
escojo.

MAJO. Pues á pagarlas:
ajusta, y venga la cuenta.

PETIMETRA. Esta escofieta me agrada.

ABATE. Como hecha en París: ved este
buen gusto y esta elegancia.

MAJO. ¿Se sabe ya cuánto debo?

AMO. Esto, haciendo cuanta gracia
es posible, importa ochenta
doblones y tres de plata.

MAJO. El pico me ha jorobado. *(Saca un doblón.)*

AMO. ¡Fuego, y qué lagarto!

MAJO. Vaya
usted contando.

Salen el PAJE *y* JUANA.

JUANA, ¡Ay señora,
que vengo tan sofocada!...

ESCOFIETERA. ¿Pues qué ha habido?

JUANA. ¡Qué mujer
tan ridícula!

PAJE. ¡Qué brava
función he tenido!

ESCOFIETERA. ¿En fin
quedó la cofia?

JUANA. Y pagada.
¿Pues digo, he nacido yo
muda, ni tampoco manca,

para sacar el dinero
de las gavetas del alma?

ANTONIA. ¿Pues qué ha habido?

PAJE. Para eso
yo, que no perdí palabra.

ESCOFIETERA. Breve.

PAJE. No fué largo el paso,
pero bonito: en sustancia,
entró esta niña con sorna;
apenas la vió mi ama,
cuando se impuso; empezó
á decirla unas cosazas,
que si hubiera sido esta
cosa que á mí me tocara,
me pierdo; pero como ella
no querrá tocarme nada,
tampoco quise perderme,
y dejé que se pelaran.
Entró en esto un caballero
que suele ir á mi casa,
tan bueno como el buen pan,
pues muchos días lo paga,
y al ver la cofia empezó
á decir: ¡qué bien montada!
¡qué linda! Parece nueva:
con lo que quedó mi ama
satisfecha, y no tan sólo
dió en lo que estaba ajustada,
sino una peseta más
á la niña por llevarla;
y á usted la envía las cuatro
pesetas, y muchas gracias.

MAJO. Vamos de aquí.

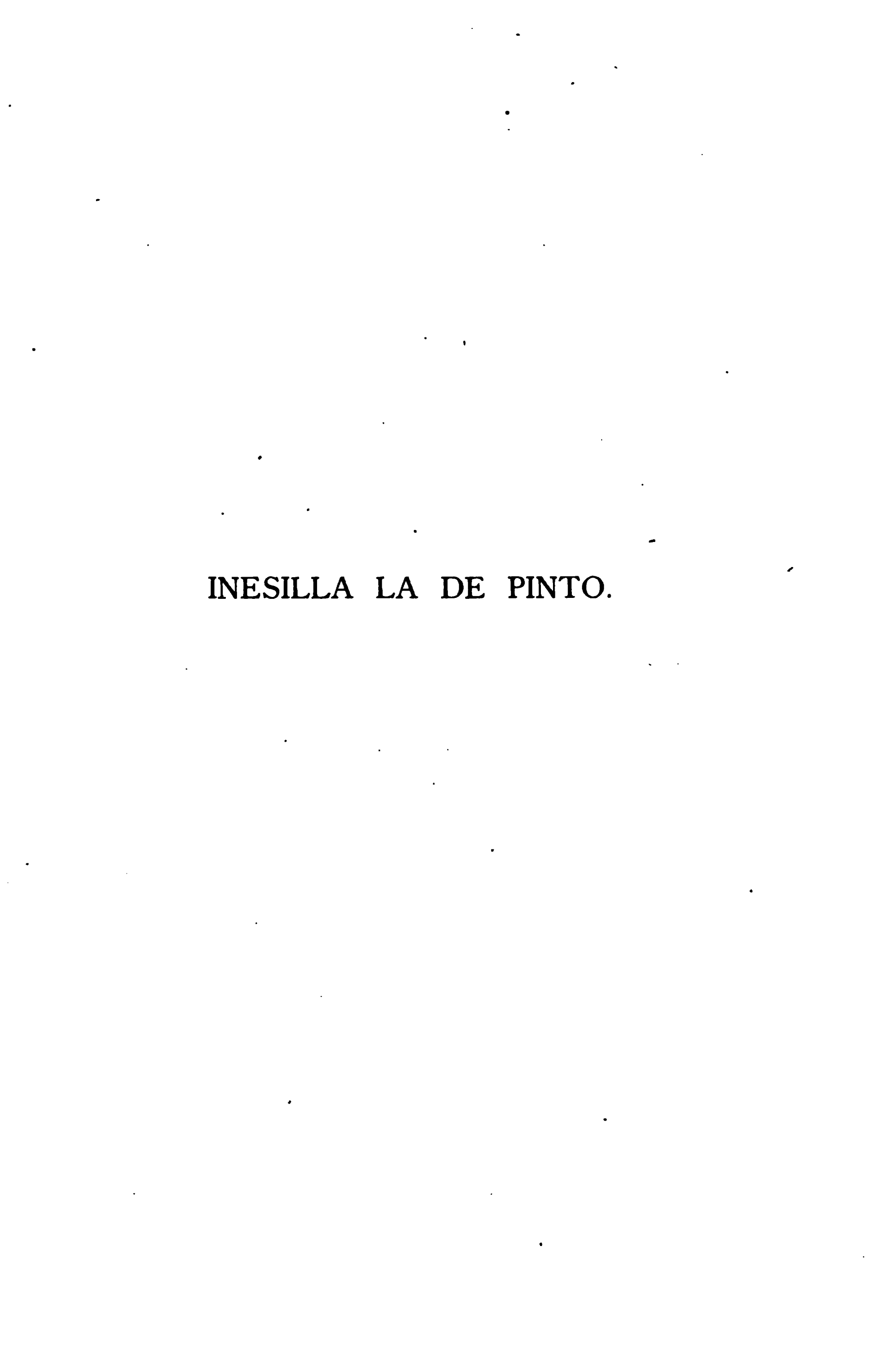
Sale UN MERCADER *con* EL CAPITÁN, *vestido también de mercader.*

CAPITÁN. Poco á poco;
todos detengan la planta.

AMO. Adios, señor don Antonio. *(Al Mercader.)*
«Cuidado, chita callanda.» *(Aparte.)*
MERCADER. ¿Pues qué, pretende que yo
sea encubridor de faltas?
CAPITÁN. ¿Qué lleva usted, señorita?
MAJO. Lleva cuatro zarandajas
que ha comprado.
CAPITÁN. Que las deje;
pues he sabido por rara
casualidad, que estas telas
y géneros son de España,
y de la calle Mayor.
MERCADER. Como que han sido compradas
en mi tienda antes de ayer;
y aun por eso recataba
su casa el amigo.
CAPITÁN. Vamos
soltando á todos la plata.
AMO. Usted mire lo que dice....
CAPITÁN. ¿Aún me replica el canalla?
Apare. *(Le da.)*
ABATE. Yo voy á ver
si hay quien me preste una espada. *(Vase.)*
AMO. Señor, yo escarmentaré:
pero diga usted á las damas
ridículas de Madrid,
y petimetras, que no hagan
asco de todas las cosas
nuestras; pues su extravagancia
les hace á veces mentir
á muchos por despacharlas.
MERCADER. ¿No hay un alcalde?
ESCOFIETERA. Por Dios
que aquesto de aquí no salga.
PETIMETRA. ¡Jesús qué lance, Perico! *(Al Majo.)*
Que saquen un vaso de agua.
PAJE. No, señores, que dirán
que la han traído de Irlanda,
y os pedirán un doblón
por ella, y dos por sacarla.

CAPITÁN. ¿Se enmendarán?
AMO Y ESC. Al instante.
CAPITÁN. Pues con aquesto se acaba;
y si la idea parece
demasiado ponderada,
por lo que tiene de cierto
no dirán que ha sido falsa.





INESILLA LA DE PINTO.

PERSONAS

—

EL ALCALDE. } *Padres de*
LA ALCALDESA. }
HERMENEGILDO, *casado con*
INÉS, *criada de sus padres y madre de*
CUATRO MUCHACHOS *muy grandes.*

UN EMBAJADOR.
EL MAESTRO DE ESCUELA.
UN REGIDOR.
UN ALGUACIL.
UN TAMBORILERO.
OTROS PAYOS.

Casa pobre.



Sale el ALCALDE *con el* ALGUACIL.

ALCALDE. Si estará por dicha en casa
mi mujer, ó la alcaldesa?

Sale la ALCALDESA.

ALCALDESA. ¿Qué quereis, señor alcalde?
ALCALDE. Que al instante te prevengas,
te atavíes y compongas,
y que salga toda nuestra
familia con los panderos,
guitarras y castañuelas,
á conducir la fortuna
que va á entrar por estas puertas:
¿qué haceis vosotros? cuidad
de las demás providencias.

ALGUACIL. Ya vamos. *(Vase.)*

ALCALDESA. ¿Y no sabremos
la causa de tanta fiesta?

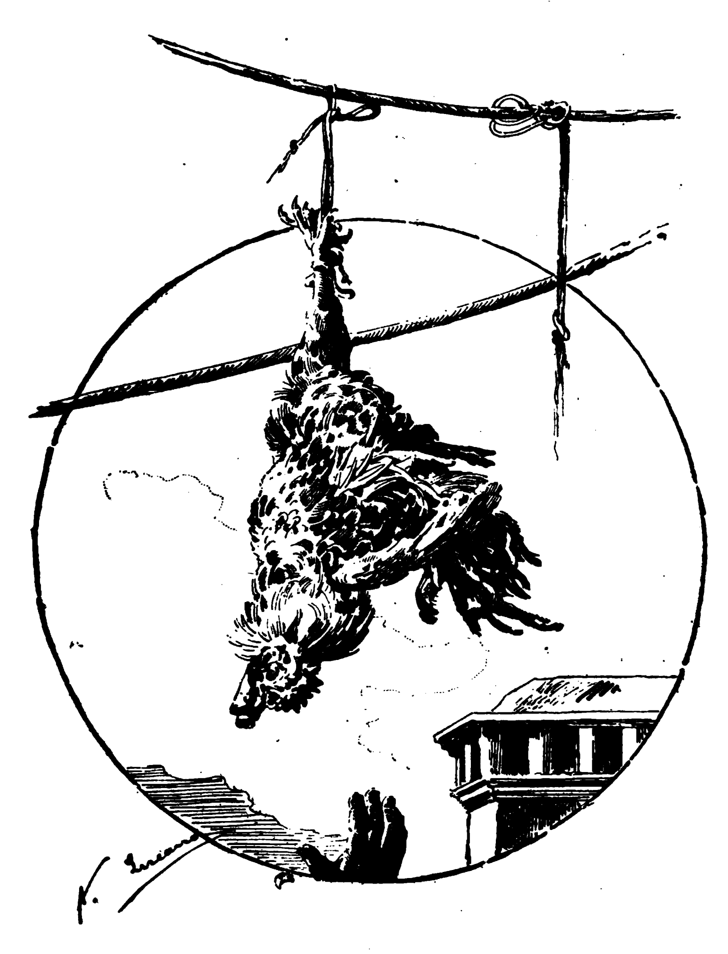
ALCALDE. Sí, hija, porque según
me aseguran malas lenguas,
va á entrar un embajador
del alcalde de Vallecas,
en Pinto : yo sé que há días
que la alianza desea
conmigo, y si se unen
entre sí estas dos potencias,
entrambos Carabancheles
temblarán de nuestras fuerzas.

ALCALDESA. ¿Y tan extraño alboroto
merece esa friolera?
Escuchemos la embajada,
y si valiere la pena,
después entran las funciones,
galanuras y floretas.

ALCALDE. Si fuese lo que barrunto,
sereis después la primera
que éntre en el baile de gozo:
mas oigamos, que ya llega.

Sale el TAMBORILERO *tocando el tambor, y el* EMBAJADOR *detrás, con acompañamiento.*

EMBAJADOR. La muy ilustre, muy noble
leal villa de Vallecas,
vecina á Pinto, que el punto
céntrico de España ostenta,
saludes por mí os envía,
y muchas enhorabuenas
de que vuestro hijo famoso,
Hermenegildo Poleas,
con tal valor, tal constancia,
con tal fe, con tal destreza,
al gallo que habeis corrido
de tía Sancha la Barbera,
aquesta pascua de un golpe



le cortase la cabeza,
hijo vuestro al fin, pues quien
hace á la gallina ciega
jugando tanto, ¿qué hará
cuando se quite la venda?
porque la fama en los hombres
tanto corre, como vuela.

Llegó allá, y enamorado
mi alcalde de sus proezas,
y ansioso de que se enlace
su familia con la vuestra,
os ofrece para esposa
del vencedor á Quiteria
Pérez de Zamarramala,
su hija, única heredera
de todos sus bienes, menos
de la vara que gobierna,
porque montan más que valen
las dotes que se varean.
Item más: volver me manda
con tan precisa respuesta
y tan breve que hoy la pide:
mañana queden dispuestas
las condiciones, esotro
vayan temprano á la iglesia,
y después de esotro, quede
concluída la materia.
Dixi.

ALCALDE. Y dijiste muy bien:
volved, pues, enhorabuena,
embajador, á la villa,
y asegurad con franqueza
á el alcalde, que la novia
y los partidos se aceptan:
id en paz.

EMBAJADOR. Quedad en paz.

(Vase con el acompañamiento que entró.)

ALCALDE. Y el aplauso y voces vuelvan.

ALCALDESA. Á fe que le despachaste
con muy pocas etiquetas
á este pobre embajador,
sin ofrecerle siquiera
un trago y unas rosquillas,
y aún algo más, porque vuelva
agasajado; pero esto
no importa tanto, la fiesta
ha de ser con el muchacho,

que aunque parece en lo bestia
y en lo soberbio á su padre,
oirá con indiferencia
la boda, y al fin daremos
con todo el tratado en tierra.

ALCALDE. ¿Qué dices? ¿Será él capaz
de resistirse? Es bajeza:
cúidame tú de que hoy queden
todas las cosas dispuestas,
que al bribón de Hermenegildo
yo le unciré á la carreta. *(Vase.)*

ALCALDESA. Deja la escoba, Inesilla,
arrimada, y dí, ¿qué piensas
tú de todo este aparato?

INÉS. ¿Yo, señora?

ALCALDESA. Tú; ¡qué bella
alhaja eres! La verdad,
yo sé que te hace sus fiestas
Hermenegildo; ¿es acaso
que murmura, ó te requiebra?

INÉS. ¡Ay de mí! Yo soy, señora,
una inocente cordera,
que ni sabe qué es amor,
ni quiera Dios que lo sepa.

ALCALDESA. ¡Aunque haces la gazmoñita,
la boba que te creyera!

INÉS. ¿Quién, yo? ¡Ay, ni sé qué decís!

ALCALDESA. ¿Estás suspirando? ¡Ah, perra!

INÉS. Señora, esto es que respiro.

ALCALDESA. ¿Eso es respirar? ¡Pues cuenta
que he de averiguarlo todo,
y si por fas ó por nefas
sé que tú, ú otra criada
anda ó anduvo en chufletas
con el niño, y le levanta
de cascos para que tenga
repugnancia á un matrimonio
que tanto nos interesa,
con los dientes, con las uñas
haré tal potaje de ella,

que todos al verle juzguen
que es potaje de lentejas. *(Vase.)*

INÉS. ¡Pobre de mí! ¡El aguacero
que me va á caer á cuestas...
Y ojalá que este granizo
sobre mí sola cayera.

Sale HERMENEGILDO.

HERMENEGIL. ¿Qué causa habrá de que ande
toda la casa revuelta?

INÉS. ¡Ay, querido señorito...
ven, ven, que el diablo se suelta!

HERMENEGIL. ¿Qué tienes, Inés querida?
¿Qué te aflige? ¿Qué te altera?

INÉS. Ya está perdida tu Inés,
pues que te cases es fuerza
con la hija del vallecano
senador.

HERMENEGIL. ¿Quién lo aconseja?

INÉS. Tu padre, que ofreció al suyo
tu blanca mano, y ordena,
que á desposarse contigo
mañana en Pinto amanezca.

HERMENEGIL. ¿Y nuestro amor?

INÉS. ¡Triste amor,
que para que infeliz sea,
basta lo poco que hubo,
y lo mucho que nos cuesta!
Bien lo sabes tú, bien sabes
la constante resistencia
que yo hice, y lo que te hice
rabiar antes que te diera
el sí, suspirando un día,
que arrimado en pié á la mesa
de la cocina me viste
mondando unas berengenas.
Llegaste secretamente;
haciendo desde la puerta
chis, chis, me hiciste curiosa

que la cabeza volviera.
¡Oh, amor! ¡Cuántas has perdido
sólo á un volver de cabeza!
Entraste, yo te rogué
que me dejases; me muestras
tu corazón, me aseguras
ser mi esposo, doy la vuelta,
y te dejo; tú me sigues
de rodillas, y así puestas
las manos, y viendo al fin
que contra mi fortaleza,
mis virtudes y mi honor
son inútiles tus quejas,
tus extremos, tus doblones,
tu hermosura, tus ofertas,
tomando el cuchillo grande
de la cocina, —¡aquí tiembla
la barba, tiembla la vista,
y se entorpece la lengua!—
tomando al fin el cuchillo
con esa mano derecha,
y desabrochando chupa
y justillo con la izquierda,
te ibas á dar... Yo que soy
tan naturalmente tierna,
que consiento que me piquen
las pulgas por no ofenderlas,
te arrebaté de las manos
el cuchillo, antes que abrieras
la herida, quedando entrambos,
tú herido, y yo medio muerta.
Casámonos, pues, y nadie
ha sabido esta tragedia
ni las resultas de tantos
hijos como nos padrean:
¡mas ay! que todo nos sale
mal, y todo lo sospecha
tu madre, ¡ay, mi bien, yo muero!..

HERMENEGIL. ¡Ay, Inés! No, no te mueras,
que yo te sabré vengar

aunque un escuadrón de suegras
armado, aunque todo Pinto
se me opongan y Vallecas:
confía en mi amor, y cree
no puede haber contingencia
que yo por tí no apechugue,
y que yo por tí no venza.

INÉS. No, hijo mío, no te alteres,
ni contra tu padre vuelvas,
ó tu patria, el invencible
brazo; ya, señor, te acuerdas
que así me lo prometiste,
y que has de cumplirlo es fuerza.

HERMENEG. ¡Ay, hija de mis entrañas!
Mi dulce adorada prenda,
no llores, porque esos ojos
hechos para que amanezca
el sol, no es bien que se anublen
con tempestades de perlas;
no llores, y huye al instante,
huye de toda esta tierra,
con nuestros tiernos hijitos,
producción de tu belleza.

INÉS. Huir, es descubrir todo
el pastel; en tal tragedia
mejor es que yo me quede,
que no me hables, ni me veas,
y entretener á tu padre
con alguna estratagema.

HERMENEG. En todo he de obedecerte.

INÉS. ¡Ay, señor, tu padre llega!

HERMENEG. Pues déjame hablar con él;
dame los brazos en prenda
de nuestro amor.

INÉS. ¡Ay, que temo
que será la vez postrera!

HERMENEG. No importa.

INÉS. Toma, bien mío, *(Se abrazan.)*

HERMENEG. ¡Oh, qué fatales estrellas!
Pensará mi padre á gritos

aturdirme la cabeza;
pero á buen ratón, buen gato,
y lo que viniere venga.

Sale el ALCALDE.

ALCALDE. Toda la casa en tu busca
he andado.

HERMENEG. Pues ya me encuentra
usted.

ALCALDE. En fin, hijo mío,
imitando mis proezas,
de mi juventud los bríos,
y el blasón de mi ascendencia,
dejaste aturdido al mundo,
y á la España patitiesa.

HERMENEG. Nenguno á correr un gallo
me gana, como yo quiera.

ALCALDE. Así se dice, mas basta
de gallo, y en las materias
de las gallinas hablemos;
pues para que en todo puedas
parecerte á mí, te tengo
casado ya con Quiteria...
¿Mas, qué es esto? ¿Tú lo extrañas,
y sacudes la cabeza?
¿Dirás que no?

HERMENEG. ¿Para qué?
Basta con que usted lo entienda.

ALCALDE. ¡Qué miro! ¡Cascucho! ¿Tú
te opones á mis ideas?
En un hijo de un alcalde,
¿podrá ser que prevalezca
su amor contra su interés?
¿Pero esto, cómo pudiera
ser? Yo le dí la palabra.

HERMENEG. Pues cásese usted con ella.

ALCALDE. ¿Qué es esto? ¿Sabes, borrico,
lo que monta una propuesta
hecha entre alcaldes de bien,

y que al punto que Vallecas
llegue á saber el desaire,
declara á Pinto la guerra?

HERMENEG. ¿Y qué importa? Sólo yo
bastaré, si tal intenta,
á desafiar á todo
el lugar; y si da treguas
de que salga á la campaña
con seis ó siete docenas
de payos pintos, armados
de garrotes y de piedras,
no ha de quedar ni aun memoria
de los muros de Vallecas.

ALCALDE. Ese furor alocado
más me irrita que me templa;
y aunque conozco que hablas
como gran soldado, es fuerza
resolver yo como alcalde.

HERMENEG. Pues más que usted lo resuelva,
yo no puedo obedecerle.

ALCALDE. En una palabra, ea,
yo quiero.

HERMENEG. En otra palabra;
yo no quiero aunque usted quiera.

ALCALDE. ¿Por qué no quieres casarte?

HERMENEG. Porque no quiero, ¡hay tal tema!

Salen la ALCALDESA *é* INÉS.

ALCALDESA. Marido mío, ya está
la empanada descubierta;
no te atolondres, ni extrañes
del niño la inobediencia
al casamiento propuesto:
esta picarona, esta
es la causa.

INÉS. ¿Yo, señora,
que soy la propia inocencia?

ALCALDE. ¿Mi criada?

ALCALDESA. Tu criada.

INÉS. ¿Señora, con qué conciencia
me levanta tal calumnia?

HERMENEG. Vamos claros, Inés bella,
yo te quiero, yo te quiero
á pesar de cien Quiterias.

ALCALDE. ¿Muchacha, será posible
que hagas la marmota muerta
delante de mí, y detrás
ande la marimorena?

INÉS. ¿Yo, señor?

ALCALDE. ¡Yo te aseguro
que te acuerdes de la fiesta!

HERMENEG. Inés no tiene la culpa:
descargad toda la pena
sobre mí.

ALCALDE. Calla, vinagre,
y pues cumplir aquí es fuerza
como padre y como alcalde,
á tí te nombro alcaldesa
de la malhechora, vé,
y en la cocina la encierra
con tres llaves, entretanto
que tocando la cencerra
de concejo, se resuelve
con toda forma y manera.
¿Hola, alguaciles?

Sale el ALGUACIL.

ALGUACIL. ¿Señor?

ALCALDE. Á concejo, y que la audiencia
es en mi casa, y al punto.

ALGUACIL. Sea muy enhorabuena. *(Vase.)*

INÉS. ¡Ay de mí, infeliz!

HERMENEG. Inés,
mientras yo viva, no temas;
ahora, en muriéndome yo,
si te acogotan, paciencia.

INÉS. ¡Ah! no será, que aunque alcalde,
mi amo es tu padre, apela.

ALCALDE. No hay apelación, de dos
la una: si te moderas,
si renuncias los derechos
que contra este niño puedas
tener, y quieres casarte,
siendo el dote de mi cuenta,
con Chamorro el alguacil,
que es hábil, y hombre de buena
pasta, te perdonaré;
pero si haces resistencia,
te hago emparedar en el
cañón de la chimenea:
llévatela, y que allá piense,
siendo breve, la respuesta.

ALCALDESA. Ven.

INÉS. Á Dios, Hermenegildo. *(Vase.)*

HERMENEG. Á Dios, mi dueño, y espera,
que en tu favor armaré
toda Castilla la nueva.

ALCALDE. ¡Hola! Tenedlo encerrado
(Dirigiéndose al alguacil.)
á mi hijo en la bodega
también: mas, ¡ay, hijo mío, *(Lo lleva.)*
yo contra tí! ¡Oh, vara recta!
Entre padre y entre alcalde,
¿qué obligación es primera?

Sale el ALGUACIL.

ALGUACIL. Ya están aquí todos los
grandes de Pinto, y esperan
para entrar á este consejo
de estado, que hagais la seña.

ALCALDE. Pues acercad esos bancos,
arrimad acá la mesa,
mientras tocando el cencerro
se vienen á la querencia.
(Tocan, y salen los payos y se sientan.)
Padres conscriptos, yo estoy
en la mayor afligencia
que se habrá visto un alcalde;

pero abreviando la arenga,
deudos, paisanos y amigos,
aquí os convoca mi pena,
para que me aconsejeis
qué castigo se le deba
hoy imponer á mi hijo,
ó si es justo se le absuelva
y case con mi criada:
vos, maestro de la escuela,
hablad en primer lugar,
como en fin hombre de letras.

MAESTRO. Con todo el conocimiento
que tener debo en materias
de muchachos, digo que á éste
se le casquen dos docenas
de azotes, y si no basta,
que se le destierre á...

UNO. Esa
es piedad mucha.

OTRO. Es rigor.

OTRO. Que le corten la cabeza.

OTRO. Que no la corten.

ALCALDE. ¿Quedamos
en alguna cosa cierta?
¿Qué decís, regidor?

REGIDOR. Yo
no tengo voto en la audiencia,
y le debo defender,
debiéndole la fineza
de que una vez que en la plaza
me halló tendido á la puerta
del ayuntamiento, borracho,
me llevó á mi casa á cuestas.

ALCALDE. En cuanto á buen corazón,
le da quince y falta á Eneas:
¿qué decís los demás?

OTROS. Nada.

ALCALDE. Pues se acabó la asamblea,
y no esperaba yo menos
de personas tan discretas.

Sale el ALGUACIL.

ALGUACIL. Señor, Inés al conclave
pide para entrar licencia.
UNO. Debe entrar.
OTRO. No debe entrar.
ALCALDE. Se le concede licencia.

Sale INÉS *con cuatro* NIÑOS, *que serán los más altos de la compañía.*

INÉS. Ven, familia desolada,
venid, oh, huérfanas prendas,
del amor más desgraciado,
y echados á las excelsas
plantas del invicto abuelo,
pedid que perdone á vuestra
madre inocente, y que os dé
cuatro cuartos para peras.
LOS CUATRO. Abelo, abelito mío.
ALCALDE. ¿De dónde ha salido esta
tropa de zánganos? ¿Hay
alguna encantada cueva
en esta casa, ó qué nube
les ha arrojado á mi puerta?
INÉS. No mireis mi rostro, ved
el vuestro, si por las señas
quereis conocer su origen:
ellos ignoran quién sea
su padre, como otros muchos,
mas lejos de que os ofenda
esta niñería, debe
consolar la vejez vuestra.
ALCALDE. Y el traerme los chiquillos,
¿te parece á tí que es prueba
para mí de estar casada?
¡No era mala impertinencia!
INÉS. Vaya, no hagais que me ponga
colorada: ¿y basta esta

licencia del señor cura?

ALCALDE. Y sobra mucho: ¡paciencia!
¡Qué lindos son los chiquillos,
y qué robustos! Cualquiera
dirá que son de su padre;
y éste lleva lindas medras. *(Señalando á uno.)*
¿Cómo te llamas?

NIÑO 1.° Pipito.

ALCALDE. ¡Yo me muero de terneza!
Hola, llamadme á mi hijo,
decidle que al punto venga,
que yo por su habilidad
perdono su resistencia.

INÉS. ¡Ay, señor! que al repentino
gozo de ver que merezca
vuestro perdón, no hallo mas
arbitrio que caerme muerta. *(Cae.)*

Sale la ALCALDESA

ALCALDESA. Marido, si no se pone
remedio á esta desvergüenza,
tu hijo va á destruir
todo el lugar.

ALCALDE. No lo temas;
que antes juzgo que por él
su población será eterna.

Sale HERMENEGILDO.

HERMENEG. ¿Con que mabeis perdonado?

ALCALDE. Sí, hijo mío; pero apenas
supo mi perdón Inés,
desmayada cayó ó muerta.

ALCALDESA. Si es cólica.

ALCALDE. Si fué flato.

HERMENEG. No es sino mi miseria,
mi desgracia é infortunio
desolación y tragedia.
¡Ay, Inés del alma mía!

¡Cómo vivo si estás muerta!
Pero aquí traigo navaja,
aguárdate, y zas.

REGIDOR. Espera,
que aquí traigo yo resoli,
y quizá puede que vuelva
al olorcillo.

HERMENEG. Si muere,
desde Pinto hasta Vallecas
millones de luminarias
han de alumbrar sus exequias.

INÉS. ¿Quién me restituye aliento?

ALCALDE. Toma toda la botella,
que á trueque de que tú vivas,
no importa que te la bebas.

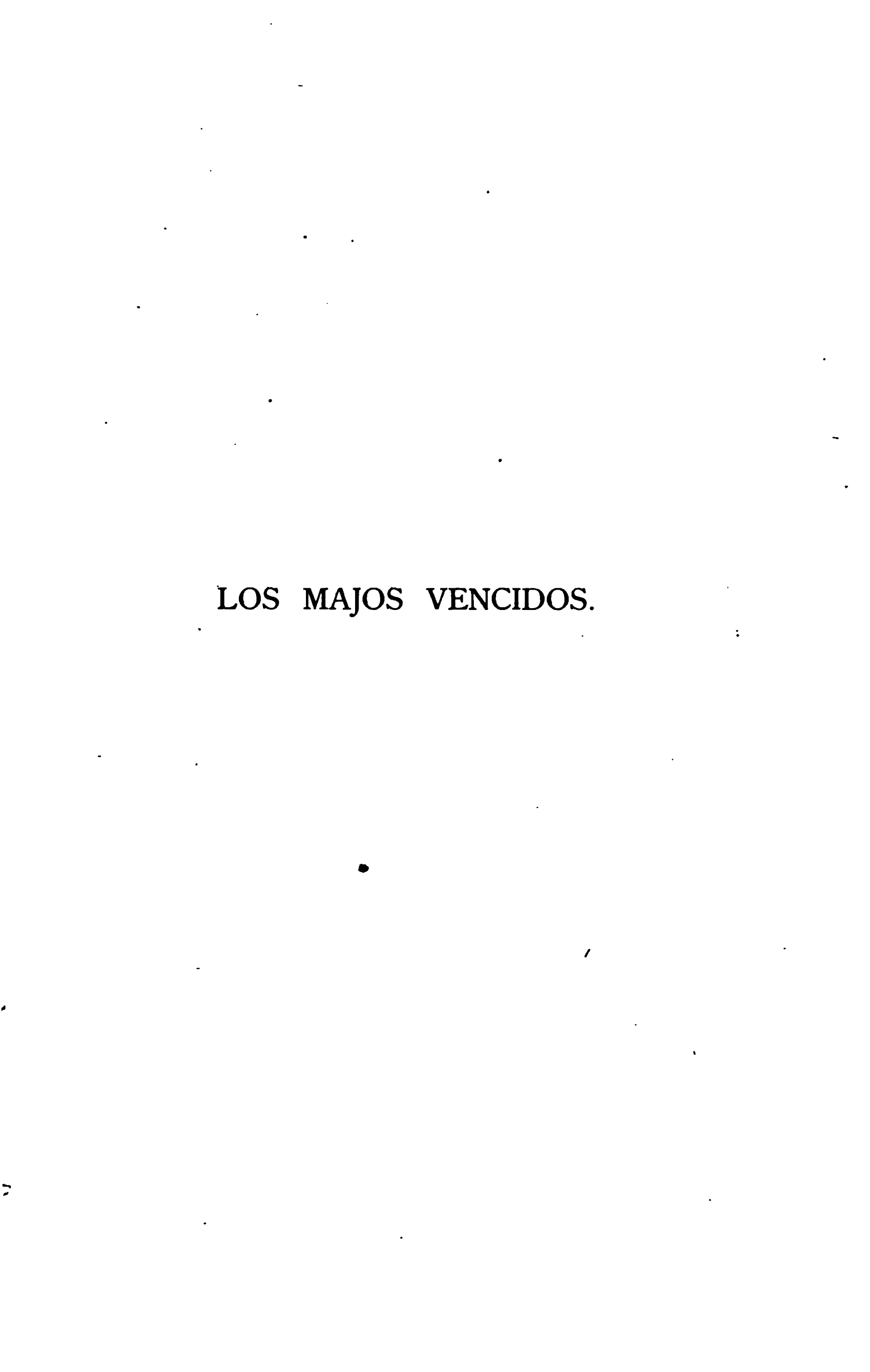
TODOS. ¡Viva el abuelo!

INÉS. Decid
también que viva la abuela.

ALCALDESA. Eso no, que soy más moza
que mis hijos y mis nietas.

HERMENEGIL. Pues vive Inés, todos vivan,
y ahora una gran reverencia
nos conseguirá el perdón,

TODOS. de todas las faltas nuestras.



LOS MAJOS VENCIDOS.

PERSONAS

D. JAIME. D. JUAN.	*Petimetres.*	PEDRO CODILLO, *hermano de* JUAN.
ANTONIA. LORENZA. MARÍA.	*Majas.*	PACO. MANUEL. ATANASIO. *Majos.*

La escena es en Madrid.

Calle.



Sale PACO *de majo, y* ANTONIA *y* LORENZA *con mantillas y basquiñas.*

PACO. Ustedes digan adónde
quieren ir: ¿á un coliseo
á oir cuatro tonterías,
ó á constipar á los necios
que andan de sobra en el Prado
con el aire de sus cuerpos?

ANTONIA. Donde nos ha de llevar
es adonde nos desquitemos
cuarenta meriendas que
echa la barriga menos.

PACO. Donde la hay buena, y habrá
un baile de fundamento
después y antes, es en casa
del tío Codillo.

ANTONIA. ¿El tornero
famoso, que vive á la

bajada de San Lorenzo?
PACO. El propio.
LORENZA. ¿Pues qué manía
le ha obligado á tal exceso?
PACO. El que se casa su hermanó
el polvorista.
ANTONIA. Yo creo
que ya es muy viejo también.
PACO. ¿Y qué importa que sea viejo?
El agua fría se templa
con echarle un poco hirviendo.
LORENZA. Es un viejo muy alegre.
PACO. Pues si quereis allá iremos,
que entrambos son mis amigos.
LAS DOS. ¿Por qué no?

Quedan hablando, y sale D. JUAN *observándolas.*

D. JUAN. Yo me detengo,
pues se han parado; no he visto
mejor garbo y más aseo
en mujeres de esta clase:
ha rato las voy siguiendo.
¿Quién serán? Mas para hablarlas
buscaremos un pretexto.
¿Señorita, sabe usted
dónde vive aquí un maestro
de coches?
LORENZA. Siempre ando á pata.
D. JUAN. ¿Y usted?
ANTONIA. Tampoco yo entiendo
de coche.
D. JUAN. Pero de oídas
bien pudiera usted saberlo.
ANTONIA. Soy forasterita.
D. JUAN. ¿Y se
puede saber de qué pueblo?
ANTONIA. No soy de Parla.
PACO. Yo sí.
¿Qué busca usted, caballero?
Vayan ustedes andando, *(Á las majas.)*

mientras tanto que yo enseño *(Vanse las dos.)*
al caballero las calles
por donde se va más presto
á las cárceles á dar
conversación á los presos.

D. JUAN. Yo bien puedo ir preguntando.

PACO. Por eso voy respondiendo.

D. JUAN. El maestro de coches...

PACO. ¡Dale!
¿Cuánto va que yo le muestro,
en vez del maestro de coches,
el látigo del cochero?

D. JUAN. Por eso no haya pendencia:
mi camino con silencio
seguiré.

PACO. Por otra parte,
que por esta yo no quiero.

D. JUAN. ¡Habrá mayor desvergüenza!

PACO. Sí lo es, yo lo confieso;
pero por ahora es preciso
embargar todo el terreno.

D. JUAN. «Vaya, no quiero perderme; *(Aparte.)*
«¿pues si no fuera por eso,
»quién ha dicho que á estas horas
»no hubiera ya este hombre muerto?»

PACO. Ya se han perdido de vista.
Larga vida, caballero. *(Vase.)*

D. JUAN. Paciencia, supuesto debe
en todo acontecimiento
la prudencia estar de parte
de los hombres de provecho.

Sale D. JAIME.

JAIME. ¡Amigo don Juan, por este
barrio! ¿Mas qué es esto?
Parece que ese semblante
está con desabrimiento.

D. JUAN. ¡Pues no ha tenido osadía
un pícaro de un majuelo,
por no sé qué friolera,

de perderme á mí el respeto!
JAIME. ¿Y no ha ido descalabrado?
D. JUAN. El que no quedase muerto
yo, ha sido un grande prodigio.
JAIME. ¿Y sobre qué ha sido el cuento?
D. JUAN. Porque iba con dos muchachas;
¡pero, amigo, de provecho!
todo el caso se me olvida
en acordándome de esto.
Empecé, pues, á decirlas...
JAIME. Cualquier cosa: despachemos,
que por algo ha de empezar
la amistad en los sujetos.
Adelante.
D. JUAN. La una de ellas
tal cual contestaba.
JAIME. ¡Bueno!
D. JUAN. Como al desgaire.
JAIME. ¡Mejor!
D. JUAN. Pero se metió por medio
el crudo que iba con ellas;
cortó el revesino á tiempo,
las hizo echar adelante,
y tuvo el atrevimiento
de detenerme los pasos.
JAIME. ¿Y usted se mantuvo quieto?
D. JUAN. ¿Y qué había de hacer?
JAIME. Matarle.
Eres un pobre muñeco.
¿Adónde van esas gentes?
D. JUAN. ¿Para qué nos exponemos?
JAIME. ¿Á qué?
D. JUAN. Mira que estos majos...
JAIME. Los majos sólo dan miedo
á los usías que temen
les descompongan el pelo,
ó les rompan los encajes;
pero á mí se me da un bledo,
porque yo me alegro más
cuando me pongo más fiero:

pero volvamos al caso:
¿sabeis dónde le hallaremos?

D. JUAN. Dijeron que iban á un baile
que hay en casa de un tornero
del barrio.

JAIME. Vamos allá.

D. JUAN. ¿Y dónde es?

JAIME. Preguntaremos.

D. JUAN. ¿Y si no abren?

JAIME. ¿Tanto cuesta
echar una puerta al suelo?

D. JUAN. ¡Guapo eres!

JAIME. No hay en Madrid
hombre que tenga más miedo;
pero esta gente que todo
lo compone hablando recio,
mirando de rabo de ojo
y doblando ansina el cuerpo,
en tropezando con quien
los entiende, se caen muertos.
Seguidme, y allá vereis
qué linda tarde tenemos.

D. JUAN. ¡Quiera Dios que no salgamos
con las narices de menos! *(Vanse.)*

Casa pobre, con una mesa adornada para merendar seis ú ocho personas. Salen de tunos viejos, pero decentes, JUAN *y* PEDRO.

PEDRO. ¡Vaya, vaya, que te vuelves
loco con el casamiento!

JUAN. ¿Con tanta cordura viven
en el mundo los solteros?

PEDRO. Pero, hermano, tú y yo estamos
en la cumbre de los viejos,
y desde esta cumbre son
las bodas despeñaderos.

JUAN. Por eso elegí la moza
para novia, de buen peso.

PEDRO. Allá te las hayas.

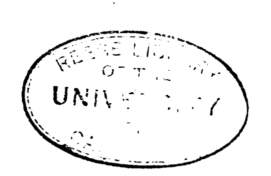
JUAN. Ella
dice que bien le parezco.
PEDRO. Allá lo verás.
JUAN. Ya estoy
acomodado y bien puesto,
con que es preciso dejar
un legítimo heredero.
PEDRO. Allá lo verás.
JUAN. Ella es
huerfanita, con que es cierto
que será humilde, hacendosa,
y agradecida á su dueño.
PEDRO. Allá lo veredes, dijo
Agrajes.
JUAN. ¿Qué sabía de eso
Agrajes, ni de otras cosas
que dijo el gran majadero?
Marcha por el pastelón
en casa del pastelero.
PEDRO. Voy al instante. *(Vase.)*

Salen ATANASIO *y* MARÍA *de majos.*

ATANASIO. Deo gracias.
JUAN. ¡Oh, señores! ¡Tanto bueno
por mi casa!
MARÍA. Viva usted
los años que le deseo.
JUAN. ¿Cuántos serán?
MARÍA. Más de mil.
JUAN. Y que entrambos los gocemos.
MARÍA. Se entiende.
JUAN. Máteme Dios
con mujer de entendimiento.
¿Qué hay, cuñado?
ATANASIO. Lo que ayer.
JUAN. Ocupad esos asientos.
ATANASIO. Pues asentémonos todos,
y decidme lo primero:
¿á qué viene este aparato,



Maria.



cuñado, que aun es supérfluo
para el día de la boda?

JUAN. Es una expresión de afecto
no más, que entonces... entonces
he de traer un repostero,
que hasta la mesa y las sillas
han de ser de caramelo.

ATANASIO. ¿Y las cornucopias?

JUAN. Como
esta quiera.

ATANASIO. Yo os ofrezco
la araña.

JUAN. Todos están
reventando de contento.

Salen PACO, LORENZA *y* ANTONIA.

PACO. ¿Con que no hay más que casarse,
y prepararle festejos
á la novia, sin contar
con los amigos y deudos?

JUAN. No, no estabais olvidados,
amigos; yo os agradezco
la venida, porque así
mejor nos divertiremos.

ATANASIO. ¿Es usted parienta nuestra *(Á Lorenza.)*
también, reina?

LORENZA. Yo no entiendo
de genealogías.

Sale PEDRO.

PEDRO. Esto
ya está aquí; me han dicho viene
en el punto de comerlo.

JUAN. Pues ponle en la mesa, y vete
de la cocina trayendo
lo demás. Vamos, señores,
sentarse sin cumplimientos.

MARÍA. Aún es temprano.

ATANASIO. Mejor,
que así después bailaremos
alegres como una Pascua.
JUAN. Perdonad, que yo no cedo
(Poniéndose al lado de María.)
mi lado.
TODOS. Sea enhorabuena.
JUAN. Por ahora tan sólo acepto
la mitad, la otra mitad
guardadla para su tiempo.
¿No es verdad, perla?
MARÍA. Cabal.
ATANASIO. Venga vino, y brindaremos.
PACO. Vaya, á que nos libre Dios
de petimetres como esos
que encontramos ahí arriba.
LORENZA. Pues él parecía atento,
y hombre de forma.
PACO. Los fines
de las atenciones de estos
no conoces.
LORENZA. Fines hay
que aunque se pongan los medios,
no se logran.
JUAN. Yo le puse,
logrando el del casamiento.
JAIME. Ah de casa! *(Dentro.)*
JUAN. Arrempujar.

Salen JAIME *y* D. JUAN.

LOS DOS. Buenas tardes, caballeros.
JUAN. ¿Qué se les ofrece á ustedes?
ATANASIO. Señores, aquí hay asiento.
PACO. Que se vayan á sentar
al Prado; estate tú quieto.
JAIME. Vayan dejando estas
sillas libres los pícaros, menos
este que es hombre de bien. *(Por Atanasio.)*
PACO. ¡Alabo el modo!

JAIME. Celebro
también el poco de ustedes;
pero se le enseñaremos.

PEDRO. En mi casa...

JAIME. Nadie manda
en la casa que yo entro.
Vayan arriba.

MAJOS. No quieren.

PETIMETRES. Pues abajo.

(Echan á rodar con sillas y todo á Paco, Pedro y Juan, y Atanasio se aparta.)

JUAN. Digo, ¿va esto
de veras?

JAIME. Yo soy un hombre
que en la vida me chanceo.

MAJOS. ¡Por vida de la!...

JAIME. Muchachas,
quietecitas. Compañero,
esto está para comer;
á sentarse, y buen provecho.

ATANASIO. ¡Vaya que es paso de risa!

PACO. Oid, venid aquí á consejo
de guerra.

(Se juntan los majos á un lado, y dicen entre sí lo siguiente:)

PACO. ¿Qué sa dacer?
si los dos vienen resueltos,
y traen espadas?...

JUAN. Llamar
á Manuel el carpintero,
que venga.

PEDRO. Voy á llamarlo,
y traérmele aquí corriendo.

JAIME. ¿Dónde va usted?

PEDRO. Á un recado. *(Vase.)*

JAIME. Vé á avisar á un regimiento
de majos, y dí que estoy
de priesa, que vengan presto.

PACO. ¡Este hombre es algún demonio!

MARÍA. Yo estoy temblando de miedo,
y no sé cómo escapar.

JUAN. ¿Con licencia de usted puedo
decir algo á mi mujer?
JAIME. ¿Mujer?
JUAN. Digo: que ha de serlo.
JAIME. Pues si lo ha de ser, entonces
se lo dirá.
JUAN. ¡Yo estoy lelo!
D. JUAN. ¿Qué dice usted, señorita? *(Á Lorenza.)*
LORENZA. Yo no hablo estando comiendo.
D. JUAN. ¿Y en acabando?
LORENZA. Tampoco;
porque al instante me duermo.

Sale PEDRO, *y* MANUEL *embozado, de cofia y montera grande.*

PEDRO. Aquí está el señor Manuel.
JAIME. Entre, y le conoceremos
al señor Manuel.
MANUEL. Deo gracias.
MAJOS. Manolito, mira esto
que nos pasa.
MANUEL. Poca bulla,
poquita, y nombre el consejo
un procurador de todos.
ATANASIO. ¡Adios, buena la tenemos!
PACO. Que han entrado esos usías
como si fueran los dueños
de las mozas, de la casa
y de la merienda, y luégo
han dicho...
MANUEL. Punto redondo,
que me hice cargo: este pleito
está vencido á patadas
en dos minutos y medio.
JAIME. ¿Y quién ha de darlas?
MANUEL. Yo.
JAIME. Pues quítese usted primero
esa montera. *(Se la tira de un revés.)*
MANUEL. ¡Conmigo!...
JAIME. Y con todo el mundo: quedo,

y seamos amigos, antes
que amuele los cinco dedos
en sus barbas, y después
le haga tajadas con ellos.

MANUEL. Señor...

JAIME. Quítese la capa,
y vaya á traer de allá dentro
los postres, y un par de luces,
que anochece ya y no vemos.

MANUEL. Voy, señor.

JAIME. ¿Qué hacen ustedes *(Á las mujeres.)*
que no prosiguen comiendo?

MAJOS. ¿Qué es esto, Manolo?

MANUEL. Esto es
manifestar que yo en siendo
con modo, y de bien á bien,
me arrastrarán de un cabello. *(Vase.)*

JAIME. ¿Qué hacen ustedes?

MARÍA. Ninguna
tiene gana.

D. JUAN. Pues bailemos.

JAIME. Perillanes, vaya fuera
este retablo hasta luégo:
¿hay guitarra en esta casa?

PEDRO. Sí señor.

JAIME. Pues vé, mancebo, *(Á Atanasio.)*
por ella.

Sale MANUEL.

MANUEL. Aquí está la luz.

JAIME. ¿Cuál de estos dos cementerios
es el tío Codillo?

PEDRO. Yo.

JAIME. Pues vaya usté disponiendo
que se ilumine esta sala;
y bien, porque yo no acierto
á bailar sin cornucopias.

PEDRO. Velas de sobra las tengo,
y están todas á su mando;

lo que falta es candeleros. *(Vase.)*

JAIME. Traiga usted las velas, que
lo demás lo hará el ingenio.

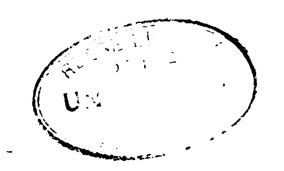
Sale ATANASIO.

ATANASIO. Aquí está ya la vihuela.
JAIME. ¿Quién araña este instrumento?
PACO. Yo no sé.
MANUEL. Tampoco yo.
JAIME. Agárrela uno, y no andemos
en chupaderitos.
PACO. Este
canta y toca. *(Por Atanasio.)*
ATANASIO. ¡Si no puedo!
JAIME. Hágame usted el favor....
ATANASIO. Á esa atención no me niego.

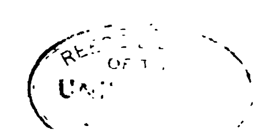
Sale PEDRO, *con velas encendidas.*

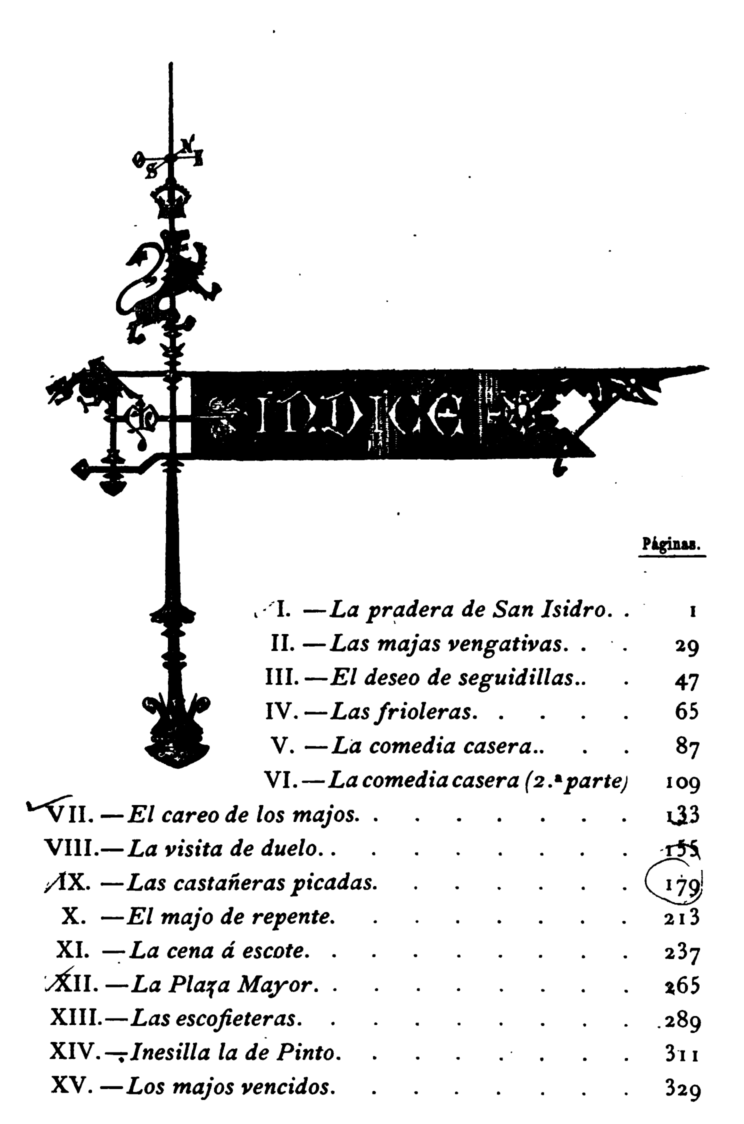
PEDRO. Aquí hay ya cuatro encendidas.
JAIME. Yo las colocaré presto.
(Pondrá á Paco con una luz en cada mano á la izquierda del teatro, y á Manuel con otras dos al lado derecho.
Téngame usted esta luz, *(Á Paco.)*
y estotra en el lado izquierdo.
Usted, señor mío, aquí *(Á Manuel.)*
enfrente, al lado derecho.
Ve aquí que pronto encontramos
repisas y candeleros.
Vaya un par de seguidillas.
LORENZA. Eche usted son, que me pierdo.
(Bailan Lorenza y María con Jaime y D. Juan, y la luz se mantiene sobre la mesa.)
PEDRO. ¡Esto ya es en demasía,
y es fuerza tomarlo serio!
Diga usted, ¿aunque esto fuera
una cuadrilla de negros,
lo sufriera?
JAIME. Chito, chito.

Los majos vencidos.

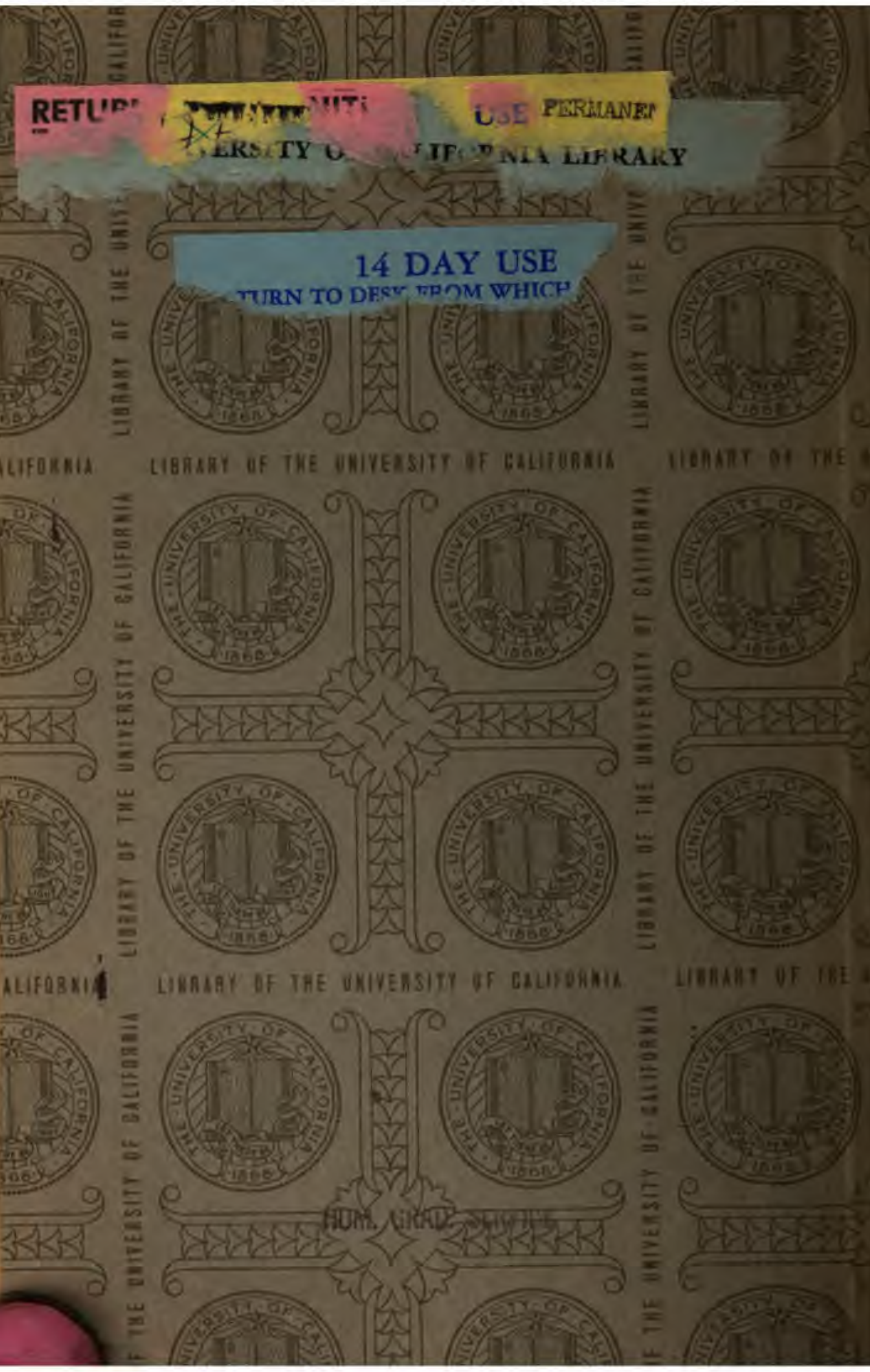


	Que esté firme el candelero,	*(Á Paco.)*
	camarada.	
D. JUAN.	Señor majo,	*(Á Manuel.)*
	este es castigo del cielo	
	para amansar su soberbia,	
	que estaban ustedes hechos	
	á triunfar de los usías.	
JAIME.	¡Toma! Y aún le falta al cuento	
	lo mejor, que es un ratito	
	de descanso y cuchicheo.	
LORENZA.	¿Cuchi qué? Jamás oí	
	esta voz allá en mi reino.	
JAIME.	Oiga usted.	
LORENZA.	Si éste no quiere.	
JAIME.	¿Y el señor quién es para eso?	*(Por Atanasio.)*
ATANASIO.	Su marido.	
JAIME.	Muerto soy;	
	amigo, usted ganó el pleito.	
PACO.	Y yo el de ésta.	*(Por Antonia.)*
MANUEL.	Así es verdad.	
JUAN.	Y yo también soy el medio	
	marido de esta chiquita.	*(Por María.)*
JAIME.	Pues ustedes son los dueños	
	de la función, y perdonen	
	mil veces mi atrevimiento.	
D. JUAN.	¿Ya cedes?	
JAIME.	Yo, como á majos,	
	les quise dar escarmiento;	
	pero en oyendo la voz	
	de marido, me estremezco,	
	que una cosa es ser goloso,	
	y otra ladrón; con que cedo.	
JUAN.	Usté es hombre de razón,	
	y lo será que quedemos	
	amigos, y le convido	
	para todos mis festejos.	
	Y dando fin á esta idea,	
	logren perdón nuestros yerros.	





Páginas.


RETU
USE PERMANEN
ERSITY O LIFORNIA LIBRARY
14 DAY USE
TURN TO DESK FROM WHICH
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA


GENERAL LIBRARY - U.C. BERKELEY
B000969206
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

